

La periodista conoce

Miguel Ángel Olmedo Fornas

La periodista conoce

Ediciones Nostrum

Primera edición, 2007
Edición completa, 2021

ISBN: 978-84-96405-53-0
Depósito legal: M-44508-2007

La periodista conoce

A mis hermanos y abuelos.

Quien calla la verdad es como si mintiese.
Querohus

Más triste que la muerte es la manera de morir.
Marcial

Una muerte honrada es mejor que una vida vergonzosa.
Tácito

La memoria disminuye si no se la ejercita.
Cicerón

Índice

Yo pienso, tú decides I
[9]

Primer acto
[23]

Segundo acto
[67]

Tercer acto
[149]

Cuarto acto
[177]

Quinto acto
[237]

Sexto acto
[265]

Séptimo acto
[307]

Yo pienso, tú decides II
[349]

Yo pienso, tú decides I

No pierdas el tiempo revisando la historia. Tú no tienes pasado, has dejado atrás y muy lejos el origen, tanto que carece de sentido imbuirse de su lectura; se ha vaciado de referencias personales y laborales, no sirven las excusas, no sirve la verdad. Ahora, en el presente de burbuja que vives, lo único que importa son las consecuencias, y tampoco te culpes por no haberlas pensado con la minuciosidad y exigencia de una asesora incorporada por recomendación al gabinete de crisis.

Una cosa es el deseo, con el que puedes capear, y otra bien distinta los hechos cuando superan las expectativas.

¿Quién te lo iba a decir, periodista novata? De repente te cae del cielo, o asciende del infierno, la información, y el mundo se detiene. Tu mundo, sólo tu mundo echa el freno. El resto de mundos siguen girando a la velocidad que impone la repercusión de los acontecimientos.

Repite la palabra clave: acontecimientos. Pronúnciala despacio sílaba a sílaba: a-con-te-ci-mien-tos. Y en plural, porque son varios; porque nada congrega más que la causa común.

¿Los cuentas?

Aún estás a tiempo.

¿Crees que me burlo de ti, joven periodista? ¿Acaso no dispones de la información? Utilízala, si te apetece; destrúyela, si quieres; juega a la permuta, coacciona, impón un modelo de partida, salva el pellejo con una maniobra audaz o con una dilación de corte jurídico y político. Estás en disposición de tocar el cielo o de abismarte en el infierno.

¿Quién goza de semejante opción en la sociedad que transitas? Eres una privilegiada, y por lo mismo, paradojas de la vida, gajes del oficio, eres una proscrita. El favor de tu confidente se ha vuelto un peligro real, del tamaño de un cataclismo provocado por el poder de la naturaleza o por el poder del régimen, terribles y devastadores ambos poderes, no entremos en matices de cuya irrelevancia hay pruebas sobradas y escucha el zumbido del enjambre revanchista; estás metida en el ojo del huracán, de momento, un espacio en la tierra de nadie batido por las intenciones y enfilado por las argucias que te libra de lo mismo que te acosa. La idea era situar a la portadora de las informaciones en la tribuna, las aspiraciones tienden a elevarse hasta el límite de la imaginación; sin plan alternativo. El plan estaba trazado en los felices sueños de vigilia a resguardo de la intemperie, y desarrollado en el delirio placentero de la ambiciosa intimidad recubierta por una gruesa capa aislante; sin vías accesorias para el caso de contingencia. Camino recto y llano con viento de cola, una rampa de despegue para dar el salto a la cresta de la ola, a las fauces abiertas y espumajosas de la bestia. La distancia es tan pequeña entre la gloria y el oprobio, metáforas de la vida y la muerte, como el recorrido del gatillo de un arma de fuego o la mecha de un explosivo plástico.

Pero, aunque hayas desencadenado la furia de los elementos, no nos pongamos en lo peor. Deslízate fuera de la realidad y disfruta de una tregua que decides voluntariamente.

No te precipites de nuevo. Acepta que tenía razón al recomendarte que actuaras con cautela, claro que para mí es fácil aconsejar sin vicios mundanos. Comprendo que las lecciones de prudencia habían al espíritu intrépido: tú quieres destacar en positivo.

Por cierto, ¿quiénes establecen las categorías?; ya sabes, las categorías que marcan lo que es positivo y lo que es negativo, las que dictan que esto se admite y esto es inadmisibile, esto consta y esto desaparece.

Menudo dilema te ronda, periodista.

Tú que sólo pretendías volar, ¿hacia arriba o hacia abajo?, ¿o únicamente planear cerniendo el objetivo como las aves rapaces?, sin mirar a los lados, te notas las alas emplomadas. ¿Te imaginas lo que se siente con un lastre en los pies?

Aún estás a tiempo.

Puedes evaluar en la precaria seguridad de tu cobijo el efecto derribo que provoca un empujón traicionero en la zona dorsal. Cuídate. Hasta más ver, pero muy lejos de esto y aquello. Adiós, Ana María.

Adiós, Romy Sanel.

Me despido con el impacto que provocará la difusión de tu historia, suponiendo que logres promocionarla; puede que alguien te ayude a ponerla en el circuito de carreras en vez de competir por la exclusiva obstruyendo los conductos de fluido. Necesitas de una alianza por lo menos a tres bandas, dos ya han sido habilitadas. El reparto del premio en esta ocasión quizá sea un acto imprescindible.

Nobleza obliga, se lo debes a tu benefactor.

La suma de voces te concederá alguna oportunidad de salir indemne. Piénsalo. Tendrás que vencer la tentación de erigirte en el faro de la verdad; no olvides que es tan embriagadora la esencia del éxito como previsible y funesta la fragilidad del pedestal. Sumar adeptos, he aquí la recompensa.

Tú, Romy Sanel, estás a punto de dar el gran paso, de ti depende.

Adiós.

Todavía es reversible el guion de la tragedia, insiste circunspecta la nebulosa protectora. Desde la torre vigía, espléndido el observatorio que otra alma generosa te concedió para afianzar tu independencia, a resguardo de negligencias y dolos, preservada de la atmósfera contaminada que cubre y engulle el panorama en derredor, excluida del avieso señalamiento y la iracundia en avalancha al volverse las tornas, compruebas como el espectáculo se desarrolla según el guion pesimista. Mira y registra.

Cierra los ojos, respira hondo, traga saliva.

Levanta el telón, cógelo fuerte.

Abre los ojos y luego el libro. Lee tu nombre: Ana María Albentosa Pinel; lee tu alias, tu firma profesional: Romy Sanel. La portada del libro que coges fuertemente con tus manos es la prueba que te premia y que te condena.

Enhorabuena. Felicidades. Eres la autora del libro documento que estremece la fibra social; quiero decir que tú eres la periodista autora de una obra que expone las estrategias de imposición y sometimiento que cruzan el puente que une y separa dos siglos, el veinte y el veintiuno, y que denuncia el proceso liquidador de la historia por la violencia de acciones fulminantes. Es posible, puestos a imaginar, que tu decidida contribución al esclarecimiento de los hechos viaje en primera clase alrededor de la fama.

No obstante la favorable acogida de tu testimonio fidedigno, presumámosla en esta nuestra ficción privada, toma en consideración que el beneplácito del público es efímero y susceptible de muda al calor de voces influyentes; las circunstancias que galardonan al hombre y al nombre son perecederas, igual que la mayoría de apoyos al esfuerzo divulgador; al contrario que sucede con las circunstancias que denuncian y castigan al que camina en el sentido opuesto

de la marcha pactada. Por eso cuídate de cometer los mismos pecados que tus detractores, evita tropezar en los mismos errores que tus adversarios en la partida por la primacía informativa; a ti no te respalda un grupo de creadores de noticias y de opinión. Nadie te salvará de la quema cuando el jurado pronuncie el veredicto en voz alta, es un honor antagónicamente conceptuado esto de incluirse como suministro de materia combustible del progreso; tampoco se salvarán de la pira las bandas del tablero de juego, aunque vano es que te sirva de consuelo a la hora del ajuste de cuentas.

Asómate a contemplar el mundo a tus pies antes de que el seísmo lo resquebraje. Allá abajo hay mucha gente dispuesta a premiar tu atrevimiento, la misma gente que no se congrega por cualquier consigna lanzada por los voceros y repetidores de la idea única, del objetivo máximo, de la abominación igualitarista adorada como panacea por los extremos del escalafón, de la irrealidad transformada en dogma de consumo. Las personas que miran hacia arriba forzando el cuello, soportando la incomodidad del asfalto y las vallas, te han convertido en la voz solista de una nada desdeñable sociedad antaño encogida y hoy litigante. Desde tu atalaya, en la que estás recluida a la espera de que venga a buscarte la comitiva del acto puro, contemplas un mundo abocado a la extinción si no intervienen los remedios clásicos para curar los males mayores. Tu otero, que recibe el aliento por una cara y el bufido salvaje por la otra, que oscila con la diferencia de ímpetus, es una ventana panorámica; y un termómetro.

Aguza el sexto sentido, la crisálida de la intuición, y decide si el escenario, en una de cuyas esquinas se enclava la torre vigía, aguantará tanta responsabilidad, tanta agitación, tantas esperanzas, las diatribas y los inquietos corros de las

antagónicas reivindicaciones. A trueque de papel impreso por papel moneda y el complemento de unas espléndidas raciones de oratoria, será desvelado el misterio.

¿De qué hablas, paranoica? ¿Quién te promociona, oportunista?

Los comandos feministas del progresismo no acudirán en tropel a escudarte de las lindezas, ni te proclamarán una víctima del cerrilismo y la carcunda, ni te acicalarán la iniciativa con frases de halago y eslóganes gritados a las cámaras y a los micrófonos: con tu obra te conviertes en la encarnación de la mujer perversa y díscola asociada con el oscurantismo reaccionario.

¡Farsante, loca, vividora!

Una enemiga del pueblo, una traidora, un engendro de la caverna mediática, una discordia infiltrada en el paraíso para envenenarlo con la didáctica del viejo orden.

¿Oyes el rugido de la masa? ¿Escuchas los calificativos reiterados hasta la saciedad por las terminales de los comités ejecutivos?

Así te ve y así te cita el público de esta parte del circo.

Piénsalo. El ejercicio mental es tan sano y conveniente como la actividad física: un rato de estudio, un rato de paseo, toma de notas, observaciones aleatorias; el movimiento se demuestra andando y el valor se demuestra frente al toro de lidia en la plaza, con público, con jueces, con la autoridad que de ti emana y con la autoridad que a ti apunta mientras dura el lance. Piénsalo.

¿Oyes las exclamaciones de admiración? ¿Escuchas los vítores y los ánimos que te dedican los que raramente se agrupan para formar un muro de contención?

Así te ven y así te citan los espectadores de esta parte del circo.

Quédate un tiempo del que aún dispones en la zona del estadio exclusiva para los adeptos. Vive la gloria del reconocimiento, mécete en la muelle satisfacción de los halagos: qué valor el tuyo, Romy Sanel, qué mérito, cuánto riesgo has tomado, qué audacia. Gracias.

Ellos y nosotros cómplices en el ansia de la travesía. Tú aquí arriba en una espera cauta, vibrante, entre paredes, con el testimonio de cargo aferrado por los apéndices fijadores del deber y el ideal; nimbada por la expectativa; circundada tu vitalidad por la mirilla telescópica de las armas de los protectores apostados en los ángulos muertos de los espejos. Gracias a ti sabremos hasta dónde, conoceremos el por qué y el para qué. Gracias a la donación que aprietas contra tu cuerpo en esta hora decisiva nos alumbrará la verdad. ¡Qué gran día te aguarda! ¡El clamoroso día de tú confirmación! Desde la torre de marfil adjudicada sin concurso, tú, Romy Sanel, la periodista independiente e inconformista, paladín de los derechos civiles y espirituales, dispensas al pueblo el maná de la información.

Codiciada, abrasiva información; restallante como el trueno, los disparos de los francotiradores, los explosivos.

Tú, Ana María, careces de poder ejecutivo.

Argumento suficiente para no tener prisa, para andar despacio, prudente y comedida. Si supieras la manera tendrías el tiempo para ganar la batalla de la conveniencia.

Retrocede y piensa en lo que es mejor para ti sin abocarte al paisaje. Demasiada niebla en torno como para ver claro a vuelta de hoja. Confunde tu imagen con la del cristal —y confunde a los apuntadores—, con la del cielo arrebolado en señal de viento, señal de fuego —y echa leña húmeda para que enturbie la visión y sofoque el ambiente.

Hoy te pesan los párpados, de nuevo has dormido mal acuciada por las preocupaciones: lo haces, no lo haces; no

descansas apenas. Hace tiempo que el sueño no es un alivio. Suena en los cristales de las ventanas una melodía coral. Qué será, será. La advertencia circula por fuera del perímetro de seguridad, muy lejos, muy apartada a su pesar. Llegará tarde, si llega. Es el viento que anticipa el programa. Es el viento que murmura letanías. Espera cuanto gustes, pero apaga bien en el agua cinérea el consumo de paciencia. Ignora la llamada telefónica; ¿cuántas van? No hagas caso a los ruidos ni a los rumores. Tú mira por la ventana y anota. No estés pendiente del vehículo que vendrá por ti, seguro que vendrá, hay citas que siempre se cumplen. Haz oídos sordos a la llamada, como si no fuera contigo.

Recuerda que nada es casual, que tenemos adjudicado un número, que basta pulsar una tecla para eliminar el número. Recuerda que no existe. En estos momentos de indecisión debes recordarlo todo.

Se acerca un coche. Viene a buscarte un vehículo sin distintivos. Aprieta fuerte tu escudo. Tu asidero es un libro denuncia que cuenta...

En la historia teñida de negro, el protagonista —tú no eres la protagonista del libro—, que identificamos por su alias, observaba detrás de los cristales, como tú ahora que habitas la cima del mundo, acuciado por un presentimiento. Viajaba de incógnito en el asiento posterior de un vehículo sin distintivos, escasamente disimulada su presencia todavía; y lo que divisaba por las ventanillas en la noche de autos era un cortejo fúnebre atravesando un páramo. Los tres ocupantes del coche —los dos legales delante y el ilegal en su escondite trasero—, acentuaban sus perfiles en la palidez interior.

La historia-novela negra cuenta que había un vehículo estacionado en la cuneta de aquella carretera secundaria, a

pocos metros de un cruce oscuro como la falta de conciencia. En la luna del parabrisas y en las pupilas escrutadoras crecía la silueta de un vehículo escorado en el pequeño talud con las luces de posición moribundas. Estaba escrito, en un capítulo de autor anónimo, que los dos agentes de servicio circulando por aquella carretera secundaria envuelta en olvido tratarían de averiguar qué pasaba con ese vehículo aparentemente accidentado, y de socorrer a las víctimas de haberlas. Era su obligación complementaria.

El agente de incógnito sintió el frío escozor del presentimiento. Por delante sonaba la voz del registro ocular previo:

—Una furgoneta, de color... probablemente blanco, medidas las ruedas del lado derecho en el arcén, matrícula...

Doblada, previno la intuición.

Para el agente de incógnito la secuencia de aproximación al objeto estático no identificado se proyectaba a cámara lenta. En un escenario presentado por el que había pasado varias veces las últimas semanas, en solitario, etéreo, y a diferentes horas del día y de la noche; pero en sentido contrario, a pie o en coche, siempre despacio y con los ojos fijos en la amenaza, sin detenerse, sin perder de vista el objeto inerte y su palpito agónico, hasta desaparecer superado el cruce.

—Paramos.

Bajaron los dos agentes de servicio y abrieron el abanico de la comprobación, tomadas las mínimas precauciones concebidas para los supuestos de emergencia ajena.

En la escena del suceso no aparecían visibles a las linternas signos de colisión ni olía a gasolina, tampoco salpicaba el calzado charcos de agua de circuito, aceite u otros líquidos con olor. Las roderas de los neumáticos en el suelo, descubiertas en la titubeante inspección, evidenciaban un

deslizamiento paulatino por el suelo terroso hasta frenar. Un rápido barrido visual por la carrocería no reveló roces, marcas o abolladuras que aportaran alguna identificación del propietario e indicio de lo que pudiera haber ocurrido. Quizá lo más llamativo de la furgoneta anónima y de motor frío era la suciedad de los cristales; les costó a los haces de luz atravesar el embadurnado de polvo y mugre, y una vez descubierto en el interior el cuerpo de un adulto —al parecer de un varón de mediana edad desmayado por la ríspida borrachera del desierto o dormido en brazos de una fatiga insobornable— reclinado contra el volante, aunque el retrato seguía incompleto, el informe de palabra era concluyente para fomentar una sospecha.

La puerta estaba cerrada. ¿Por dentro o por fuera? No la pudieron abrir.

Uno de los agentes dio la vuelta al vehículo para comprobar el resto de las puertas; tuvo que pisar el terreno quebrado e invadido de matorral que precede al sembradío y una arboleda desnuda de hojas a la que lanzó una precavida ráfaga luminosa. El otro agente permaneció enfocando al conductor inmóvil, tan perfecto en su postración como un muñeco abandonado en el armario del cuarto de juegos.

El agente de incógnito sintió los dedos tumescentes de la crisálida del instinto rasgando la flácida pared del amnios esa noche pródiga en oscuridad. Despacio abrió su puerta y el furtivo salió a por respuestas, mirando en otras direcciones donde la opacidad también imperaba.

Nada, ni un atisbo en la superficie.

Pero había algo inminente que flameaba subterráneo y en auge; algo presentido sacudiendo los pegotes de asfalto y los terrones apelmazados en la cuneta de la inhóspita llanura.

Un segundo después será innecesario preguntarse por qué estaban allí.

Te asomas y ves el mundo a los pies, reducido, concentrado en una amalgama vidriosa. Presientes el estallido del cristal y la virulenta lluvia de añicos sobre el pasmo de la muchedumbre, Ana María.

Sí, seguramente la alucinación está provocada por la fatiga, llevas tiempo sin conciliar un sueño reparador estrujándote el seso con lo mismo; cualquiera excusa sirve para no ceder al desatino, eso crees. Con entusiasmo de principiante recoges la variedad de hablillas, ecos y fricciones; pero no deberías comprometerte sin amparo del blindaje con una crónica de urgencia dictada por teléfono que acaba por no oírse en la redacción al formar parte del horizonte de silencio.

Sobrevuelas el impredecible seísmo que apenas mece la torre de marfil mientras engulle la amplitud del recinto y aledaños: qué lástima, tanto trabajo perdido en un parpadeo, ya no podrá ser, ha pasado la oportunidad y empezar cuesta una vida, Romy Sanel; más de una vida. Al cabo, el seísmo cede en su vehemente presentación para adornarse con remotas explosiones volcánicas en secuencia concatenada, gorgoteos en la cueva, eructos de mala digestión; y luego, sin solución de continuidad, la demolición del ígneo cono truncado, el desenlace emético: vómitos de lava alfombrando el escenario, proyectiles incandescentes arteralmente dirigidos, tintura cenicienta, pavesas remolonas posándose en los testigos y en las ventanas del ático.

En el cristal salpica la sangre. Hay manchas de sangre de las víctimas tapadas con sendos cobertores de lona color oscuro. Tú mira y cuenta: dos, no, tres; no, dos. Versión

oficial: dos más nadie. Hemos alterado el relato de los hechos, Ana María. Ningún juez ordenó el levantamiento de los cadáveres en la madrugada heladora y funeraria en el año del atentado póstumo.

El año del atentado colofón.

El broche de muerte.

¿Eres plenamente consciente de la trascendencia y el riesgo de tu misión, joven periodista?

Ahora que te ha sido revelado el motivo, y no es otro que la imperiosa necesidad de conocer el pasado para no olvidar la historia, fluye en ti, borbotea, la convicción íntima y el escrúpulo, el deber moral y el deber cívico, la cautela y la prevención; un maremágnum sobre el que basculan los impulsos y se tambalea una lección de justicia, una lección de dignidad.

¿Vas a defraudar su confianza? ¿Vas a arriesgar tu futuro? La disyuntiva es manifiesta, la incompatibilidad es real.

El que hagas o no hagas, Ana María, a partir de ahora únicamente dependerá de ti. Tenlo presente al escoger tu opción y no pierdas el tiempo que nos queda.

Primer acto

*Me atrae el reverso de la información y la letra pequeña
de los acuerdos.*

Un panorama desconcertante, plagado de esos matices artificiosos que ocultan más que muestran y que silencian y empañan más que dicen y aclaran, negada para la inteligencia alguna versión creíble de lo sucedido y de las consecuencias que acarrearba.

Tal era la impresión de Ana María, compartida por su familia que así se lo trasladaba, a su modo llano y directo, las veces que ella regresaba a su origen rural, y en cada una de las llamadas telefónicas que se prodigaban en la distancia de dos mundos; una apreciación recogida a diario en los análisis editoriales y tertulianos de los medios que leía y escuchaba, sus preferidos para informarse y en el criterio de valoración de sus aspiraciones profesionales. Tenía bien establecido el orden de preferencia en la solicitud de un puesto de trabajo, por modesto que fuera para empezar; no le importaba incorporarse en la línea de flotación de la empresa, atrevida e independiente, si la experiencia le permitía ejercitarse en una crónica de otro color que el rosa y unas investigaciones de otro color que el amarillo.

En algún momento le llegaría la oportunidad y no iba a pillarla desprevenida ni con la mirada abstraída en la danza del humo.

—No sabremos nunca la verdad —decían sus padres—. No quieren contarla.

—Puede que ya la desconozcan después de tanto desvirtuarla —acompañaba Ana María.

Era razonable creer en su ironía. Pero ella, igual que ese número reducido de comunicadores interesados en conocer la verdad, incluso en un sentido lato, a los que desdeña la partida presupuestaria asignada a los medios y a las tecnologías de difusión, aún no sucumbía al fatalismo pese a los malos augurios cernidos sobre la realidad informativa,

con imponentes muros albergando a los electores de los contenidos y rodeados los accesos por fosos inundados de excusa y distracción.

—Debe ser por lo terrible que callan.

—Quien algo teme, algo debe.

Al despedirse, sus padres le recomendaban, con la boca pequeña de quien lo dice porque eso es lo que se espera en unas determinadas circunstancias, que no se metiera en líos y que cumpliera puntualmente con sus obligaciones; de esto último nunca les cupo duda.

Lo de que no se metieran en líos ni anduvieran incordiando con acusaciones de omitir la verdad a partir de la creación de noticias falsas, lo recomendaba a las pocas voces discordantes con audiencia, en el menos duro de los comunicados, la alianza de poderes fácticos constituida ad hoc en cada una de las ocasiones en que se necesitaba un acuerdo y muchos conductos deferentes para sostener el edificio; y lo que se había vivido en dos mil cuatro exigía el pleno rendimiento de la maquinaria y la actuación omnímoda de veteranos exponentes del aparato de propaganda y el de contraprogramación.

Finalizaba intrascendente el invierno. Y como una pálida incógnita crecía de la simiente plantada el retoño primaveral, distorsionada su imagen por el efluvio ponzoñoso de la mentira y la lectura de su mensaje escrito con las letras del abecedario de la infamia.

Llovía sobre la ciudad y el mundo limítrofe la ceniza de los interrogantes diluidos, que apenas observada, lenta y pastosa desaparecía por las ávidas tragaderas de las alcantarillas hacia el sumidero.

Los días de lluvia recuerdan, con su moroso fluir, las ausencias más lamentadas a los que sienten la pérdida de algo propio e indefenso cuando se produjo el ataque.

Mientras la nostalgia de una reacción que no llega embargaba al espectador transido a las puertas del teatro, los autores, cómplices y encubridores, el elenco de las acciones sin respuesta, pisaban la alfombra roja de la gala inaugural del futuro invitados por las altas instituciones del Estado. El resto de actores de la compañía estable, subvencionada y premiada por los mismos mecenas, desfigurados sin la caracterización laboral, aguardaban confiados el balance de la gestión en las dependencias del edificio habilitadas al efecto.

—Las sombras pasan, el núcleo permanece —apuntaba Héctor Regidor en su programa matinal de Radio Iniciativa.

Una joven periodista, titulada en la universidad, llamada Ana María Albentosa Pinel asintió, deseosa de firmar una frase semejante en cuanto tuviera la oportunidad de pronunciarse sobre un tema enjundioso que resalta en las portadas de la información general. Ella también opinaba que los asuntos pendientes, al igual que sucede con las personas fallecidas, mantienen su vigencia hasta que los entierra el olvido. Apartada discretamente con las yemas de los dedos la cortina de la ventana, imaginó que alguien en la ciudad que era su hogar desde hacía dieciocho meses coincidía al calificar de duelo fingido la comitiva que desfilaba bajo los focos de la gran pasarela mediática.

Decidió cambiar su nombre al esfumarse los horizontes soñados. Un año ininterrumpido después de su primer contrato en la empresa editorial que puso a prueba su excelencia académica, con fecha de noviembre de dos mil tres, y la

renovación por un periodo equivalente promovida automáticamente, aceptaba que su trabajo en colores amarillo y rosa iba para largo; y aun gracias.

Tenía motivos para estar contenta al firmar su segundo contrato, y una estimable reserva de ánimo para fiarse a la esperanza de recibir el aire fresco de las buenas nuevas.

Pronto encontró un nombre de guerra, un alias apropiado para su tarea: Romy Sanel. Gustó una elección que sofisticaba a la chica de pueblo; parecía que con el cambio se profesionalizaba en esos dos colores del espectro visible, a la par que establecía una diferencia conceptual entre la informadora en ejercicio y la periodista en potencia.

Ha nacido periodista, emocionaba a Ana María que le dijeran.

Desde que aprendió a leer con fluidez y a escribir sin faltas graves de ortografía se vinculó a la comunicación. Enseguida distinguió entre los titulares de prensa, la línea editorial y los artículos de opinión de los periódicos, y con letra presurosa llenabas libretas y cuartillas informando a multitudes etéreas del meollo de la noticia; tardó algo más en utilizar el habla para transmitir los acontecimientos a ese mismo público dependiente de su corresponsalía, prefería escribir, apostaba por el medio impreso para hurgar en las madrigueras. Se veía en primera línea de noticia fulgiendo su carné profesional y en la recámara la tarjeta con el logotipo de una sólida empresa, de las que franquean el paso a sus colaboradores; porque hay que protegerse de las acusaciones, de la competencia torticera y la inefable envidia, el descrédito y el subsiguiente hundimiento en el pozo ciego. Ana María aspiraba a la cuota de inmunidad con que se protege al informador acreditado.

Imaginaba para ella el único futuro profesional, y personal, que cabía en su deseo: convertirse en periodista. Una magnífica periodista, por descontado; la mediocridad ni el conformismo eran cantos que le llenara los oídos y la ambición. A la vida ser viene a jugar fuerte y a ganar, pensaba, y lo demostró en su etapa estudiantil. Porque la imaginación no bastaba para salir por la puerta grande del pequeño mundo y afrontar los desafíos de una profesión de riesgo, plagada de trampas y equívocos, demandas y fuentes silenciadas, con exceso de nombres y falta de huecos por donde colarse. Llegar era importante, pero nunca tan difícil como sería mantenerse por su propio peso; tenía que conquistar un espacio con ventilación; tenía, como cualquier hijo de vecino, que encomendarse a la intercesión de la fortuna al carecer de padrinos; tenía que obtener unas notas excelentes y sacarles rendimiento como el mejor aval de su bisoño currículo.

Ana María Albentosa Pinel era al poner pie e ilusiones en la capital un pretencioso espíritu adicto a la pesquisa en una sociedad informativamente parcelada.

La prematura ola de frío siberiano exfoliaba las lívidas pieles urbanas en una fustigadora terapia de grupo. Los transeúntes arqueaban el cuerpo, los conductores proferían su disgusto en la privacidad de los respectivos habitáculos y los servicios públicos se resentían con la avalancha de solicitantes. Lo de cada año en circunstancias similares.

Lo novedoso para la buscadora de empleo Ana María Albentosa Pinel no era el gélido ambiente expedido desde el Noreste del planeta, sino encontrar su sitio en el intrincado mundo capitalino. Había presentado su breve currículo a los recepcionistas de plantilla de las cabeceras de los diarios y los programas de radio y televisión con los que

se identificaba antes y después de titularse, siguiendo un orden de preferencia que aguardaba impaciente la decisión para finalizar el trámite o insistir con entregas en mano o envíos por correo hasta agotar las posibilidades. Obtuvo respuestas muy similares en cuanto a las negativas: Gracias por mandarnos..., en estos momentos..., conservaremos sus datos...; y de un cariz menos impreciso por lo aséptico las positivas, aquellas que filtraban una perspectiva de admisión en el equipo. Lamentablemente, en la exigua lista de los interesados en evaluar su aptitud laboral no resaltaban los favoritos, como era Radio Iniciativa ni el periódico digital del grupo, ni pasaba por la cabeza de los responsables de personal que la entrevistaron el ubicarla en la órbita de la actualidad política nacional o la crónica de tribunales; esos ámbitos informativos estaban desaprobados para la novata.

Lo que le adjudicaban en consabido periodo de prueba no admitía réplica. Lo tomas o lo dejas, Ana María: era el resumen de las ofertas. Y como de donde no hay no se saca y tenía que estrenarse en la plaza para ir cobrando experiencia, cogió la oportunidad que le brindaba lucir su apreciado estilo de redacción y síntesis poética de las banalidades, las ramplonerías y la insulsa dinámica de la mundana frivolidad. Dispuesta a superar barreras y prejuicios en la lidia presumidamente acordada con la corporeidad decorativa, los reclamos de envoltorio y las correas de transmisión, alternados los protagonismos y las fechas de posado y vertido, saltó al ruedo la periodista novata con la idea fija de pasar página laboral en uno, dos, tres, toques mágicos de aptitud.

En este inicio prometedor —échale ganas y acierto, se repetía al levantarse y al acostarse—, el mayor riesgo que enfrentaba corría por cuenta ajena.

Riesgos como el de vivir en directo un atentado terrorista cometido para cambiar el curso de la historia en el inmediato proceso electoral.

—Las puntadas llevan hilo y oficio —sentenció dolido y apesadumbrado Héctor Regidor desde su micrófono de *En corto y por derecho*, el programa estrella de Radio Iniciativa, nada más conocerse la noticia.

Temprano se advertía un cambio de tornas, y lo peor, las secuelas de la acción concertada, estaba por venir, auguraba el veterano comunicador y temía, aturdida e inquieta, la periodista novata. La incertidumbre y la confusión eran dos factores desestabilizadores del precario equilibrio que administraba su tránsito diario por la jungla de los intereses creados. Egoístamente, sopesaba con atisbo de miedo, prefería que sus dilectos oráculos erraran en el pronóstico; egoístamente pedía a los patrones de los imposibles, aferrada a una tabla de salvación desprendida del naufragio, que la librarán de futuros males negando realismo a las profecías de la revelación.

Ana María estaba preocupada por el devenir de los acontecimientos en el corto plazo. Igual que millones de personas, creyentes o no, confiadas a la providencia. Una providencia de corte humano, egoísta y cobarde, falaz y demagoga, encarnada en los parlamentos de las facciones políticas que concursaban por el favor visceral de los electores de ejecutiva en ejecutiva y de comicios en comicios. Había que sobreponerse a la tragedia y seguir —¿adónde?— por el camino trazado —¿por quién?—, fluyendo como el agua que discurre remansada por el cauce fijado. Otra opción que cabía considerar era la de hacer caso a la línea informativa de la mayoría de los medios, que con mínimas variaciones en el desarrollo de las noticias diseminaban un credo por

lo común bien acogido, verosímil por la necesidad de aceptarlo, tremendamente simple en el fondo: aquí no ha pasado nada; y su traslación para un público menos maleable: no pasa nada; y su derivada de emergencia para contrarrestar a los más inquisidores: lo que haya pasado no importa.

En la encrucijada, sin el consejo de la experiencia, se encasquetó las orejas de la huida hacia delante.

Deprisa, sin girar la cabeza, apretados los dientes, las uñas afiladas pero escondidas, pisando firme la tramposa senda del éxito, Ana María cubría etapas menores a saltos de gorrion, a vista de lince, con buena opinión de sí misma. Tenía que aprender a ser una buena estrategia y una hábil luchadora con diversas armas a su alcance para competir en un terreno enfangado.

A menudo se explayaba Héctor Regidor en sus lecciones matinales de supervivencia profesional, en el tono didáctico que modula un viejo maestro de escuela que ha sentado cátedra en muchas aulas; y no se cansaba de repetir a su audiencia que cualquiera que fuese el desempeño había que ser el mejor, honesta y concienzudamente esmerado en la tarea. Lo recalca una persona con el origen y un trecho del largo camino equiparable al de ella, la chica de pueblo reclutada por las expectativas de la gran urbe donde confluyen las ambiciones y se consuman los deseos antes de someterlos a un juicio equitativo por su resultado práctico.

Insistía Héctor Regidor en el valor de la constancia y en el aprecio al trabajo.

—Ya sea la materia frívola, descarnada o estrictamente veraz, es digna del respeto que merece su público. La suma de colores pinta la delicada belleza...

Entonces hablaba de los paisajes de su tierra natal contemplados en las descubiertas de un niño que aún no soñaba con horizontes urbanos. Eso llegó con los obligados cambios de residencia para ampliar estudios y ensanchar las posibilidades que padres y becas iban labrando; al empeño le correspondía el esfuerzo y a ambos los vinculaba la ayuda y el propósito de llegar lejos y alto en la sociedad de la competencia. El chico de pueblo tenía el corazón agradecido, la mente proyectada y el espíritu aventurero, y nulo afán de ingresar en la nómina de los empleados públicos; le provocaba disgusto la mera sugerencia de encaramarse a la repisa del funcionariado para asegurarse un puesto de trabajo con ventajas contantes y sonantes y un sueldo de por vida.

—Yo sólo hubiera podido ser funcionario de alguno de los tres cuerpos que deberían permanecer incondicionalmente al margen de las influencias, los cohechos y los momentos políticos, a saber... — Y citaba a militares, policías y jueces, alabando a los servidores públicos íntegros y maldiciendo a los venales.

La peripecia laboral de Héctor Regidor estuvo siempre relacionada con la búsqueda de un espacio propio, aun trabajando por cuenta ajena en el ámbito precario del aprendizaje.

—Elegí la empresa privada... y después de tropiezos, zancadillas y empujones, aquí estoy.

Ana María Albentosa Pinel, la chica de pueblo a la que padres y becas imprimieron carácter, la emigrante que eligió la rivalidad cosmopolita en la urbe atractiva de sueños factibles para demostrar su valía, aspiraba a convertirse en periodista de investigación.

—Hay que ser bueno en lo que se haga, y si es posible el mejor.

Una buena periodista de investigación en el presente, y la mejor en el futuro.

El currículum de Ana María no llegó a la mesa de Héctor Regidor, algo previsible por otra parte. Lo llevó en mano, nerviosa, ilusionada, a Radio Iniciativa poco antes de la finalización del matinal *En corto y por derecho*, con la vana pretensión de que la hora de la entrega remitiera su hoja de méritos al juicio del empresario sin intermediarios clasificadores. Pero existía la criba también para las almas gemelas.

La casualidad quiso que en el historial académico de Ana María se posara la mirada de Sonia Urrutia, la psicóloga colaboradora de la casa que a veces, como ese día, ejercía por delegación la lectura de solicitudes. Sonia se interesó únicamente por la apostilla del documento personal; era infrecuente, muy raro —sólo había conocido un caso y llevaba su firma al pie de la página—, que alguien sin pedírselo escribiera una reseña de su ambición laboral con categoría literaria y pleno convencimiento de lograrlo a base de tensión.

Lástima de no haberla entrevistado en el momento, se dijo.

Esa noche lo comentó con su marido.

—¿Has hablado con Héctor?

—No.

—¿Y con dirección de personal... los de recursos humanos?

—No.

Sonia le pidió que opinara.

—Creo que lo ha escrito para Héctor. Ha pensado que podía llegarle.

Tirso leyó el manuscrito de catorce líneas en el reverso de la hoja curricular.

—Coincido —dijo. Se fijó en la pulcra caligrafía y en la foto que adjuntaba esa fotocopia del documento de solicitud laboral—. Habla tú con ella.

Sonia desestimó la sugerencia.

—No puedo ofrecerle lo que busca.

—Probablemente busque varias cosas al pedir un trabajo.

Sonia estaba segura de eso.

—Te entiendo.

—Llámalas, reúnete con ella, confirma tu suposición.

Tirso le animaba a profundizar en el impulso.

Tirso Andrade propuso a su mujer que actuara como una investigadora que sigue un rastro abandonado, desviado o suspendido, en una galería subterránea sin iluminar, a muchos metros de profundidad y por debajo de las capas menos cartografiadas de la guía de caminos silvestres, y desasistida de alimento, referencias y ventilación, con la única compañía de su instinto.

Tirso exageraba, pues no era objetivamente comparable su trabajo de pesquisa con el de ella ni las posibilidades de penetración en la vida de la periodista novata con las cegadas en el mundo a oscuras. Desde el fondo del pozo, en hipérbole, proponía a Sonia una cita de consulta con los atributos de racionalidad y discernimiento que confirman a la persona todavía no desposeída de entidad ni de criterio rebelde.

—Lo pensaré —dijo ella.

Tirso seguía pensando agarrado al pábilo de la esperanza por estricta necesidad. Pero a diferencia de una considerable porción de censados perplejos ante las revelaciones y los desmentidos: “¿Será verdad?” “¿Es posible?” “Tú crees qué...”, con sus voces disonantes, espontáneas, centrífugas, sobre asuntos de portada y bambalinas. Preguntas estas que

no afectaban, en el hilo de la cotidianidad, a los momentos de esparcimiento por estricta necesidad. Había que vivir en el terreno de juego impuesto por el árbitro y con un reglamento interpretado por el comité de designación y sancionador; había que desestimar por parte del público las apelaciones para reformar las injusticias —¿quién decide qué es o no injusto en el fangal de juego?—, para corregir los atropellos, para desenmascarar a los criminales. Había que vivir la vida, simplemente; y desengancharse de las percepciones esquizoides para mantener la salud y algunas puertas abiertas.

A ser posible, también de los sueños que carecen de sujeción consciente.

Tirso dormía vencido por la fatiga sin armonizar un sueño reparador, un oasis de calma, asediado por una secuencia de imágenes insonoras que reproducían con absoluta fidelidad un campo de batalla cicatrizado por trincheras y salpicado de cascotes, envuelto en humo asfixiante y batido por un fogoso y continuo viento que avivaba el origen del incendio. Otro día, otra noche, la secuencia de imágenes insonoras lo trasladaba a un mar de aguas procelosas que le cubría por encima de la barbilla, a un acantilado concebido para despeñarse por una naturaleza adulterada, a una antesala de ejecuciones.

Ana María Albentosa Pinel dormía a intervalos de comunicado onírico, con sueño arrebatado a la inquietud por su futuro inmediato. Unas veces el mensaje era tranquilizador, sirviéndole raciones de prebendas al gusto; en cambio otras veces le ponía sobre aviso al despertar, despreciando su título y méritos. Los mensajes hablaban con voz de oráculo huraño: “Tu carné no es acreditación suficiente para acceder al núcleo”, “Quédate sentada en el paraninfo con los

promocionados por favores a la causa hasta que el vocero lea con la solemnidad y discreción que requiere el acto sus nombres y los viejos rangos”, “Fíjate en la sala inmensa de techo abovedado y suelo de escaques, y huele el sahumero de azufre que prende en el tribunal de admisión”, “Disimula y observa”, “Memoriza los actos, los pasos y los rostros descubiertos”, “Compra los productos a la venta en la tienda de regalos”.

Le gustaban ejercitar su intelecto con acertijos, a los que se aficionó desde niña, y deseaba investigar y transmitir urbi et orbi la información conquistada para ganarse la vida, pero aquellas enigmáticas advertencias de difícil análisis la confundían y...

“No desesperes, vela por ti la casualidad.”

Equilibrios en la cuerda floja sin red de seguridad. A esas alturas, ni el engaño abrigaba la esperanza de Tirso Andrade. Los inexistentes no comparecerán ante ninguna comisión parlamentaria, aunque sirviera de algo más para el espectador de los resúmenes en imágenes y sonido directo que apariencia y tapadera, ni declararán a puerta cerrada ante el juez instructor por las causas abiertas.

En el espectador ahíto de unas informaciones reiterativas pretendidamente didácticas, se condensaba un jurado con la decisión tomada. Todo había concluido, todo estaba sentenciado. ¡Déjalo ya! Punto y aparte.

Aparta, sal, vete...

Escuchaba la amonestación en los carriles del circuito cerrado y crecer el rugido comparsa por los conductos de aireación. A través de los canales jerárquicos, de uso restringido a los operarios del sistema, le fue presentada a la firma la enésima versión del pacto de la callada por respuesta, una

versión renovada de compromiso expreso que tan solo difería de las precedentes en la fecha de lanzamiento: Nada aporta ni imagina ni supone ni conjetura el que nada sabe. A los cuarenta años, con diecisiete de servicio, queda una eternidad para la jubilación y después, todavía, una remesa de vida con su propia historia.

Abandona la charca pestilente...

La inmersión en las arenas movedizas era una técnica de aniquilación eficaz. Traga que te traga, los episodios resbalaban por la cadena de montaje hacia el fondo, un depósito de pruebas y testigos que nunca serán citados a mostrarse. Lo recuerda una voz insomne, de perfecta dicción, infiltrada en todas las frecuencias las veinticuatro horas de cada día: si no ha sucedido es imposible que reviva en una audiencia pública.

¿Alguna duda?

Ni pruebas, ni testigos, ni dudas, enumera Tirso Andrade en su rincón de castigo.

Es la liquidación del negocio por el fin de las existencias.

Se le echaba el tiempo encima.

Tirso Andrade imprimió velocidad para completar su proyecto. Creía que gracias a un hecho fortuito lo más complicado ya estaba resuelto, y ese alivio le facilitaba atar los últimos cabos sin incurrir en errores evitables.

Los episodios del presente requieren para su comprensión de una vuelta al pasado.

Tirso Andrade presumía de memoria en la Facultad de Derecho. Pero, naturalmente, no era el único estudiante universitario con esa potencia del alma. La virtud de afinar los textos leídos en los libros de consulta y las palabras es-

cuchadas en clase para verterlos en los exámenes era igualmente notable en Loreto Bande, su compañera predilecta en los cursos de la carrera comodín.

Poco importa cómo se conocieron, tampoco cuándo, ni quién dio el paso mayor para formalizar una relación que oscilaba como la llama de una vela entre dos suspiros. Demasiado pronto o excesivamente tarde —la precisión carecía entonces de relevancia—, ambos consumían en la parcela compartida de bar la oferta de batalla, la ración de las pausas, en la que introducían —él con desparpajo, ella con tiento—, las aspiraciones personales y los criterios de racionalidad ajustados al ponente que aguardaban materializarse al finalizar la escalera de ángulos rectos.

—¿Cuántas veces has tropezado? —le preguntó Tirso a bocajarro, quizá la segunda vez que se dedicaban atención directa y exclusiva.

—Nunca me he caído.

Loreto transitaba a conciencia una pasarela estable en un mundo casi propio y perfecto, sin correr más riesgo que el dimanante de sus decisiones y aquello, inevitable, que el azar pudiera enviarle; estaba donde quería y participaba del ambiente académico en las dimensiones aprovechables para su plan de futuro, midiendo las frases, las insinuaciones y las licencias para redundar en el beneficio de la convivencia. Tirso la percibía como la humanización parcial de una estatua, la recreación de Isara, diosa de la Mesopotamia antigua, señora del juicio y de la revisión de las víctimas y la garante del juramento, inextricablemente unida su presencia en carne mortal con los deseos de una inteligencia hermética. Loreto reparó en el acídulo admirador gracias a la insistencia de parte y a la misteriosa atracción de oficio que

sienten los antagonistas, también llamada curiosidad o entretenimiento y prueba de resistencia y aventura a tiempo convenido.

La sincera y sensible relación con Tirso fue un episodio de juventud imprevisto por Loreto, un fenómeno turbador, insistente y apasionado, cierto en definitiva. Tirso se convirtió en su amor, el único digno de lucir ese distingo de por vida. Loreto se enamoró sin darse cuenta —un suceso extraordinario que le arrastraba a la intemperie— que de ella había partido la iniciativa y de ella, en igual grado de entusiasmo por el resplandor del horizonte, una petición de reciprocidad en el compromiso.

—Yo, tú, nosotros.

—Nosotros, tú y yo.

Sucedió una noche, como en las películas de la primera edad dorada del cine, y con un halo romántico extraño a los protagonistas. De improviso, los dos pasajeros sin billete ni equipaje embarcaron en la deleitosa nave que surca el mar bonancible que aproa la Isla Fausta. Y pronto, aguas adelante, las velas desplegadas, el puente vacío de tutela, Loreto descubre en el relieve del compromiso que ella gobierna el amor, el suyo, con la eficacia restrictiva y ventajosa que aplicaba al resto de sus emociones y sentimientos. De alguna manera, por exigencia de su guion, Loreto tenía que embridar el desequilibrio y las contradicciones, y los vaivenes de dolor y placentera reconciliación, que le causaba el enamoramiento. El guion de Tirso, en cambio, estaba en blanco, escrito con tinta invisible, y transparentaba su ignorante discernimiento entre el amor y el querer, compensada la grave falta por una ilusión contagiosa que manejaba impetuosamente el otro timón de la nave.

—Tú y yo.

Las efusiones de palabra y de obra concedían un amplio espacio acolchado a la salvaguarda de las cautelas impartidas en privado y a título individual por la esencia de los diferentes.

—Yo.

Repentinamente destacados en la diferencia: la razón rebelde de Tirso, el sólido argumento de Loreto. Cada uno de vuelta a su mundo, pero sin alejarse de la influencia peculiar del otro.

Loreto se había apartado de su ruta, un alejamiento un tanto insignificante en la práctica, y volvió a ella, en un giro sin brusquedad, como si durante ese periodo nada hubiera cambiado en su percepción de la vida. El secreto lo llevaba a buen recaudo consigo, pues en realidad sí que había experimentado el sinsabor y el almíbar de las improvisaciones.

Tirso siguió con su plan universitario también. Pero a diferencia de Loreto, que igual podía decantarse por el ejercicio privado de la abogacía en un gabinete de firmas prestigiosas como optar a una oposición, lo que él quería aprender no se impartía en las aulas.

—Me atrae el reverso de la información y la letra pequeña de los acuerdos —le confesó a Loreto al iniciar la breve travesía por las remansadas aguas del mundo feliz.

—La vida es más sencilla de lo que tú la planteas —le repuso Loreto cuando empezaba a caer el telón que cerraba una época irrepetible.

Adiós al tiempo muerto, se reanudó la competición.

El día último llega no pocas veces sin avisar, tan inexorable en su patrocinio de cambios como en la elusión de la apacible memoria que inmersa en las categorías pasadas prolonga un tiempo de ideas puras.

Se despidieron en un acto de conciliación que no guardaba rencores sino afectos y la promesa, que no hacía falta renovar, de acudir solícitos a la llamada del otro. Los opuestos se juramentaron en la complicidad futura al borde del embarcadero, suspendidos los cuerpos en un trecho de vacío, con la mirada perdida en el antiguo resplandor del horizonte.

Tirso Andrade declinó cualquier oferta posible de ejercicio de la abogacía, incluidas las que tímidamente se asomaron a su cabeza; no era ese su camino. Quizá tampoco le dibujaba un camino atractivo el matrimonio, por consideraciones de ámbito personal que desbordaban el encauzado episodio de su relación con Loreto, y sin embargo se casó con Sonia, una colaboradora preferente del empresario Héctor Regidor, licenciada en psicología, con el que había inaugurado el proyecto radiofónico y su curso de posgrado en lenguajes de comunicación de masas —una maestría para titulados superiores. La consumación de la pareja tuvo lugar en otro tiempo muerto, muy dedicado por Tirso a leer y escuchar, con asistencias a presentaciones de libros, iniciativas sociales y disertaciones privadas que abordaran temas de su interés. Así conoció de vista, superficialmente, a Héctor Regidor, con quien no cruzó palabra hasta que Sonia, inmiscuida en ambas vidas, les tendió un cable. Había nacido una asociación cuyos frutos maduraban pendientes del árbol.

Sonia hablaba a menudo de Héctor Regidor en las conversaciones de pareja incipiente sostenidas con Tirso. Por ella supo, sin que fuera ni misterio ni secreto para nadie, que el joven Héctor ideaba con soltura y variedad de expresiones, no rehuyendo la polémica que le lanzaban como cebo y como trampa los ya rivales en la adhesión del público, ni apeándose de su razonamiento cuando esgrimía

como bandera de sólido y largo mástil los abrumadores testimonios de sustento; también lo hizo célebre en los grupos favorables y en los muy activos y zapadores adversos, su animadversión contra la costumbre —que tachaba de pérfida— y el oficio —que tildaba de ruin— de la contemporización. Tirso descubrió en Héctor y en Sonia identidades de sí mismo que habitaban mejor en ellos dos.

Héctor y Tirso indagaban en sus respectivos territorios de actuación, Sonia extendía su jurisdicción psicológica en todas las direcciones del comportamiento humano reconocible y lo que no entendía, pese a comprenderlo en virtud de una voluntad transigente en la concesión de oportunidades, lo preguntaba porque era su propósito saber y adecuarse a la realidad del ser específico.

—Cuentas detalles de tu vida, pero no deduzco de tus relatos una línea, una continuidad en el tiempo.

Tirso respondió al comentario de Sonia con más cortes temporales.

—Lo que he vivido se explica por la memoria del hecho en sí, fidedignas o distorsionada por múltiples factores, y por la interpretación de ese pasado devuelto a la actualidad en el presente de la pregunta.

Sonia reproducía la conversación jalonada de prudente interrogatorio unas horas después en diagramas seriales y circulares, sentada a su mesa de trabajo, a veces echada en el tresillo de casa con el televisor, la radio, el equipo de música, encendido a bajo volumen, para no confundir las voces ni distorsionar los sonidos, queriendo averiguar tanto el sentido de las palabras de Tirso como el de sus propios actos respecto a él, cuando ya se había adueñado de su pensamiento.

—¡Hay que insistir! ¡Hemos de hacernos notar! —repetía un enfático Héctor Regidor cada mañana y cada noche, al

principio y al final de la jornada para que la familia —¡somos una familia!—, el equipo —somos un equipo!—, los profesionales y meritorios involucrados en el proyecto de comunicación —¡somos los mejores!, ¡nadie es mejor que nosotros!—, repartieran las mismas proclamas en las distintas franjas horarias de emisión a la conquista de audiencia y alerta en la competencia—. ¡Así se empieza y así se gana, amigos!

Preguntando sobre las mismas cuestiones de diferente manera y en momentos de relativa placidez, quería Sonia sonsacar una verdad oculta; pero Tirso era más hábil que ella en el juego de las propuestas y acababa reconduciendo la práctica a la teoría para desespero de Sonia. Hasta que se convenció de que no se amoldaba a un patrón, aunque lo hubiera patentado, ni seguía las estrategias de distracción registradas con abundante casuística en los manuales. Tirso enarbolaba una sinceridad que a ella le parecía intempestiva, mientras que era delicado en el soslayo y en la ocultación, queriendo dar a entender, intuía Sonia, que la responsabilidad de averiguar era de quien preguntaba. “Las respuestas llegan antes con las preguntas”, le decía y luego callaba, quizá inseguro de haber acertado o fracasado en un asunto traído a colación; pero Sonia se moderaba al preguntar, porque era enemiga del exceso y porque un acoso en toda regla con preguntas e interpretaciones equivalía a una relación entre paciente y terapeuta en la que Tirso, de grado o por fuerza, adoptaba el papel de objeto de estudio. —¡Perseveremos! —animaba a diario Héctor Regidor.

La consigna prendía destellante en la mesa de trabajo de Sonia, como un rótulo de grabado artístico, y en sus anotaciones de uso consultivo. Escribió de Tirso un epílogo que estaba dispuesta a eximir de añadidos: *Es una personalidad*

disociada de SU entorno, con el subrayado y las letras mayúsculas para que saltara a la vista que en Tirso su tiempo no se movía en círculos ni se complementaba en series, sino que en un momento dado, sólo presumible por él, se cortaba el tiempo de la narración poniendo en movimiento una alternativa, o varias, al suceso, entrelazándolo a la vez que dividiéndolo; y cada historia, recién nacida, cobraba vida independiente y perturbaba la ilación.

—Cortes, cortes, cortes... —murmuraba Sonia a sus notas privadas.

La irrupción de Loreto en el enrevesado mosaico que era Tirso abonaba las deducciones de Sonia.

—Cortes, cortes, cortes...

Enseguida descubrió que ni Loreto aprobaba la actitud de Tirso en cuestiones intrínsecas, de titularidad exclusiva, ni él la de ella; en ambos se daba una reciprocidad que los mantenía unidos en la divergencia. Y lo llevaban con toda naturalidad, incluso a gala. Eran un modelo de antagonismo bien avenido. Asombroso, sorprendente, escribió Sonia Urrutía.

—Tú qué crees —le preguntó a Héctor Regidor en vísperas de su boda con Tirso.

—La amistad es un vínculo muy fuerte. Si ellos dos son verdaderamente amigos, y cabe pensar que es así por lo que me has contado, yo que tú me sumaría o me lo quitaba de la cabeza.

Sonia se puso en el lugar de Tirso para conjugar una hipótesis con el hecho que tenía fecha e invitados y del que ella era coautora y encarnaba a la protagonista. Una niñería. Una estupidez. Un desafío incoherente al índice de probabilidades. En primera instancia, castigando su inseguridad,

concluyó que si ella fuera Tirso hubiera elegido el matrimonio con Loreto; en segunda instancia, elevado un recurso ante el tribunal de apelación, convino en lo inviable de un enlace nunca concretado y de cuyos antecedentes no cabía extraer otra versión que la sucedida; por último, agotados los supuestos y los diagramas de apoyo al raciocinio, Sonia comprendió la certeza sentimental entre Loreto y Tirso sustentada en el deseo de permanencia en el recuerdo del mundo que habían edificado y demolido en un plazo corto, lo que para ellos era una obra de titularidad exclusiva de imposible reposición e incompatible con las interpretaciones de terceros.

—Un mundo, dos mundos... —murmuraba Sonia a la hoja de papel donde escribía sus anotaciones con letra desgarrada.

Algunos pensamientos son atrevidos, como las acciones que los ejecutan, pero otros, que difícilmente trascienden del autor por miedo al ridículo, fluctúan obsesivos en un légame de interrogantes.

Le caía bien Sonia, y su profesión era atractiva.

Loreto fue sincera con Tirso y él correspondió a la franqueza como ella supuso y temía.

—No...

Claro como el agua limpia y enigmático como el viento racheado, Tirso era previsible en el intercambio de golpes y era reservado con la duración de las situaciones tensas.

Loreto le comunicó la fecha de su boda con el arquitecto al amor de la recesiva urbe interpretando un nocturno piano.

—Ya está.

Según Tirso lo había decidido in illo tēpore, justo al descender la pasarela del barco y poner pie en tierra firme.

—Con redoblado espíritu de conveniencia.

Loreto le aconsejó que la imitara y el replicó que se negaba a trazar su vida con tiralíneas.

Era nuevo y hartó desagradable para la juez Bande ocupar el banquillo de los acusados.

—Un enlace a la carta.

—¿Qué tiene de malo?

La regañina de un amigo incordio.

—Has ganado. ¿Pero qué consigues? —susurró Tirso perdida la mirada en un agujero negro.

Era una pregunta tonta, innecesaria, que Loreto, contemplando el mundo desde una sólida atalaya, acarició en su quedo desvanecer.

“Cortes, cortes, cortes...”

Escuchaba Sonia su voz de novia viajando en el tiempo. Había cambiado el siglo y lo que atrás resuelto y ya sin susto quedaba era la conmoción tecnológica del 1 por el 2.

“Un mundo, dos mundos...”

Había pasado un año, en números redondos, de... aquello y la controversia remitía públicamente aminorada.

Transcurrido un año del atentado, del accidente desgraciado en la versión oficial, y dos años de los atentados en una sola jornada para el olvido en la versión oficial, Tirso Andrade tenía prisa. Le acuciaba una necesidad que había objetivado las emociones hasta sustituirlas por un estado de permanente demanda.

Urgencia, incrementada en el atasco.

Los humanos son seres dominantes, encaramados a la cúspide de la inteligencia y la necesidad, que gustan de las complicaciones y de las mudas estéticas, pasionales en cualquier

terreno y dados a distraerse con los elementos superfluos y decorativos del paisaje; en definición nunca publicada de una mascota con sobrada experiencia.

Como el perro que había adoptado Julián Bruño, retirado de la actividad para la que fue adiestrado al cumplir las condiciones de servicio, y todavía listo, premioso y obediente. Los dos eran veteranos y por edad y salud debían correr turno pasivo en vez de los peligros inherentes al cargo; al perro ya le correspondía legalmente el merecido descanso de la jubilación. El animal, que no conocía previamente al dueño de sus últimos días ni que su destino tuviera que ver con su eliminación informática —ahora estás, ahora no estás— de una lista en la que figuraban los nombres de los perros que podían ser adoptados antes de ser conducidos al premio de consolación de la residencia canina, depositó su confianza y su instinto, nuevamente, en el humano al que ardaleaba el cabello desde la reválida del bachillerato superior, que fruncía característicamente el entrecejo antes de leer las minutas y después de revisar los informes, que encorvaba ligeramente la espalda en un cuerpo adaptado a los gabinetes, y paliaba la irritación ocular a base de colirios y gafas de cristal oscurecido. De esta guisa pintaba físicamente el preceptor de Tirso Andrade durante la intensiva formación a la responsabilidad profesional aspirada. En el expediente de aquel licenciado en derecho de natural reservado, de ambición notoria por aprender y aplicar lo asimilado en las clases de teoría y de práctica, bien dispuesto y capacitado, con traza replicadora idónea para la iniciativa cuando se presenta forzosa, hizo constar sus defectos y virtudes, en este orden, a los juzgadores de los méritos e impedimentos en la selección definitiva.

Tirso Andrade resultaba apto para el puesto que se le adjudicaría una vez superado el examen final.

El preceptor Julián Bruño, que apreciaba las cualidades del ya candidato a ingresar en la esfera ejecutiva de la seguridad nacional, omitió a los veintisiete años de Tirso el resumen de sus conocimientos fruto de la experiencia en el escalafón. Lo que vale a una persona que ha finalizado un ciclo no tiene porque servir a quien lo inicia, ni las ganas por despedir las tareas encomendadas sucesivamente con el anhelo por empezar a labrarse una reputación en el seno de la jerarquía. Tirso debería hacer su propio epítome al cabo del tiempo y libre de influencias.

La *Dirección* impone y apremia, el *Instructor* tañe las cuerdas del instrumento con parsimonia, sopesa, calibra y examina, y si el proceso aleccionador no denuncia incapacidad, en un registro sensible a la mínima duda, el *Aspirante* aprueba. El cometido de cada pieza es claro y simple, en semejanza nada casual con la explicación concreta de un fenómeno.

Tirso Andrade había aprendido, avalaba su acreditado preceptor. Fin del proceso.

Pero un día, aparentemente indiferenciado de la rutina, se le escapó la voz, y casi de igual a igual, como si ambos hubiesen sido afectados por una experiencia idéntica, el veterano Julián Bruño confesó al novato Tirso Andrade que su vocación había sido truncada por el acatamiento al deber, y tan concisa como esta declaración fue la que, también en su roída voz de fumador, afirmaba que el sentido de la vida lo da la muerte ya que la muerte es una constante y, empujando hacia arriba la montura de sus gafas, resaltó la importancia de mantener alerta los sentidos para verla venir.

Julián Bruño serenaba su conciencia trasladando parte de su añosa carga de arrepentimiento al espíritu volador de Tirso, pero se mordió la lengua después de los titulares y

tragó de vuelta al dique seco el desarrollo de la noticia y otras cuestiones que pedían licencia para mostrarse sin tapujos. La vida profesional del escogido excede el cauce previsto por las leyes, los reglamentos y los códigos, para no mermar la eficacia del obligado cumplimiento por estrictas razones de seguridad; pero aun siendo elegidos rigurosa y discrecionalmente, no todos los aprobados siguen ciegamente el mandato superior, pues es pedir demasiado, incluso en las altas instancias, que los eslabones actúen siempre como autómatas al dictado de las circulares internas. Una simbiosis de la prudencia y la cautela, tan antigua como el primer error, le recomendaba callar la ruta de los asentamientos del poder que a él fue confiada premiando su lealtad, un secreto tan efímeramente consistente como el humo de los cigarrillos que le demandaba su adicción.

—Me la llevé a casa...

Julián Bruño pidió una modificación del inventario al responsable de la sección canina, un amigo. La tecnología informática permite una adición o una sustracción con la inmediatez de la luz —ahora aparece, ahora desaparece—, basta teclear una contraseña para apoderarse de una vida, rectificando cifras y datos.

—Así de sencillo.

Tan fácil como rectificar las circunstancias de un suceso o un nombre de la nómina de los vivos.

El modelo era ella, transcurridos los años pertinentes de estudio y ascenso en la escala profesional para convertir la atrevida ficción en lustrosa realidad.

La niña Ana María visionaba a diario, con nitidez y detalle, a la mujer que pasado el tiempo ocuparía por derecho plaza de informadora en un medio de mucha audiencia y

reconocido prestigio. En las apariciones imaginadas y soñadas de la mujer periodista que llevaba su nombre, ninguna de las dos hacía mención del sueldo ni los emolumentos, lo que daba a entender la nula importancia concedida por aquellas fechas a las retribuciones dinerarias por su cargo en el organigrama de la empresa de comunicación. Abrazada a la almohada, un gran y grueso muñeco que alternaba en el discurrir de las horas el peso de los brazos y la cabeza, y con una mano autónoma a la ingenuidad que cosquilleaba el abdomen como patas de lagartija traviesa, la adolescente Ana María, inspirada por la buena estrella que le proporcionaba su hada madrina en el mundo de los sueños, concebía una amistad de su presente en fase de composición con el futuro de la mujer formada.

Pero a lo largo del camino las situaciones son tan cambiantes como las personas y los sueños que escriben su relato con caligrafía fantástica. La transición entre épocas leyó su epitafio en las aulas de la facultad, en los corrillos de pasillos y cafeterías y en la lectura de los periódicos comprados en los quioscos del metro; la voz de la radio y las imágenes de la televisión eran nocturnas, antesala de la caída de párpados, las más influyentes en la hegemonía del sueño. Los de la infancia creativa y adolescencia parecían controlados, respondían a un deseo que si era preciso los interpretaba al despertar, pero como entonces su mano desligada del abrazo al muelle espíritu protector, algunos sueños en la edad adulta diferían en contexto y protagonismo, revelando aquellos que no fueron pocos de los que podía acordarse sin intrusión de adaptaciones a conveniencia, un panorama que hubiera deleitado a un artista del surrealismo en su explicación a la cámara. La promiscua Gea y el laborioso Saturno, pareja antiquísima y fecunda, madre y padre de una titánica prole, negociaron el advenimiento de

la memoria personificada en su hija Mnemósine. Atento a las miríficas novedades y esgrimiendo su irrefragable derecho de cata y pernoctación, el Sumo Administrador de censos, haciendas y dones, Zeus, dio en unirse con Mnemósine durante nueve noches consecutivas, en un maratón intelectual de compases y devaneos, desembocado tras plazo natural en las nueve celebérrimas Musas. Nacer es morir.

Un paseo entre la vida y a muerte, podría titularse la película; o la eclosión del presentimiento, subtitularse el cuadro. En otro micrófono, el genio surrealista continuaría descifrando el sentido de su obra con una elucidación del antagonismo del viejo anhelo y de la nueva aflicción, bebidas a temperatura ambiente en la Fuente de la Memoria, labrada cerca del Oráculo de Trofonio, el reputado arquitecto de la Corte Olímpica retribuido con la muerte por los suntuosos trabajos para la mítica posteridad. La muerte es la mejor recompensa que la divinidad legisladora concede al hombre.

Con tal especulación onírica en su agenda matinal, Ana María empezó a temer quedarse dormida sin la salvaguardia de su espíritu protector.

Sumar adeptos, restar detractores, y que las acciones desentendidas de la legalidad parezcan la cosa más natural del mundo en el somero juicio de la opinión pública mediaticizada.

El confirmado Tirso Andrade le daba vueltas al urente asunto de las sustracciones que había apuntado Julián Bruño, para que él, a solas, lo digiriera, resumido en la frase: ahora está lo que sea, persona, animal u objeto, y al instante ha desaparecido por la magia de la conveniencia. Y puede que, en virtud del poderoso hechizo, nunca ha existido lo que sea, nunca ha sucedido. Un dato borrado es,

obviamente, un hecho eliminado. Si a un conjunto numeroso se le hurta un elemento apenas se notará o no se notará en absoluto, según quien se encargue de la revisión. Ayer fue un perro, mañana será la memoria de los desmemoriados, dedujo Tirso, y hoy, en el ámbito de la inspección rutinaria, era una prueba de eficiencia operativa; una muestra inocua llevada a cabo desde un terminal del gran contenedor. Las digestiones pesadas generan en los estómagos sensibles reflujos ácidos y trastornos de sueño que perjudican la puesta en escena del candidato aprobado.

—El portavoz del comité de expertos me ha anticipado la luz verde para tu ingreso. Enhorabuena.

La eufonía en la noticia del preceptor brillaba por su ausencia.

Tirso Andrade frotó suavemente los nudillos de sus manos.

—Estoy dentro, ¿no es cierto?

—Sí, ya te has incorporado a un grupo selecto. —Julián Bruño masticaba con placer el bocadillo de jamón con un chorrito de aceite que desayunaba en la cafetería entre diez y once—. Recuerda que a las fiestas de copete se acude con invitación y para ser invitado hay que merecerlo.

A solas, como le pedía su preceptor, el confirmado se buscó en el espejo. Allí estaba él, frente a él, simétricas las imágenes en el cercano horizontal de los ojos. Sin embargo, había algo espectral, que se interponía entre la imagen emitida por un ser corpóreo y la reflejada, provocando que no coincidieran y una progresiva distorsión que llegó a enmascarar la superficie que delataba la anomalía. “Ahora despareces.”

Fue un sueño turbador.

También le perturbó por la sensación de realidad heredada al despertar, que no huía como tantos de sus hermanos al remembrarlo, un sueño —la proyección cinematográfica de un documental— de recurrencia variable, que lo trasladaba por mundos oscuros y organismos succionadores. Empezaba la película con una secuencia lenta, opresiva en su transcurso, de él metido en una habitación cerrada, la alegoría de una celda, y en el suelo su equipaje listo para la salida; en la habitación, a la que no se descubren dimensiones, hay una cama, un armario de seis cuerpos con dos láminas de cristal en las dos puertas centrales; la mesa está vacía, la cama y las sillas desocupadas; las láminas reflectantes del armario inculpan al recluso entre las cuatro paredes sin salida; con salida, una salida horadada en negro absorbente; introducido en la abertura viaja sorteando los agujeros negros, las trampas de puntos suspendidos en un campo gravitacional viciado por las marcas retraídas de los asesinos; los agujeros negros absorben la materia y la energía, los añicos del espejo roto cortan al volar los hilos que manejan los tramoyistas; los rastros del crimen le sujetan los párpados, viaja en el sentido contrario al origen con un foco indiscreto alumbrando la cámara mortuoria, despojada de cualquier dignidad precedente, sellada para la posteridad de investigadores autónomos, donde las máscaras han solemnizado la paz de los cementerios; una cama, una mesa, dos sillas y un armario, el equipaje de los negociadores presto y una salida secreta, ni un alma a la vista; fundido a oscuro.

El sueño podía tratarse de una serendipia, en un supuesto afortunado de hallazgo previa esmerada indagación, pero el intérprete versado en oniromancia, bajo cuya responsabilidad indelegable recae la fórmula del presagio,

apuntaba a una hermenéutica desprovista de mística y ciencia, con un esquema elemental que mostrado a prospección clamaba por lo obvio, lenta, opresivamente: los organismos succionadores son infecciosos y premonitorio el guion de la película; un manto de escombrera recubre los cadáveres arrojados a las fauces del armario; el soplo iracundo de las explosiones sincronizadas bate y cuele las evidencias; el retrato del crimen perfecto flamea y pende braveando en la cabecera de la cama; las dos lápidas de cristal reflejan atrocidades las incógnitas; yace un bulto amortajado en la cama, los cadáveres atrapados en la mentira hablan con serena valentía, en el podrido cabezal descuelga la escisión purulenta del ejecutor; se ha dado la orden de echar el cierre a los muertos en nombre de los vivos; el humo contamina el aire, toses, jadeos, asfixia, sed; la rumorosa Fuente de la Memoria acentúa la agonía del sediento; habla con la voz de la conciencia y dice al oído que el peor crimen es la cobardía y el mayor error es el de acatar la omisión; desaparece su imagen del espejo y fundido a oscuro.

El sueño, en su tercera significación, predecía lento y oprimente, un acontecimiento: unos médicos le diagnostican la enfermedad que padece, ve lo que no es cierto, siente lo que nadie; un exhaustivo análisis en un lugar reservado averigua la raíz del mal y ofrece el tratamiento para la cura; en la habitación de reposo, de espera, de asistencia sanitaria metódica, el paciente, que presenta su fisonomía además de los síntomas de la patología detectada, niega estar enfermo y rehúsa la administración de inyectables; del techo cuelga una telaraña gigantesca, las paredes rezuman una hilitura pegajosa, el suelo ondula expeliendo tentáculos ubérrimos en ventosas; la luz de la sala de curas es lechosa, el aire sofocante; al ponerse en pie el enfermo se tambalea,

por los pasillos de la clínica para infecciosos huye de la consulta y el quirófano; trastabilla, resbala, pero logra huir del circuito de pruebas médicas; en el extramuros de la calle atascada ocupa violentamente la acera, esquiva a un peatón distraído y desaparece fundido a oscuro.

Algunos nombres dicen poco o nada de la persona, otros nombres de estirpe y fama precedente maquillan la mediocridad o la bisoñez, y hay seudónimos que expenden un visado de residencia para alternar en el gran mundo y en la pequeña comunidad endogámica.

Un nombre adecuado abre puertas y derriba obstáculos, es un hecho. Sin que la sugerencia le viniera impuesta, es lo que puso en práctica Ana María Albentosa Pinel al convertirse por imperativo laboral en la periodista de sociedad Romy Sanel, una mujer blanca, soltera, de aspecto saludable afín al atractivo y complexión media. La transformación le ajustaba como un vestido de modisto, pero tenía muy presente que ella era Ana María, nacida el año bisiesto mil novecientos ochenta y emigrante a la tierra de promisión capitalina gracias a la inversión de la familia y el Estado, y que Romy Sanel se había convertido en su alteridad bajo control; una tarea que le restaba perspectiva si la acometía en la calle, como sucedió el día de autos.

La ensimismada periodista Romy Sanel reaccionó a un metro mal contado de su agresor. El repentino percutir de los neumáticos de aquel vehículo asaltante al abordar la acera la sustrajo violentamente de la abstracción, perdida la compostura y casi el equilibrio dio un brinco en retroceso a posiciones defensivas con el maletín y el bolso firmemente sujetos, clavando las uñas en las líneas de la cabeza y el territorio septentrional del destino, ahogado un gorgorito bufo pero sin poder repeler la invasión del sudor frío, la del

tembleque nervioso y el inopinado azoramiento que emerge cuando el impacto ha sido certero. Todo en menos tiempo de lo que se tarda en telegrafiarlo.

Vaya susto, un verdadero altercado en hora punta de un saltador de caminos peatonales al que nadie increpó con la merecida vehemencia ni por el que nadie consoló in situ a la viandante ni tampoco felicitó por su reflejo conservador, escribiría su nota mental un improvisado cronista; fue un incidente menor y fugaz.

Repuesta en apariencia pero agitada por dentro, calle adelante, pisando las huellas endebles, y en la intersección a la derecha por donde había desaparecido el anónimo embestidor nuevamente contraviniendo la legislación vial, la realidad del hecho se perló de fantasía. Desapareció el vigor insurgente y a la estela del intruso la maldición por la calidad plástica de su entremés.

“¿Por qué a mí?”, se quejó. Y como la pregunta traía cola los lamentos se sucedieron. ¿Por qué a ella, prudente y servicial, esforzada y cumplidora, un modelo de actitud y trabajo en equipo, le pasaban esas cosas?, sobre las que no especificó en ese momento por lo muy sabidas.

Invita minerva —contra la voluntad de las musas— eligió un bar para envolver en humo la desagradable situación que sólo a ella afectaba, lamerse las heridas y sumergir el presente en etapas caducas con llamamiento a la intercesión de Paco, un nombre todavía por encima de los nombres, el amigo que aligeraba de la precipitación y del excesivo escrúpulo. Ya no tenía a Paco el fotógrafo, el compañero honrado de espléndido talante, el pedagogo circunstancial, recomendando subir la escalera peldaño a peldaño; y ninguna de sus parejas eventuales, habilitadas para vaciar el estrés, podía comparársele en su injusta, por parcial, apreciación de las cualidades.

Después de la invocación a Paco, depuso la memoria episódica en el cuaderno donde fuera de servicio escribía las ocurrencias itinerantes. Con fingida indolencia anotó la matrícula, el color y el modelo de coche del fantasma, según la declaración del testigo, reservándola en la morada de los alicientes. La página anterior del cuaderno registraba los epígrafes de la entrevista al dictado a la que esa misma tarde y a domicilio, entre las horas del café y el té, le había sometido un artista en el canon de la estricta promoción; una paradoja frecuente en su agenda profesional, sobre las que el experimentado Paco trasvasaba su don de gentes para minimizar el desagrado por los obstáculos de pose a la iniciativa del reportero.

Buena cara, paciencia y constancia, le aconsejaba Paco; le dijo una y cien veces con aire de colega que la gloria, la popularidad, el aplauso, el premio, la placa, la conmemoración en formato audiovisual se consigue con ímprobo esfuerzo. Nada comentaba Paco de los golpes de suerte y los arrimos al árbol de la pródiga sombra, quizá por innecesario y hasta urticante; pero en lo de aprovechar las oportunidades se dejaba caer.

—Tú cumple y aguanta, que ya te llegará el momento.

Paco nunca hablaba de resignaciones teniendo a mano los consuelos.

—Pero es que...

Cubrir aquellos actos para ella vegetativos, descorazonadores por el sarcasmo del contrasentido, perpetuados en los catálogos de floreros y de adición rotativa, reincidentes en los modos, le agotaba.

—Estás trabajando y el futuro aún depende de ti. ¿Por qué no alegras la cara, novata?

No debía pronunciarse sobre el artista, sólo mantenerse en el curso de los infinitivos: leer las etiquetas, seguir las

flechas, firmar la reseña, sonreír, merodear con elegancia y participar del evento con estudiado desapego. El artista de los espacios vacíos —a tus ojos de periodista otro cretino con estrella y partida de nacimiento ad hoc— condescendía el olímpico a mostrar su faceta humana al mundo de los mortales. “Disfruta”, le hubiera susurrado Paco disimulando su indiferencia, “eres una privilegiada por estar sentada con el cacareado genio, diseñador de garabatos y envoltorios arrugados, numen de la frivolidad; eres muy afortunada, Romy Sanel, repítelo veinticuatro veces al día y la dea la cabeza como si te interesara lo que expone, imítale en la pedantería, libérate momentáneamente de prejuicios, con su vanidad pasea la sala despojada de arte, sala rebosante de ego”.

En las entrevistas a los numerarios del famoso, solía acordarse las preguntas y un resquicio de improvisación en las respuestas.

—Si te lo montas bien es un trabajo cómodo; coges el cuestionario tipo, lo pasas a supervisión y listo.

Le acompañó a la entrevista el sustituto de Paco.

—Yo iré haciendo, tú no te preocupes.

Paco bis venía enseñado, la trataba con mimo de sustituto que se precia de un palmarés cosmopolita: he estado, he colaborado, he fotografiado. Paco bis también le apoyaba en su desazón. “Tú no te preocupes por mí.”

Echaba de menos a Paco, el amigo, la persona de confianza que necesita cualquiera.

—Aunque te condenaran a pasar del rosa al amarillo de por vida, tú nunca cultivarás la zafiedad.

Con este halago, no exento de advertencia, y la recomendación de que no buscara lejos de ella, se despidió Paco.

“Atribulada Ana María, mírate en perspectiva...”

La voz interior impartía doctrina a la hora vespertina en que le rondaba el desánimo. Había regresado a casa mustia por las malas noticias, y enseguida se metió debajo de la ducha para disolver en los vapores hipnóticos del agua caliente la alianza de sarcasmos y reproches.

... y luego juzga imparcial.”

Era estúpido lamentarse por un trabajo insuficiente, amañadamente rutinario, de trascendencia limitada a la influencia de los actores, teniendo a su disposición el piso que le facilitó Paco, el coche que le cedió Paco, un par de teléfonos dulces, conquistados sin mediaciones protectoras, a los que recurrir en caso de emergencia, y un artículo por el que iba a cobrar el dinero que precisaba para mantenerse que se redactaba solo; una suerte, por mucho que se empeñara en fustigarse por la lentitud en el despegue. Siendo una eventual que apenas podía permitirse el zarandeo de la impaciencia, la ofensa a la innata laboriosidad de la hormiga era ridícula y no poco contraproducente para su estabilidad emocional. Podía estar peor, ensombrecida por borrascas que anulaban el porvenir arrastrándola con sus vientos castigadores al desempleo y la quiebra económica, a la renuncia de los alicientes básicos y los apetitos adventicios, y a tragarse el orgullo. Un orgullo que aceptó encantado las donaciones del ínclito Paco, y que jaleaba para tu ánimo las frases cortas, evanescentes, que te regalaba: “vive ahora”, “siéntelo tuyo”, “de ti depende”. Le molestaba, le escocía, que Paco no la eligiera como su mujer. Se preguntaba lastimeramente por qué nunca se había fijado en ella como probable pareja. A Paco le llovían las ofertas, era de los mejores en lo suyo y por eso estaba tan cotizado, y él las barajaba con discreción y privacidad hasta decidirse absolutamente; entonces lo comunicaba sincero y tierno a los afectados, y la persona más afectada por el seísmo que le significó el

cambio total de Paco fue la frágil Ana María. No obstante, mantuvo la compostura ante él y le permitió, compartiendo dignidad y satisfacción en el acto de dar y el de recibir, que los bienes de los que se desprendía pasaran a ella para su uso y disfrute exclusivo. Gracias al gesto altruista de Paco, que nada le debía, y a la mentalización de asumir íntegramente su nueva vida, las primeras semanas huérfanas de su valedora presencia resultaron gloriosas, tintineando las llaves de piso y coche en el vértigo de los episodios favorables.

Cerró el grifo del placer, consumido el tiempo de la nostalgia, y se aplicó al secado de cabello y cuerpo. Después cenó unas sobras frente al televisor, ausente de los contenidos y el hambre postergado, al acabar revisó la tarea realizada ese día insulso —prescindido el incidente del coche saltador de aceras—, frunciendo la nariz, y dispuso el cimiento de la pendiente a finalizar por la mañana. Ya podía despedir la jornada y meterse en la cama, lo que más deseaba en ese momento, relajarse estirando en horizontal las extremidades y soñar en colores un porvenir dichoso.

Que pudo empezar aquel día nublado en la redacción, tediosas las horas que esperan una novedad, con la música celestial de su voz invitándola a cenar, porque venía al caso entre compañeros, y nada más. Ana María pensó rápido un aderezo para momento tan especial y salió a comprarlo con la excusa de atender un asunto inaplazable —una minucia que se liquida en un santiamén, dijo al galope— y desoyendo la queja tacaña de su presupuesto. Le dio tiempo antes de la cita para, sumida en los arreglos externos, descubrir la vanidad, la belleza del énfasis y el argot fatuo; se sintió joven en el ínterin, atractiva y vital, discretamente sofisticada y moderadamente triunfadora al contacto sedoso de flores y laureles llovidos del cielo. Derramaba luz de luna al llegar al restaurante donde Paco, sentado a la mesa,

perfilaba el fracaso de un deseo nonato. Luz de gas, Ana María. A su manera, la que agradaba a la periodista novata de rostro encandilado, le habló de una mujer, de un negocio profesional y de una decisión muy meditada. Y Ana María perdió la ropa, la perspectiva, el color y la partida. Una caída con todo el equipo. Hasta que tragando saliva para bloquear la vesania celosa y su apéndice el espantoso ridículo, metafóricamente pellizcadas las mejillas para devolver a la cara un tono menos fúnebre, le dio la enhorabuena. Entonces él, crédulo en lo que cabe al que mantiene los ojos abiertos, comenzó a masticar las excelentes viandas que celebraban la velada a dúo. Era un lugar idóneo para las grandes noticias. Luz cenicienta. El vestido de estreno le acariciaba con descaro y le paleaba vergüenza a la intimidad de lo amistoso. ¡Pobre criatura, novata también en esas lides! Nunca tuvo mayor sensación de irrealidad a los postes. ¿Qué es lo que dijo exactamente Paco, el amigo taurmaturgo? Nubes de interferencia. Dijo que le donaba el contrato de arrendamiento de su ático, si quería; la propiedad aceptaba el cambio porque se fiaba de su recomendación. La mudanza resolvía un compendio de azares y principiaba el catálogo de conjeturas. Pensaba, aun torpemente, que ya disponía de los valores añadidos que confieren seguridad y acreditación delante del espejo. Pero como la historia no finaliza en la estación término de cercanías y el viento porfía en arrancar las notas que sacian la memoria, sin modificar un ápice la postura se reconocía como la encarnación de la soledad trasladada a un albergue de acogida con el mobiliario del anterior bondadoso inquilino. La urbe a vista de pájaro: por debajo, en las galerías de escoria, mernudean los verdugos de los idealistas, por encima aguardan impertinentes las calles que embeben a los transeúntes alternando contradicciones y beligerancias. Apoyada en el

pretil del Helicón, en tanteo del ofrecimiento, coqueteaba con las opciones: crónica o novela, artículos o epístolas, relaciones o ensayos. A gusto hubiera invertido su remanente bancario en la mediación de un trío de Piérides vecinas del Olimpo, o en su defecto y con tarifa reducida, en una cuadrilla de negros literarios afincados en las proximidades. Las Númerides de Beocia, ubicadas en las laderas del Helicón y auspiciadas por Apolo Musagetes, director del coro de las pícaras cendolillas, rendían baile y guiños a Clío la historiadora, para que apuntara una combinación de números y letras.

Que acabó con un despertar agitado, supurante de recuerdos, y tiempo para embadurnarse con un fiasco que agradecía en la privacidad de lo que ya era suyo y debía cuidar.

Se acordaba de la mala idea.

Romy Sanel pretendía resarcirse con deuda vengativa — el peaje de los mezquinos— de un despecho folletinesco. Telefonó a Paco, que andaba enfaenado con sus traslados, para quedar con él un rato de cena hogareña, apelando a la amistad sincera y a los flecos de la transmisión de poderes. Paco quiso evitar una situación incómoda para los dos, volátil la mirada en la finitud de la habitación como en las noches en blanco, otras noches jocundas y tantas con sus respectivos amaneceres claros y difusos. La cortinilla del vodevil bailoteó su pedrería en el expirar de la llama y a rey muerto rey puesto; no fue Paco sino una transferencia de la reserva, quien primero a su lado compartió, ajeno al procedimiento, las proyecciones retrospectivas en las paredes de la habitación. Había sido una mala idea, pero le compensaba el sentir autoridad sobre sus veleidades.

“Nadie nace enseñado”, se consoló, y revalidó para el futuro las promesas con alma e inteligencia.

Saltó de la cama y bajo el agua tónico de la ducha evocó el encuentro fortuito con quien ni conocía ni imaginaba, y del que conservaba en la memoria el susto y en papel la matrícula y una somera descripción.

San Silvestre del año tercero del siglo veintiuno, último día de balance, puso fin a la trayectoria profesional del preceptor Julián Bruño. Le alcanzó la onda del premonitorio cese de funciones y él se aprestó obediente y reglamentario a la partida. Todo acaba algún día, se dijo, y con el alivio de haber llegado a la casilla del adiós-gracias de una pieza le sacudió la edad y se le enconaron las heridas mal curadas, nunca cicatrizadas, flaqueó el esqueleto, latiguearon las articulaciones, la contabilidad de neuronas gastadas tocó a rebato y renqueaba la cadencia de la elección posible. Otra ventaja, sufridos de corrido los inconvenientes, es que gozaría en delante de más tiempo para estar con su familia y pasear a la perra, la mascota adoptada de turno, acostumbrado como se había desde la primera recogida a ofrecer alojamiento, sustento y cariño a los servidores públicos cáñidos jubilados a los que se despide, a veces con ceremonia, siempre con emoción, en la intimidad del parque cerrado.

A Julián Bruño lo pasaportaron con un ramillete de buenas palabras y el lejano ruido del contrato roto, y él se largó sobrio y mesurado, pincelado de tristeza amarga al oír el siseo grotesco de los corifeos y oler el tufo a conspiración que desprendían los reptantes y las sentinas.

Era tarde para rectificar.

Unas radios madrugadoras sintonizaban la voz gruesa de Héctor Regidor desmochaba el sesgo tendencioso imprimido por los jerarcas de la comunicación en la actualidad informativa. En su editorial, con precedente y consecuente,

denunciaba el peso abrumador en la sociedad de una angustia existencial importada de aquellos fracasos, duraderos explosivamente un siglo, de mediados del diecinueve a mitad del veinte, por desarraigar de la persona el sentimiento de trascendencia, mantenidos después de la fecha de prescripción para sostener una ideología y varios negocios; denunciaba la decadencia espiritual y moral de una sociedad acomodaticia, implicada en un hedonismo concertado y, al filo del oxímoron, tolerante a la chita callando con las conductas agresivas retumbantes que pudieran acabar salpicando; denunciaba la inclinación analfabeta e inercial al nihilismo. Infatigable en el argumento de las denuncias y en la liza contra sus potentes y potentados detractores.

En la altura, minorada por los edificios colindantes, de un piso a oscuras rodeado de ciudad, Tirso Andrade respiraba el aire bonancible de una noche de invierno imaginando el viaje de reconciliación con su espíritu y con Sonia. Quería congraciarse con ella, que deseaba adentrarse en su dimensión patológica y extirpar la raíz del mal para que no siguiera creciendo, y luego probaría a modular su espíritu para adaptarlo a un estado nuevo en el que ambos salieran ganando con la mutua protección.

Sonia estaba dispuesta a resignar su mundo si Tirso coincidía en el diagnóstico y la terapia y marchaban juntos a sanearse. Para irse y desaparecer, pedía, no para simular un cambio más aparente que real.

Como si jugara a escapar de la persecución en un tablero plagado de asechanzas, Tirso rastreada los balcones en los que se cuela el francotirador que dispara por encargo a la pieza desviada de la ruta.

La inclusión en el grupo selecto exigía mantenerse en el camino trazado y evitar la tentación de poner uno o dos pies

fuera del límite, y no cruzar a la zona restringida salvo mandato expreso de la autoridad competente.

El día de san Manuel, primero en el calendario, la fecha en que teóricamente dan inicio los propósitos del año, en esa misma atalaya, le habló a Sonia sin que ella estuviera al alcance de sus palabras. Hay que habituarse a vivir sabiendo que no será eternamente, hay que morir con dignidad, hay que darle un sentido trascendente a la vida y a la muerte, le dijo; y no le dijo que tenía que aprender a morir para librarlos del peligro que le etiquetaba.

Sonia le hubiera preguntado, con el alma en vilo, si su discurso encubría una metáfora.

Ana María leyó:

En los parterres donde se cultivan las flores que serán descuartizadas la intriga viste con losas de gris patíbulo y los personajes, esbozados al carboncillo, cuelgan de horcas flamígeras.

Devolvió el libro de frases célebres al estante. Lo estaba hojeando por casualidad esa noche de invierno frío y calles desangeladas, antes de coger la carpeta, en la estantería que hacía las veces de escritorio de trámites, pendiente de clasificación su contenido. Nada más abrirla, lo primero que leyó fue la matrícula del coche que casi le atropella; la había escrito por duplicado, sin duda para no olvidar el episodio, y ya era un número de teléfono en su agenda; el teléfono de alguien misterioso que cuelga al no tener respuesta y no vuelve a llamar. Quizá, imaginó ella, esperando que la curiosidad elevada a tentación de quien ha guardado el número se la devuelva y pregunte al invisible quién es, qué le pasó, dónde está.

Segundo acto

La autoridad competente determinó el arreglo del defecto en un plazo manejable.

Una orden no escrita le había apartado del operativo. Anteriormente, un comunicado interno refractario a los documentos dejaba sin efecto las investigaciones de todo un año.

Sin apelaciones.

—Ya sabes lo que significa.

Tirso Andrade fue relegado al segundo escalón de los servicios especiales como si ello representara un premio al desempeño de su tarea.

—Esto ha cambiado y mucho.

—Me doy cuenta —dijo Tirso.

Sus dos compañeros, aún en la línea de fuego, le anunciaron por la mañana que tenían trabajo esa noche. Una recogida en un polígono...

—Es un contacto de arriba.

... a las afueras de...

—¿Tan lejos?

—Ciento veinte kilómetros no es nada.

—Me gustaría ir con vosotros —dijo Tirso—. En el mismo coche.

Actuando de refuerzo.

—Nos iría bien.

—Buena suerte.

Tirso dio un paseo al desaparecer el crepúsculo. El cuadro urbano era frío y apagado, la imagen equivalente a la de un cadáver en el depósito forense que nadie reclama.

“Carne de autopsia.”

Anduvo discretamente unas manzanas dejando correr el tiempo y las percepciones en otra jornada anodina. Hasta que llamó a un taxi que despacio y por calles ralas de clientes olfateaba una captura.

Indicó el destino de la primera parte del viaje al conductor, un hombre curtido en trayectos nocturnos, y al llegar le

dijo que esperara a conocer la dirección para el siguiente tramo con él dentro.

—Será un momento.

—Usted manda. —El taxista le preguntó si le molestaba que pusiera la radio—. Me acompaña, me ayuda a soportar lo que depare la noche. Hay noches...

“Vagas, terribles, heladoras, noches de autos.”

—Por mí no se prive.

A bajo volumen la voz y la música.

Entraba y salía gente de *Los peroles*, su restaurante favorito en la ciudad.

—Ahora vengo.

El taxista no apreció que su cliente era una silueta impresa en una diana de práctica de tiro; imposible pasar desapercibido en los claroscuros de la ciudad a los ojos insomnes del perímetro de vigilancia.

Compró la cena para dos en esa franquicia de *Los peroles*.

—Vamos a...

Al llegar, el pasajero que no ocultaba su aspecto, tal vez un secreto, una clave de las introducidas en la cotidianidad por la televisión, deseó al taxista una noche corta y agradable.

Tirso caminó despacio y con la mirada en suspenso los veinte metros de acera que lo introducían en el portal del edificio de vecinos. Abrió con su llave, dio la luz del vestíbulo y esperó el ascensor revisando los paquetes en la bolsa de la cena.

Cena para dos menos uno. Sonia cenaba fuera. Mejor para Tirso, podía reducir las mentiras a su mujer esa noche o a la mañana siguiente.

Pequeño banquete para uno, al frigorífico y para Sonia la mitad de los sabrosos platos. Ella le preguntaría que hacía esa comida en su casa precisamente una noche en solitario.

“Ha sido un antojo. Celebrémoslo.”

A las veintitrés horas y cuarenta minutos Tirso descendió por la escalera, tranquilamente, los cinco pisos y salió a la calle. Fue al garaje a por el coche como si tal cosa, quizá a recoger a su mujer o a encontrarse con ella y sus amigos para cerrar juntos la velada después de un día de intensa actividad burocrática. A esa hora y en vísperas de laborable el tráfico era escaso, los sonidos mínimos, y la visibilidad tras los cristales aceptable, el frío crudo y la precipitación en ciernes, advertida suficientemente por los partes meteorológicos.

“Posibilidad de lluvia, posibilidad de nieve, posibilidad de viento. Demasiados meteoros al ataque y ni un resquicio para la bonanza.”

Tirso conectó la radio; sólo música a bajo volumen para amenizar los ciento veinte kilómetros de carretera vacía.

“Sigamos con la operación.”

Atento a la carretera, Tirso reflexionaba sobre la voracidad de los agujeros negros y la virtualidad de las apreciaciones comunes, instintivas. Era un pensamiento recurrente, inacabable en su desarrollo, omnímodo si lo inflamaba con presunciones e indicios racionales —“¿a qué racionalidad se refiere, señor Andrade?”—, aunque impreciso, extraño al funcionamiento de las manecillas del reloj que hollaban con su estricta cadencia —el latido impertérrito de la máquina de precisión— las entrañas de la madrugada.

Sonaba en la radio música de los setenta que le traía recuerdos varios y la sensación, revistiendo el coche con capas, de estar aislado del mundo. Y desprotegido ante un desenlace por sorpresa.

La culpa la tenía el exceso de celo.

—Oficialmente no le concierne ni es de su incumbencia.

Le sugerían las correas de transmisión que permaneciera sensorialmente inactivo; en nombre de un interés superior le exhortaban, a que corrigiera al punto la anomalía de la virtud.

—Absténgase de cuestionar las órdenes y los comunicados.

En el exterior, discurriendo lentamente, la noche prodigaba oscuridad.

El vehículo de los dos agentes de servicio, expuesto a la identificación por sus luces en horario inhábil, se aproximaban al cruce que desviaba la ruta prevista hacia los edificios durmientes del polígono industrial.

—Es allí.

El conductor aminoró la velocidad.

—Aquí es.

Nada que no estuviera previsto en las instrucciones reservadas asomaba en las inmediaciones del lugar de contacto, ni siquiera todavía el objetivo. Entonces comenzó la cuenta atrás de rigor, y luego el descenso al suelo asfaltado de los elegidos, los pasos en abanico dirigidos a cubrir la intersección, y unas respiraciones controladas después de la toma de posiciones rodeando el cuerpo inerte que les recibía.

Los dos agentes procedieron al reconocimiento del individuo yacente: varón de cuarenta años, tez blanca, cabello peinado de color castaño tirando a oscuro, la barba afeitada, un hombre aseado sin restos orgánicos en la piel ni la ropa; los ojos cerrados, la boca cerrada, la postura del cuerpo natural; un hombre dormido, sedado, inconsciente, con la fisonomía fuera del alcance de los haces de luz de las

farolas. En la penumbra circundante se recortaba un aderezo de vallas metálicas, rótulos de negocios y ventanas opacas, rampas y contenedores, algunos camiones y furgonetas señalados por sus logotipos, a la espera del amanecer. Los detalles eran confusos, puede que irrelevantes; pero la calificación exacta, la que aseguraba los tránsitos, requeriría de una diligencia inabarcable para el número de agentes desplazado al lugar con otra misión.

—Cuidado...

El cuerpo insepulto olía a señoelo.

—Mira...

Un aleteo de mal presagio batía confidencial a distancia de blanco.

Alertados por una calma estremecedora, de las que anulan el poder del arma reglamentaria, los dos agentes emprendieron la retirada barriendo visualmente una superficie en apariencia despejada.

La muerte destelló con la lucidez del instante previo cuando apenas les faltaba para alcanzar el radio de su protección y antes del instante previo a la avalancha de uno, dos, tres bidones, forzados simultáneamente a escapar de su ficticio reposo, percutiendo en el inicio del sacrificio ritual.

—¡Qué...!

Rodaban empujados los tres la mínima cuesta abajo, percutiendo su amenaza en el porvenir de añicos revueltos en la tormenta desencadenada. Apareció inmediato el relámpago, un fogonazo aterrador, después el trueno, un estampido mortífero, en fracciones de tiempo arrancadas de la memoria.

Una cámara de seguridad instalada al efecto registró el suceso para el archivo lúdico del ideólogo que gusta en ocasiones distinguidas de comprobar el acierto de su plan, a

resguardo de las inclemencias y la errática delación de los ejecutores en la sala de interrogatorios al caer en la segunda o la tercera fase de la trama, puesto que más vale prevenir que curar y todos los escenarios han sido concebidos de la cruz a la raya.

La grabación mostraba la luz cegadora de la sentencia implacable, el aliento abrasador, los demoledores puños de la onda expansiva, las garras monstruosas secuestrando las vísceras, y la danza carnavalesca de los cobayas, dos peles masacrados por una estrategia pactada.

La grabación no mostraba claramente si el sujeto que yacía en el suelo era de carne y hueso, y por lo tanto una víctima previa al atentado contra los dos agentes de servicio, o un muñeco, una trampa.

Tirso Andrade circulaba con la radio apagada y a poca velocidad al pasar el cruce. Por una asociación de ideas y de elementos fácilmente explicable en aquel momento tenso, escondido dentro del habitáculo de su vehículo en la semioscuridad del callejero en pausa nocturna, visionó las imágenes de unos vehículos lanzadera en una estratagema rodante por carreteras secundarias un mes atrás y la pugna de prioridades por crear la evidencia en contra de minimizar el peligro.

Probablemente fuera una añagaza, seguía pensando.

Entonces, aguzados los sentidos en el paisaje borroso, tuvo un presentimiento.

Frenó el coche de golpe cuando surgió a un centenar de metros la llamarada y, fija la mirada en la columna de brillo siniestro, dedujo que...

Todos los ruidos a una, el de la explosión, el del chirrido de los neumáticos y el rugido del motor de un vehículo pesado lanzado a la carrera desde el cruce.

... el intruso, un error de cálculo, era mal recibido.

No le dio tiempo a saltar del coche por su propio impulso, pero salió despedido golpeando la atropellada carrocería y rebotó en el asfalto, lona de boxeador duramente castigado de la que quiso y no pudo levantarse, salpicado de trizas acristaladas.

“No cierres los ojos.”

Quedó tendido y maltrecho en un ángulo de la cámara, con los ojos abiertos de un vivo aturdido, reacio a diluirse en un placentero sopor de abandono, perdida la confianza.

Por encima de su lucha consciente, unas criaturas espectrales vomitadas por la tramoya le sedaban el dolor.

“No cierres los ojos”, se exigió flexionando los músculos que podía dominar. Pero su cuerpo respondía lento, pesado y quejoso a la llamada de urgencia, y su voz sólo era mueca y gemido; la suerte está echada.

—No oponga resistencia.

Tenía la impresión de que el tiempo en vez de detenerse conmocionado aceleraba para limpiar de rastros la escena del crimen.

—Tranquilo.

El instinto de conservación prevalecía al agarrotamiento físico. Era una buena noticia para la víctima fuera de inventario, el indebido refuerzo, el nostálgico del servicio, que podía contarle y sostenía un pulso febril a las deducciones.

—Todo está controlado.

Hubo apremio para sacar de la zona de guerra al tipo que había estropeado con su torpe audacia el acto exclusivo, y que con su actitud renuente a la obediencia contaminaba el ambiente con un dispendio mental de insinuaciones.

—Cálmese y ayúdenos.

“No quiero dormir.”

Inducido al reposo por los fármacos, en un estado próximo al desvarío, imaginaba Tirso Andrade que había renacido de las cenizas del atentado para caer en un sueño profundo del que le sería imposible despertar.

“No voy a dormirme.”

Rápidamente aparecieron en el lugar del suceso las asistencias sanitarias y un cordón policial.

Un hierático sanitario y un atento policía de paisano custodiaban la inmovilidad del herido dentro de la ambulancia. Claudicado al dolor, tembloroso, embotado y sediento, con los ojos demandantes y los dedos nerviosos, Tirso Andrade murmuró rauco su atestado:

—Es un atentado.

Sin comentario de sus celadores. A los agentes patógenos, declarados susceptibles de acarrear peligros, se les neutraliza, se les aísla y se les traslada de escenario para evitar las irradiaciones nocivas. Tirso Andrade, un individuo herido a consecuencia de un accidente de circulación, con porte de agente de los servicios especiales, patentizaba un cuadro de disfunción proclive al contagio que lo clasificaba como elemento inválido.

La autoridad competente determinó inmediatamente el arreglo del defecto, si era posible en un plazo razonable.

Valía la pena redimirlo, anunció el encargado del transporte al doctor Arriaga.

—Ahora es de su competencia.

El doctor Elio Arriaga era el delegado del Médico Jefe en el Centro de Recuperación, organismo hospitalario para uso terapéutico exclusivo de personal autorizado. Con la firma del encargado del transporte en la hoja de admisión, el doctor Arriaga redactó un informe preliminar que envió por conducto ordinario al Médico Jefe.

Tirso Andrade desconocía su traslado al centro recuperador de elementos desviados; en realidad ignoraba la existencia de tal institución mecánico-sanitaria. Bastante soportaba en su debilidad como para combatir la alucinación de verse llevado en volandas neumáticas atravesando charcas y ciénagas tributarias de unas fauces, la entrada a un recinto, con una leyenda engarfiada a los colmillos que no supo leer.

Cambio de custodia. Pronóstico reservado.

Creyó escuchar desde la nebulosa que lo mantenía tendido y sedado que los rescatadores lo querían vivo.

Ya no supo distinguir más palabras en boca de aquellos sanitarios que lo depositaron en la cama de una habitación segundos antes de que le picara el insecto del reposo inducido.

Los pacientes dormidos por inducción son incapaces de resolver crucigramas, jeroglíficos, rompecabezas, atentados ni enigmas.

La cena de celebración sorpresa para uno esperaba su comensal.

Sonia Urrutia, psicóloga clínica y colaboradora de Héctor Regidor en su emisora, recibió la noticia del accidente del que había sido víctima Tirso por la voz del delegado de notificaciones.

Mal presagio de año dos mil cuatro si febrero traía una desgracia, temió Sonia.

Pero lo peor, una vez informada con delicada apostura, de que su marido evolucionaba favorablemente, y ese asunto pasaba a segundo plano en el orden de preocupaciones, lo más lacerante y despreciativo para su impotencia era tener que esperar un permiso para sentirlo físicamente

a su lado. Sonia protestó reiterada y enérgicamente, y henchida de razones personales adujo, por encima de su relación conyugal, su cualificación profesional; cosa que no cierta le sirvió para obtener la imprescindible autorización de visita a un paciente de pronóstico reservado sometido a vigilancia intensiva

—Por su bienestar emocional y la pronta recuperación de las heridas —le dijo una voz y la siguiente, con idéntico tono de neutralidad orgánica.

El retorno emotivo al argumento del vínculo matrimonial tampoco movilizó un ápice las sensibilidades de los distintos, escalonados, portavoces de las esferas; el último de los cuales, jerárquicamente el de mayor importancia, fue el doctor Elio Arriaga, comisionado en el Centro de Recuperación del Médico Jefe para el delicado menester de tratar con personajes significados en busca de respuesta. Y Sonia Urrutia, la mujer de Tirso Andrade, lo era.

—Saldrá adelante —le aseguró convencido y queriendo ser convincente, tan en su papel que ofendía dudar—. Está en manos de los mejores especialistas y en el lugar idóneo —añadió con modesta afectación.

Sonia refirió la fama curativa de la que hacía gala el doctor Arriaga a Héctor Regidor y a Julián Bruño, el preceptor jubilado, y al igual que ella desconocedores de la eminencia médica respecto a la que se ofrecieron averiguar.

—Ten paciencia.

Sonia abogaba por la esperanza y la intercesión de un alma caritativa con su ruego.

Puesto su ciencia en la tarea rehabilitadora, el Médico Jefe del Centro de Recuperación tenía la certeza —la experiencia dicta vaticinios muy fiables— de poder sanar la anomalía presente en Tirso Andrade. Transmitió a su comisionado,

el doctor Arriaga, en una reunión habitual, que el individuo inficionado de confusión y trauma y con episodios anejos de alucinaciones, respondería adecuadamente al tratamiento que él prescribía. En similares términos de seguridad científica, el doctor Arriaga dijo a Sonia que garantizaban el retorno a su marido de la propia confianza.

—Es obvio que los accidentes dejan secuelas —advirtió, no obstante—, y en ese acarreo de perjuicios usted jugará un papel importante en la terapéutica cuando llegue el momento. Nosotros, ahora y como misión prioritaria, erradicaremos la crisis y cualquier enajenación derivada.

Sonia esgrimió por enésima inútil vez su titulación en psicología como aval de participación en el proceso rehabilitador en curso, objetivo que le fue nueva y atentamente denegado, oponiendo el delegado Arriaga que el terapeuta a cargo de la sanación en cada fase y el paciente, inmerso en la inestabilidad de su perturbación, deben comunicarse sin injerencias —aunque bien intencionadas y no menos legítimas, aceptó cordialmente—, para evitar esos obstáculos que dificultan e incluso, en el peor extremo, imposibilitan la recuperación.

—Pierda cuidado —le dijo al despedirse.

Sonia, inquieta, recelaba del alcance de una desconexión provocada.

Cuando Tirso despertaba del narcotismo prescrito, sintió el apaciguado dolor de la molestia por la forzada inmovilidad, dominado por un plácido abandono a una suerte equívoca, y el dogal en sintonía de escolta del reguero anestésico.

La garganta no le raspaba al tragar saliva, los ojos ni los párpados le escocían en su descubierta del entorno protector, las manos ni individualizados los dedos temblaban al contacto del ambiente aséptico; en conjunto, su cuerpo y su

mente respondían positivamente a la mínima exigencia de identificación.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Dónde me encuentro?

El doctor Arriaga le puso al corriente de lo que debía conocer, sin aditivos salvo para encomiar la transigente postura de Sonia, oportuna y valiosa, dijo, para conseguir el resultado satisfactorio que todos esperaban.

—No pretenda ganar el alta médica sin someterse al tratamiento completo. Cualquier alternativa al programa será en vano, téngalo presente, y asimismo que el periodo crítico carece de fecha de caducidad. ¿Entiende mis palabras?

—Entiendo lo que escucho, si a eso se refiere. Podría repetir sus palabras si me obliga a convencerle.

El doctor Arriaga analizaba la actitud responsable del paciente.

—Compruebo su progreso. Vamos a pasar a la siguiente fase.

Tirso repitió estas palabras, en alguna medida de consuelo, en la supuesta intimidad de su habitación, sobre la cama estirado el cuerpo, desplazándose lentamente en semicírculos, refugiado con provocada demora en el cuarto de baño para dificultar la visión controladora que notaba registrando cada uno de sus movimientos. Examinado día y noche.

Las piernas ya le sostenían para enfrentarse a un paseo por espacios mayores, y con ese apoyo físico como aval de autonomía la curiosidad huroneaba en el renacido.

—La evolución es favorable, señor Andrade.

Lo que significaba para el alumno aplicado el premio de una visita guiada por el Centro de Recuperación, un paseo estudiantil con el guía Arriaga a su lado y por detrás dos

intimidadores ángeles custodios, aptos para la función específica encomendada, evitando el acceso a las inconvenientes recaídas.

Recorrido un dédalo de pasillos iluminados por luz artificial, llegó la comitiva a una amplia sala depositaria de compleja tecnología. El guía Arriaga, digno en su amable medida, expuso al invitado los medios materiales empleados para la planificación y el desarrollo de las terapias en los procesos rehabilitadores dirigidos por la eminencia médica al mando.

—Nada nos permanece oculto. —Frase lapidaria. Por un instante imaginó Tirso esa inscripción en la página de cortesía de su libro de memorias, escrita con letra elegante y un efecto de relieve. Sonrió, aunque puede que se le escapara una sonrisa, de regusto amargo, igual que sucede, aunque con diferentes sabores, a causa de una impresión—. ¿Asombrado?

—Es asombroso el despliegue.

Continuaron el paseo por el régimen interior.

—No pierda detalle.

En ese mundo cercado por límites intrínsecos, despuntaba un lienzo de bucolismo minimalista un símil de patio de recreo, un espacio de asueto para residentes, alumbrado a imagen y semejanza de la munificencia solar. Un sol de ejecutoria perenne, un recinto de ficticia libertad supervisado por el mismo omnímodo cerebro.

—Impresionante —acertó a expresar el invitado.

Pantallas, teclas, signos, cifras. Costaba respirar al convaliente ante tamaña demostración de poder.

El doctor Arriaga avanzó a la comitiva para abrir la puerta de una sala de ocio.

—Pase. —Le ofreció una bebida apta para la terapia—. Beba. —Y una silla—. Siéntese.

El doctor Arriaga tomó asiento a su lado, pendiente del bienestar y las reacciones del paciente, de manera que parecían estar sentados en un cine hablando de la película durante el intermedio.

—Dígame, ¿qué le parece?

La condensación abrumadora del universo en los instantes previos a su colapso y transformación en un misterioso y atractivo agujero negro, le parecía a Tirso. Preguntó como por añadidura al doctor Arriaga, por el artífice de la corrección de las erratas, el Médico Jefe, de quien sospechaba su existencia porque ningún mundo conocido funciona sin jerarquía, una cadena de mando con cabeza y eslabones enlazados subsidiariamente.

No hubo respuesta directa o indirecta a la indiscreción de nula relevancia.

—Siga las instrucciones y la vida recuperará su dinámica, señor Andrade.

Una vida extraviada en un mundo de atmósfera enrarecida y órbita sinuosa.

Finalizada la sesión, quizá prematuramente, el doctor Arriaga, cumplida su labor anfitriona, le invitó a seguirle de vuelta al hogar provisional.

—Atienda con solicitud las prescripciones, señor Andrade —recordó con doctrinaria amabilidad, y se desvió en solitario hacia un paradero desconocido.

Tirso compareció en la zona de asueto puntualmente acompañado por un celador guardaespaldas.

Turno para la distracción metafórica. El doctor Arriaga, allí presente, le deseó que disfrutara del paseo y lo aprovechara en beneficio común.

—El tiempo puede pasar despacio o deprisa; de usted depende, señor Andrade.

Un tiempo breve y bajo supervisión facultativa, dedicado a calibrar las dimensiones del hermético complejo, rematado en su arquitectura interna y aislante —la única visible a los ojos de los ingresados— por una cúpula de dovelas acristaladas de la que emanaba incesante aquella claridad disciplinaria, tan eficaz en el desvelo como el insomnio; anuncio perenne de la frontera entre las oficializadas verdad y mentira. Obediente a la imposición terapéutica deambuló la geometría del área habilitada para la reconversión autónoma, postergando sus inquietudes sobre un lecho de conciencia.

Desde su atalaya a salvo de manifestaciones patológicas, el Médico Jefe inspeccionaba la conducta del paciente y a partir de los informes entregados por su delegado también evaluaba su probabilidad de curación. Había que hilar muy fino en el dictamen. Sabía por experiencia —el arma complementaria de la ciencia—, que ciertos individuos, en apariencia indiferenciados del resto, esquivaban la clasificación médica al sentirse en posesión de un antídoto eficaz contra el procedimiento regenerador, y conferidos en su etiqueta de una gracia nominal se creían impermeables a la exploración neurológica y sus resultados. El Médico Jefe estaba preparado para enfrentarse a los retos que deparaba el comportamiento humano atrapado en situaciones límite, su paciencia era felina y proverbial su pericia en la captura de las facies anímicas con una técnica casi perfecta —la perfección es un estado utópico, como la tranquilidad, como la felicidad—, que presenta en los informes un mínimo error estadístico.

El eminente patólogo de los errores revisaba a diario el índice de probabilidad y actualizaba la solución del mal menor; y leía atentamente los informes del mundo exterior va-

lidando la flaqueza de la memoria, los ímpetus y la obstinación, en la sociedad de los cuerdos a medida que cesa en la prioridad del ánimo la vigencia de fechas y acontecimientos.

Aunque tranquilizada por los partes médicos, a Sonia Urrutia le parecía excesiva la seguridad ciñendo a su marido por un simple, aunque trágico, accidente de circulación. Y no sólo le escamaba la magnitud del celo, que de por sí bastaba para echar leña en su impotencia y afilar el surco de la discriminación, también acusaba de comportamiento incompatible con la deontología al doctor Elio Arriaga. Convicción para interponer demandas orales en el pabellón registral de sus oídos no le faltaba, porque ir más allá, dando el paso de solicitar su admisión a trámite en un juzgado se le antojaba que sería como regar una planta extenuada en el desierto.

Sonia removía su cavilación en la nebulosa de la desconfianza. Coartada su iniciativa de esgrimir derechos y tutelas, en su mirada de miedo y sospecha se conjugaba el participio del verbo aislar en masculino y femenino.

Nada sabe el que nada es, reza el proverbio.

Pugnaba por no desesperar y por desasirse de la presión de las dudas y el desconcierto.

Eso mismo se aconsejaba Tirso, inmerso con sus heridas superficiales en el sofocante clima de la reclusión sanitaria.

De haber podido comunicarse aquel sensato acuerdo de voluntades, mejoraría en ambos la percepción del presente, de modo que la espera —de la que ninguno iba a librarse— sería más llevadera. Pero como la comunicación en sus versiones clásicas estaba preñada de interferencias, Sonia tuvo

que apostar por los recursos adscritos a la intuición y los contactos.

Un buen contacto es el puente que cruza las restricciones; una máxima de transmisión parental que había escuchado desde la adolescencia y aprendido a fuerza de indagación lejos de casa. La apostilla del consejo sugería que se hiciera con los servicios de un médico perito en diagnósticos, de un juez independiente del momento político y de un periodista bien informado. Ya tenía cubiertas dos parcelas de la dependencia social, las de justicia e información, pero vacante permanecía la tercera, pues no se fiaba de las abstracciones médicas ni del médico delegado —un comparsa dotado de modales a prueba de reclamaciones—, deducido de los preliminares que nadie en plantilla le autorizaría el encargo de una segunda opinión.

A no ser que...

Confidencialmente, sin pisar el estrado, tras denunciar a la juez Loreto Bande que su marido era un prisionero en la necrópolis, un reo de conciencia, para que su señoría actuara en favor de la víctima, su viejo amigo.

Nada teme el que nada debe, se dijo Sonia.

La juez Bande y su marido eran amigos sinceros y estables que vivían en mundos separados por las convenciones y los propósitos. Sonia apreciaba las cualidades de Loreto y el asidero al que aferrarse con las dos manos y el alma para lograr un imposible.

Llamó por teléfono a su amiga Loreto.

Incrédula ante la versión oficial y desconfiando de las personas y las actuaciones que incidían en su marido, Sonia Urrutía pidió amparo de amistad a su amiga consorte Loreto Bande, titular del juzgado de instrucción número 29 de la capital.

La juez detuvo el caudal de información que desbordaba Sonia al referir el suceso y las notas al margen de su inquietud.

—Hablemos en persona —propuso la juez, desestimando, de haber tenido lugar por deseo prematuro de Sonia, la interposición de una denuncia.

Sonia le pidió desde el alma que fuera pronto.

Loreto Bande cogió un taxi para reunirse con Sonia. De repente aquel asunto, de cuya trascendencia era una ciudadana ignorante, se había convertido en una prioridad, en la prioridad de su agenda.

—Siento miedo —le había confesado Sonia. Un temor íntimo, susurrado.

Loreto Bande indicó la dirección al taxista y con la mirada en la ventanilla se abstraigo en el populoso discurrir de la vida en las calles.

El vientecillo crepuscular barría el polvo de las simultáneas cirugías de obra pública en bordillos, alcorques y fachadas, confiriendo una pátina urbana al parcelado en periódica rehabilitación. A sus ojos, entonces abiertos a otro enfoque, la ciudad aparecía intervenida por una metáfora quirúrgica. También era una metáfora el dibujo autógráfico de Sonia encaramándose a una tapia y luego, ya agotada por el esfuerzo previo, a un muro. A un obstáculo insalvable.

Los atascos en las calles de la inmensa ciudad solían ser obstáculos salvables y una prueba de civismo para la paciencia.

—Es por la hora —dijo el taxista al silencio contemplativo de la pasajera.

Durante el concurrido trayecto, Loreto descongestionaba sus emociones para en lo inmediato implicarse únicamente como amiga: “yo soy la amiga, tú eres la esposa, él es un accidentado en acto de servicio”.

Palabras.

“Créelo, basta de elucubraciones perniciosas, no es una cárcel, no lo han arrestado”.

Palabras.

“Hubo una explosión, ha sido algo destructivo; sí, mortífero; ¿cómo dices?, ¿muertos?; sí; no, no; él está herido, con pronóstico reservado, eso no nos manda una señal negativa; ¿por qué te obsesionas?; algo escapa de la lógica; es un hospital de referencia”.

Sonia opuso su intuición a la bondad del razonamiento. La lógica es un argumento inválido en el vacío absorbente.

Tirso callaba su protección sin disimulo.

Hace nueve, once años... recuperaba Sonia el antecedente.

¿Me lo vas a contar?, quiso exigirle Sonia al protector Tirso.

“Es materia reservada, no te preocupes”, le dijo él escenificada su tranquilidad; “tendremos que acostumbrarnos, pero no es para siempre”. Gesticulaba Ricardo subido a la noria, muy alto, borroso.

Loreto Bande escuchaba los tres tiempos: pasado, presente y futuro, en los tres pronombres personales; yo, tú, él. Sonia recelaba del equipo médico y de los colegas de su marido, le invadía la angustia, se atormentaba con su impotencia.

—No me dejan verlo, no quieren que me acerque.

Loreto Bande estaba sinceramente conmovida, pero mantenía erguida la tesis del estado de necesidad; de momento ella no advertía signos anómalos en el protocolo sanitario.

Palabras.

Sonia la encareció para que tomara cartas en el asunto, como juez y como amiga.

Amiga y juez en caso de necesidad, Loreto Bande prometió acudir al lugar de internamiento de Tirso.

Sonia no le había omitido sus percepciones, y pese a considerar humana y judicialmente que la diligencia profesional no debe suscitar inquietud en aquellos pendientes de autorizaciones y comunicados, la solvencia y pulcritud en la exposición de los hechos, con total ausencia de paralipsis, motivaba a intervenir, en calidad de allegada, en nombre de la parte preterida.

—Como amiga; no me pidas un mayor alcance... por ahora —manifestó Loreto sin resquicio a la protesta.

El celo de los profesionales también se desparrama con las injerencias provenientes de una instancia convocada por los que se sienten afectados. Tacto y tiento era el lema atesorado por Loreto Bande en el prolífico mercado de guardia del trato social.

“Por ahora...”

Los puntos suspensivos le repetían igual que una mala digestión producto de una comida pesada. A continuación de ellos, provocativamente rutilantes en la negrura de un panorama insinuado, le acuciaba una enojosa sensación nueva por lo olvidada: “Dónde te metes”; condicionada al punzante débito —uno de sus débitos— que vencía con ceguera temporal la reticencia: “Eres injusto conmigo”, le dijo molesta, triste, con sus ideas afianzadas en la cabeza, a quien por aquel entonces de último año universitario, y un prolongado después con idéntica fijeza, aún no era un agente especial y permanecía soltero.

La confianza que le inspiraba Sonia le impelía a fijarse en sus detalles y a reconocer, de puertas adentro, que toda causa retrotrae al efecto.

“Hace nueve, diez, doce años... y más.”

El Médico Jefe del Centro de Recuperación jamás erraba un diagnóstico.

El doctor Elio Arriaga, en calidad de delegado de la eminencia, confirmó a Tirso Andrade la retracción de los síntomas negativos al responder favorablemente a la terapia sanadora.

Impoluto su atavío facultativo, el doctor Arriaga quiso granjearse la simpatía del paciente dilatando la exposición del tratamiento como si hablara del asunto con un colega.

—Los accidentes dejan secuelas en distinto grado, por lo que se hace indispensable actuar decididamente para la completa erradicación del daño causado.

Esta era la síntesis de la pedagogía aplicada. Pero estimó conveniente adornar la materia lectiva.

—Verá...

El delegado discurría la terapéutica de reposición condeñando al extrañamiento las ramificaciones del día de autos, la jornada perturbadora.

—... Despidas las apreciaciones subjetivas, señor Andrade, descártelas. Usted sabe que ciertos riesgos son inherentes al oficio, asúmalo y olvide lo que no le concierne.

El comisionado por el Médico Jefe para los casos de especial relevancia iba decapitando fantasmas al otro lado de la mesa.

—Las distorsiones malsanas de la realidad oficial impiden lograr el imprescindible certificado de validez.

Al otro lado de la mesa, la víctima-paciente de la versión oficial abonaba la mitad lunar perpetuamente sumida en tinieblas y suposiciones. El lado oscuro —que es la versión especulativa— rehúye la profilaxis, por lo que tiene de acción somnífica, cuando se pretende lo contrario; apuesta, juega y gana o pierde.

Tirso Andrade insertó una pregunta en el discurso inconsútil.

—¿Y ellos? ¿Qué ha sido de mis compañeros?

Respuesta inmediata:

—Los citados por usted como sus compañeros no figuran en la relación de servicio que se le había encomendado.

El doctor Arriaga recomendaba calma, paciencia y sumisión con su halo de médico experimentado.

El paciente introdujo una óptica sentimental.

—¿Y ella? ¿Qué sabe de mí Sonia?

La sincera respuesta del médico hubiera sido digna de encomio en una circunstancia menos clausurada.

—Es oportuna y sesgadamente informada, sin contraindicaciones en la prescripción para no exponerla al contagio. De resultas de un accidente, vuelvo a recordarle, actúan secuelas que trastornan las percepciones y acarrearán una amnesia parcial de duración indefinida.

Los profesionales del Centro de Recuperación velaban por el retorno a la senda apropiada del sujeto afectado.

—Coopere, señor Andrade. Usted no es un recluso.

En la zona de asueto se maceraba el propósito de enmienda al amor de la bóveda cristalina y luminosa y al seguimiento de los mecanismos controladores.

—Libérese de la patología, ayúdenos a curarlo y a devolverle su vocación de servicio. Declare su rechazo al aislamiento egotista que subyace en su comportamiento, admita sin paliativos la disfunción, acepte el internamiento, apórtenos su voluntad y le recuperaremos socialmente.

“Cumpla las normas, rehabilítese y cesará su confinamiento.”

El soniquete percutía en la comprensión de Tirso Andrade.

El doctor Arriaga resumía la situación con una frase invariable:

—De usted depende.

A veces todo, de las pequeñas cosas a los grandes sucesos que jalonan la existencia particular y la social, depende de un factor aleatorio, una casualidad, un desvío en la trayectoria ordenada.

El destino juega una baza de síntesis en la versión del relato de los hechos y esgrime un arma funcional en la contienda detrás del telón. El doctor Arriaga, en tono dogmático, recalcó a Tirso que el destino, sólo el destino y nada más que el destino, había sentenciado a sus compañeros con un fatídico accidente.

En cuanto a él, a su accidente casi mortal...

—El destino y la vesania de un conductor, señor Andrade.

El argumento sonaba a la acción de un tipo prófugo, un suicida, un convicto, a la premeditación criminógena de un conductor ebrio, drogado, irresponsable; a la temeridad de un individuo insano. Sonaba a crónica de papeleo, a expediente furtivo, acaso archivado, a punto final porque la vida es así y a inconveniente superado.

—Mala suerte. —Estaban donde no debían en el momento equivocado—. Es el arbitrio del destino. No sucumba a esa noticia luctuosa.

Al unísono y en la recóndita cavidad que magnifica las palabras, otra voz recitaba la divisa de la supervivencia: “cumpla las normas, rehabilítese y cesará su confinamiento”.

El médico trajo a colación el incuestionable sometimiento al deber del obligado, sin flaquear ante la tentadora disyuntiva con su tendencia al riesgo de accidente.

—Capítulo aparte, señor Andrade.

La terapia continuó en tiempo y forma previstos enfrentada a preguntas y respuestas en los bordes de la amplia mesa.

—Concéntrese.

El doctor Arriaga le solicitó una relación memorística y pormenorizada, auspiciada por la terapia, de fechas y sucesos de especial significado, en orden fidedigno, incluyendo las notas de archivo, cerciorando la cronología del pasado con el apunte descriptivo de un accidente de tráfico en un cruce de calles deficientemente alumbrado, de madrugada, sin actividad humana visible y convencional en los alrededores, sin testigos.

—Fuércese a recordar con precisión.

Un aparatoso accidente reza el atestado, un impacto brutal.

—Lo hago —aseguró al doctor Arriaga. Las impresiones de Tirso versaban acerca de laberintos rectilíneos, tableros escaqueados y túneles con dispositivo expulsor—. No quiero olvidar nada.

—No debe olvidar nada de cuanto oficialmente ha sucedido. Ayúdenos y ayúdese, señor Andrade. Colaboremos.

—¿Hay una versión oficial para calificar el comportamiento del conductor que lanzó su vehículo contra mí?

—Por supuesto.

—¿Qué se sabe del individuo?

—Está muerto. Falleció hace unos días a consecuencia de las graves heridas.

Tirso había perdido la noción del tiempo, pero esa eventualidad no era lo que más le preocupaba de su encierro.

—Oficialmente...

—La versión oficial es única, fehaciente y tasada por los órganos competentes de la administración. Así operan los sistemas de convivencia.

Así funciona la relación social en un marco de prescripciones y jerarquías.

El doctor Arriaga concluyó la sesión terapéutica con un guiño al porvenir. Cada día nace y muere gente, alguna importante, pero con independencia del censo de vivos y muertos y la calificación de sus personalidades aparece la luz que colorea el mundo, un camino de expectativas, dijo con eco de púlpito, acompañando al paciente fuera de la consulta.

A un camino de recovecos, a la cuadratura del círculo.

En la zona de asueto, el paciente Tirso vagaba solo y vigilado al milímetro de losa refregada, a la espera de ser convocado a una nueva sesión de la verdad. Para el Médico Jefe y su eficiente delegado, responsables del procedimiento sanatorio y leales súbditos de los mandamientos de la autoridad, Tirso Andrade todavía era alguien que debía recuperarse y cuya memoria seguía alterada por la patente disfunción. Lo que suponía un alivio a su condición de reo por salud inestable, y una esperanza de volver al mundo que le aguardaba con un daño mínimo. Pero bajo el perverso influjo de la luminosidad artificial e invariable expelida por la bóveda y la incomunicación, escarbando la huida en el poso invisible a los ojos vigías del ego trastocado, sentía que era otro títere con la historia arrebatada, un vestuario que ratifica la igualdad en la penuria de recursos contra la disposición superior, una silueta con su código acechada por sensores y pantallas, un proyecto deficiente, un fallo en el sistema que activa el mecanismo de alarma y la intervención de los controladores.

En sueños, y sólo en esa ingobernable circunstancia dirimida por los fármacos, escapaba del control y la terapia corriendo pasillos de paredes, suelos y techos empapelados con su hoja de servicios.

“Haga memoria, señor Andrade, colabore, ayúdese.”

Apercibido por incendiario

“No le pedimos nada imposible”.

La lección protocolaria impartida a los profesionales del Centro de Recuperación por el Médico Jefe versaba sobre las consecuencias de minusvalorar la auténtica magnitud del fenómeno a combatir: “Los incendios mal sofocados acaban devastando las raíces tanto como las estructuras sin subordinado distingo”. El Médico Jefe era un consumado prescriptor que gozaba de una excelente oratoria.

—Un accidente, concluía el atestado policial en la versión oficializada leída por la voz imponente del Médico Jefe; un desgraciado hecho fortuito.

Tirso Andrade no había descrito ninguno de los dos sucesos, el de la explosión y el del impacto, como sendos accidentes, ni empleado en la calificación adjetivos de condolencia como lamentable o penoso o desgraciado.

Hacía nueve..., once años..., recordaba con dificultad. Hacía... ¿cuánto hacía del fogonazo y del asalto en la madrugada? No podía precisar en los interrogatorios qué había pasado exactamente aquella madrugada de...

“¿Cuándo fue?”

El doctor Arriaga era un profesional metódico y concienzudo, de la clase de alumnos aventajados que nunca olvida las lecciones del maestro ni la obediencia debida al cargo.

—Hace... ¿cuánto hace, señor Andrade? Diez, doce años... unos días, unas horas. Han pasado muchas cosas desde entonces, ¿no le parece?

—Han pasado... —“Trenes, vehículos de dos y cuatro ruedas, trampas para cazar grandes presas”, enumeraba para sí el aturullado paciente—. Y todo me sigue pareciendo...

Tirso investigaba un homicidio con visos de asesinato. Era un caso complejo, peliagudo, de los que sirven para sacar nota o, en su defecto y por incompetencia, disiparse en las sombras del bátraco. Pero el asunto, muy trasegado en las instancias de jerarquía, estaba viciado por el antagonismo de las pruebas obtenidas en competencia de velocidad y una esfumada cadena de custodia para las verdaderamente esenciales, dividido en equipos disímiles con mandos independientes, y por ello la investigación condenada al fracaso. Llegó a comunicar su percepción negativa en privado al juez instructor, un hombre curtido en la brega criminal y escrupuloso en el ejercicio de sus deberes.

—¿Qué descubrió su equipo? —El interrogador de labios rectos y manejo tangencial, escuchaba el relato de Tirso hojeando al compás el legajo documental extendido sobre la mesa.

Partes, diligencias, minutas, notas cruzadas, grabaciones, croquis, gráficos, visos de certeza, especulaciones; la amalgama que compendia un caso difícil.

El juez preguntó lo sustancial: ¿quién?, en la confianza de su despacho, mientras a retaguardia de su toga un enjambre de sombras evolucionaba al acecho de las declaraciones. Tirso soltó la retahíla de probabilidades con inclusión de los elementos amortizados. ¿Quién?, volvió a preguntar el instructor. Nadie, respondió la bruma por detrás y por debajo del estrado.

—Nombres, señor Andrade. Las especulaciones sólo consiguen distraer el objeto de nuestro trabajo.

No había nombres que significaran algo con cara y ojos.

El equipo perforaba la oscuridad con linternas, cursando informes exhaustivos y minuciosos según lo ordenado; la escalera contaba muchos peldaños y cada rellano al menos una dependencia y cada dependencia varios activos en nómina y en fondos reservados, pero nadie sabía nada que comprometiera; todos eran leales a la ley del silencio, permanecían ciegos, mudos, sordos y estaban atados, estrictos en el cumplimiento de la orden.

El médico forense limpiaba sus gafas de la fatiga acumulada antes de hablar. Dirigía entre caso y caso a licenciados aspirantes con el estómago en transición hacia la inmunidad orgánica y a un ayudante diestro en el despabilamiento de los vahídos. El forense era un experto traductor del sutil idioma de los cadáveres. Tanatorio, acogedor tanatorio; en carne de autopsia nos convertiremos. Con él departía Tirso sobre lo divino y lo humano, repartiendo papeles al albur, a ratos ingeniosos de comida y aire fresco, observado el tablero de juego en plano picado. Piezas blancas, piezas negras, piezas tramadas, estaban de acuerdo en la configuración del escenario. Le sugirió el forense que practicara la buena costumbre de acopiar indicios y le echara oficio para detectar, husmear y escarbar las madrigueras y las celdas.

El arte de la pesquisa timoneaba de un puerto a otro por mares tenebrosos; tenga paciencia, señoría.

Tirso Andrade recorría contracorriente el curso de la memoria a la par que sus pasos trazaban, con el acoplamiento de un autómatas, las líneas de demarcación en el hipnótico enlosado de la zona de asueto.

La carretera estaba plagada de cruces, el río hendido por un sinfín de afluentes, la montaña tapizada de oquedades. Cualquier ayuda, corra, vuele o nade, es bien recibida y si se sostiene, mejor todavía. Si además se corrobora y valida, perfecto.

—Nosotros actuamos al dictado, doctor.

—¿Cuál fue el resultado tangible?

Cerrado por extinción de la actividad. Hasta aquí lo que se daba, lo que interesaba, lo que convenía. Cerrojo.

El profesor de medicina legal traducía a sus discípulos el lenguaje de la silente delación, la muerte racionalmente indiciada de crimen. La víctima debía ser un individuo molesto. En el instituto anatómico forense se aprende mucho, una vez inoculado el asistente con el antídoto para soportar las imágenes y los olores.

Ardió la prueba: agua, ceniza, humo, légamo.

La consecuencia no podía ser otra que...

—Nadie le ha preguntado su opinión, señor Andrade.

Hubo relevo en el juzgado, traslado en la penitenciaría y sustitución acelerada de funcionarios. La burocracia cimera destilaba la lógica de las circunstancias. Una maniobra completa en menos que canta un gallo. Coincidencias, dijeron los portavoces de las noticias.

—Cíñase a la pregunta concreta.

Tirso debía responder de manera clara y concisa, su condición profesional y su situación personal estaban eximidas de alardes.

—No sabemos quién con certeza.

Punto, traba, pestillo. Inconvenientes, obstáculos. Órdenes son órdenes. Dispersión. Documentos traspapelados, guillotina. Ningún aliciente que devolviera el sueño. Y aunque no había fatiga ni ganas de arrojar la toalla, todos los elementos de la composición escurrían el bulto, y el posterior recuento de cadáveres apuntillaba la resistencia. Las sombras se multiplicaron y el mundo ubicuo olía a fracaso y derrota si se respiraba sin filtro.

El mar tenebroso le salpicaba la cara: entra, métete, acompáñanos. Vagaba la arena movediza, chapoteaba la

pestilencia de las cloacas. Dinero, favores, cargos, empleos, protección. Paga y cobra, es la norma social que rige la conducta primaria de la especie transnacional colectivizada. El agua que fluye en vertical, de abajo arriba, remolcaba la tela de araña.

Los trazos en las paredes y en el suelo perdían los recuerdos y nublaban la visión. Deseaba dormir conciliado el sueño.

El forense descartó la causa accidental.

Restalló la voz de mando en condena del diagnóstico.

La voz del delegado del Médico Jefe al inquirir la versión del sometido a tratamiento era, en comparación, condescendiente y afable.

—Yo hablo si me preguntan y contesto lo que sé. No me acuerdo. No hablaré si no tengo nada que decir —respondió el interrogado ateniéndose a la obediencia.

El doctor Arriaga cerró el expediente.

—Tomemos un descanso, señor Andrade.

Un buen descanso es fundamental para la salud.

—Procure eliminar el ansia, señor Andrade.

La recomendación del doctor Elio Arriaga flotaba en la malla aséptica de la habitación, repetida por la voz hueca y monocorde del celador presente en el cierre de la jornada.

—Le deseo un plácido reposo.

Amable, servicial, en la misma proporción que hierático, el funcionario saludaba y despedía los cometidos que le eran inherentes y conformes al horario establecido en la ruta de la terapia al paciente asignado por turno.

—Gracias. Por cierto, ¿le importaría decirme cuál es el color del cielo ahora? Sólo respóndame si efectivamente lo sabe.

La invariable respuesta rebotó en las paredes.

—Hable con el doctor.

Insistir, enfadarse, era inútil; los autómatas carecen de instinto bondadoso y jamás se extralimitan dialogando.

Un servidor leal es garantía de seguridad.

Perdida la noción del tiempo desaparecen el día, la noche y las hojas del calendario. Según un horario que no ha sido consensuado, los celadores conducen a Tirso de la habitación a la zona de asueto; de allí a la sala de consulta del terapeuta: la mesa con los cajones cerrados, el armario de puertas cerradas, las dos butacas contrapuestas, las orillas atravesadas por un puente con los accesos cerrados, el juego de un solo jugador en el tablero sedante. Luego, finalizado el tanteo, el paciente es devuelto a la habitación del arrullo narcótico para que se sumerja en un abismo sin interferencias de recuerdo. “Duerme, criatura, que nosotros velamos por ti.”

De repente abrió los ojos al sentir un ruido precipitado, nuevo en sus oídos, y el contacto de una mano que le sacude el hombro.

—Qué...

Unas máscaras con luengas extremidades humanas invadieron el territorio del convaleciente que, aturdido, no opuso resistencia, sacándolo de la habitación con atenta premura, y lo condujeron casi en volandas —a Tirso le parecía estar volando a ras de suelo— por corredores sin puertas, pintados por higienistas severos, hasta llegar a la explanada bajo la cúpula de cristal reflectante. Entonces, también de súbito, las máscaras raptoras detuvieron su marcha, como si hubieran sido desconectadas de su fuente de alimentación. Tuvo la sensación de que sus captores se evaporaban, por lo que a su desconcierto se añadía la angustia del desamparo. Buscó alrededor, en la superficie despejada

de toda materia donde fosforecían con brillo cadavérico las líneas delimitadoras del vacío mecanicista.

—Qué...

Los vigilantes ojos sin párpados grababan la huida sigilosa.

—Qué...

Un parpadeo incrédulo después, los evasores de cuerpos volvieron a tomarlo a su cargo, y renovados en su presteza abordaron una maraña de corredores rectilíneos de poca longitud separados por puertas batientes de bisagras silenciosas, mostrando en el periodo de vaivén salas de utilería decoradas sin lustre. Uno de los captores, quizá el jefe del comando liberador, sostenía en un sarmiento enguantado un mando remoto, y puede que en la coincidencia de miradas sonriera amigable tras la máscara al asombrado Tirso.

—Qué...

Lo izaron sobre un rudimento estrecho y oscuro, de prisa, de prisa, un ligero tropiezo, un tropiezo mayor, sacudida, desequilibrio momentáneo; le llevaban en andas — como a una personalidad en el traslado a la cumbre— hacia una pista donde calentaba para el despegue un motor; una especie de bulo que conmociona a los desahuciados. Pero el avión era tan real como la aventura. El estómago se le revolvió hasta estabilizarse el vuelo y acto seguido —incapaz de cuantificar el tiempo transcurrido, pero el cielo seguía con un color dormido— le colocaron el arnés del paracaídas.

—Qué...

Con el pasaporte fijado al abdomen, el misterioso enmascarado le propuso una adivinanza.

Y antes de coordinar su respuesta para ser convincente lo lanzó fuera de la protección volátil.

¡Va!

Succionado por la posesiva gravedad, encarado al anuncio del vuelo libre, la Luna le sonreía aprobadora —y ya iban dos compinches de fuga—, y con su voz de ensueño le dijo que nada se encuentra fuera del mundo, desagüe cósmico, cuando se conoce lo que hay detrás de los muros.

¿Por qué arriesgarse a abandonar el censo de los vivos?, le preguntó un cielo somnoliento.

Fin.

La persiana con los créditos de la película le despertó, tenso, agotado. Regresaba de la aventura estrellado pero indemne, una circunstancia por la que sentirse contento, y con el velo ante sí de un horizonte en dilución. Desbordada la estratégica linde del mundo protector con su urbanismo de tiralíneas, asfalto y cemento a espuestas, las planchas metálicas monocromas y la fibra de carbono opacada, no merecía la pena vivir. Era una conclusión apresurada, víctima de la impotencia.

La sola idea de la huida era infructuosa, una jugada inútil, llegó a considerar metido en la cama, encerrado en la habitación de tonalidades blanquecinas, durante el lánguido espectro de la transición.

En el mundo unidimensional, con una sola vía de tránsito entre sus dos únicos edificios —la ciudad de la cordura, la ciudad de la disfunción— es fácil encontrar al extraviado.

—Usted es alguien a tener dentro, señor Andrade; quédese con nosotros.

Tirso despertó sin frío ni calor, sin sed ni hambre, sin ansia ni pereza. Temprano por la mañana, los angélicos corifeos en custodia le deseaban un buen día.

Un atasco de grandes proporciones, motivado por la confluencia de una hora punta con las obras de una adaptación vial a la megalomanía de sus promotores, obligaba a los

vehículos particulares igual que a los de servicio público a taponar las entradas y salidas de cualquier dirección rodada.

¿Paciencia o protesta?

—Paro el taxímetro —decidió el taxista—, esto es demasiado para usted y para mí.

La nobleza del gesto hubiera merecido una charla distendida entre el conductor y la clienta sobre aspectos triviales de la cotidianidad, por aquello de pasar el rato sin adentrarse en la crítica a la tarea ideológica de los munícipes, o una reflexión concienzuda acerca de la imposición ejecutiva y el sometimiento adocenado en una sociedad rendida a los comunicados de origen difuso y a la tentadora oportunidad de cambiar de bando; lo que en absoluto apetecía comentar a Loreto Bande.

Detenidos los tres, pasajera, taxista y contador de importe, en un embudo de tragadero muy ancho y desagüe muy estrecho.

—Discúlpeme, pero voy a bajar, tengo prisa —acabó por decidir Loreto.

Pagó la truncada carrera y, al azar porque desconocía esa parte de la ciudad, eligió una calle que se abría a otra novedad para abandonar el caos ruidoso de la congestión.

Unos metros, unos minutos, una ignorancia total de cuanto emergía en derredor.

“¿Dónde estoy?”

La juez Loreto Bande no atinaba con la dirección del centro médico donde, supuestamente, permanecía en observación y cuidados su amigo Tirso. Agobiada por un enredo de calles rectilíneas, deprimentemente llanas y parejas, ni un alma a la vista, ni un rótulo desportillado, ni un arbusto desmochado, ni el menor sonido de electrodomésticos en funcionamiento, estaba indecisa y contrariada. Al

cabo, no poco desorientada y en un tris del enfado íntimo —“dónde te metes”— llegó a una plaza de mayor holgura en sus dimensiones urbanas, y aun así calco arquitectónico del conjunto precedente y vacía como la esperanza de la razón ante el despotismo de la conveniencia. Fijándose en el suelo descubrió restos de una sustancia adherente, de los que quedan al retirar unos trazos adhesivos indicadores de la ruta a seguir, por ejemplo en una competición o en un edificio con estancias diferentes en su interior. Al estilo de la inercia recorrió la plaza, huérfana de ornato y comodidades, hasta confluír en otra calle inactiva, larga y angosta como la precedente, impregnada de sustancia macilenta.

“Ridículo.”

Loreto supuso que no iba a encontrar lo que buscaba por más que porfiara, ya había malgastado una valiosa porción de energía activando la curiosidad del viajero accidental. Tenía que volver a su mundo, pronto, y descartar los impulsos de naturaleza afectiva para alcanzar un propósito tangencial. ¿Qué le diría a Sonia? Ella, la esposa turbada, podría espetarle un fracaso que se había quedado en mero intento. Esa probabilidad incomodaba a la mujer y a la juez, porque aunque adujera una excusa creíble, sostenida por los hechos, para justificar su marcha atrás, era ridículo empezar algo y dejarlo inacabado por un fallo en su orientación.

“¿Cómo soluciono este lío?”

Con el aleteo de una duda intrínsecamente humana y la aplicación del lema: observa y atiende, se le ocurrió.

Todo lo que había que ver estaba expuesto en un mercado de trueque, irreal pero verosímil como las imágenes que sobreviven al último sueño de la noche empañadas por el vaho de un trémulo despertar; esa secuencia de esencias retenida a fuerza de voluntad provoca una erosión en la

conciencia semejante a una despellejadura que escuece y mantiene el daño hasta que cura, a una fragancia que desplaza la jurisdicción de la equidad y la analogía con su hechizo primario hasta que se evapora.

La conjugación simultánea de los verbos aislar y acoger fundamentaba la estructura del operativo rehabilitador.

—Acompañeme.

Era la palabra clave en los traslados, pronunciada con la asepsia imperante en todo el recinto por el guardia dotado de la facultad oral, el que abría y cerraba las puertas, el que caminaba por delante; el que, a veces, emitía al receptor exclusivo durante el trayecto de ida o vuelta más de una frase con más de una palabra con más de dos sílabas, si se trataba de confirmar o negar en una respuesta posible en ese momento para el aludido.

—Pase un buen día.

Esta concreción en el sustantivo, sinónimo de tiempo matinal, quizá distinguía las horas diurnas de las vespertinas y nocturnas, y no sólo procuraba otra conjetura durante el traslado.

—Gracias, igualmente —lo despidió Tirso en recíproca cortesía.

Incluso un despacho de configuración estética minimalista, habilitado como dependencia de consulta y sala de interrogatorio, podía refugiar a un internado en proceso de recuperación.

Tirso saludó al médico dándole los buenos días y ocupó su asiento a la espera de captar visual y auditivamente la atención facultativa.

—¿Dónde lo dejamos, señor Andrade?

El doctor Elio Arriaga anotaba todas y cada una de sus impresiones en la evaluación continua de la conducta sentado en su lugar de la divisoria mueble.

—Refrésqueme la memoria, si es tan amable —solicitó Tirso.

El delegado del Médico Jefe dominaba la técnica de inexpressión facial aprendida de su maestro.

—¿No descansa lo suficiente? ¿Qué le hace falta para dormir bien, señor Andrade?

Puestos a pedir, necesitaba intimidad, un entretenimiento variado y unas cuantas preguntas terapéuticas formuladas desde el reverso de la apariencia.

Puestos a pedir, recusaba los sedantes, la custodia, el asedio.

Tirso Andrade sabía airear sus pulmones y aunque en circunstancias desfavorables se manejaba con pericia en la exposición.

El doctor Arriaga lo valoraba como un rival de enjundia en la partida de convencimiento que celebraban cada sesión.

—Prosiga su relato.

Aún latía su memoria con ritmo acompasado a la interpretación de la historia sin depurar, la versión original sin cortes, una historia inteligible en primera lectura.

Indicios racionales de criminalidad. La hipótesis del accidente no era unánimemente participada, a sovoz de los oídos agudos y de los roles del viento clamaban sospechas y se filtraban temores. En teoría de academia, a la investigación de un caso con raíces y tentáculos se le dedica el apoyo coordinado de medios humanos y materiales.

—¿No se pusieron a su disposición todos los medios al alcance? —preguntó el interrogador sin levantar la mirada de sus papeles.

Hubo trabas, arbitrariedades definatorias en la conducción de las pesquisas y a la par una dispersión de intelectos y un amaño en las pruebas que cegaba los atisbos de resolución. Pero, como es bien sabido, la curiosidad mató al gato. Y tres gatos —uno invisible, dos con el destino sellado— seguían tozudamente a la caza de un infiltrado que jugaba al doble o nada, encomendados al ejercicio del cargo precedido por una orden superior a la que hería la zarpa felina en los archivos y los bigotes en nucas distinguidas de cómplices y encubridores. Órdenes de boca tapada y cuerda a las manos.

—¿Quién era ese hombre, señor Andrade?

—Un desconocido.

—¿A quién servía?

—Al amo.

—¿Dónde actuaba?

—En la umbría del territorio a expungar.

La segunda autopsia nunca llegó a realizarse oficialmente. Un chorro de agua a presión limpió el ara de las revelaciones y, en otra localización del mapa, las cenizas navegaron al paio por el sumidero hacia la sentina. Oficialmente, tampoco la tercera autopsia tuvo efecto.

—Yo tampoco me resisto a la tentación —dijo Tirso a las notas sobre la marcha del doctor Arriaga.

—Un regalo tentador, ¿digámoslo así, señor Andrade?

—Digámoslo así.

Trasiego de papeles, conjeturas sobre las que apenas se ensayaba en la función diaria del teatro, cada cual tenía sus obligaciones, pero como las familias grandes son porosas y los rumores campan por doquier —la mordaza en la boca, la amarra maniatando—, alguien con clave de acceso dijo que lo pensaría.

Los vínculos entre los Cuerpos de Seguridad y la Inteligencia son intermitentes y adscritos a la materia reservada. Los servicios no son intercambiables sin un mandato expreso de la autoridad pertinente, pero las comunicaciones entre personas con tareas comunes suceden con mayor frecuencia.

—El límite a la curiosidad o a la tentación está en la obediencia, señor Andrade, aquí y allá. Los grupos humanos que nos contemplan se rigen por normas y a ellas deben su existencia cívica. Ni usted ni yo somos nada sin la observancia de las reglas que social y jurídicamente nos encauzan.

—Nos imponen, pero también nos permiten —puntualizó Tirso—. Y por eso...

El delegado del Médico Jefe apartó el matiz del tablero de juego.

—Nos preexisten, por supuesto. Ni usted ni yo hemos nacido con la civilización; nos lleva mucha ventaja en lo tocante a constituir el marco de relaciones. ¿Acaso concibe un mundo deslegalizado? No lo creo. ¿Me equivoco, señor Andrade?

—No seré yo quien cuestione su imaginación. Respecto a la mía...

El médico activó el nivel de alerta en el tratamiento del paciente. La alarma sonaba intermitente, confiando en su próxima reversibilidad, en una dependencia secreta de acceso exclusivo al poseedor de la contraseña. Era indispensable para el terapeuta que, además de reconducir el interrogatorio por la senda marcada en el protocolo, abortara las digresiones contrarias al buen fin estipulado por el órgano rector.

—La especulación desatada es perniciosa.

—¿Corro peligro?

Era una pregunta arriesgada, incluso valiente en el filo de la insolencia que disimula el miedo, formulada en tono comedido.

El doctor Arriaga no escatimó la gravedad en su respuesta.

—Convalece de una experiencia traumática a la que se ha incorporado una secuela de alucinación.

—¿He pasado lo peor?

—La fase crítica no ha sido superada. En consecuencia, puede remanecer y consolidar el riesgo que pretendemos evitar.

—O sea...

—O sea, que mi cometido es impedir que ese estado de confusión y equívoco le continúe perturbando las facultades, y el suyo facilitarme la tarea.

La mueca del convaleciente era de sincera incompreensión.

—¿Cómo?

—Aparte las ideas obsesivas y convierta la patología en un trastorno episódico.

—Pero...

—Yo me encargo de guiar el proceso. Usted sólo tiene que seguir las instrucciones. Ya sabe, la relación entre médico y paciente basada en la mutua confianza.

El médico añadió con énfasis profesional que ambos debían felicitarse por residir en un centro modélico.

Tirso era afortunado por estar dentro, vino a decirle.

—Aquí está a salvo, señor Andrade —le dijo.

Fuera de allí nadie le garantizaba su seguridad, le insinuó.

Una vez aclarados los puntos suspensivos, el doctor Arriaga retomó el extremo de la declaración anterior jalónada por lagunas.

—Me hablaba de presunciones, ¿recuerda?

Recordaba que un individuo ahormado pasó una temporada en la cárcel, refugiado en varias nóminas para, presuntamente denunciaban los felinos, canalizar ciertas actuaciones duplicadas. Trato de favor. Dinero va, dinero viene. Los lincees, al anochecer y en la espesura, tiran del hilo que sujeta al introducido con una órbita excéntrica a la de los informantes de inteligencia, cuyo responsable, un cargo de confianza, fue apresuradamente trasladado y ascendido; la patada hacia arriba; los ratones colorados son proverbialmente listos, pero poco o nada tienen que oponer a la bestia parda cuando huele la destilación del cerco.

Hipótesis absurda, coincidencias, esgrimió la autoridad.

Rodaron la bola los pequeños incordios y creció hasta un tamaño preocupantemente grande.

Las intervenciones a la contra se sucedieron: la defensa adecuada para frenar a los entremetidos era un ataque con minas colocadas justo en la línea de flotación. Movimientos de piezas, relevos. Gambito por enroque. Vigilaban los vigilados a los vigilantes bailando en corro: no temáis, somos amigos, somos aliados, somos mimos, somos piezas secundarias. Silencio. Nadie sabía nada, pero el itinerario de cada cual estaba marcado aunque la huella no fuera indeleble.

El delegado del Médico Jefe asintió con gesto leve.

—La ignorancia exime del peligro, señor Andrade.

La víctima mortal había detectado la presencia en la cárcel del roedor correo y alertó a su enlace. Dinero va, dinero viene. “Haz esto y espera tu turno”. Diez, quince, veinte años atrás borboteaba en las calderas institucionales un guisado delictivo: acúdase a las hemerotecas, a las fonotecas y a las videotecas en funcionamiento independiente del combustible presupuestario. Terremotos y huracanes; más sustituciones y desplazamientos de piezas dentro y fuera del

tablero; expedientes, diligencias, sumarios en danza de gabinete en penumbra a juzgado sin acuse de recibo: “es otra investigación, es otro asunto, es otra trama”. Ni documentos, ni pruebas, ni testigos validados para fundamentar una investigación que admita una instancia judicial. En el reverso de la agitación premios y recompensas a los adictos y asimilados: buen viaje a las inmunes legacías, bienhallados en posiciones elegibles de las listas blindadas por si la protección mengua con el paso del tiempo y los cambios de nombres.

—Son los que eran —concluyó Tirso, que entonces, ajeno a los fármacos, contaba peones para dormir, y durante la vigilia exploraba la guarida de los topos-ratas a la luz de su intuición.

—Le noto fatigado —intervino el doctor Arriaga—. Le conviene descansar, señor Andrade.

La certera aguja penetraba hondo. Chitón y felices sueños: sumérgete en el océano de cadáveres aplomados, guarnición mustia en el banquete de los peces selacios, restos saponificados de industria dismantelada; denegada la extracción echa raíces, renueva los brotes, fusionate con la pesada oscuridad. El frío abismo mece las coronas fúnebres con banda morada: No te recordamos, quédate en el fondo, nada nos identifica contigo.

La golosa moraleja del sueño insinuaba al dormido la salida recta hacia una libertad pactada.

Muy intenso ha de ser el sueño, y muy fértil la imaginación que lo suplanta con extraordinario parecido, para ofrecer al espectador un atisbo de realidad en el confinamiento.

Silencio en la habitación, mudo el pasillo, ninguna bulla de voz o enjambre se inmiscuía en el reposo de cámara aislante concedido al perturbado.

Contemplado desde una imaginativa suposición, Tirso Andrade yacía en una penumbra húmeda de olor acre. Junto a la cama, la proyección de sí mismo escondía la bandeja de comida en la sección zapatera del armario y vertía el líquido de la botella sanitaria, un gotero de plástico perchado al acecho como un híbrido de ave de mal agüero, en la glotona taza del inodoro. El paciente de la habitación con el número difuminado se declaraba en huelga de hambre y de sed, tan solo ingeriría sus propios susurros.

Desde ese momento únicamente atendería los sonidos de reacción que sus actos provocarían en la custodia preventiva.

Silencio al otro lado de la puerta y detrás de las paredes por donde fluyen los conductos de vigilancia.

Cerca de su postración terapéutica escuchaba las fauces del proceloso mar de los despojos triturando el condominio con instrumentación de viento recio.

—Oye, náufrago; descansa, reponte.

El bochorno opresivo y la calma chicha presagiaban la tempestad.

—Yo te cuido, tú duermes.

Mecido por una corriente en formación, el frágil esquife de panza acristalada con su pasajero a la intemperie —una silueta, unos rasgos, el esbozo de un personaje diferido— circundaba la encrespadura abisal del acantilado pétreo desde el que asomaron, al verlo aproximarse, las cabezas del suspicaz auditorio del Médico Jefe. El ínclito modulador de conductas presidía la junta de evaluación, destinada a garantizar el resultado preceptivo, y en su calidad de optimate sanitario disertaba al uso olímpico —encaramado a la crestería, mesiánico, tónico— sobre la causa original y sus efectos derivados; pautando con una batuta de director de

orquesta las profilácticas y sanadoras leyes de la recuperación.

El Médico Jefe tampoco dudaba esta vez de su capacidad, hartamente demostrada, para enderezar el rumbo de la conducta llevándola a buen puerto en un plazo de tiempo aceptable.

Era, reiteró a sus avizores escuchantes, cuestión de método y pericia.

Expuso el magister terapia a su inquieta concurrencia — de quien, por otra parte, dependía su alto cargo y la abundosa retribución dineraria—, que las disfunciones catalogadas por la autoridad facultativa se alojan en el núcleo vital del nesciente enfermo, precisamente donde aflora la vivencia infecciosa, obviamente contaminante que urge extirpar, y las raíces de localizarse, para el beneficio social, reubicándolas definitivamente en el Registro Central de la Praxis Enmendadora. Liberado el paciente, y los demás afectados por la memoria nociva, se le abastece con la inocua de sustitución. Rescate concluido.

El cónclave de ansiosos, restringida la zozobra compartida a un mal enmendable, emitió un veredicto secundando la prosecución del tratamiento, que también esta vez, confiaban, solucionaría el enojoso asunto de la disfunción con la frase portentosa: yo te cuido, tú duermes.

Notas de música incidental vibraban tenues en el despacho del doctor Arriaga. El reservado concierto de una partitura para dos solistas interpretaba con dramatismo el movimiento disolvente.

—Tiene mal aspecto, señor Andrade. Nos preocupa, se lo digo con franqueza. Y también, por supuesto, con ánimo de reposición.

Tirso dormía cuando era tal el cansancio, o la acción inductora de los fármacos, que le era imposible mantener la conciencia de los ojos abiertos. Se negaba a caer en un sueño que aleja la realidad a un confín de olvido y luego borra cualquier vestigio de memoria que actúa como puente. Su memoria, sus recuerdos, la película de los hechos, era la contraseña para escapar del cerco; pero con su memoria, con sus recuerdos, con la película de los hechos en su poder, la liberación estaba descartada.

Quería dormir con un ojo abierto, como dicen de los perros que protegen lo que ordena su instinto; o con una rendija entre los párpados, como algunas personas que al despertar, y durante el tiempo que dura la adaptación, ven borroso. En los humores ácueos del febril paciente batallan la amnesia y el desvelo con opuesta destreza: la delicada pupila desafía a las capas de salitre que anegan la laguna, pero el canal de fuga está obstruido. Torpe, delirante almadiero, en un simulacro de avance. La luz, implacable, carece de sombra y los ojos de visera. Desprotegido y en retroceso, el medicado tanteaba visualmente las aristas de la sala de interrogatorios.

—¿Le apetece continuar?

Amable, preocupado, el doctor Arriaga.

Tirso vacilaba.

El delegado del Médico Jefe, pendiente de las insinuaciones, reiteró la oferta de posibilidades.

—¿Seguimos o prefiere esperar? De usted depende.

Balbuía la respuesta en el maremágnun que desmoronaba su capacidad intelectual.

—No...

—¿No seguimos? ¿Lo dejamos? Le pido concreción, señor Andrade. Usted me comprende.

Tirso prefería seguir. Creía que con perseverancia también para él sólo era cuestión de tiempo el ir atando cabos; esa era su intención, copiar la estrategia. Pero su posición en el tablero era débil y, al margen de la partida terapéutica, no contaba con respaldo interno para descorchar la tapadera del túnel.

Los patrocinadores del episodio, organizados con presteza y hábito de mudanza, en virtuoso unísono, abonaron la antítesis: imposible deducción, fantasía, ¿qué trama?, ¿qué pruebas?, ¿qué instrucción?, ¿qué testigos? Impensable, absurdo. “Pasa página,” escuchó alrededor. Un alud de tareas burocráticas como penitencia si osaba destejer la urdimbre de mentiras.

—Le pido que sea preciso en el relato de los hechos — insistió el doctor Arriaga escrutando la confidencia de los papeles encarpetados.

En un encuentro de calle que representaba en el proscenio de aficionados la casualidad, un personaje de segunda fila iba a tirar de la manta y a esfumarse con la última palabra. Naturalmente, Tirso era todo oídos. Jarreaba, el mundo se encogía con el chaparrón; dentro del coche, que servía de locutorio para la ocasión secreteada, percutía la lluvia a martillazos, a ráfagas de proyectiles; los cristales empapados por el manto de agua vocinglera distorsionaban la vigía.

Los medios de comunicación informaron sobre las tres excarcelaciones, depositadas las fianzas en veinticuatro, cuarenta y ocho y setenta y dos horas.

Fuera de servicio y a hipotética solicitud de los creadores de opinión, la composición de lugar de Tirso Andrade hubiera declarado sin circunloquios su calificativo para la puesta en libertad escalonada por obra y gracia del espíritu mediador —había que ironizar al respecto de lo que sonaba

y olía a una condonación de la pena en plazo previo a la sentencia.

—Usted erigido en juez y parte. ¿Cree que como servidor público le correspondía tal atribución legal? Usted no era un espectador sentado en la platea de su casa, libre de acusar o absolver al gusto, inclinado hacia la pasión que mejor le concertara. Me cuesta pensar en usted como un fanático de un equipo de fútbol que encara una disyuntiva a lomos del instinto primario.

—Ni en alas del descargo visceral.

—Eso abona mi parecer, señor Andrade. Pero, entonces, ¿cómo se justifica?

—No me justifico. Me atengo al código penal. —Propalar falsedades es delito, la usurpación de funciones es delito, obstaculizar la acción de la justicia es delito, el atentado contra la autoridad es delito—. Eran varios los delitos y ninguno de los delincuentes a disposición judicial.

—Obvia la presunción de inocencia, señor Andrade; una postura contraria a derecho y a la ética profesional.

—Yo no soy juez sino un investigador; me atengo a las pruebas recabadas.

La lluvia remitía. El confidente, evacuada la notoriedad intimidante de los nombres, se largaba con la ropa mojada.

La pieza marchaba del punto de mira. Había que aplazar el asunto, acordó lo que quedaba del equipo, porque la pieza no iba a repetir su deposición ante el juez. La cisterna del inodoro no se recargaba con agua de lluvia.

No obstante, los restos en activo alumbraron una esperanza en la galería de las gárgolas con los pocos medios que publicitaban el mapa de las anomalías y el perfil de un desahuciado del meollo, uno de esos casos aislados, una excepcionalidad de corto alcance que en su día gozó de cierto protagonismo mediático habitando la fortaleza. El

tipo avisó a los agentes del blindaje y desapareció con una ráfaga de viento poniente; el operativo estaba retroactivamente liquidado y las nuca tirantes por el aliento helador de la sombra.

—El proceso evolucionaba por el derrotero adecuado, señor Andrade. ¿Por qué ese empeño en retrotraerse a episodios zanjados?

—No eran capítulos cerrados de la única historia. La verdad...

—¿Qué verdad?

Al acecho periodista, reducido pero vehemente en su dialéctica, se opuso una distracción textualizada por el gabinete de crisis en la que elementos subordinados se sometían a un tratamiento presidiario higienista de corta duración y trato deferente.

El paraguas de Tirso, el vigilante vigilado, goteaba cadenciosamente en el barro.

—¿A qué verdad se refiere, señor Andrade?

En las páginas finales del capítulo apareció otro juez instructor demandando nuevas diligencias y nuevos comparecientes al tiempo de llamada, lo que significaba velis nolis la eternización del proceso judicial.

Escampó la tormenta, pues nunca llovió que no cesara, y correlativamente se esfumó el fervor periodístico y la notoriedad pública del caso. Las campanas doblaron por el funeral.

—La verdad...

—Errores de apreciación, señor Andrade. —Taxativo el dictamen del doctor Arriaga.

Lapso, yerro, traspíe de un extraviado de la ruta balizada con el zumbido de la sangre en sus oídos.

Confiaba en sus allegados y en la vuelta a la normalidad de su vida personal, pero hasta tener pruebas que lo avalaran la impaciencia consumía a Sonia Urrutia. Continuaba a la espera, mordiendo el tiempo, estrujándose las neuronas, porque la alternativa de embestir y arrastrar cuantos obstáculos se interpusieran entre ella y su deseo aún no la contemplaba resueltamente.

—No tiene lógica —lamentaba.

—Seguro que la tiene. —En su despacho de la emisora de radio, un reducto hogareño a escala, Héctor Regidor preparaba a su colaboradora una infusión azucarada mezcla de tila y poleo menta—. Tranquilízate y digiere, está controlado —le dijo, sin especificar el sentido del participio, al depositar la taza frente a su desconcierto.

—Yo no la veo, Héctor.

—Percíbela.

Sonia era regularmente informada del estado de su marido por un parte médico lacónico e incontestable; ningún otro argumento de mayor solidez avivaba su esperanza ni desterraba parcialmente el temor atávico a las tinieblas ni a la suspicacia, con diseminada raíz, de que algo late acechado en un compartimento estanco.

—Me gustaría...

Héctor opinaba que al valor no lo suplanta la temeridad, pero que tampoco encogidos y resignados a dejar la iniciativa en manos de la providencia serían de ayuda al confiado.

—El único relato con destellos de certeza es el que nos transmite la imaginación, muy versada en penetrar la oscuridad y los pasadizos, que vamos soltando por capítulos de micrófono a medida que la sospecha crece y las nubes se adensan.

Sugirió a Sonia que redoblara su actividad y el ejercicio físico para, fiel Penélope, mitigar la desazón y el miedo tejiendo alas de robusta pluma.

—Me cuesta concentrarme.

Le propuso que combatiera el abatimiento con inteligencia escrita y hablada.

—Hay voces que mientras convencen quieren convenirse con mínimos rodeos —le comentó.

Ella había dado un gran rodeo infructuosamente para nada.

Héctor Regidor no consiguió llegar. Nadie se lo impedía, simplemente es que acabó perdido en el embrollo de calles envolviendo el centro médico donde Tirso permanecía ingresado.

Aquel insano callejero, expendedor de misterio y melancolía, le había propinado una desazonadora sensación de impotencia y de añoranza de aquellos correteos infantiles en descubierta por los vericuetos y las dobleces de la circunscripción, prolongados hasta la extenuación mientras los tironeaba el eco familiar de las reprimendas. Era un infante conquistador desafiando las fisonomías recortadas en los balcones y las esquinas de las saludadas calles del universo contraído. Los diversos paisajes —ingeniados o tomados en préstamo— de las selvas vírgenes, verdes y exuberantes, y los desiertos de arena parda, roca corroída y petroglifos, extractaban la relación de los hechos que titulan las etapas que el viajero confiesa sin despegar los labios al producirse el reencuentro con la vida convencional. Sin embargo, aquel cuadro surrealista en una ciudad recóndita dentro de la inmensa urbe capitalina podía tratarse de un decorado, de un trampantojo, incluso de una usurpación. Pensaba Héctor Regidor que ese camino indicado por las

señas conducía a perderse en una ciudad irreal, vanguardis-
tamente fantástica, ubicada en el reverso del cartel publici-
tario; o un pasmoso error de apreciación; o un rapto de lu-
cidez que vierte espeluznos en el sistema nervioso; o una
advertencia reproducida en formato antiguo.

Un muro corredizo se interponía entre la versión oficial
del accidentado y sus visitantes.

—Sonia, lo siento; no he dado con él. A ver si...

No arrojarían la toalla.

Excursión lineada por la zona de asueto.

Acosado, cernido por la vigilancia de los ojos sin párpados, sonámbulo, convaleciente de una enfermedad aún no incorporada al catálogo de patologías, bajo la cúpula de claridad engañosa Tirso Andrade se forzaba a entender su papel en las sesiones de terapia con el doctor Arriaga. Al principio del esfuerzo, concentrado en la memorización en vez del recorrido sobre los trazos delimitadores, o en paralelo a su jurisdicción, lograba visualizarse en su lado del mundo, fragmentada su corporeidad pero sostenida por las líneas maestras de un armazón, tal vez un bastidor de práctica artesana, sólidamente articulado, y no le parecía contemplar a un cadáver tendido en la mesa quirúrgica de la autopsia sino a un desafiante que se atrevía a calificar de segundón, criado, satélite, a su médico.

—¿Me ha oído?

—Compórtese, señor Andrade.

Le había espetado que era un lacayo.

El doctor Arriaga conocía la intrusión pasajera de una reacción pasajera, inconsciente, estimulada por los fármacos.

Al recordarlo en la soledad de la zona de asueto, donde el silencio calla los pasos, bañado por una luz enajenada al

tiempo real, la escenificación heroica sonaba a canto del cisne.

—Actúe como se espera de usted, señor Andrade. Está obligado.

La reconvencción del médico, al que bastaba para pronunciarse una ligera inflexión de voz o un mínimo gesto en su esculpido de Cérice, había anidado en su cabeza e indefectible le marcaba el trayecto.

—Descanse. Seguiremos luego.

De vuelta al redil.

Monotonía, examen, cálculo. Un día más de preceptiva sanación.

Enmudecido y atosigado, Tirso pedía una tregua en los interrogatorios, unas caritativas horas de sueño sin el concurso de centinelas zumbadores. Silencio para dormir, la desconexión del tratamiento imploraba a las alturas condescendientes de la terapéutica rehabilitadora.

La incansable máquina aspiradora revestía completamente la estancia de confinamiento, regulado su mecanismo como el de la mortecina luminosidad con eficacia hipnótica, sin remitir un instante en la extracción de recuerdos y en el suministro de la versión oficial. Sacar, poner. Vaciar, llenar. El producto de la sustracción era puesto a buen recaudo hermético, con marbete criptográfico, junto al material incautado proveniente de sumarios, diligencias y transcripciones.

El arsenal de pruebas sobre tramas y connivencias aportado por la investigación de un número reforzado de agentes e informadores violentaba a los aludidos, pero no lograba cubrir en su totalidad, a modo de enrejado penitenciario, el amplio foso de guarda y custodia.

Salir, entrar.

Sustituir, reemplazar.

En paralelo, como se circula entre las rayas del arcén y la mediana, actuaban dos operativos urgentes dirigidos por el mando único; en la operación publicitada fueron detenidos los cabezas de turco en nómina —una partida del fondo de reptiles—, con imponente despliegue retransmitido para todos los públicos; en la operación velada...

Cambios, manipulaciones y falseos; apagón comunicativo; nada que ver, nada que decir, nada que hacer.

En la cárcel recibieron trato de favor los títeres del espectáculo mediático; asimismo, en el abreviado procedimiento judicial unificado —para evitar una macrocausa, para reducir el tiempo de proceso y sentencia, se comunicó oficialmente a la opinión pública. Para impedir voces discrepantes en juzgados independientes con instructores de modesta imparcialidad, para atraer el foco de atención de interesados y curiosos hacia la alfombra roja del teatro de la opacidad; matices ambos nunca citados en las sincronizadas declaraciones de los portavoces del organigrama institucional.

El juez instructor sintió el aguijonazo de la coerción por su flanco débil y acabó decretando libertades bajo fianza y una prisión incondicional.

Sólo un culpable resaltaba con filiación en el estercolero de gratitudes por el mutismo disciplinado.

Corriendo los plazos legales de la impunidad para la continuación del negocio, denunciaron unos periodistas, minoritarios en cuanto a ruido diario, aunque muy atrevidos y pertinaces en su grito al cielo.

La ofensiva a la contra, multitudinaria, dispendiosa a espuertas y efectista, tan constante y tenaz como el motivo que la provocaba, orquestó un tejemaneje de réplicas a las denuncias laborado por maestros de la doblez; con amenazas

explícitas de querellas contra los propaladores de los infundios por injurias, de castigo leve, y calumnias, de pena agravada y ejemplar.

Tiras y afloja en el proscenio al cabo, discusiones bizantinas con cadáveres y explosivos en discusión, escarceos esgrimidores y fugas con nocturnidad y alevosía, fuego cruzado hasta que la fuente noticiosa dejó de manar y cundió la pesadumbre en algunas redacciones.

La máquina aspiradora condenaba a Tirso Andrade a un insomnio protervo que gradualmente hace mella.

La monitorización de Tirso Andrade proyectaba en la pantalla de control las señales visuales y acústicas del proceso terapéutico, elaborando un informe exacto y actualizado de los síntomas cruciales del paciente.

El doctor Arriaga entregaba cada informe al Médico Jefe, que hojeaba preceptivamente antes de recibir la correspondiente exposición oral, sucinta o, para recabar notas adicionales, pormenorizada. Concluido el relato de su asistente, el Médico Jefe formulaba preguntas y consideraciones y con su autoridad marcaba la línea de continuidad o de modificación. El doctor Arriaga regresaba a sus labores con el mandato asumido, y hasta nueva reunión programada nada alteraría el protocolo entre los terapeutas salvo un inopinado suceso, para el que no se escatimaban los métodos de supervisión y atajo en una pauta de urgencia y confidencial.

El delegado del Médico Jefe era un elemento cualificado, escrupuloso de su deber, que ni por precio, promesa o recompensa, filtraría la información sensible que manejaba y de la que era responsable ante la más alta instancia de la cúpula facultativa, órgano ejecutivo integrado en la esfera de expertos difusores de noticias creadas en los laboratorios de ensayo.

—El paciente en breve responderá satisfactoriamente al tratamiento —anunció el Médico Jefe a su leal y competente delegado; minutos después transmitía el mismo parte optimista a la superioridad por conducto reglamentario.

A una hora del día en que la luz era igual a la del momento precedente, el intervenido Tirso Andrade permanecía encerrado en su habitación, constante la temperatura, inalterable el cuadro de objetos y colores, afanoso el mecanismo de succión.

La aspiradora progresaba en el desfallecimiento de su memoria, le emborronaba los recuerdos —dismnesia en lenguaje médico—, le cambiaba la percepción. El incesante bufido, la melodía corrosiva de nota desnuda, competía con el murmullo de la sangre agolpado en el lóbulo temporal y, eventualmente, con el silencio no menos absorbente del confinamiento.

Tirso soñaba con las olas de un mar cabrilleado.

—Las apreciaciones son subjetivas —dijo una voz que emergía de la profundidad con el descenso de la ola mayor.

—Las apariencias engañan. Todo es susceptible de interpretación en nuestro mundo.

Nuestro mundo, escuchó nítidamente el paciente en proceso de rehabilitación. Un mundo contrapuesto a otro que pudiera existir independiente en el linde de la absorción.

El doctor Arriaga cumplía puntualmente los requisitos de la pauta ordinaria.

—Le queremos con vida, señor Andrade.

El comité de recepción le aseguraba un deseo que hasta la fecha no había sido anulado.

Sensación de ingravidez y artificio en la habitación, durante los interrogatorios, en la zona de asueto, solo o acompañado del médico y de los celadores.

—¿Cómo se siente?

Inoculado de relativismo.

—Sea sincero —le pidió el médico.

Era una orden.

—Cansado...

Otra orden dada al necio engranado en un dispositivo de cuenta atrás aniquilador, a ese ser estólido que alterna la verborrea con la mudez.

—Extinguido... —musitó.

El fuego consumido por un mar en llamas, soñó Tirso.

Una orden imperativa, concluyente, dirigida a ese desvariado ególatra.

—Yo...

—Repita, señor Andrade.

—Yo... —repitió.

Se repetía la secuencia en las horas de sueño agitado: la explosión, el hospital, la cárcel, el sello de la asepsia en las paredes y en las puertas, y fotogramas en plano fijo con el oleaje de un mar increpado.

—Tiene que descansar. Ponga de su parte —le recordó el doctor Arriaga, y dio por finalizada la sesión en el despacho.

En la zona de asueto, custodiado a distancia, Tirso despabilaba un tanto de su modorra, pero mantenía acotados los desplazamientos a la inercia del trazado rectilíneo; mientras que de vuelta a su habitación dormía a intervalos de infiltraciones. Las ideas seductoras que soñaba Tirso eran las de un prisionero de la terapia conducido de un territorio al opuesto, de la devastación al refugio, de la rebeldía al acuerdo, de la conciencia a la transigencia. Sueños inverosímiles confeccionados en un mundo aparte, traji-

nado por la máquina aspiradora, que al despertar mantenían la vigencia de la fatiga psicosomática y la ignorancia del día en curso.

—Admita que se equivocó.

La falta de sueño era un castigo y su expresión condenatoria, la fatiga, una técnica sofisticada de la terapia rehabilitadora.

— Admitirlo le liberará.

El doctor Arriaga excluía de su discurso el concepto de libertad.

Tirso viajaba guiado y sin tensión emocional por las entroncadas dependencias del Centro de Recuperación.

Media vuelta.

—Procure descansar.

La recomendación médica caía a plomo sobre un cansancio acumulado.

Media vuelta.

—Lo procuro, doctor.

Pero temía ese sueño inducido que importunando a cualquier hora en la cama de sábanas blancas y gruesa almohada le arrebatava el descanso y eliminaba el carácter de la reclusión. Inoculado con el sueño artificial no se reconocía en las secuencias deslavazadas de la película; en cambio, manteniéndose despierto, o lo despierto que creía estar durante la programación de cada jornada, el paisaje era desolador, exento de categorías y gradaciones, mínimo y borrado, con él tendido en el aire de una habitación —una cámara de aislamiento, una sima, un océano, sucesivamente en la batalla de la ubicación espacial— sin elementos de referencia, acompañado por la indiferencia ante lo insignificante. “Déjate llevar.” Sentía el balanceo del oleaje en las cuadernas de una embarcación veterana y menuda. El barquero de barba gris e hirsuta, con su cachimba en equilibrio

labial, la gorra marinera calada y su pañuelo de tallos, celaje y salitre anudado al cuello, navegaba a su costumbre, prieta la rueda del modesto timón, ajeno a otro asunto que la travesía. Una encenagada ruta por los pantanos del río de los evadidos, por la marisma de los muertos que ellos pagan con un óbolo introducido en la cavidad menos obturada. “Paga y vete.” Un leve soplo de parca empujaba de popa hacia la lengua de tierra; enseguida una playa rocosa en el cobijo de los promontorios y una ruta fácil hacia el seno nutricio de la espesura. La luz, que oscilaba de meridián a ocaso, era confusa y a la espalda, vuelto a mirar con la gratitud acongojada del náufrago, no quedaba barca ni piloto, amarradero, ensenada ni atisbo de huella precedente. A ojos cerrados, el convaleciente de la fuga apartó las visiones hasta dulcificar la incógnita y durmió la deuda de sueño acogido a la exuberante hospitalidad; después, ya despierto en la oscuridad, rectificó el camino por la necesidad de proceder a la inversa. A la romántica playa de los cortados. El viejo lobo de mar, al timón de su bote marinero, desatracaba su transporte de un puerto inseguro, con el pasaje estibado en la cubierta, sujeto a las amuras, rumbo al clareado horizonte. Con pronóstico favorable en la carta de marear atravesaron un piélago de naufragio con crespones astillados, la tormenta debió cebarse con los continuadores de la travesía (impensable que las víctimas se contasen entre los perseguidores de la fuga) por el río de los evadidos, la marisma de los muertos que ellos abonan con un óbolo escondido en la cavidad menos ocluida. Proa a la orilla. “Paga y lárgate.” A solas con su deshilachada sombra, el convaleciente de los accidentados pasajes holló un espacio tenebroso de suelo espinoso y crujidor. La única luz que suponía el yermo era la originada en el urbanismo desmesurado

de dos edificios hermanos, rivales en prestancia, conceptualmente diferenciados y unidos por un cordón umbilical disociado de la arquitectura externa, envueltos por un muro inconsútil con baluartes erigidos en los cruces del muro y las murallas interiores. Los evadidos y los muertos no podían dirigirse a otro lugar que no fuera del que venían y al que regresaban sin opinión ni memoria. A la primera persona de Tirso le esperaba un comité que tenía dispuesta la enmienda de su disfunción. A los lados de un inmenso urbanismo perturbado por la mora de los enfermos de muchos males, esa parte de la ciudad imprimida de teorías, informes y paralogismos de abolición de pasado y presente, asomaba erigido como un pináculo vanguardista restringiendo el horizonte; y por encima de lo visualizado y lo invisible una bóveda de recreación celestial; y en torno a la fortificación, cual enseña de identidad, un silencio elocuente.

Media vuelta.

De la habitación al interrogatorio y a la zona de asueto, a la consulta y a la terapia, a la habitación y al sueño, a la vigilia y al cálculo de la distancia entre lo posible y lo probable.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace unos años —desgranaba la cronología Tirso con la precisión afectada por interferencias— unos meses, unas semanas, unos días.

—Concrete.

—Hace tiempo. No recuerdo cuánto.

—Un tiempo indefinido. ¿Es lo que nos quiere decir, señor Andrade?

—No lo sé.

—Puede que nos quiera decir que cree que ha pasado lo que no ha pasado, y que después de un tiempo de falsas apreciaciones el error se ha convertido en una obsesión.

—No sé lo que ha pasado —dijo sinceramente Tirso.

—Si lo supiera, si tuviera la certeza de saber lo que ha pasado, ¿hallaría su espíritu la paz? —sugirió el delegado del Médico Jefe.

Sorprendente asimilación de conceptos en la frase del doctor Arriaga, ironizó la ofuscada comprensión del enfermo: paz de espíritu, espíritu en paz, la paz como paradigma social copulando con la subjetividad oracular del espíritu; el desorden sintáctico le confería una perspicacia de simbiosis proterva en un confinamiento. ¿Figuraba tal retórica en el apéndice al temario del curso avanzado de relativismo?, preguntó riente de escozor a nadie su cavidad parietal.

Tirso dibujó a duras penas un arco de sonrisa, porque la materia para fabricar gestos de intercambio apenas le daba para la ductilidad; y le dolió su impotencia para taponar el boquete por el que se deslizaba viscoso el control de sus reacciones emotivas.

El atento médico de guardia se interesó por la transferencia anímica, muestra del estado que sin sujeción a la conciencia declaraba el individuo sometido a las reglas del centro recuperador.

—No le dé importancia.

—¿A qué?

—A su patología.

—¿Estoy enfermo?

El doctor Arriaga consultó el expediente.

—Todavía es un caso pendiente, señor Andrade.

—Soy un enfermo.

—Al que se añade el malestar y la desorientación postraumática. Nada excesivamente grave si entre nosotros cunde el entendimiento.

En Tirso había cundido la inminencia del peligro durante su reclusión. Antes, en lo que temporalmente se le antojaba el transcurso de una vida, nunca, que pudiera recordar, le había acosado el aliento de la muerte, ni siquiera en la madrugada de autos.

—Coopere, señor Andrade; le estamos protegiendo.

Ni ha vivido lo que cree haber vivido.

—¿De qué, de quién me protegen?

El doctor Arriaga no respondió directamente. El doctor Arriaga respondió como si no hubiera sido formulada la pregunta.

—Prognosis médica: meramente un reflejo. Suceden las percepciones distorsionadas en una habitación llena de espejos deformantes, provocadores de ilusiones ópticas. Estaba confundido, señor Andrade. Valga el ejemplo de las engañosas luces en la distancia y en la noche, que no son haces sino puntos, esquivos, y no están donde se las sitúa. Se ha confundido. —La disfunción vertebral un compendio de apreciaciones subjetivas, precisó el médico a su extraviado paciente; estas apreciaciones escasamente ponderadas, responden a coincidencias, a similitudes, a buenas o malas intenciones en la evaluación, a las que se concede un valor desproporcionado—. Como mérito se lo atribuimos, y no en desdoro de una acreditada trayectoria de servicio público, su, digamos, celo profesional, su convencimiento de la veracidad de una ficción, le ha aportado esa simiente cizañera que brota sin el debido auspicio de la norma superior. Permítame el símil telúrico, pues nos procura un realismo auténtico: el de estar y ser aquí y ahora. Olvídense de los entresijos, descártelos, representan para usted una licencia no expedida ni por el rango ni por la autoridad, algo en el mejor de los casos fútil, pero que en una delirante inter-

pretación, de la que ha sido víctima y que aún le tiene sometido, privilegian el acceso al conocimiento de actividades ajenas a la función encomendada. —Lo que se resumía en una inadmisibles usurpación de atributos. Estaba prohibida la extralimitación y el prejuicio en el cometido, salvo disposición reservada en contrario—. Recuérdelo. Cada cual debe ocuparse exclusivamente de su obligación. Recuérdelo, señor Andrade.

Era una salva de rumores, fueron cortinas de humo. Nadie sabía nada, a nadie le importaba. Nadie, nada, pronombres indefinidos que conjugaban las pistas y los indicios: nada, nadie. Las averiguaciones de los informantes carecían de credibilidad, las noticias de ellas derivadas habían dejado de tenerse en cuenta tiempo atrás.

El doctor Arriaga insistió sobre el tiempo pasado.

—¿Cuánto?

—Hace cuatro años —recordó Tirso súbitamente—. Desde hace cuatro años.

Las fechas son trascendentales. El año dos mil, uno, dos, tres, dos mil cuatro. Febrero del año dos mil cuatro. Una gélida noche los peones en la carretera secundaria que el servicio de información había detectado. Una obligación, una exigencia, el deber, el error, la falta, la consecuencia. Eran conjeturas, por algo se empieza. La historia venía de lejos y viajaba en diferentes transportes y en diversos envases. Por aquí, por allá, valija, furgoneta, emisario, anuncios por palabras, cuñas, editoriales, opúsculos, mensajes cortos. Oficialmente eran presunciones aceleradas, hipótesis de salón, paralelismos de novela policiaca, deducciones de mentes febriles y especulaciones legas.

Había que mirar hacia otra parte.

Pero no todos los implicados en la investigación acogieron de buen grado la sugerencia.

Los pájaros emigran a los palacetes de invierno al cerirse el peligro de la revelación y escasean los mantos protectores en el almacén de suministros, y retornan con la carga y el mandato al confortable nido estival en la época en que sus fotografías y sus cantos han desaparecido de registros y escaparates.

—Meras especulaciones. ¿Ahora lo ve claro?

—Hace cuatro años —repitió Tirso con la voz desvigorizada.

—Presunciones.

—Un, dos, tres, cuatro años.

—Ideas delirantes.

Tirso hilaba maquinalmente su obstinación.

—Denuncias..., destrucciones..., pérdidas..., traslados...

—Con qué propósito, deduce usted.

Las intenciones aparecían nítidas a los ojos de los implicados que no aceptaron voluntariamente desechar el trabajo llevado a cabo por su investigación.

—Me gustaría contestarle.

Tirso no podía responder afirmando la certidumbre de los hechos que sospechaba y sobre los que se amontonaban las trabas vertidas por un ingente aparato de propaganda a la contra.

—Es imposible y lo sabe. Únicamente ha memorizado conjeturas.

Sólo eso, conjeturas. Era un operativo testimonial, sin efecto práctico. Quizá una tapadera. Nadie sabía nada, o si alguien sabía callaba Nadie imaginaba tanto, o si lo imaginaba lo silenció por un motivo personal. En sucesión ágil y discreta fueron desmantelados los grupos de apoyo, oficialmente desactivados para una posterior reestructuración que mejorara su funcionalidad, y dispersados sus componentes

hacia destinos inconexos; las incorporaciones, minuciosamente seleccionadas, se adecuaban al nuevo perfil. El cambio de directriz abolió los seguimientos y las vigilancias estáticas, así como el control de actividades y comunicaciones de los anteriores sospechosos, sus negocios, los trueques y el tráfico de mercancías.

—Inmunidad...

—Irrelevancias, señor Andrade.

Pero los veteranos y más perceptivos, sucumbieron a la tentación del instinto.

El doctor Arriaga, confortado en el parapeto de su cátedra auxiliar, reseñaba el error de apreciación y la desobediencia como desencadenantes del fracaso. A semejanza del maestro, el Médico Jefe del Centro de Recuperación de Elementos Desviados, se escuchaba al exponer el aspecto básico de la relación entre médico y paciente durante la gravosa terapia rehabilitadora de conductas: el mundo en el que les correspondía vivir era complejo pero, a la vez, era de recorrido llano y de diámetro abarcable si se reducían los parámetros de muestreo y se eliminaban las analogías, las paradojas, las obviedades, las conjeturas, las oposiciones y las injerencias desautorizadas, salvaguardando aquello verdaderamente esencial para el gobierno sólido, estable y perdurable de una sociedad en formación.

—Una sociedad desarrollada y estructurada —abundó el médico—, requiere del mayor grado de ordenación, regulación e intervención y también de aprovechamiento, utilidad y protagonismo de segmentos preponderantes, idealmente combativos, incesantes en la conquista del espacio vital, opinantes inspirados del discurso.

El control omnipresente de las informaciones y las actividades se hacía indispensable para la ordenación, previo a

su legalidad incluso; la causa asumida era el fin que justificaba cualquier medio empleado para obtenerla. La actividad reaccionaria cultivaba el descontento, la ficción del bienestar y el antagonismo de las voluntades; un bacteriano repelo negando lo mucho y beneficioso ideado desde el laboratorio de ensayo para el conjunto de la sociedad.

El doctor Arriaga adelantó ligeramente su cuerpo a la vertical del respaldo.

—En usted, señor Andrade, aún se confía. Estoy en condiciones de anunciarle, lo cual es una de mis prerrogativas terapéuticas, que el comité evaluador apuesta por su recuperación completa. Brinde por la extraordinaria oportunidad, que agradecerán terceras personas, y rechace sin paliativos las veleidades incívicas, enemigas. —Enfatizó el concepto de enemigo—. Le aconsejó, y es otra de mis prerrogativas, que lo tenga presente. —Y acomodó su espalda en la esponjosa butaca—. Cumpla estrictamente su cometido. La tarea en marcha recae en la actitud de los elegidos, piezas clave para el modelado de precisión. No lo olvide, ni se aleje del trazado, ni altere un ápice la singularidad del mecanismo. Deje a los fantasmas encastillados y atienda solícito su obligación. Usted, señor Andrade, es un componente cualificado para el equipo ganador.

Puede que el aturdido paciente escuchara la lectura del final de la sentencia en una voz que no se ajustaba a los labios del doctor Arriaga, cómodamente apostado en su lado del tablero de juego, vulgo mundo.

—Fue una interpretación errónea. Admítalo y firme su pase a la realidad oficialmente proclamada —aconsejó la prerrogativa médica.

Obviamente, Tirso Andrade era un individuo valioso. El interés por recuperarlo se hacía patente en cada una de las

sesiones, y el doctor Arriaga, protocolariamente, le hacía partícipe de ello; de él se esperaba, en la confianza de que accediera sin resera a la demanda, la voluntad de curación que dimanara de cualquier enfermo altamente considerado por su tratamiento específico.

Un ejemplo de simbiosis corporativa, de gratitud para con los sanadores, de solidaridad entre aliados; es lo que se esperaba obtener con la curación de Tirso Andrade, un elemento peligroso al que, por el momento, el comité rector prodigaba cuidado y control mediante sus agentes en presencia.

—Seguiremos avanzando, señor Andrade. Procure descansar.

Media vuelta.

Confinado en su habitación tras el interrogatorio, Tirso sentía el alivio pasajero de la intimidad, y el suspirado del silencio hasta que remanecía el murmurio alucinógeno de la máquina aspiradora.

La cotidiana esterilización del paciente.

Aislado. Insomne.

La máquina aspiraba en la frecuencia de un enjambre de insectos barrenos.

Solo. Exhausto.

Acompañado por el zumbido guardián que a ratos sonaba como la voz de una declaración cifrada en un paisaje precintado, ni extraño ni hostil al cabo del tiempo; creyéndose despierto y tendido, el cuerpo en la media fase rígida, percibía otros límites.

Entonces la habitación cobra vida, en una atmósfera evanescente adquiere tonalidades acuosas; agua violácea ligeramente oleada, melodiosa de gorgoteo. En el lecho del yacido espeja multicolor y ondulada la flora acuática; las paredes enmarcan un contenedor a la medida de su habitante

con incrustaciones de arrecife coralino, hace un instante ocupado, y vacío tras el parpadeo. Una señal acústica de notas sincopadas convoca a los moradores del mundo sumergido. Acuden todos a la llamada, ordenadamente serviles. Los seres disminuidos asoman por las dentadas oquedades, salen del refugio y buscan por la ruta trazada el pesebre con el sustento. Son, van: seres reducidos a la subsistencia. Llegan, aguardan: miniaturas nominadas por megafonía. Reducto patibulario. Alguna de las escuálidas apariciones flota inerte, desfigurada; permanece unos instantes varada en el limbo de suero vivificador; luego, pasado un tiempo que elude la medida, es devorada por la comuna en un rito de tribal antropofagia, suprimiéndola de esa insana sociedad. La concurrencia, puede que con excepciones que el húmedo epitelio camufla, sesteaa ahíta y entregada en la zona de pesca selectiva con redecilla de cono y mudanza veloz a otro recipiente de similares prestaciones. En el trayecto, que el sueño no delata ni largo ni corto, una parte de la carga se vierte en una mina excavada por acarreo de tracción animal, otra parte de la carga desaparece en una fosa perforada a fuerza de caídas. Desprendimientos. Una avalancha de residuos venenosos, muy contaminantes, rueda pendiente abajo en una huida tropicada. Hasta impactar contra el muro de contención. Fin del trayecto selectivo; media vuelta; aquí no ha pasado nada. Regreso al hogar salador de la cuerda presidiaria con el ánimo estremecido. Los errores se pagan, los agentes patógenos se eliminan y se distribuye entre los pobladores de la utilidad una generosa ración de vacuna. A dormir; dulces sueños. Despierta, levanta, camina. Habitación, pasillo, despacho. El delegado del Médico Jefe estudia los documentos incautados al rebelde, evalúa su estado y al cabo eleva su informe a la superioridad.

Media vuelta.

El doctor Arriaga, puesto en pie, le invitó a tomar asiento en su lado de la mesa.

—Hablemos de su vida privada —propuso—. Nos ayudará a resolver el conflicto.

El accidente se había transmutado en una enfermedad y ésta en un conflicto; Tirso fue capaz de hilar la secuencia de su proceso.

Sugirió el doctor Arriaga que hablara de Sonia.

Tirso deseaba estar con su mujer, pidió verla sin más dilación.

Había que solucionar el conflicto previamente a las visitas de allegados y deudos, recordó la autoridad facultativa.

Sonia ignoraba todo lo concerniente a la materia reservada. El matrimonio preservaba individualmente el secreto profesional, ese dominio encapsulado que no admite preguntas ni hurga respuestas, aunque transija con el sexto sentido y de pábulo a la suposición. Ella no conocía fechas, nombres ni lugares pronunciados por su marido.

—¿Ni un comentario?

—No.

—¿Alguna suposición?

—Nada relacionado con el secreto profesional.

Tirso se mostró convincente.

Propuso a continuación el doctor Arriaga que hablara del periodista Héctor Regidor.

—No soy la persona adecuada.

Tirso se explayó en su ignorancia sobre el carácter y personalidad del comunicador, aduciendo que mejor sería entrevistar a una psicóloga para un reporte fidedigno de las tareas emprendidas por el objeto de averiguación.

—¿Con qué frecuencia se tratan ustedes dos?

—Aleatoria.

—Concrete y sea más explícito —pidió el médico.

—Mi relación con Héctor Regidor viene determinada por Sonia, su colaboradora, mi mujer. ¿Sabe que es psicóloga?

—¿Usted no colabora con Héctor Regidor?

—No.

Tirso dijo que ellos no medían las respectivas fuerzas ni comparaban los respectivos débitos. Héctor Regidor no conocía por confesión del marido de Sonia fechas, nombres ni lugares.

Para acabar la sesión y cerrar el círculo de afinidades, el doctor Arriaga introdujo a la juez Bande.

Tirso fue igualmente lacónico en su declaración.

Loreto Bande presentaba una ejecutoria imparcial en la que tienen cabida las compulsiones y los cotejos de la diversidad sobre un mismo asunto opinable en el ámbito privado. No medían las respectivas fuerzas ni comparaban los respectivos débitos. Ella no conocía por revelación de su amigo de universidad fechas, nombres ni lugares.

El examen de la trayectoria profesional de Tirso Andrade revelaba un comportamiento eficiente. El historial de cumplimiento sugería la fiabilidad para satisfacer en el futuro unos cometidos equivalentes a los realizados en el pasado de poder recuperarlo.

Lo avalaba el Médico Jefe.

La discreción había sido llevadera para Tirso Andrade, tanto como un seguro de vida, pero el desapego sucumbió ante la inusitada magnitud del asunto —que puede hubiera escapado a los habituales controles de supervisión por su propia e irrefrenable trascendencia una vez abierta la caja de los truenos—, y con las herramientas en la mano para

trepanar era lógico, y profesional y responsable, seguir excavando hacia el meollo. No estaba solo en la oscuridad subterránea, ni se anticipó al resto de hurones en la obtención de indicios y el balizamiento del rastro; los agentes a la captura de una información privilegiada formaban un equipo. Y dado que no actuaban de tapadillo ni por interés ajeno al del cargo de obediencia jerárquica, en cuanto el escalón superior tuvo noticia de la alarmante penetración de aquellas maniobras al envés comenzó a diseminar interferencias y a excitar el celo a la contra absorbiendo la influencia de teorías perjudiciales por su capacidad adhesiva.

Había que imponer un remedio expeditivo para cortar los hilos.

Dos agentes de servicio en la fría madrugada de un día que nace olvidado.

Tirso, al enterarse, no les dijo que iría detrás de su coche, como un refuerzo.

—Inmiscuido en un operativo que no le competía, señor Andrade.

—En cierto modo era de mi incumbencia.

El doctor Arriaga le disparó una mirada severa.

—Corrió un riesgo innecesario. Usted iba por detrás y mejor le hubiera ido quedándose a mucha distancia en la dirección contraria.

Espectador desdoblado de su tragedia, el cuerpo yacente en la camilla metálica cubierto por una sábana es un cadáver exento de identificaciones en el depósito medicolegal: nadie reclama al finado, nadie se interesa por un óbito en circunstancias bajo investigación y amparadas por el secreto

de sumario, nadie eleva una oración y la demanda de justicia para el interfecto. Nadie acude al reconocimiento de la víctima.

Desde su nube medicamentosa, sumido en el baño de ondas de la máquina aspiradora, Tirso Andrade observa la armadura del rigor mortis y el envoltorio de soledad provisto por el consejo facultativo.

Requiescat in pace.

In nomine patris et filii et spiritus sancti..., reza el desventurado con voz fallecida.

Hasta que la penetrante voz de una conciencia implantada traslapa el murmullo plañidero.

—Es el desenlace de una distopía —afirmó el médico—. Permanezca mudo, sordo, ciego e inactivo ante lo que no le concierne. Recuérdelo, señor Andrade.

La voz le llegaba en sueños.

Patriarcal en la reprimenda, el doctor Arriaga expuso doctamente que los motivos esgrimidos como justificante de su actuación no eran tales sino impulsos, de cariz absolutamente personal y refractarios a la cadena de mando. Una opción errónea.

—¿Y los otros?

—¿Otros? ¿Quiénes?

—Ellos...

—¿Qué le indujo a obrar descomedido, irresponsable?

Continuar la investigación por la única vía aún no completamente bloqueada, pudo haber respondido Tirso con la franqueza, y con la paradójica libertad, del que está en capilla a la espera del canto del gallo.

Ciertamente extralimitado en sus funciones, le acusó el instructor de bata blanca y facciones inmutables.

Obedecía una intuición, o más que eso, pudo haber entonado digna, pausadamente, con una voz que se escuchara allende el sitial de los juzgadores.

El tribunal quería conocer los vínculos que mantenía con Julián Bruño.

—Hábleme de él.

La implicación del preceptor ya jubilado en una artimaña evasiva era ridícula. Julián Bruño nunca contravino las órdenes. Pero a veces se comentan cosas que trascienden la índole particular, propiciadas por la confianza. No midieron las respectivas fuerzas ni compararon los respectivos débitos, aseguró Tirso. Julián Bruño no conocía por confidencias de Tirso fechas, nombres ni lugares.

—Asuma su equivocación, obedezca, rehabilítese y guarde silencio. —Ingredientes genéricos de la fórmula magistral prescrita por el *magister clinicus* para enmendar el yerro—. Es una oportunidad muy generosa, señor Andrade. Es la oportunidad.

La travesía en ida y vuelta del mundo cerrado continuaba monótona, opresiva, permanente; dominando con su recorrido todas las parcelas de la jornada. El convaleciente viajaba el protocolo de la terapia rehabilitadora acompañado noche y día por los sonidos y las imágenes de la vigilancia.

Despierto, en apariencia, y dormido, aparentemente, presa de una metáfora, Tirso buscaba evadirse de la reclusión por un camino fantasioso.

“¿Qué ves?”

Tendido sobre una camilla, tapado por una sábana quirúrgica con la identificación anillada al dedo gordo del pie, el cadáver experimentó una sacudida. Dejaba de estar muerto, aunque puede que el renacimiento fuera una ilusión, una esperanza nerviosa. Pero había notado la descarga

atravesándolo, y gracias a su impulso vivificador se animaba el cuerpo, aún entumecido como el del rescatado bajo los escombros de un derrumbe, y se erguía lentamente desdoblado de la muerte. Despacio, frágil e inseguro del apoyo, lograba la escisión. Atrás y por debajo quedaba la impronta de la terapia, un legajo de hojas marchitas flotando en la inmensidad de la nada.

Era su oportunidad.

“¿Qué presentes?”

La oportunidad del retorno.

Tenía que confiar en sus fuerzas para escapar de la reclusión, pero también necesitaba orientarse para elegir bien una vez fuera del mundo acogedor y minimizar los peligros al acecho.

Decidido a enfrentarse a lo que surgiera —sólo era curiosidad, diría con media sonrisa lerda; me he perdido, alegraría con la mirada huidiza; ¿dónde estoy?, preguntaría confundido—, recorrió en descubierta la trama de corredores y salas hipnóticas con despliegue de cámaras, sensores y alarmas. Asepsia, control y trampas en una ruta con los pasos marcados. Era un engaño, un juego de espejos. En vez de salir, entraba, y en vez de flotar, como su abultado expediente en la secuencia anterior, se hundía. El suelo cede al contacto de los pies. Se lo traga. Intenta, en un esfuerzo baldío, asirse a un cabo que penda conmisericordioso; pero aquellas paredes sin puertas carecen de pomos, manijas o tiradores a los que agarrarse, ni tampoco amplios vanos en los que refugiarse. Apoyado en la ilimitada pared, sin otro recurso de fuga al alcance, mira con desesperada obstinación lo más inmediato, igualmente cruel, la inacabable extensión de la pared delante.

La infinidad del océano que contemplan a ras de agua los naufragos agarrados a una tabla a la deriva, la única cuaderna de la pequeña embarcación sin capitán ni timonel al alcance de las batidas por el huracán.

El naufrago con el agua al cuello, la fatiga y el miedo en la mirada, otea el horizonte mecido por un oleaje rumoroso y conductor. A su desvarío angustioso se manifestaba, por encima de la tierra firme germinada a continuación de la orilla de brumas y siseos, el cuadro hiperrealista de un mundo parcelado en torno a dos grandes edificios, dos robustas columnas fronterizas entre el todo y la nada, y una pasarela de doble perspectiva, ancha en un extremo y estrecha por el otro.

La carretera secundaria era estrecha; las calles del polígono industrial eran estrechas; el cruce estrechaba el acceso del refuerzo improvisado al punto de encuentro.

Los ocupantes del coche siniestrado eran dos; los coches destrozados fueron tres; la víctima del accidente una, él; las víctimas del... dos más una; el número de víctimas del... sumaban ¿tres?, ¿cuatro?

Quería recordar.

Conjeturas, especulaciones sin fundamento, repetía un personaje impasible ataviado de hospital.

¿Conjeturas?

Si su memoria alojaba una ficción causada por un desajuste, según el diagnóstico del equipo médico, ¿quién le negaba la irrealidad del Centro de Recuperación, la del doctor Elio Arriaga, la de los mortificantes pasillos desdibujados de puertas y ventanas, y la luz somnífera y el mecanismo aspirador y los ojos sin párpados y los celadores en los tránsitos a las dependencias asignadas al paciente-recluso, y el suelo diluido absorbiendo la materia circulante?

¿O es que ya había sido tragado por el insaciable abismo de la negación?

—Su oportunidad, señor Andrade.

Tras el pronunciamiento facultativo se produce una variación cromática asombrosa que descompone los elementos del cuadro y muta la fisonomía del ofuscado. Fragmentos rectilíneos encajan para concordar una figura que es otra y otra, girando alrededor de un solo eje. Una figura formada y deformada, rotativa y traslativa, una discriminación entre puertas abiertas y cerradas. Las fracciones de trazo rectilíneo viajan hacia las puertas abiertas arrastrando a su paso la dócil luz que alumbra el resto de puertas, sumiéndolas en una oscuridad de novilunio. La inercia fluida del giro le lleva de una puerta a otra, de los pasillos a su habitación, a la sala de interrogatorios, a la zona de asueto; la metamorfosis de las dependencias es mareante, narcótica. Tiene que reposar del viaje. Apoyado en la pared, frente a la inextinguible pared ignífuga, descansa y espera. Pasa al despacho del médico, se sienta, escucha.

“No lo sé”, responde a la última pregunta.

El diagnóstico de recuperación del paciente Tirso Andrade tiende a un valor positivo en la escala de probabilidades. El Médico Jefe ha verificado los progresos registrados en el diario de sesiones de su delegado y pertinentemente lo ha comunicado al comité de evaluación.

El tratamiento impuesto al paciente surte efecto, resume la autoridad sanitaria al conciliábulo de notables con la mosca en la oreja.

—Viajamos por la buena senda, señor Andrade. Pero no olvide que es determinante su actitud.

Desde su magisterio delegado, el doctor Arriaga animaba a la voluntad de Tirso que desechara los prejuicios —de

aprensiones ominosas los calificó— y participara en plenitud de facultades de la realidad social implantada.

—Como uno más de los actores.

Pero antes, advertían el director y el productor a sus ayudantes, convenía asegurarse. Había que ser meticulosos y no fiar nada a la improvisación.

—Voluntad y esfuerzo, señor Andrade. Ya está cerca de la frontera.

El comisionado del Médico Jefe para la afinación de los instrumentos disonantes adujo que la improvisación no reglada confabula con la imaginación trastornada episodios de imposible experiencia. Aquellas percepciones No eran sino reflejos —prognosis médica dixit— de una ficción alimentada por mentes resueltas a la conspiración.

La pragmática terapéutica del doctor Arriaga devaluaba los hechos cuestionando la evidencia y transmutándola en reflejos. Una caravana de vehículos sospechosos dirección SSO más una caravana de vehículos sospechosos dirección SSE suman dos caravanas cargadas de explosivos circulando en paralelo hasta la descarga y almacenamiento en una nave industrial: especulaciones; un coche lanzadera jugando al despiste circular por rutas secundarias: conjeturas. De donde no hay no sale. Simple y llanamente reflejos, ninguna alarma sonaba en la garita de los vigilantes. Todo en orden, esa era la única evidencia.

Los investigadores originales quedaron al margen, aislados de comunicación con las líneas operativas, y desprotegidos de cobertura legal. Los meses posteriores a los cambios en los nombres, las funciones y los servicios, fueron precipitando la liberación del viejo lastre y el emponzoñamiento del dispositivo de seguridad.

El año dos mil tres las aguas del trienio precedente desembocaron turbias, remolinadas y bramadoras en las represas. La lucha en la sombra y el dédalo por coger las riendas en la prevista sucesión de poderes para controlar a los controladores era a sangre, demagogia, sofisma y fuego; la partida que dirimían los aspirantes contra los ya aposentados alcanzaba la cota del ahora o nunca. La vigilancia entre las facciones en pugna era recíproca, obsesiva y de sustancia contumaz, de paisano y uniforme, a cielo abierto y en las galerías subterráneas.

Pero tal barullo de intereses a la greña barriobajera se vendió a la opinión pública, propensa a la credulidad que pinta de colores llamativos la gama de ambiguos difuminados, como la ficción de unas pocas mentes conspiradoras, enfermizas por lo demás, que denunciaban cual posesos una supuesta esquizofrenia por una presunta jefatura duplicada, con anverso y reverso antagónicos, que supuestamente afectaba a los elementos de servicio por la vía de la desmembración y por, presuntamente, la inoculación de apatía.

En esa desconcertada y no menos desconcertante época, Tirso Andrade, que no era una rara avis, y el conjunto de pruebas atesoradas por los investigadores ajenos a cualquier directriz política, concluían en dar crédito a las informaciones averiguadas y a las pericias que conectaban unas actividades pesquisadas con sus reflejos. Pero la voluntad, a diferencia de la fe, no mueve la montaña; y unas cuantas flores, por mucho que alardeen, no presagian la primavera. Las fauces de la propaganda condenaban la disidencia recalci-trante en contra de la asentida y metamorfoseada versión oficial, y apremiaban a los censores que proscribieran las argumentaciones opuestas al guion y, consecuentemente a

la lógica higienista del *ex novo*, a las piezas, peones y elementos desviados de la modalidad amplia y profusamente patrocinada. Una modalidad de guerra divulgativa en aras a la desactivación de los indagadores y los informantes.

—¿Cuánto hace de eso, señor Andrade?

Diez, doce años... Unos meses, unas semanas, unos días, unas horas. Había caído un telón de años. Había pasado la caravana de la muerte.

Tirso Andrade buscaba la versión original, la verdadera.

Le hablaron de un confidente con el aura fiable de sus referencias, y quiso entrevistarle mientras jugaba una baza de respaldo en la frenética partida de pases y faroles que incidía en la remozada configuración del organigrama.

—¿A quién daba cuenta de sus progresos?

Directamente no transmitía información alguna; en realidad, a nadie dio cuenta de sus movimientos.

Acuciado por la premura del tiempo y la sombra expansiva y cortante del escalón superior, perseguía el contacto privado con ese individuo borrado del mapa, la clave para desentrañar...

—¿Qué?

La caza de un estorbo apartado de los focos.

—¿Para desentrañar qué, señor Andrade?

Buscando a la desesperada esa confianza volátil que ya nadie le requería.

—Deme nombres, fechas, lugares. Si nadie le ordenaba seguir un camino, deme el motivo para su desobediencia.

Indagaba el paradero de un inexistente con el rastro de su labor esfumado; un individuo que había perdido el favor y la partida: jaque mate.

—Deme la clave.

Ciertos fines justifican ciertos medios. Llegado a la encrucijada, con todos los pasos vigilados, era irrelevante especular acerca de la guarida del desaparecido y los ejecutores de la orden de desaparición. Ciegos, sordos y mudos el perseguidor y el perseguido.

—La clave, señor Andrade.

Obediencia absoluta.

—Esa es la clave.

La obsesión convertida en deber le exigía una respuesta que nadie le iba a dar, ni tampoco, en mitad del laberinto, una alianza para la salida sin riesgo ni memoria. Pero se equivocaba, la hubo. Soplaban en los oídos de los todavía reacios y para los aún no dispersos un viento impulsor alentando suposiciones; apenas un susurro que marcaba la oscuridad con luz mortecina en el baile de apariencias, subjetivamente digno de crédito.

—Un enfoque distorsionado por la ficción.

El parecido de los indicios con la realidad de los hechos presagiaba la verosimilitud de la sospecha. La explicación más sencilla suele ser la acertada, si además cuenta con el aval de la experiencia.

El delegado del Médico Jefe rechazó las emanaciones fantasmagóricas de una falacia protagonizada por actores de la quimera.

—Errores de apreciación, señor Andrade. Volvemos al principio.

La probabilidad existía. La veracidad concedida a la fuente no era producto de un acto de fe ignorante de la repercusión social. En aquel trance y por aquellos vericuetos tramposos, su papel como supervisor —un cargo de confianza de quita y pon— le permitía consolidar la alianza sin excitar nuevos recelos. Descartada la suposición como indicio racional para un despliegue visado —la autorización

preceptiva—, los aliados estrechaban el cerco a un algo corpóreo y documental, útil como emoliente para ablandar las resistencias infiltradas en el estratificado tejido nervioso y en la densa sustancia medular. Ya que una de las obligaciones, individual o compartida por un equipo, era la de complementar las de otros, eso facultaba para inmiscuirse y activar las investigaciones de un operativo cancelado.

Había que localizar el almacén que guardaba un alijo de explosivos y otro de componentes electrónicos, mercadeados entre durmientes, liberados y traficantes, ambos detectados por un informador adscrito a la nómina de reserva. Tirso Andrade se involucró como refuerzo en el reparto de la suerte que depararía su flagrante incontinencia.

—¿Vio alguna persona en el lugar del accidente?

—No.

—¿Escuchó alguna conversación?

—No.

—¿Observó algún movimiento de vehículos?

—No.

—Advirtió la apertura o el cierre de puertas o ventanas o vallas o barreras durante el tiempo que supone pasó allí?

—No.

—Por último, ¿se presentó alguien con información sobre lo que pretendía descubrir?

Ni peleles, ni intermediarios, ni pasados de listo, ni confidentes, ni informadores, ni una rémora. Nadie.

—Dígalo, señor Andrade.

Oficialmente, un cadáver irreconocible que tampoco nadie ha reclamado.

—Nadie.

Se le aparecía el mar en sueños, la figuración de la única salida.

Llegado a su límite de resistencia, era insufrible el encierro, la falta de cielo y de aire, el continuo zumbido de la máquina aspiradora. El aislamiento había vencido: estaba enfermo, estaba anulado, estaba muerto.

Pero continuaba vivo y era consciente de que en sus circunstancias ya sólo una cosa dependía de él, y de su consecución todo lo demás que aún fuera posible.

Por eso debía salir.

Y para volver al mundo de los aceptados el tiempo necesario para ejecutar la única cosa que dependía de él precisaba el certificado de aptitud.

El doctor Arriaga, entrelazadas sus manos sobre la mesa, lamentaba la pérdida de los dos compañeros de Tirso.

—Desgraciadamente suceden accidentes a diario —dijo—; en mayor o menor medida todos estamos expuestos a un percance. Por fortuna —añadió—, entendámoslo como una señal, usted no viajaba con ellos.

El atestado oficial registró un aparatoso accidente de dos vehículos con tres víctimas mortales.

En el historial clínico reciente de Tirso Andrade se inscribía su ingreso hospitalario de urgencia, con lesiones físicas de pronóstico reservado, y el posterior tratamiento intensivo para el diagnóstico de los trastornos en la percepción y dismnesia.

Tirso preguntaba por la duración del tratamiento.

—De usted depende —respondía su médico de cabecera.

Preguntaba asiduamente cuándo podría ver a su mujer.

El doctor Arriaga, delegado del Médico Jefe, le aseguraba la vuelta a la añorada normalidad una vez superada la crisis.

—Las recaídas en algunas patologías pueden ser de una gravedad extrema a corto o medio plazo —le advirtió su médico de cabecera—. No creo que le haga falta una mejor descripción del riesgo que corre.

Media vuelta.

Un agradable sopor invadía a Tirso en su lado de la mesa, acogido a la dimensión rehabilitadora de la cámara oscura, con el relato ordenado de los hechos en la memoria descontaminada de contingencias, mientras el doctor Arriaga, sentado enfrente, procedía al repaso de la conclusión oficial.

—Responda.

—Un ajuste de cuentas entre delincuentes comunes, que afectó a dos compañeros.

—Responda.

—Un accidente de circulación, que no pude evitar.

—Resúmalo, señor Andrade.

Aquella noche desangelada, fría, plañidera, de febrero de dos mil cuatro, cumplía un servicio rutinario en su vehículo particular. Repentinamente se sintió indispuerto, mareado, confuso, algo endógeno le estaba trastornando y mermaba su capacidad de respuesta ante una eventualidad...

—Dígalo.

—No vi abalanzarse desde el cruce al camión, no pude esquivarlo.

—Recuérdelo.

—Fue un accidente.

—Eso es todo. Ahora descanse en su habitación.

El doctor Arriaga entregó al Médico Jefe la evaluación de Tirso Andrade validando el resultado positivo de la terapia.

Tercer acto

El gracioso otorgamiento de una libertad condicionada.

Fue una época dura la que siguió al accidente de Tirso en febrero de dos mil cuatro, heladora para el alma de Sonia Urrutia viviendo una situación excepcional como aliada del silencio de su marido.

La ayuda psicológica a la víctima de un trauma, repetía al espejo para justificar su pasividad contemplativa.

¿Hasta cuándo?, se preguntaba y no se atrevía a preguntarle. Aquello que Tirso guardaba en un claustro de piedra fría, sus ojos, de mirada retrospectiva, lo vertían mundo en torno cual reguero de lava. Pero su memoria no era incendiaria ni tóxica; su memoria recordaba parcialmente, decía, a veces, alejado de la pena resignada que arrostra un enfermo crónico.

Tirso había regresado del coma inducido —ocho días, ciento noventa y dos horas de tensa espera sembrada de obstáculos y distorsiones— como un amnésico que protege de contagios el relato del incidente. Y a Sonia, apartada por ignorancia suministrada de la línea de fuego, para que, en lo posible, no se convirtiera en otra víctima ni en un objetivo para el enemigo, había decidido Tirso por iniciativa propia.

Sonia exprimía los recursos didácticos de las prácticas concertadas: hacía por meterse en su cabeza, calzar sus pasos invisibles y vestir una piel con las heridas en remisión.

El día de la licencia para visitar al convaleciente —su marido desea verla, señora Andrade, ya tenemos la certeza del pronóstico favorable— sintió que le sobraban ganas en la misma medida que le fallaban las fuerzas para rescatarlo del cautiverio. ¿Qué me pasa?, se preguntó camino del centro médico, sentada en la parte posterior de un vehículo oficial —de los que llevan y traen discretamente a personas con vitola de relevancia— puesto a su disposición bajo la estricta

norma de seguridad exigida para el buen fin de la obra en curso.

El conductor, que se había presentado con su nombre y las maneras de un cordial y seguro servidor, le abrió y cerró la puerta, le acompañó al punto de intercambio y se despidió de ella con un elegante deseo de vuelta a la normalidad.

—Gracias...

—Señora Andrade, soy el doctor Arriaga. Hemos hablado por teléfono. —Le dio la mano, firme y respetuoso.

—Sí..., doctor.

—Tenga la gentileza de seguirme.

Mientras recorrían en paralelo la distancia a la habitación donde aguardaba Tirso la visita de su mujer, el doctor Arriaga, cortés, delicado, le puso en antecedentes.

Lo peor quedaba atrás, le dijo.

Sonia escuchaba el discurso de bienvenida con un sentimiento de silla de ruedas abandonada expofeso en una sala retirada del acceso a las visitas desautorizadas. Una ráfaga de tenebroso aviso, escalofriante por su descriptiva crudeza, la imaginó en el censo de los engorros y en el pliego de misiones de los victimarios.

Percatado de la aprensión que mudaba el rostro de Sonia y detenía su cuerpo en el paseo hacia el reencuentro, el doctor Arriaga —a quien no se le escapaba una en su terreno— incidió en lo de que había pasado lo peor.

—Muéstrese animosa con él, lo necesita y hay motivos para sonreír.

Sonia desanduvo lo andado en la terrorífica visión y con el ímpetu aleccionado por la maestría del eximio terapeuta, empujó la divisoria entre los mundos.

—Pase, señora Andrade. Pero sea razonable, por favor; no lo fatigue.

Habitación, dulce hogar de vida organizada: aroma de conserva precocinada y esa luz que no acaba de alumbrar la incógnita, y ese gorgoteo que delata un transvase de sucedáneo. Señoras y señores, les recomendamos moderen sus instintos y contengan sus pasiones.

A este lado del muro, Sonia musitó su amor al convaleciente entumecido por la ingesta sedativa.

—Lo siento —se disculpó Tirso—. La partida ha sido larga por lo que parece.

—Eterna para mí.

Señoras y señores pasajeros, atiendan las instrucciones del personal cualificado: repriman sus instintos, sujeten sus pasiones, respeten el trabajo de los terapeutas.

Las heridas curaban bien, la recuperación física era evidente hasta para un profano escéptico, el equipo médico albergaba optimismo en la pronta vuelta a casa del convaleciente.

—Paciencia, confianza, señora Andrade.

El doctor Arriaga le habló ese día inaugural y los siguientes de las secuelas. Empleaba un léxico ahornado de tranquilidad y susceptible a las repeticiones de palabras que producen afinidad.

—Su papel en el futuro que empieza ahora va a ser fundamental.

Sonia bombeaba amorosamente la mano de Tirso.

—Voy a salir de esta —le auguraba Tirso acariciando su consuelo.

Las manos son la correa de transmisión de los sentimientos, pero aunque mucho cuentan no lo explican todo.

El hedor de la putrefacción, la fetidez de los excrementos, la pestilencia de las úlceras; amasijo de órganos distribuidos

por la sala de despiece para su envasado con etiqueta en las vasijas canopes del ritual evasivo.

La fase terapéutica de la descontaminación maquinaba la rueda de la hilatura, atando en la crisálida de la servidumbre al capullo trocado de mariposa a paloma disecada y apollada.

Podía huir, ¿podía?; quizá ya era tarde para emprender la huida y en su defecto, racionalmente considerada, la opción de la entrega al poder hegemónico validaba el recurso a sobrevivir como preso de conciencia en la mazmorra de las ligaduras.

La ley de la supervivencia, invocaba Tirso para atemperar la crisis de ansiedad. La huella del miedo, la pertinaz lacra, delineaba una sutura lábil en las facciones de belleza estatuaria, sepulcro de alabastro, que Tirso reconocía en Sonia como legado de la preocupación, la desconfianza, el temor a una visita inopinada en la oscuridad de las luces apagadas.

—Descanse bien, señor Andrade.

La puerta cerrada con vueltas de llave por fuera.

—Ten valor —le murmuró a Sonia.

Había que vivir para contar la historia.

—Sal de esta —le rogó ella.

Los dos cicatrizaban la herida de soledad que sume al abandonado.

—Déjese curar.

Tirso concibió la idea del aliciente para acariciar el alta médica.

—¿Cómo te encuentras?

Julián Bruño, Loreto Bande y Héctor Regidor, reunidos por separado con la víctima, manifestaron sus diagnósticos a la consorte: “Bueno, bueno”; “Bien..., bien”; “No sé..., no

sé”. Desfilaron escuetas y redistribuidas visitas de compañeros del accidentado rescatado de las tinieblas del coma inducido con los parlamentos signados por el escalafón. La esposa de Julián Bruño, Carmen, que acumulaba experiencia de trances difíciles, aconsejó a Sonia que fueran sus iniciativas las que propusieran durante la convalecencia: “Cariño, coge impulso; tú eres fuerte, tú tienes inteligencia y eres valiente”. Julián, Loreto y Héctor especulaban individualmente con la sugerencia idónea: “yo pensaría, yo haría, yo diría”, como si Sonia después de la visita de cortesía les hubiera pedido, uno a uno, intuyendo la respuesta, su sincera opinión.

—Hasta mañana.

Quizá el último día de confinamiento.

Cada noche se preguntaba Sonia antes de caer rendida — afortunada mortal que podía dormir unas horas incluso en su deambular a la deriva — si en el lugar de Julián, de Loreto y de Héctor, ella, al finalizar la visita y al encarar el ansia de la persona afligida, se habría decantado por la contención o por el desahogo en su consejo.

La solución que hubiera planteado Sonia, para su consideración, a la mujer circundada en la niebla por incertidumbres y angustias, era la de romper ese cerco e imprimir velocidad a la fuga.

“Sal.”

La mujer acosada por la inquietud y metida en cavilaciones, caminaba detrás de su sombra, seguida a distancia de zarpazo, observada al milímetro por ojos sin párpados, atenta únicamente a su errático peregrinar.

“Vete.”

Sonia no la miraba fascinada, ni distraída, ni curiosa; pero temía por ella segura, como puede estarlo el espectador de una película de suspense, de que iba a pasarle algo un paso después, una puerta abierta o cerrada más allá del límite del cono de luz perseguidor.

“Cuidado...”

Anunciada el alta médica por el doctor Arriaga, Sonia Urrutia precipitaba un plan de evasión que comprendiera Tirso. Colaborador en la estrategia del paréntesis, Héctor Regidor aderezaba la escapada pendiente de refrendo con incrustaciones deductivas que ni empiezan ni acaban en la ficción y que, precisamente, por desligarse de propuestas noveladas, surtieran de ramales la dirección con que Sonia pensaba convencerlo.

—Las historias sin principio no tienen porque tener final —señaló Héctor un mapa imaginario en la cara de Sonia—. Tú mantén los ojos abiertos, es imprescindible que los mantengas abiertos, dolorosamente en guardia, y por si acaso aplícate el cuento en los otros cuatro sentidos y el sexto, de cuyo desarrollo depende elegir correctamente.

Ella asintió.

—He activado mi instinto protector al nivel de madre aco-rralada por la jauría —dijo con un intento de risa para maquillar la tragedia de quien sabe que decida lo que decida su opción no será la perfecta.

Una pizca de comicidad distendía el ambiente. Héctor se aprestó a insuflar con su ingenio las velas de la partida.

—Elabora a tu gusto y con tus medios un modelo de terapia post mortem, perdón, in artículo mortis, disculpa, corpore insepulto, vaya por Dios con las analogías; tú ya me entiendes. —

Aupado al numen de los descriptores, Héctor el combativo, le dijo que lo imaginado producto de una situación extraordinaria —añadió estupefaciente—, no es más que un traspunte de lo real, un hechizo usufructuado que a partir de lo que es acomoda lo que se quiere. El axioma cívico del antes de entrar dejen salir.

—Creo que te entiendo.

—Los periodistas, psicólogos e investigadores dedicados a sacar de donde hay hurgan indiscriminadamente por razón de su encomiable tarea a sanos, indemnes de circunstancia excepcional, accidente, atentado, error, etcétera, y enfermos. Los heridos tientan proporcionalmente más, es comprensible, porque muestran con manso acatamiento el sendero que conduce al interrogante. Venga, hombre, se le demanda; haz el favor de darte prisa que nos atraparé el huracán.

—Sí...

La abstracción de Sonia, regada por la plástica, desclasificaba las imágenes duplicadas de su vida conyugal —yo veo, tú ves, ellos ven— apiladas pulcramente para esta inspección forzosa.

—Mañana tengo mucho que hacer. Gracias.

—Contad los dos conmigo.

Una noche larga de horas cáusticas antes de un amanecer rogado brillante depositó secuencias de velatorio, de una nitidez morbosa, en el inusual duermevela de Sonia. Llanto y congoja por el finado. “¿Lo conoces?” El interfecto era él, era ella la interfecta. La luctuosa representación de la vela conyugal permutable. La esposa y el esposo embutidos en el sayal de los difuntos. Los cercos de luz ambarina delimitaban los grados concéntricos del duelo por él y por ella, alternativamente. La afligida esposa, extraída de los

pliegues huraños del manto luctuoso, con la faz desencajada presidía el juicio contradictorio para la concesión del título póstumo al inexistente, un héroe descatalogado, en el cumplimiento de su silenciado deber silencioso. Responso, honras fúnebres. “¡Idos periodistas, idos, psicólogos, idos investigadores!” La ida, “¿adónde?”, aparecía mensajada en el sueño, y era la culminación del proceso eliminador de posibilidades y dudas. Pero unos segundos antes de levantar los párpados, el cuerpo y el ánimo con la decisión para dos tomada individualmente, Sonia notó en la piel el rasgueo de un gancho, de una garra que iba engarfiándose a las extremidades y al tronco, reteniéndola en el limbo.

Anulando el brillo orientador de la feliz ocurrencia.

Las luces apagadas de los dos imponentes edificios, el que alberga las anomalías y el que alberga la cordura, ambas estructuras colonizadas por una hueste de interventores, anulaban el plan de evasión. A ciegas se anda mal, se corre peor. Por el contrario, a oscuras los sonidos atinan mejor en sus dianas: “Se fuerte, no te dejes vencer”.

Despertó con el dulce sabor de las palabras de aliento.

Héctor Regidor telefoneó a Sonia temprano, durante una pausa publicitaria de su programa *En corto y por derecho*, seguro de acertar con su pronóstico.

—No pienses y actúa —dijo en un tono de arenga—. Sacúdete las trabas, rasga el siniestro manto de la prescripción oficial, corta el viento y tira del carro. Amanece como cada día y hoy te has de sentir dueña de tu destino y anfitriona del suyo. —La verdadera amistad implica mojarse, sostenía Héctor— O mucho me equivoco o esto es el gracioso otorgamiento de una libertad condicional.

Para qué callarse el barrunto, pensaba Héctor.

El despertar de Sonia ya había desechado la solución del paraje idílico con cabaña, lago, bosque y arrullos; sin relojes, sin presentimientos negativos.

En el marco intemporal, perfumado con el sahumero místico, lucen saludables las alegorías.

Sonia Urrutia viajaba hacia el universo de los misterios, lugar donde la nada se convierte en todo y viceversa, despojada de los atributos divinales de la maternal Deméter, el delirante nacido dos veces Dioniso, la proteccionista y reconstructora Isis, el judicativo Osiris, la estacional Perséfone y el romántico Orfeo.

¿Cuál sería el mejor momento para explicar a Tirso un plan benéfico para su convalecencia trufado de improvisación, ideado por una mente en litigio con la racionalidad científica?

Podía contarle un cuento, imaginó Sonia, confiando en que él se aviniera un tiempo a interpretar un papel secundario, de acompañamiento, dependiente de la dirección de escena: ven, toma, mira, dime; con las réplicas edulcoradas y las dúplicas complacientes.

—Sigue tu instinto —le recomendó Héctor.

El instinto le dictó a Sonia que rechazara el ofrecimiento de un vehículo de asistencia para llevarla y traerlos al domicilio. También fue su instinto el que le advirtió de que no diera nada por hecho: cualquier propuesta debía ser tratada a dúo. Por eso no cargó el coche con equipaje sino con la intención de planificar cada paso, cada kilómetro, cada recuerdo y cada esperanza. Una pretensión loable —como las ganas de vivir, como el deseo de acuñar un vocabulario inédito a las omisiones— a la que nadie objetaría nada.

¿Sabría llegar?

Hasta esa mañana de recogida, Sonia era llevada y traída por un vehículo puesto a su disposición. Inconscientemente se acostumbró a ese trato deferente y a entretener su cabeza con panorámicas alejadas del paisaje. Quizá se había precipitado al desestimar el último transporte, pero ¿qué hubiera pensado Tirso si el inicio de su nueva vida —aunque la disertación médica no explicitara que Tirso había vuelto a nacer se sobreentendía— guardaba tanta semejanza con una custodia encubierta al personaje dudoso.

No iba a perderse ni a divagar más.

Encendió la radio del coche y salió a la ciudad de tráfico intenso a esa hora de conjunción en los desplazamientos.

Aquella mañana, tras el boletín informativo de las ocho, Héctor Regidor había previsto una digresión en su editorial, improvisada antes de irse a dormir.

Los cinco minutos del boletín con noticias a mitad de camino entre ayer y hoy y otros tantos de cuñas publicitarias, le permitían disfrutar un desayuno de leche con café y magdalena o bizcocho importado de su pueblo. Le sabía a gloria la mínima refacción que humeaba y olorizaba su reino. Junto al pequeño placer, destacaban en la mesa unas hojas escritas de puño y letra con los epígrafes dedicados a los orfebres de la similitud y demás ojeadores de caza mayúscula apostados en las inmediaciones de los receptores de ondas libres, aguardando su lectura.

Una mentira convertida en verdad pública a base de influencias y difusiones es un engaño, porque la mentira puede cambiar la percepción pero nunca el hecho. Para modificar un hecho hay que suprimir la historia y aniquilar

a sus protagonistas, a los reales tanto como a los falsos — empezó su locución.

El miedo es una respuesta genuina del ser vivo animal al repique de la campana de avisos preludiando el retumbo de la sinfonía cósmica. La angustia heredada acrece con la conciencia de la muerte; la muerte preocupa, la muerte persigue, la muerte no perdona, la muerte es el fin de la vida que nace y se desarrolla en la Tierra. Pero la muerte baraja conceptos, metáforas y analogías, por lo que permite su plural y una comprensión variable entre el mito, el sentimiento y la ciencia, para en privado extraer lecciones.

Le hablaba a ella, dedujo Sonia; y sin descuidar la orientación ni las intromisiones en la calzada aminoró la velocidad del coche.

A cierta distancia de la calle y lejos del tráfico matutino que engullía el vehículo de rescate conducido por Sonia Urrutia, la periodista Ana María Albentosa Pinel preparaba su desayuno sintonizada la radio en la frecuencia de Radio Iniciativa. Lo escuchaba hacía una hora y desde entonces, como cada mañana a partir de las siete con bonanza o inclemencia tras los cristales, le ayudaba a borrar las huellas de sueño y fatiga y a recabar unas informaciones que su trabajo aún no demandaba.

Subió el volumen del aparato de radio para que el tintineo de la vajilla y los cubiertos no restara un ápice auditivo a un relato de misterio, con origen en la antigua Grecia, mucho más atractivo que las noticias y el análisis tertuliano de la jornada.

El viaje a Eleusis es un rescate por un camino que va bifurcándose de mayor a menor amplitud en sendas, veredas y

trochas, para engañar, con el objeto de provocar el despiste y perpetuarse en el grupo de los profanos, que es el que contiene y sujeta al común de los mortales, como un misterio; la idealización tradicional del viaje prefigura la superación de una prueba que premia al elegido para realizarla, un creyente autorizado, con la manera de franquear la aduana después de la muerte, una muerte física, una muerte por extrañamiento o una muerte por desaparición —siguió Héctor Regidor con su monólogo leído.

Los misterios —en plural, según los refiere la reservada sabiduría de los antepasados—, que son en definitiva la clave para la resurrección del muerto, para devolverlo de la oscuridad a la luz o del confinamiento a la plaza pública, suceden al undécimo trabajo impuesto a Heracles: el de enviarle al averno con la orden de traerse a Cerbero, perro del Hades, uno de los guardadores del imperio de los muertos que vedaba la entrada a los vivos e imposibilitaba la salida de los depositados o colados en el bátrac. Los Misterios instituyen la iniciación, la vía de escape.

La aguerrida Sonia-Deméter, madre desposeída de fruto, conducía despacio la prisa por llegar al centro hospitalario, con la radio puesta y la ventanilla medio bajada. Las voces que escuchaba al volante de su coche eran la de Héctor, protagonista de la radio, y la imaginada de Tirso, hueca en su encierro, ininteligible víctima de la censura. Perséfone, el fruto secuestrado, urgía auxilio retenida por Hades, el cuñado de Deméter, un parentesco maldito que arrastraba a la indefensa por pasadizos a oscuras hasta el confín de los mundos cartografiados por el tirano designio del comité de evaluación.

Faltaba menos para llegar y cada vez menos para sacar físicamente al recluso convaleciente.

Corrió a por hojas en blanco Ana María con el ayuno insatisfecho. Héctor Regidor iba a describir los nueve cuadros que pronuncian, uno tras otro, el retablo del misterio a los aventurados por el destino. Concedida a su audiencia el margen de la expectación —la periodista ufana de haber aprendido la técnica de la escritura taquigráfica—, la inició en el secreto.

Primer cuadro: Los dioses y los mortales eliminados expeditivamente por afines simbolizan la transición del tiempo primordial al tiempo histórico caracterizado por la muerte.

Segundo cuadro: El recinto del misterio, distribuido en sedes con funcionalidad específica cada una, concita a los profetas y a los exégetas, a redentores, teóricos, excedentes iluminados y a los serviles portadores del candil con la llama inextinguible, a los guardianes de la cuarentena, a los incursos en la derrota que deben confesión y arrepentimiento, a los ascendidos al siguiente peldaño, a los alcahuetes de confianza, a los correveidiles penados con deuda transaccional, a los leguleyos de la provechosa contravención y a los infandos voceros de la férula.

Tercer cuadro: El misterio abarca las dimensiones divina, material y humana, y el escenario donde reciben traslado los que van a ser iniciados presenta una correspondencia sustancial con el objetivo supremo de la iniciación, que es la homologación ritual del destino del neófito a la suerte experimentada por el dios, la autoridad suprema.

Cuarto cuadro: El elemento iniciático es constitutivo del misterio, concepto que agrupa lo indecible, la subrepción, el enigma. Esta soberbia descubierta del arcano se hace co-

nocer a los participantes de la experiencia, izados a la categoría de colaboradores, lo que obliga a guardar silencio ante los no iniciados, que es el resto del mundo ausente.

Quinto cuadro: Los misterios de Eleusis, los misterios de Andania y Samotracia y los misterios órficos, se forjaron en la Grecia clásica y en la posterior y sucesiva etapa helenístico-romana; los menos famosos misterios de Atis, los de Isis y Osiris y los de Mítras, vinculan las culturas orientales y occidentales en régimen fronterizo; los demás misterios, globales o locales, permanecen encriptados en centros de documentación y rehabilitación de las distintas jurisdicciones de control y custodia.

Sexto cuadro: La promesa de salvación para los iniciados proviene del mitificado personaje, habitante de las esferas o de los suelos con el que se identifica el iniciado, que muere y renace, y está referida a una visión periódica del mundo que comprende la dualidad vida-muerte según la sucesión de las estaciones, los acontecimientos, y de los fenómenos naturales, las excepcionalidades, según la perspectiva antaño-hogaño.

Séptimo cuadro: Los misterios de índole mágico-religiosa acentúan la óptica cultural; los de clase filosófica destacan los motivos especulativos, tan del agrado de los guías; los de sustrato ideológico penetran el carácter, la conducta y los sentimientos para amoldarlos, y potencian los instintos primarios para valerse de la obcecación y la dependencia de la grey. El misterio, se aducía en la solemne sesión del Solío, en la asamblea, la tenida o el congreso, es una verdad revelada incomprensible para la razón natural, el común de los mortales, el vulgo, la masa, la chusma, la turba.

Octavo cuadro: Los misterios absolutos, accesibles a la fe del provecho aunque no contrarios a la intelectualidad ve-

nal, se expresan mediante analogías, que los hace comprensibles y adictivos una vez revelados a los aspirantes al beneficio.

Noveno cuadro: Los misterios trascienden de todo estudio concebible, comprometen al iniciado por un periodo que éste no decide e interpretan para los distinguidos alumnos el gran enigma universal, al tiempo que distorsionan cualquier interpretación que pretenda desvelar lo tapado.

Cinco minutos de pausa. Turno para los patrocinadores.

Diez minutos para llegar, calculaba Sonia; y otros tantos, o puede que el doble para salir y plantearse con Tirso, en el coche, el futuro inmediato; el único de alguna manera predecible.

A la vuelta de la publicidad, Héctor recapituló en cinco minutos su carta a Sonia prodigando las analogías.

Aquellos dioses antiguos, maestros de realidad incógnita venerados por su sabiduría y videncia, han tenido su réplica contemporánea en los tiranos de ambición desmedida, investidos de divinidad por la militancia de la vida regalada.

Usurpados los honores y las virtudes reservados a los mitos originales, la egolatría de los nuevos héroes, aclamados por la afiliación bastarda, unge a siervos, arribistas y logreiros. A mayor loa al dios y más eficaz el servicio, la ofrenda a él dedicada, mejor es la retribución asignada al fiel, al leal, al absorbente y al infiltrado.

Deméter, la madre desposeída de fruto, clama por la venganza. Piensa en una venganza ejemplar como reparación del daño sufrido, y su idea es transformar a los hombres, a esas criaturas vulgares, dependientes y codiciosas, nada menos que en dioses. Para ello necesita la ayuda del

fuego y la de su imperfectamente recuperada hija Perséfone. La transformación se ha de instaurar mediante ritos de ocho días de duración que evocan la angustia por lo que le ha sido usurpado y la muerte simbolizada en el rapto.

Ocho días es el período del misterio —terminó su metafórica locución Héctor Regidor.

Ana María había transcrito literalmente la carta a sus hojas en blanco y descansado la mano y los oídos en los siguientes tres minutos de cuñas publicitarias. Pero a la vuelta, y sin ya leer de sus apuntes, Héctor continuaba exprimiendo las analogías, un tema sugerente y de mucha cabida, aludiendo a los simbolismos para explicar y parangonar lo que denunciaba. Al tema de las concomitancias se sumaron los tertulianos, y mientras uno sacaba a relucir la *Metamorfosis* de Ovidio, otro citaba *Las metamorfosis o El asno de oro*, de Apuleyo de Madaura, y con el beneplácito general éste resumía las peripecias de Lucius, transformado en asno por arte de magia que recuperará su condición humana con ayuda de Isis-Ceres y las rosas de la virtud, una vez iniciado en sus Misterios, cuyo contenido y alcance se le prohíbe revelar; no obstante, Lucius, en su itinerario espiritual, cuenta que ha traspasado la frontera de la muerte y franqueado el umbral de Perséfone (la víctima inocente), y que ha vuelto transportado a través de todos los elementos; revela Lucius, como el que no quiere pero tampoco se contiene, que en plena noche, y cual preámbulo de su conversión, deslumbrado por una luz perpetua, de magnitud equivalente al Sol, escudando a la nómina de dioses inferiores y superiores, escalonados y jerarquizados sin discutir, se produjo el canje de asno por hombre en presencia del tribunal; la iniciación se había consumado, pero debía callarse para que la obra surtiera el efecto deseado.

Con la radio apagada y las visitas al cuarto de baño y el armario porque la hora exigía el cambio de lugar y de asunto, Ana María recreaba la odisea del iniciado. Lo imagina errabundo y sufriente de horrores entre tinieblas y acosado por criaturas pavorosas, arteramente dispuestas en su papel selectivo. Para luego, superada la prueba, sentir el abrazo reconfortante de la luz que descubre maravillas y seducciones. Es su premio. El iniciado se une a la pureza y al conocimiento emparentado con los dioses, y desde su adquirida posición contempla a los nescientes mortales arracimados en el fango y la niebla de la ignorancia, miserables aterrorizados por la muerte, el miedo, la oscuridad y las pasiones inconclusas. Pero hay una condición para habitar el olimpo terrenal: guardar y hacer guardar el secreto, convertir el secreto en aliado, mantenerlo confinado y satisfecho; el secreto enseña, guía, protege; el secreto cuida celosamente de los suyos.

“Cuéntamelo a mí.”

Por una afortunada coincidencia, un golpe de suerte que llega de improviso en la calle, podía toparse con Lucius y convencerlo para que le contara su misterio y ella, en su ambicionada calidad de periodista de investigación, publicarlo por entregas de creciente expectación ciudadana, envidias profesionales y temores políticos, en un medio de gran difusión nacional.

“Mantendré tu anonimato, preciada fuente.”

Lo prometía, y le amparaba el rigor legal en su silencio.

Sonia Urrutia todavía no llegaba al lugar de recogida, y el tráfico rodado continuaba tan intenso como la marejada de sentimientos en su cabeza.

Loreto Bande y Héctor Regidor no pudieron dar con el centro hospitalario que resguardaba a Tirso de las visitas

desautorizadas. Quedaron atascados y confundidos en un urbanismo falseado, imitando a Deméter en su improductiva búsqueda de la violentada Perséfone; otra analogía más en la sucesión de coincidencias.

El viaje en coche se alargaba —la distancia en kilómetros era considerable— y sin voces interfiriendo los recuerdos tenían cabida en la inquietud con la que Sonia conducía. Y luego qué, se preguntó aferrada al volante.

Horas después de confirmada el alta hospitalaria y la fecha de recuperación de Tirso, los dos tranquilizados en cuanto a su mejoría, Héctor le pidió que sin forzar la memoria del convaleciente averiguara las impresiones que retenía de lo sucedido en mil novecientos noventa y seis.

—Ocho años antes del accidente —señaló.

—¿Qué tienen que ver las fechas? —se interesó Sonia.

Ahora se daba cuenta de la conjunción numérica. Ocho días era el periodo que abarcaba los Grandes Misterios. Ocho días, ocho años, murmuró Sonia reduciendo la velocidad en un cruce peligroso a las afueras de la ciudad.

—El ocho es el número al que se atribuye el equilibrio fundamental y alude a la intermisión producida después de un esfuerzo para reponer fuerzas y persistir en la ejecución de la idea —explicó Héctor.

Era tentador para la psicóloga y también para la esposa la supuesta relación temporal, aun desechando que el circunspecto Tirso padeciera un bloqueo transitorio; vamos, que fuera esclavo de un imperativo tentacular.

La noche del accidente, recordaba Sonia mirando detenidamente las aceras y las calzadas en la aproximación al centro hospitalario, ella y Héctor acudieron invitados al Certamen de los Creadores de Opinión, en su decimosexta entrega de galardones, un acto para profesionales de los

medios donde festejaban su predominio en todos los ámbitos de la sociedad, con las armas en ristre, amigos junto a enemigos, aliados y enfrentados lanzándose puyas y avisos. Ironía, escepticismo y confidencias menudeaban entre los agudos opinantes, aminorando las insalvables diferencias por cuidar las formas en esas horas de recinto compartido.

Aquella noche de mil novecientos noventa y seis, ocho años atrás, Tirso cenaba con el matrimonio Bruño en el domicilio conyugal.

—Lo que te pasa es tan normal como indeseable y dañino —dijo Julián.

Tirso estaba invitado esa noche a la entrega de premios y fiesta de guardar del Certamen de los Creadores de Opinión, reunión de ínfulas noticiosas que él denominaba Pantomima de los Augures Engreídos. Iría a reunirse con Héctor y alguno de sus colaboradores al acabar la cena porque lo había prometido.

—¿Tiene cura? —preguntó Tirso con enmascarada indiferencia.

—No eres el único absorbido por la desazón. Yo incidí, tú incidirás, debe ser una travesura de los genes —respondió Julián.

—La frase de que la circunstancia no lo aconseja me descompone.

—Descompone el vientre y el ánimo —acompañó Julián con una risa breve.

Hacía cuatro, tres, dos, un año, unos meses —continuaba Tirso su relación cronológica de los hechos—, semanas, días. Tú incidirás, aleteaba el pronóstico de Julián. Aquellos pájaros fingidamente enjaulados y con las alas cercenadas por una justicia implacable surcaron en punta de lanza los cielos, los infiernos y las fronteras hacia los cuarteles de invierno. “Obedece o lárgate, si puedes”. “Calla, o cuida

muy mucho a quien te confías”. Carmen, benévola con los intransigentes, preparó un festín casero de últimas voluntades: el estómago saciado aplaca los pesares.

Julián había conocido en el régimen interior a estúpidos y osados, éstos más castigados, y sin remisión de condena, que aquéllos; lo contrario de lo que sucede de puertas afuera, donde se premia, al menos en apariencia, el valor de los que rompen las capas de humo. Había conocido y tratado a volatineros de la cosa pública actuando en teatros inverosímiles a cubierto de inclemencias y a la intemperie, una caterva de personajes vulgares, egoístas y vanidosos, cuya singularidad consiste en aguantar el equilibrio sobre la cuerda floja hasta que el tinglado se derrumba, y con una pirueta en el vacío, antes de morder el polvo abandonan el barco intercalados en el tropel de las ratas huyentes.

—¿Dónde caen los expulsados? —preguntó Tirso.

—¿Dónde yacen los héroes?

—Muchos en el anonimato.

—El riesgo siempre está ahí.

Tirso Andrade constaba en el registro de invitados para asistir al certamen. Sonia, que se estrenaba, llegó con Héctor, y él no faltaría a la cita que los iba a presentar.

—Gracias, Carmen.

—No llegues tarde donde vayas —recomendó ella.

—Me marchó ya.

Julián lo acompañó a la calle con un cigarrillo y la bolsa de basura.

La invisibilidad que no incordia ni conmueve introdujo a Tirso Andrade en el animado carnaval de los opinantes. Puede que fuera el último de los invitados sin credencial periodística en personarse, y el rezagado en dar la vuelta al ruedo que por sí mismo no atrae las miradas radiográficas

a los enfrascados en sus negocios verbales. Pasaba de largo todas las postas ese tipo inexistente.

La entrega de premios a los ganadores era el menor de los acontecimientos que deparaba el intríngulis de la velada que reproducía a escala real, en palabras de Héctor Regidor, una mala novela de intriga con los papeles cambiados.

La vista de lince de Héctor descubrió al navegante solitario en las aguas infestadas de tiburones y medusas.

—Únete a la cuadrilla. —Héctor Regidor patroneaba su barco por un foro contiguo al ágora, señalando con fruición provocadora los bajíos, las trampas de arena, las redes de los furtivos y las dársenas minadas en la extensión que abarcaba la patrulla—. Nuestra psicóloga —presentó a Sonia Urrutia.

Sonia perfeccionaba las mañanas de su oficio con la lección práctica impartida por las especies de terrario, pantanosas, fluviales y voladoras; la descripción llevaba la rúbrica de Héctor.

Al margen de la ruta turística y los destellos de ingeniosidad, Tirso y Sonia departieron sobre otras cosas ajenas al certamen de los agremiados y propias de dos que han decidido intimar. Tirso se forzaba a despedir en la madrugada su ansia de respuesta y Sonia su patente bisoñez; en el confín sombreado que los diferenciaba del bullicio jovial dibujaban una pareja inadvertida, con encanto de efigies cinceladas en un risco.

Pero no descuidaban observar, y como no eran vistos —quién reparaba en ellos— se fijaban en todo y comentaban.

Tirso a dos voces, befado del monigote: eres un vaso apurado hasta los fondillos, amortizado, delatado por el olor y la impresión digital, alevosamente colocado en el disparadero; ¿me permite su invitación?, bienvenido a la fiesta; nadie sabe, no hay responsables, nadie embiste pero

el vaso pierde el equilibrio, oscila, tambalea, el monigote cae a cámara lenta, bullicio, regodeo entre la concurrencia, maniatado y enmudecido a los pies de los caballos el vencido, otra analogía; escorzo grotesco el del huraño solitario, cae, cae, una caída cruelmente prolongada, bota, rebota, tropieza, impacta, va, viene en el simulacro de seísmo, posturado a los pies de los creadores de opinión, otra analogía; una patada, un empujón, un pellizco, el menosprecio; defenestrado a los pies de los juzgadores, otra analogía; estaba avisado de lo que podía pasar y pasa, presión, quebradura, estaba advertido, parto múltiple; la venganza es un hecho y los hijos de la madre ultrajada, vástagos en comandita, se adhieren a las suelas de sus lascivos padres.

Sonia celebró divertida la atinada retransmisión del accidente doméstico, cosas que pasan a un vaso, una botella, una bandeja, con tanta gente pululando festiva en un espacio copado.

Tirso quiso confesarse en el rincón de los poetas.

—No estoy atravesando un buen momento, Sonia.

—Yo no lo aprecio grave. —En su informe preliminar Sonia descartaba una patología crónica—. En este momento doy fe de que estás mucho mejor que el vaso y los causantes del estropicio.

—Tienes razón.

Metida en el perfumado camarín femenino, Sonia incorporaba al expediente recién incoado por iniciativa personal unas anotaciones surgidas al hilo del dramático remate; el fragmento de los gemidores retoños amamantados con detritus prefiguraba un subjetivismo requerido de análisis. Pensó entonces que a la vuelta de la pausa le propondría implicarse en la transferencia sin límite de sesiones y en un marco apropiado.

Pero la despedida de Tirso, que la esperaba en el mismo sitio que lo había dejado con una impaciencia recobrada, varió su plan.

—Tengo que irme —se disculpó.

Remiso a explayarse con una disculpa que a Sonia, desconcertada, le permitiera creer que el adiós era provisional, un aliciente más que una táctica para incitarle a descubrir el misterio de ese hombre evanescente, Tirso encaró la salida del certamen-carnaval que por detrás del fugitivo obsesquiaba una máscara con pétalos de margarita a la decepción de Sonia.

—Hasta luego —musitó. Y dijo la verdad en dos palabras que se fundieron con la música y las conversaciones en corrillo sin regalar oído alguno, quizá sin tener plena conciencia de su deseo cuando lo que sentía dominarlo era un agobio de fiera enjaulada, desconcertada y decepcionada tras los barrotes, echando alientos de jadeo e impotencia a la férrea divisoria entre lo posible y lo improbable.

La conversión de Tirso el misterioso se produjo a un centenar de kilómetros del certamen-carnaval, de pie junto a su coche aparcado en uno de tantos paisajes difuminados por la madrugada.

Estuvo un par de horas contemplando un horizonte incierto, a gusto con la soledad, y al cabo, rompiendo el alba, dio media vuelta con el propósito de llegar a tiempo para desayunar con Sonia y luego —el sincero hasta luego— compartir las horas de ese día nuevo, festivo y anunciado luminoso en los partes meteorológicos, quizá el arranque de una historia impensada para ser leída en exclusiva.

—Voy a hablarte del pasado que me acucia.

—Escucharé lo que quieras contarme —accedió Sonia, caminando despacio a su lado.

Hacia tres, dos, un año, unos meses, unas semanas...

Sonia tenía carta blanca de los actores para llevar a Tirso donde quisiera y durante el tiempo que estimara oportuno; ahora le tocaba a ella asumir la responsabilidad de la devolución al mundo de su marido en las mejores condiciones que pasarían el examen de aptitud. Encontrar un paraje idílico relativamente cerca a finales de febrero no le sería fácil, pero dar con la tecla que activara una recapitulación satisfactoria del suceso para las respectivas individualidades se le antojaba muy difícil, y eso que era positiva por naturaleza.

—Toma la iniciativa —le recordaba Héctor con su peculiar insistencia.

“Eres fuerte, tú podrás”, le había animado Carmen.

Pero la memoria de Tirso era íntima, precavida y estaba acechada. Él excusaba su ausencia de las conversaciones y en la armonía de los silencios; ella leía en privado los cuadernos manuscritos de ocho años de convivencia, la otra memoria de la que podía fiarse y a la que acudía para involucrarse en el misterio, que intuía la clave, más que descifrarlo, relacionando fechas y sucesos de los que Héctor, a quien no afectaba el secreto profesional, hubiera informado a su equipo y audiencia.

—¿Estás bien?

Preguntaba Sonia cada cierto tiempo en que el mutismo y la concentración surcaban los signos vitales de Tirso en su discreta pero notoria vigilancia.

—Estoy bien.

¿Puede quedar la mente en blanco a voluntad?, se preguntaba Tirso en su letargo aterciopelado. ¿Podía desaparecer de los archivos y de la memoria personal todo aquello que había sido, que tuvo significado, que posibilitó las investigaciones de oficio y que desplegó un rebate inmediato

y contundente por ordenamiento decretado? ¿Vislumbraba una alternativa reaccionaria al bucolismo terapéutico y a los idus de marzo, al favor del destino, a la comezón que invade y preña?

—¿Te apetece...?

Tirso había elegido una dieta en la que abundaba el agua, la fruta y los lácteos.

—Estoy bien, gracias.

Caminaban a diario un largo trecho por los caminos de retorno seguro, a veces él solo daba paseos en círculos para que Sonia no se preocupara el rato que lo perdía de vista, hablaban mucho sin profundizar en exceso sobre aquello que los retenía fuera del mundo y dormían poco, aunque ese sueño reparador balanceara las verdades comprometedoras con las mentiras piadosas. Una noche después de una jornada sin ningún incidente doméstico ni anécdota en los paseos, Tirso soñó que el registro de la historia ardía en una pira; otra noche, no consecutiva, la proyección del sueño mostraba una sala de interrogatorio vacía donde un juez en su estrado, deducible el empleo de autoridad por la toga, manchada y con remiendos, llamaba a declarar a muertos, desaparecidos, ilocalizables e inexistentes, cuyos testimonios carecían de valor; el juez llamaba a declarar a confinados y confidentes, cuyos testimonios poseían un crédito limitado y variable a petición de sus abogados; el juez llamaba a declarar a enajenados, imputadores y convalecientes, cuyos testimonios caían en saco roto al negarse su pertinacia; el juez desestimó la querrela a instancia de parte presentada contra la organización criminal —de la que se adjuntaba ficha con nombres, lugares y método— por el intento de repuesto ejecutivo, legislativo y judicial y la sustitución del régimen constitucional vigente. Una hipótesis desprovista de fundamento previamente descalificada y reída

por la asociación unificada de periodistas y agentes de la información, fallada en sentencia firme por el juez.

—¿Has descansado?

—Sí —engañaba Tirso—. ¿Alguna novedad esta mañana?

Sonia escuchaba la radio, también él pero a distancia de sonido confuso; luego ella resumía las noticias a un apático Tirso que de súbito volvió en sí la mañana del once de marzo cuando la realidad que premonitoriamente sintetiza enrevesada el sueño, la sorprendente realidad, la malhadada realidad, había superado la ficción de cuerdos, dementes, alterados y víctimas indóciles.

—Dios mío...

Sonia estaba consternada por la cadena de atentados.

—Ya está —murmuró Tirso. No le sorprendía la actuación concertada ni el momento elegido; ni tampoco a Héctor Regidor, relatando lo que se iba conociendo por las fuentes que manaban desde su programa matinal, con el que se puso en contacto Sonia en la primera pausa que la explosiva actualidad le permitió.

—¿Se sabe quiénes...?

Héctor sospechaba los autores, casi tenía entonces, en el marasmo colectivo generado por la tragedia, la certeza que distinguió tras las cortinas de humo más tarde.

Durante ese día y los tres decisivos siguientes, se turnaron la información y la desinformación, los desmentidos oficiales y los oficiosos, las contradicciones y las amnesias, y el cruce de acusaciones en tonos que magnificaban las divergencias.

—¿Te sientes bien?

—No —respondió Sonia—. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Estaba vivo, a diferencia de otros conocidos y desconocidos—. No te preocupes por mí.

—¿Y ahora qué?

Empezaba un proceso definitorio para Tirso, convaleciente de analogías; iba a abstenerse de pronunciar nada que provocara tirantez en el paraje bucólico. Sonia repasaba sus anotaciones en la Arcadia, privándose de comentar sobre algo que desvirtuara la tentativa de evasión.

—En realidad...

Con obstinado realismo transcurrían los acontecimientos en el mundo exterior.

Cuarto acto

El misterio es un mecanismo complejo con una explicación sencilla.

La trascendencia de lo ocurrido en aquellos días centrales de marzo de dos mil cuatro, que la periodista Ana María Albentosa Pinel había consignado minuciosamente, se manifestó enseguida en todos los ámbitos de la sociedad. El cuaderno que recogía la crónica informativa del suceso y su repercusión, excitada desde el primer momento, aún figuraba sobresaliente en la estantería de lo más requerido, y era leído, y no sólo hojeado, con empeño dilucidador, cada vez que una noticia le incitaba a relacionar los hechos con nombres, fechas y lugares que ella misma iba componiendo en un cuadro sinóptico que no dejaba ver a nadie.

La conmoción pública había dejado tiempo atrás la punta de su crecida, y aunque lentamente en su asentamiento, al cabo de los meses imperaba un olvido trazado en vertical.

—La vida sigue y el trabajo es mucho —recordaba su jefa editorial a diario—. Apresúrate con el artículo, Romy. Los famosos son muy impacientes.

—Lo llevo bien.

Ninguna convulsión podía ofuscar permanentemente los brillos amarillos y rosas. Precisamente para soslayar la impotencia de la angustia y el recelo de las conjeturas, mayor era el auge de la frivolidad sedosa, vecinal, y crecientes los espacios de sus formatos divulgativos.

—Estamos desbordados.

—Calma.

—¿Tenemos un reporte de la competencia?

—Voy.

El mundo seguía la inercia de rotación y traslación sin que las deducciones interfirieran su marcha sincrónica.

—Ha pasado un año —dijo Ana María al espejo del cuarto de baño.

Finalizaba el invierno astronómico de dos mil cinco, y al hacer balance le parecía que ese año, de marzo a marzo como en el calendario de la antigua Roma, había transcurrido deprisa y despacio, igual que sucedía al evaluar los anteriores, pero a diferencia de otros con la memoria descarriada, este último se teñía de usurpación.

—Un año... —murmuró al cristal de la ventana, con la mirada entre la ciudad y su cielo recortado de edificios con apéndices metálicos.

Le incomodaba enfrentarse al espejo sosteniendo un duelo de miradas exactas, pero incluso en los días aciagos, cuando el reconocimiento facial descargaba su aprensión, le tentaba convencer a su reflejo de que no era ella sino ella, que era diferente a ella, que era idéntica a ella, tal y como quería ser, libre para elegir, y aspiraba ser, una periodista de investigación.

—¿Por qué no?

Para empezar su aprendizaje práctico servía la anotación de una matrícula que había memorizado junto al agujón, el anzuelo y el garfio de la curiosidad. Del vehículo también recordaba el color, pero del conductor fantasma no tenía ninguna referencia que aportar a un perito dibujante. De ese individuo agresor sin rasgos —el único las gafas de sol— guardaba una romántica percepción que le inducía a creer en un rescate para sacarla de la insidiosa complacencia de los fines menores.

Aquella jornada anodina que cubría su tramo vespertino ella era Romy Sanel en el cierre de la jornada laboral fuera de casa, y se llevó un susto mayúsculo al percutir los neumáticos en la acera. Todavía se sonrojaba al revivir el mo-

mento, aunque su reacción fuera natural. Era ridículo avergonzarse de un suceso azaroso que le podía haber ocurrido al último teléfono que figuraba en su agenda, el de ese amigo o posible algo más con el que había salido dos veces en una semana y la tercera estaba programada.

—El sábado por la noche... Qué original.

Vivía una etapa fructífera en anuncios golosos, pero su trabajo no era perfecto ni las motivaciones cotidianas tan significativas como para repercutir en el futuro. A no ser que incluyera como aliciente el misterio del conductor fantasma en un coche blanco.

—¿Por qué no? —le repitió al espejo del cuarto de baño, al cristal de la ventana y al cuaderno con las anotaciones clave.

La matrícula y el color del vehículo eran un buen comienzo.

Nadie descansa si tiene la cima a tiro.

Ana María elevó el volumen de la radio para escuchar el resumen del artículo sugerido mientras trajinaba por el piso con la limpieza semanal; el título prometía una lectura interesante, pero antes no estaba de más escuchar los párrafos seleccionados por su comentarista.

La crítica le sonó atractiva, exactamente como se espera de alguien que pretende vender una investigación que tardará mucho en completarse. Luego bajaría a comprar ese periódico y su carga dominical. Aún era temprano para sentir las prisas de cada jornada con obligaciones. El hábito de madrugar también en día festivo le otorgaba tiempo para solazarse con las sensaciones y observar desde el nido del águila la ciudad legañosa y sus habitantes remisos a transitar sus calles desiertas. Sólo las sirenas de los servicios públicos

mejor valorados por la ciudadanía fracturaban con su estridencia asimilada esa paz cíclica del descanso semanal.

Pasó el ruido de la emergencia y fue mayor el silencio. El panorama que contemplaba Ana María desde la altura que no miraba la ciudad era limpio, despejado y hasta seductor por fin. Paradojas del destino en un plazo de semanas. Empezó a cambiar el sino de su vida a partir del incidente con el fantasma. ¿Había sido una señal positiva camuflada de peligro la agresión motorizada? Mejor no se devanaba el seso con una asociación tan peregrina y seguía disfrutando la mañana desde el observatorio, y del futuro que le deparaba a días vista la aparición de su nombre en un programa magacín de la televisión local y en una revista dirigida por mujeres y para mujeres emprendedoras, con ingenio y éxito social. Un panorama casi perfecto.

—Me acerco —susurró al aire que remoloneaba en la terraza. Embargada por un sentimiento de victoria divisó las alturas sin que le intimidara el vértigo—. Estoy en el camino.

La chica de pueblo tocaba las nubes, el cielo y las estrellas a los dos años de su primer empleo y de su primera decepción laboral —la puerta que no le abría Radio Iniciativa—, y no era producto de su imaginación. Hoy podía asomarse al mundo a resguardo de su anonimato; pero en el escenario discurrido por la vertiente sombría de su imaginación, cuando su nombre corriera de boca en boca y su obra de mesa en mesa debería tener cuidado con las apariciones y los desplazamientos. También en la terraza del ático, que le dibujaba una diana a la puntería de un francotirador.

—A mí me da pánico la muerte.

Se lo había confesado un estilista asiduo a los platós de televisión de las cadenas nacionales en un aparte de inauguración a la que ambos fueron invitados por sus diferentes

cometidos profesionales. La referencia a la muerte se había colado en el corro por el recuerdo de alguien en horas bajas hacia otro alguien tiempo ha descatalogado que acudió al funeral de un tercero con más pena que gloria en el final de su vida, y pasó tan rápida como llegó.

—De la muerte no se libra nadie —dijo Romy.

—Lo que me tiene acojonado es la forma en que vaya a morir si no puedo elegirla —puntualizó el estilista—. Imagínate lo cruel, despiadado, horrible que puede ser una muerte violenta.

Por el disparo de un francotirador mientras se recibe el aire fresco en un día de fiesta, por el atropello de un vehículo que ha invadido la acera.

—Hubiera sido una muerte estúpida —dijo a la puerta de cristal.

La asociación de recuerdos devolvía a su memoria la matrícula del enigma a la par que suscitaba la intuición de que el asalto había sido adrede.

—¿Me equivoco? —preguntó al cuaderno—. Averígualo —respondió el vaso de agua.

Ya que los asuntos pendientes no le agobiaban esa jornada de halagüeñas perspectivas y las ganas de aventura aumentaban en proporción directa a las suposiciones, decidió acercarse al lugar del hecho y seguir la ruta de fuga del coche guiada por el magnetismo de una obsesión que ella derivaba a instinto de periodista, y que una vez situada en la plataforma del testigo, con el mapa de los diez metros a la redonda, convocó a la magia intuitiva para salir del atasco —igual que entonces el conductor fantasma—, pero con menos idea del camino que vio después del susto y el primer giro.

Como si condujera un vehículo de escolta paseó su investigación por calles y plazas sin contravenir las normas de

tráfico, entretenida con la acuarela de contrastes que en las horas muertas parece acentuarse. Por descansar un rato de la caminata ciudad adentro y porque un grito de hambre le rasguñaba infantil y caprichoso el estómago se metió en la cafetería adyacente a un parque veteados por padres con hijos de corta edad, balones, patines y bicicletas, dueños con mascotas que gustan de cabriolear al aire libre en diferente grado de sociabilidad, ancianos altivos y parlanchines, pacientes y conformes al sol que templaba la piel y la sangre, periódicos bajo el brazo comprados en el quiosco de la esquina y parejas de mediana edad con la lección de la convivencia aprendida. Los rasgos del mundo urbano percibidos a resguardo de la cristalera incluían una cuerda de vehículos estacionados en la que abundaba el color blanco y la transparencia del contenido, un releje de agua de riego y la comparación de negocios con los escaparates anestesiados o con el acceso franco a la afluencia de clientes en festivo.

“¿Cuánto he andado?”

Al conato de fatiga en la tracción y al gruñido de una digestión incompleta se aliaba la sed para incordiar una mañana que en su cénit esparcía calor y extravagancia y curiosidad. Quería creer que su iniciativa era tan válida para resolver el misterio como el soplo de un confidente, el aditivo misterio del conductor fantasma.

“¿Habrá venido por aquí?”

Hojeaba el ejemplar deportivo posado en la barra, libre de aficionados a los resúmenes, y levantada la vista ojeaba sin tener que disimular a un individuo con gafas de sol que elegía lectura en el expositor del quiosco: uno, dos, tres, periódicos o revistas, contó.

“¿Podría ser él?”

Estaba segura de que el conductor fantasma era un varón. Y el cosquilleo estomacal desperezado le inducía a evaluar la coincidencia.

—Buenos días.

Pidió un desayuno tradicional.

El hombre del atado informativo demoraba su partida hacia un lugar invisible. Lentamente, distraído con las portadas, entró en el parque. Y permaneció sentado y leyendo hasta que ella, incitada por el cosquilleo pertinaz, lo distinguió en esa postura tranquila y concentrada.

“¿Qué hago?”

Se lo puso fácil, en apariencia. Como si hubiera esperado a ser descubierto, recogió el bulto impreso y despacio, recreado en la observación de los semejantes y el repertorio de flora y fauna, salió del parque por el lado opuesto.

“Te sigo.”

De cerca, mirando donde él, lo mismo que a él llamaba la atención, ligera pero tercamente atosigada por un ridículo derivado de la inseguridad y el miedo a la reconvencción.

—“¿Qué se propone?”

—“Yo... Nada.”

De reojo, Ana María contaba los turismos de color blanco aparcados correctamente o en doble fila, y los que circulaban con uno o más pasajeros por la alerta de su campo visual.

—Adiós.

El seguimiento del varón de raza blanca, aproximadamente uno ochenta de estatura, complexión normal, cabello castaño, liso y corto, vestuario corriente, acabó a la entrada de un garaje en la acera de enfrente. Pero ella continuó a velocidad constante por su vía hasta llegar al cruce y desapareció por su mano.

“¿Y ahora qué?”

Retrocedió sin asomar el cuerpo para leer la placa con el nombre de la calle y dio la vuelta a la manzana anotando el nombre de las respectivas calles en el cuaderno de las improvisaciones. Sin cambiar de acera, pero disminuida la frecuencia de su paso, estudió el portón del garaje y la fachada de la finca, número y pisos. El juego tenía encanto y la coincidencia le hormigueaba de nuevo: al parque se accedía por dos calles, ambas de entrada y salida, algunos garajes comunican dos calles desde las que es posible entrar y salir. Fue a comprobarlo añadiendo más nombres de calles a la libreta y al repleto archivo de su cabeza. Al otro lado de la manzana, en el extremo posterior de una línea recta imaginaria que inducía a la coincidencia, vio el rótulo de un aparcamiento y un gran espejo circular para la advertencia de obstáculos móviles en la acera y en la calzada, bajo el que surgía prudente un coche blanco. Ninguna prisa acuciaba al conductor. Gracias a la lentitud en la maniobra que sacaba al coche del garaje pudo leer la matrícula perfectamente, pero no así cotejarla con la que recordaba justo hasta ese preciso instante en el que una chanza del destino —un ataque de ceguera nerviosa— le borró de su fiel memoria la combinación de números y letras tanto tiempo registrado; y para mayor desdicha, tampoco figuraba la matrícula de marras en el recién estrenado cuaderno de las improvisaciones. Una lástima, después de haber llegado tan lejos; sin la pertinente comprobación de la matrícula, que avanzaba despacio calle adelante aún provocador el intermitente —“sígueme, me voy por donde te señalo”—, la coincidencia se reducía a una anécdota. Desolador olvido, infausta ironía. Desesperante la sosegada marcha del conductor que le citaba —“reclama mi atención”— a proferir un grito de aviso nutrido con aspavientos —“te veo”— para detenerlo antes de

que doblara la esquina que indicaba el cachazudo intermitente.

“¿*Qué quiere?*” “Se le ha caído... Ha perdido... Lleva flojo un tapacubos, el parachoques, la matrícula.” “*Es usted muy amable. Gracias.*” “De nada.” “¿*Le ha costado encontrarme?*” “No, si es usted quien yo creo. ¿Es quién yo creo?” “*Deme pistas sobre mi identidad y podré contestarle sinceramente.*” “De su identidad sólo tengo unas gafas de sol, las manos en el volante y un rostro impenetrable. ¿Le parece suficiente precisión?” “*Ha descrito a un fantasma urbano dentro de un vehículo convencional en hora punta. ¿Se asemeja a mí y a mi coche su descripción?*”

—No lo sé —lamentó Ana María.

El vehículo desapareció —otra vez— en el cruce, con un giro idéntico —que no se le había ido de la memoria—, y de nuevo se quedó pasmada viéndolo esfumarse. Pero la deuda de curiosidad era mayor que entonces, y la de inconformismo contra la resignación, y la revuelta de las voces propugnando un acto rotundo que clarificara el misterio.

—¿Qué hago? —preguntó al barboteo intestinal. Había escrito en la libreta los nombres de seis calles, una matrícula de coche y las características exteriores de un garaje, de un quiosco atiborrado con diarios y revistas y la travesía de un parque en día festivo. La libreta de los imprevistos a mediodía relataba un itinerario de casualidades que terminaba en un cruce de calles regulado por semáforos.

Siguió por inercia la breve ruta entre la boca del garaje y la esquina de giro con idea de emprender el regreso desde la divisoria de la frustración, el límite de la aventura. Ya no le cabía esperar la intercesión del destino, generoso a lo largo de la mañana, agotadas las opciones de la fortuna y con el malestar, pesado y sofocante, de haberse sumergido en una laguna mental que le vapuleaba el prurito a cada

paso. Pensó en coger un taxi que esperaría en la intersección de calles, o dirigirse a la parada de autobús que debía estar cerca porque uno, ligero de pasaje, empezó a disminuir su marcha en mitad del cruce, como si fuera a detenerse, y cuando dejó de verlo —sólo caminaba ella por ese tramo de calle— escuchó el incremento brusco y alarmante de la frenada.

“*¿Qué le sugiere?*” “Me suena que ha sido un accidente.”

Un aparatoso accidente entre dos vehículos disímiles.

“*Eso es lo que quiere parecer, un accidente, una desgraciada casualidad, un error humano.*” “¿Usted no lo cree?”

Escalofriante el cuadro al doblar la esquina.

“*Por favor, no me imagine víctima de un accidente.*”

“Tengo que actuar. ¿Me identifico como periodista antes o después de avisar al teléfono de emergencias?” “*Ya se ha dado cumplido aviso a los servicios de emergencia médica, policía y bomberos. La víctima no necesita más asistencia humanitaria uniformada.*” “¡Ahora me acuerdo de la matrícula!”

Los traviosos duendes emisarios de la prepotencia apartaron la ofuscación mostrándole risueños que era distinta a la apuntada en la libreta. Tanta puesta en escena para nada, Ana María.

“*¿Lo volverá a intentar?*” “Soy periodista, es mi deber. He presenciado un...” “*No se precipite ni se deje influir por la versión oficial al calificar el hecho. ¿Me concede esa duda? Soy un desahuciado que solicita audiencia para su última voluntad.*” “Me pongo a su disposición. Cuénteme.”

Le dolían los pies y la cabeza, y el resto del cuerpo y los sentidos no estaban dispuestos a prodigarse en la recreación de una fantasía exenta de analgésicos.

—Cojo un taxi.

Durmió una siesta que en su pueblo llamaban de manta, pijama y orinal, rendida por la caminata y el trasiego de alucinaciones con vida propia que la malhumoraron en el anochecido despertar.

—¿Dónde estáis ahora que os necesito? —elevó la voz para que la oyeran en toda la casa.

Pero los duendes de la lisonja, patrocinadores de los encuentros fortuitos, no acudieron en su auxilio ni durante el sueño de madrugada, la última oportunidad con cierto desahogo previa a ocuparse las horas y los días con los preparativos de sus añadidas obligaciones laborales en la revista y la televisión local. La carga de trabajo era imponente, siquiera por la novedad, agotadora como una jornada de exploración en un territorio sin cartografiar, pero aún pudo sacar tiempo para reproducir el intento del domingo, esta vez en su coche que fue aparcando con riesgo de multa en los diversos puntos de localización, alcanzando el mismo fracaso; tenía la esperanza puesta en el garaje, plantas subterráneas primera y segunda y zona de pupilaje, pero en ninguna titilaba la estrella anunciadora de la matrículas una y dos. Era un gran chasco, pero aunque no hubiera evidencias Ana María juraría que el fantasma rondaba sus movimientos cotidianos entre el ático, las redacciones y el plató.

—Pondría la mano en el fuego —dijo al espejo del cuarto de baño.

Repitió el viaje a la suposición el fin de semana, robando horas a su comprimida agenda, y nada el sábado y nada el domingo. Experimentó a los siete días, a los catorce, a los veintiún y al mes lunar, cerrando el balance en negativo.

No cundía en ella la frustración, pero el desánimo iba en aumento con el deshoje de las fechas y el desgaste que le propinaba la impaciencia al acostarse.

—A la próxima irá la vencida —convenció al mundo prostrado a los pies del ático.

La brisa nocturna de una primavera joven, casquivana y títubeante, portadora de astenia, merodeaba cuchicheando barruntos a la figura extraviada en el orden de sus preferencias—. Lo encontraré... —Uno, dos, tres, cuatro estornudos y moqueo—. ¡Vale!

Un delegado de la primavera había distorsionado su manifiesto épico con un certero disparo de alergia.

Tampoco la indagación del personaje misterioso al siguiente domingo culminó con un resultado apetecible.

“¿Abandono?”

—Hasta nunca, desvarío —murmuró a la hoja con las dos matrículas apuntadas por orden de antigüedad una debajo de la otra.

Pero era una decisión apelable que entreabría la puerta a un recurso de enésima oportunidad en los ratos libres.

—No te obsesiones ni te distraigas con fantasmas y trabaja duro de lunes a viernes.

Romy Sanel aspiraba a ser una celebridad de los medios en un plazo de tiempo que se consumiera rápido y entonces, con los pronunciamientos y las plataformas a favor, dedicarse a su vocación informativa. Alcanzar el sueño profesional cada vez dependía más de ella. Y como para una documentalista un reportaje se gesta en cualquier momento y también en la franja de nadie, dio carta de naturaleza a ese aspecto diferenciado e interesante, fidedignamente evocado, que le brindaba la última jornada de búsqueda del personaje misterioso. La descripción de este otro varón, no menos enigmático, lo situaba en una edad desdibujada, más cerca del final que del principio, sin cobertura en las apuestas de su juego.

—La primavera se ha confirmado, refresca por la mañana temprano pero luego el calor se impone y dura —saludó a una sorprendida Ana María que, no obstante, fruto de su educación y de la reciprocidad cívica, correspondió con una frase de compromiso.

—Pues sí.

El hombre aprovechó el puente de voces y miradas para granjearse una simpatía de acompañamiento —“hay tanto por conocer, tantas cosas por hacer y una sola vida para llenar”—, algo que la desmejora de su físico, arribado a la estrechez, no conseguía en el atuendo rozado: traje, camisa y corbata, calzado a propósito de una elegancia que santifica las fiestas, vestuario raído y mustio avejentado por el uso y el declive, brillos de penuria en el signo externo —“yo soy, yo era, yo soy”—, socio engañado de un gran proyecto, artista confiado de una gran espectáculo —“me viene grande la vida y se me ha hecho pequeño el mundo”—, un fracaso, un continuo caer y levantarse para tropezar en las mismas piedras y caer en el mismo agujero, el pozo negro, la morada de los cándidos con una sola habilidad, con la cicatriz de un deseo único.

—La primavera es una estación hermosa, es el inicio de una época vital.

Pulido en su miseria, con dignidad de menesteroso que ha sucumbido a la tragedia que ha ido fomentando y pasa los días, llueva o luzca el sol, agarrado a un plan de contingencia que procede de la compasión ambulatoria.

—Sí... —Amable canje de palabra por palabras.

El hombre, un ventrílocuo con el regazo vacío y el atril, si alguna vez fue suyo, pignorado, no quería vagar hora tras hora hasta la del refugio, tampoco interponerse como un mazacote en el camino ajeno que la casualidad había cruzado, pero ante la disyuntiva ni avanzaba hacia otra caridad

ni retrocedía por la vía muerta ni conseguía entablar una conversación que justificara su permanencia en el punto de encuentro casual.

“Qué hago”, suspiró quedamente Ana María.

—Se la ve una buena persona, usted no tiene maldad — dijo el hombre en un aparte de su monólogo, seguro de su afirmación. ¿Debía sentirse halagada o enfadarse con él? Otra complicación con la que lidiar en un horizonte de por sí entelado—. Mi experiencia...

“No tengo suerte con mi búsqueda. Las señales son claras, he de pisar el suelo y dedicarme a lo mío.”

—¿Le apetece que nos sentemos?

—¿Quiere hablar conmigo?

—Podemos comer algo. Tengo hambre, he desayunado poco —invitó con soltura.

La liberalidad dispone de inescrutables recursos para hacerse cargo pasajero de la adversidad y el deterioro cebados en el prójimo errante, mientras se conquista una pausa en la obsesión.

Explicó el agradecido a su bienhechora, bocado a bocado —de lo que los dientes pueden masticar sin doler—, sorbo a sorbo, servilleta a servilleta, con los modales aterciopelados de quien los cuida en la salud y en la enfermedad, en la bonanza y en la desventura, su antónimo de epopya yendo al meollo con una declaración de principios.

—Yo, se lo juro, abomino del privilegio indecente, de los tratos canallas, del trapaceo para engañar y encubrir. De la práctica conchabada y de los artificios para embaucar. Yo, que me fulmine un rayo si miento, he sido excluido de los repartos por la inverecundia nepotista.

La confesión de un tipo molesto para sus agresores —un tipo sincero, sensible e iluso, se definía con el orgullo de la extenuación—, vestido de traje lanar color marengo, corbata

en verdes franjeados, camisa cándida con muchos lavados y ninguna mancha, zapatos negros con grietas impermeables y cordones de filamentosa resistencia.

—¿Quiere algo más?

—No aburrirle, señorita. Es usted una buena persona. — Desde la encerada tarima de la sensibilidad, Ana María correspondió a la relación de principios, juramentos e infortunios con el aguinaldo pascual, un apretón de manos y la confianza en un resarcimiento de daños—. Y usted que lo vea. Gracias.

Se dijo ella, camino de vuelta a casa, que nunca vería al conductor misterioso porque los fantasmas no existen. Prometió el gesto simbólico de romper la hoja con las matrículas y tirarla a la basura.

—Punto.

Se lo iba diciendo una voz apagada por la música de la radio: “los fantasmas no existen”, un atardecer de martes y tráfico congestionado a luces de semáforo, “los fantasmas no existen, no existen...”

La curiosidad es innata en un periodista vocacional.

Captó las ondas del enigma a su lado. “¿Eres tú?” Se acopló a los intermitentes del vehículo. “Ya te tengo.” La matrícula concordaba. “Vamos.” El trazado de la ruta conducía a la zona de encuentro, el quiosco, la cafetería, la salida del parque y la entrada al garaje. La provocación se había completado. “¿Qué hago?” No se atrevió a enfilear la rampa completando el seguimiento. Ocupó un vado próximo a la espera de verlo aparecer. Pero la tardanza le persuadió a moverse y ya abría la puerta cuando lo vio andar calle abajo sin mirar alrededor. “¡Ahora!” Ana María abordó al caminante anunciándose como reportera de sucesos.

¿Recuerda el accidente? ¿Cree que fue un accidente, una casualidad? Quiero investigarlo, ¿puede ayudarme? *Improvisé.*

—Estoy improvisando.

En un vado, compelida por la bocina de un coche disgustado con la ocupación de su territorio.

—Qué casualidad.

Media vuelta y a casa harta de imaginar fantasmas.

¿Le apetece que hablemos? Estoy obsesionada contigo. *Yo estoy obsesionado con mi historia.* Sé que no existes, pero me atrae tu misterio. *El misterio es un mecanismo complejo con una explicación sencilla.* ¿Serías tan amable de esfumarte de mi vida? ¿Está segura de que eso es lo que desea? Adiós para siempre, por favor. *Recapitulemos.* Esto es de locos. *Situémonos en el principio.* Es una pesadilla. ¿Cuándo voy a despertar? *No se distraiga, puede tropezar y perder algo valioso.*

Del coche a casa con el bolso, la cartera y los bolsillos llenos, atravesando las oleadas de peatones movilizados a diferentes velocidades y la escala habitual de ruidos en frecuencia urbana. Ensimismada con liberarse de su idea obsesiva.

“Las llaves.”

Temeraria costumbre de sacar el llavero del bolso en marcha y a unos metros del portal, como si dos o tres veces al día fuera a reventarle la vejiga urinaria por culpa de toparse con vecinos y aguardar a que el ascensor subiera al ático sin traqueteos ni apuros descontrolados.

Malabarismos para coger las llaves, “te tengo”, nadie a la vista. “¿A quién llaman?”, alguien se le acercó por detrás con un brazo extendido.

—Se le ha caído esto.

—Eh...

El extraño le dio una nota doblada.

—Se le acaba de caer —puntualizó.

—Ah... Gracias.

Ana María pinzó la hoja de cuaderno con los dedos que apretaban la llave del portal.

El extraño, protegidos los ojos por gafas de sol, dio media vuelta con una leve inclinación de cabeza.

“Vaya torpeza la mía”, se achacó cambiando la nota de mano. Dentro del vestíbulo, con la puerta cerrada a su espalda y esperando el ascensor, la guardó en el bolso. “¿Cómo ha sido posible?” Tardó unos pocos segundos en olvidar el incidente, “son cosas que pasan, he de poner más cuidado”, y media hora en recuperarlo con la operación de vaciar el bolso al final de la jornada. La nota apareció a rebufo de los objetos más pesados, fuera de contexto y por su cara virgen; no recordaba haber escrito en todo el día en una hoja arrancada de la libreta de los imprevistos. “No es mía, se le habrá caído a otra persona y ese hombre se ha confundido.” Podía ser, con tanta gente alrededor, pero aquel hombre no tenía dudas al entregársela a ella, dijo bien claro que se le acababa de caer, lo que significaba que él había sido testigo; por otra parte, la hoja estaba limpia de manchas y sin arrugas de pisadas. Era muy raro, y preocupante si le fallaba la memoria precisamente con las notas. Desdoblada y leída, tan solo dos líneas, su sorpresa fue en aumento: la matrícula del vehículo que conducía un fantasma, que aún no había roto ni tirado a la basura, y las nueve cifras de un teléfono anónimo. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y el corazón le brincaba con el cese fulminante de la teoría de la casualidad. El relevo a su obsesión y al derroche de especulaciones —ella era la elegida— estaba a una llamada de teléfono —¿para qué?—; uno, dos, tres...

—¿Me he equivocado al entregarle la nota? —respondió el número marcado.

—No...

—¿Le apetece hablar?

—Sí... ¿Cuándo le viene bien?

—Ahora mismo —propuso el anónimo.

Antes de bajar a la calle, echa un manojito de nervios, Ana María sopesó el riesgo de interactuar con un desconocido sobre cuyo estilo acababa de cerciorarse.

Después de la breve cita flotaba en el seno de una nube algodonosa.

Sentados en un bar a la vista de su casa, elegido al parecer por esa circunstancia —“aquí mismo”, dijo él y le abrió la puerta para que pasara dentro—, en la que palabras y miradas coexistieron en un espacio mínimo de información, él se individualizó con un nombre —“me llamo Tirso”—, se identificó con un interés —“quiero conocer en la práctica su aptitud”—, le comentó que había leído el currículum entregado en Radio Iniciativa y que le había visto en televisión —“satisfactorias cartas de presentación”— y cedió al turno de preguntas y frases de apurada congruencia a sabiendas que ninguna de calado le iba a formular en ese momento de primeras impresiones caóticas tras la sorpresa inicial.

Bebieron sus infusiones y en diez minutos ya estaba todo hecho y dicho para el entrevistador.

—Yo me pondré en contacto con usted. Gracias por atenderme —dijo en la línea de un director de personal, y se fue.

Contrariamente a lo que temía le esperaba con la ronda en danza de emociones e interrogantes, esa noche durmió como un bebé limpio y bien alimentado; y por la mañana, a su hora, despertó lozana, valiosa y con ganas de comerse el mundo.

“Bueno...”

Las dudas, hasta el final de la jornada laboral disciplinadas en el recato, fueron palideciendo el sonrosado paisaje con el advenimiento grosero de las impresiones en negativo que expandían los agujeros negros del misterio. Habían transcurrido veinticuatro horas. La noche se le hizo larga, los sueños liosos y la alarma del despertador, que puso cordura al delirio, un grito de espanto y una friega de sudor; tenía que cambiar la ropa de invierno por la de primavera. Cuarenta y ocho horas más otra noche de revueltas y sonó en el teléfono la voz de Tirso.

—¿Desayunamos?

—¿Dónde?

Cerca del ático, cerca del coche, cerca de la boca del metro y la parada del autobús.

—Aquí cerca —dijo.

Una cafetería restaurante a dos manzanas en la que había comido con Paco el día que le ofreció el ático.

Se despidió al cuarto de hora con un “nos veremos”, expresado con seguridad.

La sensación en Ana María tras la cita, con reminiscencias de otra época aún no superada, era la de haber escuchado un telegrama que leía un amable cartero.

“Nos veremos.”

A los cuatro días de incertidumbre, devaneos y borradores se vieron de noche, una vez cenados, conduciendo ella.

—Enséñeme sus predilecciones fuera de casa —pidió Tirso.

—¿Cómo a un pariente en visita turística?

No sabía si tomar la petición en serio o en broma.

—Demos un paseo por el mundo que frecuenta sin salir de la ciudad.

La tomó en serio, aunque considerando la posibilidad de ser víctima de una inocentada.

—Allá vamos.

Sentía que iba a debutar en el teatro de la seducción con un papel improvisado que le había dado el director, para ponerla a prueba, a falta de cinco minutos para izar el telón; pero a Tirso, aparentemente, no le importaba el establecimiento o la zona, incluso parecía divertido con las elecciones por descarte de la examinada.

—Aquí, por ejemplo. ¿Vamos? —No quiso preguntar si lo conocía.

—Claro.

Un lugar tranquilo para entrevistas con música de fondo, la mayoría de las mesas ocupadas en un ambiente relajado y una terraza interior decorada como una marina.

—¿Suele fijarse en lo que le rodea?

—Sí...

—¿También cuando no está trabajando?

—Soy periodista. Mi trabajo va conmigo. Pero es verdad que distingo la obligación de la devoción —dijo procurando esconder la duda que le asaltaba en ese momento—, sino me agotaría.

—¿Crea historias con las situaciones cotidianas?

—Nunca inventaría una noticia.

Tirso matizó.

—Puede que me haya expresado mal.

—O soy yo que lo he entendido mal.

—No quiero inducirle a error. Al preguntarle si crea historias de las situaciones cotidianas, vengo a referirme a esos acontecimientos que por su naturaleza privada y de nula trascendencia para la sociedad son irrelevantes y por lo tanto desechados de la lista de noticias con la que se informa a la audiencia de cada medio de comunicación.

—Si son irrelevantes, si carecen de trascendencia —acompañó Romy—, ¿qué interés pueden suscitar en la audiencia?

—Ninguno, tiene razón.

—Pero usted me habla de otra cosa.

—Vuelve a tener razón. De lo que yo hablo es de... — Tirso señaló cuanto les rodeaba sin mirar y con un leve gesto de la mano—... anécdotas, de invenciones y de conjeturas. —Le pidió que imaginara al hilo de su exposición—. En una mesa aledaña a la nuestra, centrada o lateral es lo de menos siempre que sea visible, resalta a esa mirada discreta pero curiosa el dibujo de alguien habitual en prensa y televisión, rápidamente identificado en la persona o el objeto que lo muestra grabado, pero con el que es difícil coincidir en la calle o en un comercio. Imagine que en las facciones del camarero intuye o descubre, a pesar del disfraz y el maquillaje, a un personaje famoso por su popularidad, que por su trabajo, por una obligación contraída, va a traerle su consumición; pero el servicio que ha de cumplir el pacto, la demanda y la oferta, es deficiente, equivocado. Mi pregunta es si usted, dado el supuesto, ¿reclamaría por el perjuicio que le ocasiona, lo disculparía porque somos humanos y las debilidades nos igualan, lo ignoraría porque en la vida hay cosas más importantes que enzarzarse en discusiones y pleitos o, yendo al grano y con los pies en el suelo, querría ocupar su puesto al originarse una vacante?

Dos horas más tarde, en el ático y con otra música de fondo, Ana María cotejaba sus apuntes respecto a Tirso. Seguía llevando la iniciativa y el anular desnudo, sin rastro de alianza, y lo que iba conociendo de él —que había cursado estudios en la facultad de Derecho y en la de Ciencias de la Comunicación, que le gustaba leer, el cine y el teatro y enumeraba a sus autores y actores favoritos, que se movía

mejor solo que acompañado, que prefería madrugar a trasnochar, que le sentaba mal el alcohol, que había dejado de fumar al segundo cigarrillo, que conversar era un placer y la información veraz bien explicada un arte—, provenía de una fuente sin contrastar, tan neutro en sus características que nada nuevo le aportaba.

Pero había logrado sustituir a Paco, el amigo y el deseado, en su preferencia masculina estable.

—¿Te va bien mañana?

—Vale.

Durante una comida le habló de un pintor que no concitaba admiraciones. Tras un circunloquio expositivo que enfriaba los platos dijo de ese pintor innominado que su obra era premonitoria —pintaba cuadros de anticipación—, y que únicamente los firmaba cuando el espectador y destinatario de sus predicciones reconocía el tránsito de presente a futuro en el lienzo.

—¿Cómo si asistiera a una consulta de adivinación?

—Sin saberlo.

A ratos críticos temía que Tirso, que acababa de compartir su número de teléfono, la estuviera embaucando con su ego inmune a la epidermis. Pero aun en esos momentos le costaba creer que era un farsante.

Otro mediodía de almuerzo le relató el apólogo de un mediocre desgarbado, leva de la bandería orgánica, álabe del engranaje, compasillo del pentagrama, con la aspiración de convertirse en líder masivo, de transfigurarse en el mesías laico paladín del abracadabrante dispendio lumínico, cuya enseñanzas y edictos contrataran a la ciudadanía de manera que su gobierno durara indefinidamente.

—Para liderar hay que tener la consideración de número uno y caer en gracia a los portavoces —precisó Tirso.

—Y padrinos —añadió Romy.

Tirso asintió.

—Imprescindible.

El ambicioso consultó a la astrología judicial y tanteó los soportes. El armazón servía, los mimbres aguantaban y la manufactura despachó la bisonñez del zurupeto con un currículum vítae que hincaría la rodilla de los aduladores en lista de espera, sus grandes competidores, y la de los renuevos en el escalafón de cargos y protecciones. Ahormado el muñeco por los inversores avalistas y dotado de engolamiento para suplir la privación de pensamiento, el tartufo fue designado líder, y en la gloria de su encumbramiento al palacio de la nube aleccionado por los maestros de ceremonias para garantizar un triunfo rápido, estable y rentable, y conducido en olor de multitudes compradas en diferido al reino que debía conquistar. Fogueado en la tribuna del orador, a solas ante la asamblea, el pueblo llano con abundosas incrustaciones de claqué, los destinatarios del mensaje que imanta votos, el histrión ondeaba las banderas de los entregados a su cromo.

—Este cuadro lo podía haber firmado el pintor de las anticipaciones.

Romy sonrió.

—Hasta yo —convino.

—En cierta forma el periodismo es pintura que diferencia colores, para públicos específicos, o los agrupa en la información general con el tinte de brillo y saturación que la línea editorial disponga.

El fariseo en su peana móvil suplirá la cedida, que no donada, gobernación por el deslumbramiento, la esencia por la apariencia y la virtud por el carisma; y antes que los demás halagados interiorizará su discurso, practicado con los asesores en todas sus variantes, y se transformará en el

producto de consumo respetado por las cámaras y los micrófonos de los grupos mediáticos en tanto les sirva o los pague.

Romy Sanel escuchaba sin probar bocado. En este relato no le hacía falta imaginar.

Miraba el amanecer filtrado por la ventana a parpadeos de memoria.

“¿Será verdad?” , volvió a preguntarse metida en la cama.

Lo que vivía era cierto y también lo que sentía. Encendió la radio, para conocer alguna novedad sobre la que ella no informaba y primicias y pormenores de las noticias veteranas, y apagó el despertador para mantener la plusmarca de anticipaciones a su estridente despertar.

Aunque se había acostado tarde no estaba cansada y como no tenía prisa disfrutaba ganduleando en la cama de blanco, azul y rosa.

—Ninguna prisa hoy —le dijo su carraspera.

Ana María bostezó sonoramente, estiró brazos y piernas hasta sentir los músculos en tensión y se lamió los labios expeliendo un aliento cargado de fiesta gremial, secciones mercadotecnia y publicidad, siempre prestos a manifestarse sagazmente lúdicos, intuitivamente persuasivos. Expertos en la incitación de masas —“¿dónde se aprende a convencer?”—, a poco que se lo propusieran, juega que te juega en la trampa y el cartón, incluso frente a un público doctorado en escéptica, lograban unificar el deseo y el modo de obtenerlo en el mismo lote sacarlo a la puja.

—¡Increíble!

¿Cómo podían transmutar la ficción en una realidad aparente, virtual, posible?

Por el mismo procedimiento que convierte el agua en vino y el plomo en oro.

—¡Fantástico!

Simplemente magia. Puro ilusionismo. Y credulidad a raudales.

—Es un negocio.

—El más antiguo del mundo, Romy.

Le explicó en pocas frases un técnico con impecable don de gentes y un aula para cursos de perfeccionamiento en manejos seductores, la influencia con que la sugestión administra la emotividad y el ansia, desplazando el raciocinio a un estrato inoperante para que no entorpezca las ventas y las compras.

—La sugestión es versátil —le comentó un colega reportero, autor de los libros *Blancas, blancos y blanqueos* y *Cuentos bastardos de la historia original*, con tantos vuelos y moradas como un ave de paso.

—Háblame de tu trabajo —le pidió Romy con sincero interés, halagada por los minutos de conversación que en la vorágine de saludos y proposiciones que recibía el afamado periodista le dedicaba.

Su regalo consistió en mencionarle las cuatro fases de la asunción del poder.

Ana María las taquígrafió en la libreta de los imprevistos dentro de una cabina del lavabo. Al llegar a casa las leyó en voz alta.

—Elección del objetivo, estudio del temple y las pasiones de esa sociedad, activación de los mecanismos psicológicos que ganan el favor irracional y reparto selectivo de tutelas, prerrogativas e instancias que consoliden y mantengan el poder conquistado.

“No cierres los ojos, Romy.”

¿De quién era aquella voz imperativa que sonaba en el refugio?

“Estoy agotada.”

Bebió agua y se fue a dormir con la imagen de Tirso vagabundeando libremente descriptiva en el último acto iluminado de la madrugada.

“Voy a contarte...”

Una voz con timbre de ultratumba.

“Estoy soñando.”

Nacía defectuosa y moría parodiada la instrucción del crimen organizado. Los testigos de cargo vivos y localizados esperaban en vano su llamada a declarar en la sala de vistas, no existen proclamaban los ujieres a coro. Los inexistentes no hablan ni piensan ni aportan, los inexistentes no cuentan para el relato de los hechos. En la dependencia incineradora con los archivos del proceso judicial agonizaban las pruebas de una fantasía, esto no ha ocurrido aseveraba la coral de celadores. Apagón informativo y carta de ajuste con música ambiental patrocinado por el grupo de las cuatro fases.

“Abre los ojos.”

Un sueño breve, amoroso con la luz del día.

“¿Será verdad?”, se preguntó Ana María al abrir los ojos y acomodarse boca arriba.

Encendió la radio. Héctor Regidor empujaba a diestro y siniestro a esa hora matinal queriendo saber y queriendo contar. Insistía, tentaba exigente, ayuno de miedos, contra viento y marea en mitad de una borrasca hendida por dos frentes. Un año antes hablaba con Sonia en clave de analogías, ahora citaba a Tirso y a todos los enigmas amurallados para que aliviaran el desespero de los millones de víctimas conscientes e inconscientes.

—Los que se van lloran por los que permanecen atrapados en la red —describía—. Hay que echarle valor del bueno para desprenderse de todos los demonios que pagan silencios, perjurios y voluntades y reconocer que la herida está y

supura —acusaba—. No voy a meterme en el pellejo de los condenados a purgar las acciones y las omisiones, ni a sacar del cuarto oscuro la llave que abre la tapa de las cloacas. Muchos son los llamados y pocos los elegidos.

Ana María encogió las piernas bajo la ropa de la cama y se llevó las manos al vientre. Tenía sed y empezaba a notar calor.

Con el altavoz emitiendo el discurso de Héctor, en su despacho de la emisora Sonia Urrutia empaquetaba el material didáctico que necesitaba para un viaje de iniciación.

Con habilidad y constancia se consigue mucho.

La frase de cabecera resumía el legado pedagógico del doctor Bernardo Enríquez, fundador y director en su ciudad natal del gabinete de psicoterapia que completaba la formación de titulados de procedencias nacionales y extranjeras con casos prácticos atraídos por su fama.

—Me alegra tenerte aquí, Sonia.

—He aprovechado una coincidencia y tu gentileza.

Sonia se había ofrecido a Héctor para que delegara en ella la coordinación de la alianza empresarial, recientemente firmada por los dos presidentes en un acto duplicado, que incorporaba a la sociedad existente las frecuencias regionales en uso diario con un equipo entusiasta de profesionales acreditados en su ámbito geográfico. Héctor aceptó porque confiaba en ella, sabiéndose bien representado, y porque el cedazo de la edad tamizaba sus compromisos.

—Tú dirás.

Al amor de la cocina tradicional servida en un comedor rústico —que se busca en el retorno, justificaba su elección Bernardo—, Sonia confesó humildemente al maestro, que

estaba al corriente por ella de las vicisitudes que confluían en Tirso, su impericia para extraer respuestas de su marido.

—No es tu paciente.

—Nuestro trato no es como el de un paciente y su terapeuta, pero yo lo veo como un paciente y cuando insisto creo que él me ve como una terapeuta.

—¿Quiere contarte eso que deduces calla?

—Puede que sí. O puede que tema hacerlo. Presiento que algo guarda donde no tengo manera de encontrarlo.

—Ergo calla —convino el doctor Enríquez.

—Es mi deducción. ¿Te suena paradójico?

—Me suena a dilema. —Ella asintió—. Supones que le acosa un dilema, un dilema es lo que ha arraigado en ti, ¿hace mucho? —Sonia volvió a asentir—, y un dilema es lo que ahora acampa en mi experiencia.

—Un dilema ético, un dilema moral, un dilema de proporciones bíblicas.

Bernardo Enríquez le transfirió una pregunta.

—¿Cuá es el protagonismo de la historia en este dilema tuyo, suyo y mío?

Sonia emitió un suspiro quejoso por la herida sin cicatrizar.

—La historia dices... —La historia mentía, había muerto y llevaba tiempo siendo impresa con el nuevo índice en las editoriales del grupo de las cuatro fases— Tirso quiere que lo deje.

—¿Estás segura?

—Estoy segura de que quiere que me vaya.

—¿Para irse contigo?

—No lo sé.

—Si no lo sabes tú...

—Tirso no está bien. Desde que se reincorporó se ha dedicado a presentarse donde lo citan y a realizar tareas burocráticas. —Siguiendo las instrucciones—Creo que intenta dissociarse de su obligación.

—¿La obligación profesional?

—Sí.

Sonia percibía en Tirso una voluntad escindida.

—¿Conoces su obligación profesional?

—No —respondió sin vacilar.

—¿Te ha pedido ayuda?

El doctor Enríquez conferenciaba a menudo sobre el ocaso de las soluciones mágicas a los problemas eternos del individuo, equiparando su efecto sedante con el placebo de las utopías que siembran la historia de ambiciones colectivistas.

—Me está protegiendo.

—¿De un peligro tangible?

—Probablemente de una elección pendiente —dijo Sonia en voz baja, como si hablara a sus oídos.

Bernardo Enríquez no le preguntó qué pensaba hacer ya que en cierto modo ella había avanzado en una de las direcciones de su elección, pero le sugirió que si decidía seguir adelante marcará el camino con guijarros.

—Es lo que yo haría.

Un lingüista y un filósofo —ambos profesores eméritos— invitados a debatir sobre el uso del lenguaje en una emisora de televisión local, afirmaron con dos voces que en el lenguaje de la información y la opinión las palabras habían sido secuestradas. Al acabar el programa, su presentadora y directora anunció que el próximo debate abordaría las decisiones personales.

—Romy, prepárame un guion.

Con Sonia lejos del cerco Tirso ganaba en tranquilidad. Pero el estado provisional es un consuelo desmadejado, un parche que no aguanta indefinidamente la rodadura por las aristas. Habían cedido los dos, pero sólo él sabía para qué y aún no estaba totalmente convencido de ello.

Pasear le animaba el día, el sueño lo agilizaba.

Un atardecer monótono, concluida la tarea burocrática, rindió visita al parque, a esa hora entre semana casi desierto, que Sonia eligió la mañana inaugural de su inesperada relación.

—Si te ha gustado lo recordarás siempre —dijo Sonia al cruzar la verja de color planta recién brotada.

Era un recuerdo imborrable a la altura de los mejores.

Tirso anduvo despacio las cuidadas veredas del pensil y absorbió el agua del cielo que poco después y con suavidad empapaba la acuparela.

En la verja repintada de color verdín, divisoria de las épocas, goteaba el arreciar de la lluvia.

“Lo recordarás siempre...”

Tenía que seguir adelante, ya lo había decidido. Al abrigo del concierto acuoso y de la precipitada nocturnidad fue al encuentro de la periodista.

La lluvia fina fue el preámbulo engañoso a un aguacero con partitura de viento racheado que arrancó mudos improprios y desmañadas carreras en busca de refugio a los transeúntes.

Romy Sanel esperó en la editorial a que amainara la sañuda combinación de meteoros, observando desde la ventana de un quinto piso el efecto caótico a ras del suelo; y cuando por fin abrió su paraguas, en otra estampa de solista, impaciente por llegar a casa, la mano de Tirso le cogió el

brazo y la condujo al taxi estacionado enfrente de la romántica escena.

—¿Me concedes unos minutos?

—¿Tengo alternativa? —se le ocurrió decir en un tono alejado del reproche y con una mueca que pretendía traducir su sorpresa.

—Confío en que la tengas.

El taxista sabía el destino de la pareja.

—¿Qué tal el día? —preguntó Tirso.

—Pesado... Y aún me queda por hacer.

—A la gente responsable nunca se le acaban las obligaciones.

Ella miraba el mundo exterior sin comprender porque al borrador de su guion le había desaparecido el capítulo del secuestro, pero también feliz tras los deslizantes regueros en la ventanilla por imaginarse candidata a un premio muy reñido.

—Pare aquí —ordenó Tirso.

Caminaron tres manzanas en diagonal con el paso rápido y callado de los que escapan a una amenaza que se gesta sobre sus cabezas.

Ella seguía a su lado, intrigada, con la sensación excitante de protagonizar un acontecimiento.

—Ven. —La tomó del brazo para meterse bajo la empapada marquesina de un restaurante—. ¿Es pronto para cenar?

No era una pregunta con doble sentido. Ella accedió a incitar el apetito con la carta y lo que fuera a contarle. Pero después de llamar por teléfono.

—Discúlpame.

—Haz.

Imperativo, aunque amable; extraño, aunque notorio. Volvió a la calle y antes de telefonar revisó los puntos suspensivos del guion escrito por un ente desdoblado. Ahora su impresión era la de compartir protagonismo en una secuencia de cine negro. Los perseguían, supuso que a ella por estar con él; y no se trataba de un síntoma de delirio alcohólico ni una alucinación de insomne.

“Hay una explicación.” “¿Estamos acorralados? ¿Cuál es la salida?” *“Adivina, adivinanza.”*

Telefonó cancelando un compromiso anterior.

—Me debes una explicación.

—Tengo mucho trabajo.

“Me debes una explicación.” *“Te estoy ayudando.”* “¿Me estás haciendo un favor?” *“Es un favor mutuo.”*

Sonia justificaba su plantón de última hora.

—¿Un imprevisto?

—Sí. Se ha complicado la cosa cuando parecía resuelta.

“¿Estás en un apuro?” *“Puedo solucionarlo.”* “¿Pero es grave? ¿Te has metido en un callejón sin salida?” *“La salida se bifurca en un camino que va hacia el precipicio y en otro que topa con una muralla.”* “¿Es una adivinanza? No me apetece jugar. ¡Háblame claro!” *“El precipicio significa la muerte y la muralla simboliza la captura.”* “¿Muerte o captura? ¿Qué clase de alternativa psicopática me propones?”

—¿Tienes para mucho?

—Me temo que para mucho. Ya te llamaré.

“Descúbrelo por ti misma. Empieza por averiguar si la muralla es infranqueable.” “Muerte o captura, vaya panorama.” *“Un dilema.”*

Al cabo de un rato de diálogo informal conducido por Tirso, sentados a la mesa surtida de platos vacíos, lloviznando de puertas afuera con un encanto decadente, Sonia

le anunció que la terraza de su ático ofrecía una panorámica espléndida.

—Como en un vuelo.

Se le ocurrió esa comparación para tomar la iniciativa.

El ático aprobaba una inspección ocular galante de la inesperada visita.

—Un verdadero hogar —correspondió Tirso a la deferencia.

—Intento darle mi sello. Pasa a la terraza.

Había cesado de llover.

La vista era magnífica, tan cautivadora en su dimensión como la de un reclamo publicitario incidiendo en los contrastes de una aventura exploradora.

—Tengo vino. ¿Te apetece una copa?

—Gracias.

Ana María descorchó una botella de tinto de fecunda añada, conservado a temperatura ambiente y protegido de la luz hiriente para una ocasión especial. Servidas las copas ofreció un acompañamiento musical de fecunda añada.

—¿Alguna preferencia?

—La que elijas.

Libros y revistas, hojas y carpetas, en una distribución personal, adornaban las superficies planas y visibles del mobiliario; los discos y las cintas de audio se ordenaban en un compartimento específico.

Con la copa de vino en la mano y antes de que la anfitriona señalara a su invitado el asiento en el trémulo lirismo de la velada, Tirso propuso retornar al cielo.

Ana María, con un sorbo de néctar en el paladar y el gesto sonriente del halago, cedió al influjo de Tirso preguntándose cuánto de ella influía en él y, en términos coloquiales, qué porcentaje de aquella relación atípica controlaba.

—Iba a regar las plantas el fin de semana.

El aguacero había enfriado la noche.

—Aun a riesgo de estropearse el ascensor, vivir a esta altura despejada es un privilegio.

Un noveno piso rodeado casi por completo de aire.

—La verdad es que tuve suerte.

Le contó el traspaso de dominio que le obsequió Paco.

—¿Pasas tiempo aquí fuera?

Si no exactamente miedo, producido por la fragilidad de su situación y la barrera que había levantado en mitad de la cena, Ana María sintió reducida al protocolo de la buena educación su capacidad para alterar las instrucciones del juego de las adivinanzas.

—¿Podemos sentarnos aquí?

—Sí, por supuesto. A ver... —El plástico de las sillas marrones en la terraza chorreaba, la mesa, del mismo material y color, reflejaba en sus pequeños charcos la luz de los dos faroles en los vértices de la puerta—. ¿Saco o seco? —murmuró como si estuviera sola.

—Yo saco las sillas y tú secas la mesa o lo hacemos al revés —intervino Tirso apropiándose de las opciones en una tacada.

—Tú sacas las sillas y yo seco la mesa y saco la botella y algo de picar. No me gusta beber vino a palo seco.

Inspirada por la similitud de los verbos la anfitriona había compuesto un juego de palabras.

“Me voy entonando.”

Empezó a pintar bien la apuesta de Ana María cuando Tirso —la mirada volante— soltó la lengua para narrar en aquella intimidad de santuario —con esa intención premeditada— capítulos de su historia con inclusión de fechas, nombres y lugares. Le invitaba, saboreando el vino de la reserva, a un viaje de circunvalación con apostilla.

—Imagínalo.

Tirso describió a grandes rasgos un paisaje en el que destacaba un camino recientemente transitado. Por delante de la observadora introducida en esa ruta camina un varón sin peculiaridades a la vista de su espalda y su movimiento. Nadie, aparentemente, a quien enfocar al cruzarse con él o seguirlo en la inercia de la dirección. Ni el camino, y aún menos el individuo, conciernen a la observadora, pero ante el uno y el otro concreta su atención en ese individuo, de modo que distraída no repara hasta pasado un tiempo en la conversión del trayecto en una escalera con infinidad de peldaños. Las escaleras permiten subir o bajar —incluso y según el modelo, la longitud y la resistencia, atravesar simas en terrenos quebrados, pero esto no viene a cuento— y las de los edificios disponen de pasamanos y descansillos. El individuo, siempre visto por detrás, posa sus pies en los escalones de la metamorfosis. La observadora, comedida, ojea en torno y pasa de largo aquella sorprendente circunstancia inducida por el camino. Poco después, el camino trae a la observadora, que marcha amenizada por otras reflexiones, el reverso de un individuo suspendido en un tramo de escalera. Se detiene, curiosa y obligada, y desde su óptica analiza lo que ve. Quiere relacionar al individuo anterior con este posterior, pero no lo consigue atraída nuevamente por el camino. El camino se lleva a la observadora. El camino le trae de vuelta a la escena redundante de un individuo, visto de espalda, absorto, paralizado, en aquella postura inhóspita. Puede que se haya perdido y no sepa si es mejor subir o bajar. ¿Duda el individuo? Vacila la observadora. Acto seguido el camino se la lleva y el camino la trae a la espalda del individuo que se mantiene en una posturación equidistante del principio y del final de la escalera.

Quizá ha enfermado, razona la observadora. Es una suposición. La observadora no descarta las suposiciones como avanzadilla de la respuesta. Supone que el individuo no quiera seguir ni arriba ni abajo, que se le hayan borrado las referencias, que haya agotado la perspectiva, que le sea imposible dar pasos en la dirección correcta. ¿Cuál es la dirección correcta? La observadora se pregunta si ese hombre visto por detrás subía o bajaba. Pasa el tiempo. El camino le aparta del misterio. Pasa el tiempo. El camino le devuelve a la incógnita. No hay variación en la escena del hecho, en la estúpida agonía del personaje afectado. ¿El suspendido ascendía o descendía? La observadora ha de resolver la incógnita cuando el camino, que ahora se la lleva, la devuelva frente a la escalera; y entonces será el momento de tomar la decisión de subir a por el individuo pendiente y preguntarle por la comisión de sus actos. Esto ocurrirá en la próxima ronda si es que los símbolos continúan donde estaban; porque si a la vuelta del camino han desaparecido termina la especulación. Sin nada a qué atenerse, disipados los elementos en el último recorrido circular, tan sólo permanente el recuerdo de lo que se ha visto, de lo que se cree haber visto, la observadora infiere del espejismo que lo que hay arriba es igual a lo que hay abajo, que lo que hay por arriba es distinto de lo que hay por debajo; que los peldaños superiores o inferiores son el reflejo de los peldaños inferiores o superiores; que el individuo suspendido y catatónico era un duplicado de un individuo manejador e invisibilizado.

Tirso finalizó su relato con una pregunta:

—¿Cuál es la parte real y cuál la ficticia?

“Adivina, adivinanza.”

Ana María sintió la picadura del frío húmedo traspasando la frontera de piel, pero se negaba a reactivar su iniciativa con un movimiento defensivo.

—La parte real es la que yo veo y la ficticia la que me cuentan —respondió con atrevimiento.

Tirso asintió, mirándola complacido a la tenue luz de los faroles. Elevó su copa para brindar.

—Soy de la misma opinión.

“Te has iniciado en el misterio.”

Tirso se despidió un momento antes de que ella le propusiera seguir hablando al calor de la puerta cerrada.

Los pétalos de la margarita bailados por el viento alto hilaban conjeturas en el desconcierto de Ana María. La terraza del ático sin compañía era una atalaya con dispersión de imágenes y sonidos que, pese a su constancia, resultaban efímeros en la memoria. Cualquier cosa importante, intrascendente, irremediable, podía suceder en el abigarrado mundo inferior, pero ninguna de esas cosas posibles llegaba arriba merecedora de atención sensorial, de unas notas, de un enlace con episodios inacabados.

Los pétalos indecisos actuaban como fedatarios pertinaces de la obligación personal contraída, sosias de agenda, un recordatorio agriado y dulcificado de la simbiosis entre la conducta y la actitud. “Por nuestras obras seremos conocidos, interpretados y juzgados”, parafraseaban los pétalos irritantes a esas voces rescatadas de archivos sonoros en peligro de eliminación; “no te alarme el impulso, agarra fuerte la pértiga y corre, salta, vuela”, documentos sonoros que podaron en tiempo y forma las cizallas hasta su reducción incoherente, equivalencia facultativa de dislalia, y la inadmisibilidad como prueba ante el tribunal adjudicado a las con-

fesiones en la obstruida instrucción; “¿quién dice que decían lo que dijeron?”, ¿quién dijo qué?, ¿a quiénes?, ¿de qué modo?”, mutilados los históricos, reveladores, archivos sonoros, denunciaban al aire las voces silenciadas; “el fin supremo justifica los medios de corta y pega”, ironizaba con amargura la semiología de la evidencia; “misión cumplida y nunca más se supo”.

Los pétalos judiciales llamarán por su nombre y su cargo a los desapercibidos cuando reclame su testimonio el momento procesal; hasta entonces paciencia y pericia.

En el cielo y en la quejosa cabeza de Ana María se amalgamaban las nubes que sacian la sed con las que emborronan el panorama.

Héctor Regidor conocía de antiguo a Bernardo Enríquez y era un asiduo lector y oyente de sus trabajos médicos, especialmente de aquellos relacionados con la asunción de responsabilidades y la interiorización de la paradoja.

A propósito de una charla, que precedía un coloquio de autoridades, habida en la capital el año que inauguraba el siglo veintiuno y a la que asistieron Héctor y Sonia, en la que el invitado doctor Enríquez disertó sobre la neuropsicología cognitiva, ambos lo convencieron para que aceptara dialogar en el programa *En corto y por derecho* sobre algo tan genérico y habitual como la comunicación entre seres racionales; aunque una vez a micrófono abierto, luego de la presentación a la audiencia, el tema derivó de la comprensión oral y escrita hacia una síntesis —por imperativo temporal— de las oscilaciones históricas e intelectuales de la sofística, campo abierto para las incursiones pedagógicas de Héctor.

—En la Grecia del siglo V a. C. surgió un movimiento cultural denominado sofística...

Mediante el análisis del lenguaje y su utilización para influir en los ciudadanos, la sofística intentaba renovar los hábitos mentales tradicionales.

—... Los sofistas eran los sabios...

Maestros del saber, que en virtud de la primera crisis de la filosofía aparecieron y proliferaron en Grecia convirtiendo el periodo cronológico, la línea del tiempo, en antropológico, el pensamiento y la obra del hombre. La evolución interna del pensamiento helénico que motivó la crisis, no justificaba per se el fenómeno sofístico, ya que son las causas históricas como el descubrimiento de un nuevo mundo en Oriente, la formación de una conciencia nacional, de pertenencia a una sociedad común, y la irrupción de las masas en la vida pública, las que fundamentalmente lo determinan.

—... Era el sofista...

Maestro de sabiduría y también, por su elevada condición intelectual, quien por conveniencia elaboraba razonamientos falsos y capciosos.

—... Los detractores...

Acusaban al sofista de ser un mercenario por enseñar o aleccionar a sueldo y lo denunciaban como falso dialéctico, como un mistificador de la palabra.

—... Fueron llamados sofistas...

Los que mezclaron la doctrina política con el arte de la elocuencia y desplazaron su profesión del ejercicio al discurso, abusando de la dialéctica hasta convertirla en huerá disputa.

—... La necesidad de convencer, pero sobre todo de refutar...

Acaba sobreponiéndose al afán de verdad y al deseo de forjar racionalmente un universo armónico.

—... Sucedió ayer, ese pasado lejano documentado por la historia, que...

El sofista adquirió popularidad no por la ciencia expuesta sino por la interpretación interesada que hacía de ella. Y del sofista convertido en una fuerza social devino el abuso de la retórica, de la elocuencia y de la enseñanza de estas artes por encima de los saberes propiamente reconocidos. Hubo una insoslayable distancia entre la conducta del sabio y la artificiosidad del sofista; la misma que entre la búsqueda de la verdad y el juego intelectual que pretende distraer.

—... La sofística era la expresión de un argumento capaz de suscitar confianza en el individuo...

Tras una progresiva degeneración, la sofística ha devenido en un razonamiento incorrecto formulado con plena conciencia de su falsedad, que es la acepción del sofisma.

—... El pseudoargumento, el argumento aparente para defender una proposición falsa y, a la par, confundir al oponente, se antepone a la doctrina sobre la cual se argumenta...

Actitud de quien persigue el triunfo dialéctico en detrimento de una tesis crítica y objetivamente verdadera evolucionada en la inteligencia.

—... Empleo de argucias cuyo fin primordial es la derrota del contrincante...

Ardides dialécticos que no esclarecen los enigmas, al contrario, pero que con el grito silencian el eco de la discrepancia.

Bernardo Enríquez preparaba minuciosamente las comparencias y las improvisaciones que adornaban los preámbulos y los epílogos del acto docente, preferiblemente a solas, a menudo recibiendo de la madrugada el visto bueno a su esfuerzo y un sople de aire fresco.

—Te levantas de la silla, flexionas las piernas y los brazos, estiras el tronco y el cuello y mueves lentamente la cabeza de perfil a perfil, aguantando la posición unos segundos en el extremo antes de llevar la silueta lateral al otro.

Su discurso nunca tendía trampas dialécticas ni excedía de metáforas, era la suya una voz natural, templada, lindante sin apego con lo monótono, reacia a las inflexiones.

—Hay que hablar con palabras en vez de con frases hechas a la consigna, y llamar a cada cosa por los vocablos que la definen, que dada la riqueza de nuestra lengua son muchos y curiosos.

Héctor Regidor y Bernardo Enríquez hablaban un español diáfano, esencial, contundente y arraigado.

—A la lengua que hablan para entenderse el anónimo de a pie y el insigne de sillón con letra fijada en el respaldo se la vapulea si no se aplica la palabra correcta al concepto pertinente —acusó Héctor.

Cerrado el micrófono, el epílogo que suscribieron versó sobre un recordatorio a la historia ciertamente documentada, la historia que es tozuda, lúcida y pródiga en acontecimientos redundantes.

—La historia que describe la transición del pasado al futuro —dijo el doctor Enríquez.

—La que detestan los sofistas de nuevo cuño —dijo Héctor Regidor.

—Lo mismo que mentarles la bicha —añadió Sonia Urrutia.

Habilidad, constancia y asegurado el camino de retorno.

Sonia quería expresarse con una comparación afortunada.

—Tirso se ha instalado detrás de un muro.

Bernardo Enríquez cogió una hoja de papel y dibujó la figura esquemática de un hombre rodeado estrechamente por un muro circular, y al lado la misma figura pero contenida en un muro rectangular.

—No le des importancia a la figura geométrica sino al símbolo.

—Es más íntimo el círculo —señaló ella.

—¿Qué te evoca el rectángulo?

Sonia confrontó los grafismos.

—Algo impersonal...

—¿Igualmente sólido?

—No... Puede que sí. La apariencia me engaña.

Con su dedo, Bernardo Enríquez recorrió las dos formas geométricas en el papel antagónicas.

—Los dos muros circunvalan al individuo; los dos muros aíslan al individuo; los dos muros bloquean, esconden, comunican al individuo, pero también lo protegen. No creo que ninguno de los muros lo debilite. ¿Qué opinas?

—Me abres una perspectiva nueva, profesor. Nos habíamos quedado en mi protección y ahora me hablas de la suya.

—La perspectiva del refugio en vez de la cárcel.

—La del refugio... —asintió Sonia. El miedo hizo acto de presencia en la sobremesa del comedor rústico.

—Bien. Dando por cierta la suposición del acogimiento en un mundo interior, personal, y no únicamente en el interior de un mundo creado para encerrar a ese individuo que nos ocupa, sugiero que te impliques en la esencia sensorial de ese mundo interior.

—¿Su percepción sensorial?

Bernardo Enríquez matizó.

—Probablemente Tirso ha agudizado sus sentidos para que lo mantengan vivo en el encierro. Sólo él, y quizá tampoco exactamente, sabe cuánto durará, y es el único, por el momento, que conoce su verdadera situación. ¿Entiendes mi deducción?

—Sí.

Tenía que colarse por la estructura más débil y ya dentro del mundo interior optar por la despedida, “vengo a decirte adiós”, o por compartir estrategia, “estamos juntos en esto”.

Le pesaban las nubes en la cabeza.

Con la climatología variable y las alergias en ciernes, típicos fenómenos de la primavera, Ana María redactaba un memorando en el cuaderno de las improvisaciones.

“La historia es...”

Terca, apabullante, escribió.

“La historia es...”

La que cuentan sus protagonistas, los verdaderos actores y no las réplicas de atrezo, escribió.

Mientras anotaba estas reflexiones pensaba de soslayo en el misterioso Tirso, “un mago del escapismo”, escribió.

—Estoy en mi despacho —anunció Héctor Regidor.

Su turno de palabra en las ondas había finalizado y lo que deseaba un mediodía más era sumirse unos minutos en la intimidad silenciada de ese reducido hogar con vistas a la calle y perspectiva de futuro. Un rato después, sin prisa, hablaría por teléfono con Sonia, a sabiendas de que ella cumplía puntual y eficiente la tarea que le había encomendado. Sonia y su quehacer no le preocupaba, tampoco la abulia irradiada desde la calle; pero cosa bien distinta era el disciplinado mutismo de Tirso, al que no podía dirigirse con la

atribución procedimental de un magistrado para sonscarle.

Imaginaba —quería darlo por supuesto— que su porfía por beber directamente de la fuente —una fuente que sólo manaba a voluntad del acuífero— se asemejaba a la secreta de Tirso, padeciendo el calvario de la sed, con la espita obturada por un método de cierre propio y tan descompuesto como la historia víctima de los sofistas del tercer milenio. Puesto a facilitar la evacuación del taponado, ideaba Héctor, bastaría con una carta anónima para menguar el ansia noticiera e ir tirando del hilo como se recoge el sedal cuando alabea la caña una pieza mayor y entre dos aguas se perfila. Era una emergencia nacional, se repetía Héctor, y hacía partícipe de su rebato a la audiencia y lo situaba en el orden de cuestiones prioritarias en las reuniones de equipo.

La audiencia y el equipo respondían al unísono, pero para que la llama del deseo prendiera en la acogotada cotidianidad hacían falta muchas voces y múltiples canales de difusión; lo primero era posible, estadísticamente contadas, pero a lo segundo no se llegaba con la sola intención teniendo enfrente un ejército de distorsiones con el acceso en exclusiva. Incluso con la baza de la carta anónima, o la aún mejor de la confesión en entrevista con uno o más testigos silentes o interrogadores, la posibilidad de levantar el secreto de la estrategia era remota.

La intuición de Héctor quería decir a Tirso —directamente a él, sin la concurrencia de Sonia—, con su personal dialéctica, que puestos a morir fuera luchando con armas y bagajes y con el sudario de gloria a modo de capa, para ganar tiempo en la mesa de autopsias; que la muerte, le diría a Tirso, dignificara al emisor y al medio y los absolviera de la culpa por omisión y del pecado del silencio y el de elidir

la esperanza de quienes no comulgan con ruedas de molino; le pediría a Tirso, en nombre del comunicador de guardia que se desvive por la cumplida y veraz información de sucesos y avisos, que le contara lo que supiese y que con tanto empeño y aparato anulaba el ubicuo comando del tapado y la negativa.

—Todo va bien —le anunció Sonia por teléfono.

Había una buena disposición para arraigar el acuerdo empresarial; era lo esperado, pero no estaba de más una confirmación en presencia. Exactamente lo que le pediría a Tirso, tan cerca y tan lejos con su valioso testimonio.

—Sigamos atando cabos —se despidió Héctor.

Se había tragado las ganas de preguntarle por Tirso. “Sin novedad”, hubiera respondido ella con esa u otra frase atenuada que aún no explica lo que se ha perdido y lo que no se entiende. A ella no debía presionarla, las preguntas iban dirigidas a él; pero Héctor sabía que tampoco la exigencia por conocer la historia original por boca de un superviviente en beneficio mutuo y ayuda de las víctimas y los engañados socavaría su decisión.

—Bastaría tan poco —le había dicho a Sonia.

—Lo sé.

Ella se lo había dicho a Tirso: “Habla, empieza por donde quieras”.

Bastaban unos datos precisos, insistía Héctor con voz cordial, para iluminar la oscuridad y pasar de la resignada, equívoca y humillante supervivencia a la dignidad. Parecía asequible para todos el tratamiento heurístico.

—Depende de él —aducía Sonia con razón.

—Lo sé.

Cualquier cosa antes que soportar una vida mezquina, se reiteraba Héctor en la intimidad de su despacho.

El tapizado del cielo variaba primaveralmente esa mañana de viaje corto a las afueras de la capital. Tirso Andrade circulaba en su vehículo por una autovía fluida de tráfico la treintena escasa de kilómetros hasta la residencia del matrimonio Bruño. La jubilación de Julián había decidido por unanimidad el cambio de paisaje. Tirso se preguntaba mientras conducía si el número de ceros incrementaba la distancia de seguridad.

Julián Bruño ya formaba parte de la historia y las esencias de su dilatada carrera permanecían refrigeradas en recipientes sellados. Tirso seguía dentro, figurando en los mapas como un islote apartado de las navegaciones con la indicación de peligro junto a su nombre por riesgo de erupción volcánica. Julián Bruño, otrora preceptor de aspirantes vaticinados, con su pase a la reserva quedaba también al margen de las cuestiones polémicas suscitadas durante su época de servicio; se despidió reglamentariamente sin ruido ni reclamaciones. Capítulo cerrado. Tirso se preguntaba si el capítulo había sido definitivamente cerrado. Frente al nuevo domicilio, que observó con curiosidad profesional a través de los cristales limpiados por una breve lluvia de tormenta, y antes de bajar del coche a pisar los charcos de agua en fase potable, se preguntó si se había retrasado o aún era pronto para que el vendedor de rarezas con cita previa asistiera a la misa de réquiem.

—Bonito hogar —saludó Tirso a un casero Julián que aguardaba a su visitante con la puerta abierta.

—Gracias. —Estrecharon fuertemente las manos—. Me alegra verte por aquí.

—Nunca me hubiera perdonado rechazar vuestra invitación.

—Nosotros tampoco te lo hubiéramos perdonado. Pasa. Estás en tu casa.

Hacía tiempo que no tomaban asiento a la misma mesa.

—¿Cómo te encuentras?

Tirso se interesó por su salud. La última vez que hablaron mirándose a los ojos Julián se quejaba de trastornos varios.

—Me cuido, Carmen me cuida, los fármacos me asisten, pero no sé si la trinidad es suficiente para mis males crónicos. —Exoneraba el vientre con infusiones carminativas, serenaba el ánimo y la conciencia a base de infusiones terciadoras y atenuaba las heridas y las llagas con infusiones vulnerarias. Los años no perdonaban; el sacrificado cumplimiento del deber no perdonaba; los temporales capeados no perdonaban; las reservas, los sigilos, no perdonaban; la voz interior, inclemente en su derecho a fiscalizar, no perdonaba; la memoria incorrupta no perdonaba—. No hay perdón que valga, Tirso.

Julián Bruño estaba enfermo y su aspecto era el de un hombre fatigado que va perdiendo la agudeza de los sentidos y el valor de oponerse al destino.

Carmen sirvió un aperitivo y con la comida hecha ocupó su plaza en la primera fila.

—¿Cómo te sientes? —preguntó a Tirso.

—Bien. Todo lo bien que soy capaz de sentirme.

—¿Y Sonia? ¿Sigue en comisión de trabajo? Es lo que dijiste, ¿verdad?

—Sí. Ella está a gusto con lo que hace y este viaje le convenía.

—¿A ti también?

—A mí también.

—Lo supuse.

Julián escuchaba la introducción preparando su intervención en el estrado para responder bajo juramento a la pregunta formulada por una víctima.

—¿Qué sabes?

Fehacientemente lo que sabía y nada era lo mismo.

—Lo que se dice, lo que se oye y lo que se escribe —respondió sin ambages.

Julián no mentía, pero en su contestación tan rauda como meditada anidaba el ave migratoria del perjurio. Los tres lo acataban.

—¿Cuál es tu opinión respecto a lo que se dice, oye y escribe?

—Espero que los policías y los jueces cumplan con su deber y que los periodistas hagan su trabajo.

—Yo quiero hacer mi trabajo.

—No es tu trabajo el que quieres hacer —replicó Julián—. No te corresponde. —Su lenguaje gestual denotaba el tenso abatimiento del señalado por omisión.

Tirso pretendía declarar ante el juez.

—Soy un testigo.

—En ninguna parte consta que lo seas.

—Soy una víctima.

—No consta, Tirso.

Era una pugna elegante, tolerada. Carmen no temía que estallara la violencia desatada por las palabras, sino el desacuerdo que los situaba en los extremos de una barra de equilibrio.

—La oportunidad se desvanece —puntualizó Tirso.

—Eso sí que me consta.

La liquidación estaba dirigida por gestores desafectos a la minuciosa tarea y era imparable.

—Estoy apartado, pero no muerto. Y tengo conciencia.

El avejentado preceptor, molesto por la alusión a la conciencia y entumecido por la secuela de los años insalubres en los subterráneos, evacuó la conexión en el polvo de los estantes vacíos.

—No serás llamado a declarar.

Oficialmente, Tirso Andrade no cumplía servicio alguno cuando sufrió el accidente. El segundo accidente en la misma madrugada, separado del primero apenas unos minutos. Una terrible coincidencia. Cosas que pasan y que la lógica no explica.

Julián Bruño ya estaba protegido en otra esfera al recibir la noticia, pero aun así le golpeó como si fuera culpable de negligencia, servilismo y cobardía. Una sensación embarazosa para quien se limita a obedecer y coordinar.

—Lo sé.

—No tuve ninguna responsabilidad.

—Lo sé.

—No obstante...

—También lo sé —interrumpió Tirso.

Julián Bruño no pudo hacer nada por lo que Tirso Andrade no le podía exigir nada ni después ni nunca.

—Di gracias a Dios... Y te maldije a un tiempo.

Las condiciones meteorológicas cambian súbitamente, tendiendo al caos, igual que la trayectoria de los meteoritos menos controlados.

Carmen contenía la respiración, vagamente temerosa. Su paladar mantenía el gusto del guiso en su punto de cocción.

—El susto que nos llevamos fue tremendo, Tirso.

Una casualidad dramática, como cuando la lluvia provoca que el asfalto se torne deslizante y los neumáticos pierdan adherencia.

—Yo también.

Las medias tintas concitan una suerte de recelo en los implicados.

—Nadie nos va a pedir una declaración jurada con la versión subjetiva de los hechos —confirmó Julián.

—¿Lo dices porque te han informado?

—Lo digo porque es así.

En la ruleta faltaban varios números y había sonado la advertencia del no va más.

—En realidad es como si yo no existiera —profetizó Tirso.

—Ni tú, ni yo, ni otros. Tampoco hay una historia para contar que difiera de la que se ha contado y aparece literal y exhaustivamente publicada en los medios de comunicación de mayor alcance, ni pruebas que aportar a un sumario nómada ni deducciones de testimonios ordenadas en razón de la causa por el presidente de la terna de magistrados redistribuidos. No hay nada fuera del guion —se explayó Julián.

Tirso absorbió el recado con la delicadeza que se dispensa a un manjar.

—Por favor, comamos —rogó Carmen.

Su encarecimiento tuvo una buena acogida.

—Hagamos los honores, Tirso.

—Será un placer.

Jugaba en desventaja, y solo, pero estaba prevenido como un censor. Julián le aconsejó que reflexionara, y que mientras tanto optaba por la muerte violenta o la voluntaria —descartadas en su caso la natural y la accidental— evitara los cenagales. La ruleta seguiría girando con los números seleccionados, entre los que no aparecía el suyo, la cifra identificativa de un vivo muerto que había sido dado de baja.

—Gracias por la excelente comida.

La puerta de la esperanza daba a una habitación huérfana de mobiliario con las paredes acolchadas.

—Estamos controlados los dos —dijo Julián con la mano en la manija de la puerta—. En cierto modo continuamos dentro, y amparados.

Tirso palpó la llave de su coche en el bolsillo.

—Quise ir con ellos.

—¿Tuviste un presentimiento?

Carmen le abrazó maternalmente al despedirse.

—Hice lo correcto.

La ruleta giraba a velocidad de atropello. Tres, eran tres; pero sumaban dos, eran dos. Anulado el refrán por un impacto certero, hubo dos sin tres. No cabía especular con el argumento de la película, el final no admitía otra secuencia.

—Tienes mucha vida por delante, Tirso.

—Y por detrás.

—Piensa en Sonia.

—No paro de pensar en todo.

Las manos que enhebran, mueven y cortan los hilos estaban a distancia de seguridad.

—Buen viaje.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse poco después. En la calle no se veía un alma. El ambiente, plácido y respirable, invitaba a pasear.

—Buen viaje —susurró.

Un Tirso aparentemente ocioso paseaba las inmediaciones del lugar de encuentro con la muy atareada Loreto Bande, distraído con las fluctuaciones físicas, lumínicas y acústicas del cuadro en el museo urbano. Había quedado con ella para almorzar en la cercanía de los juzgados.

—Dispondremos del tiempo que resta el desplazarnos.

—Por mí de acuerdo.

Los rasgos que ofrecía el lienzo costumbrista eran tan convencionales que difícilmente hubieran captado la atención de un observador sin una idea preconcebida.

—Espérame en la calle.

—No tengo prisa.

Loreto Bande, que lo divisó entre dos árboles cuyas sombras alternaba, fue al encuentro de su perfil. En ese momento Tirso requería una explicación al olor del aire.

—¿Nota tu olfato algún incidente?

—Huelo a combustión.

Loreto le indicó con su paso el camino del restaurante.

—¿Te refieres a que la Audiencia está que arde? ¿O los periódicos? ¿O mi cabeza?

—¿Complicaciones?

—Acumulación de trabajo. Los turnos son agotadores, a veces me parece que nunca acaban y cuando por fin lo hacen sólo me recreo un segundo en esa maravillosa sensación de aparcar mi obligación profesional. Cada día es igual al precedente en cuanto al esquema de las actuaciones.

—Menos mal que los litigios varían.

—Como bien sabes, en el fondo jurídico las diferencias son de matiz.

Tirso asintió.

—Una diferencia a la que pronto se acostumbra el ojo. — La que cree ver lo que únicamente deduce, la que provoca incertidumbre porque la deducción parte de un supuesto. Tirso continuó hablando desde la inquisitiva periferia de su mirada—. Una condecoración por la imperturbable y momificada permanencia, una recompensa por la inestimable colaboración. —Con tanta gente alrededor el sonido de las pisadas desaparece, las imágenes y las voces se confunden y los objetos se metamorfosean y desaparecen.

El restaurante seguía donde ella lo recordaba.

—¿Habías estado conmigo?

—Sí.

Loreto disculpó su olvido.

—Es verdad. Hace...

—Ha llovido bastante.

—Obviamente estás más despejado que yo. ¿Entramos?

La semejanza en las historias de los lugares recobrados y de los muertos, los desaparecidos, los ignorados, los inexistentes estribaba, dijo Tirso una vez sentados y con las cartas sobre la mesa, en que podían ser contadas, escritas y leídas., trasladándolas de una dimensión invisible a una de probada visibilidad.

—Deseándoles un buen viaje.

—¿Te vas? —saltó Loreto.

—Nunca me iré sin antes despedirme de ti.

Loreto no esperaba una noticia triste que viniera de él, ni la deseaba. Se mantuvo comedida al prejuizar el doble sentido que intuía, elegante y discreta en la frontera de la intimidad.

—Tu cara es sospechosa.

Tirso esbozó una sonrisa.

—¿Y mi voz?

—También.

Una sonrisa brumosa en un rostro ascético.

—Soy un sentimental

A Loreto se le fugaba el apetito por las antenas de la intuición.

—Cuéntame qué te preocupa.

Sincera, acrítica.

—Es la autopsia.

Los cadáveres yacían expuestos a la soledad; los heridos permanecían incrustados en la hornacina tallada por sus cuerpos, temerosos del efecto temporal nocivo pero incapaces de valerse por sí mismos en la búsqueda del remedio a la causa de su desgracia. La historia vivida en las circunstancias desfavorables es similar a un cuento apostillado de moraleja cambiante inventado a diario. Tirso hablaba con

la voz de un cuerpo ausente, batiendo la ruina que bosquejaba. El espanto, la impotencia en gritos y sollozos de las víctimas del crimen que pulverizó las alturas del edificio y afectado gravemente la estructura y los cimientos. Había un gran despliegue de reporteros para ofrecer las imágenes y los sonidos de la tragedia, ¿tragedia?, de la consumación, ¿consumación?, del éxito, ¿éxito?; un descomunal aparato de propaganda cubría el siniestro, el feliz suceso; los objetivos de las cámaras fotográficas, de vídeo y de televisión apuntaban, enfocaban y disparaban a los enseres y fragmentos de ajuar despedidos de sus ubicaciones habituales, a las posesiones dislocadas, a la propiedad derruida; los despachos de agencia dieron traslado a las sensaciones imperceptibles por oyentes y lectores; el auxilio sanitario acudió rápido y a cielo abierto obró en consecuencia, los damnificados por la imprevista demolición ingresaron en el heterodoxo censo de los evacuados hacia los domicilios de la solidaridad particular, hacia dependencias de las administraciones públicas; el susto remitía, la pesadilla continuaba.

—¿Te refieres?

—Son varias las referencias.

Loreto insistió.

—¿A eso, a los atentados?

—A eso, a lo que ha pasado. —Derrumbes, corrimientos, explosiones. Días después se apagaron las luces de las cámaras y los escenarios, las de las salas y los despachos, fundido a negro. Tirso estaba allí, le dijo a Loreto, sentado contra la línea acicalada del horizonte, tan irreconocible como ella; en el perímetro de seguridad habilitado con vallas para los trabajos de recuperación en la zona cero terciaban los comentarios al hueco, a los huecos. Tirso abandonó el lugar —pero me mantuve en la proximidad—, y unos metros más allá, o puede que kilómetros, se cruzó con un hombre

que hablaba solo y quizá no sabía dónde ir; recorridos otros metros o kilómetros —me cuesta precisar— atravesó un mural de fotografías testimonio de lo sucedido y los siniestrados, y al cabo de un trecho sobre cuya distancia no podía concretar, los actores del socorro, el rescate y el desastre en su vertiente de perjudicados intercambiaban miradas de perplejidad—. Miradas interrogantes que buscan la respuesta al por qué, al encogimiento de hombros, al consuelo que no convence y al silencio. —La razón del solitario era acceder al aposento resplandeciente en el extremo de la oscuridad.

Una sonrisa helada en un ambiente bochornoso.

—Me gustaría comprenderte.

Franca, ponderada, Loreto digería el relato de una pesadilla.

—¿Te va bien?

La juez Bande había sido propuesta para ascender un peldaño; en paralelo, pero cuidando las apariencias, era tanteada por el adhesivo brazo de la política. Buenas perspectivas de cosecha en ambos terrenos.

—Sí ¿Y a ti? Aparte de...

Aparte de lo dicho por terceros, oído y leído proveniente de esas mismas fuentes, Loreto no sabía nada; escueto su comunicado. Respecto a los atentados de marzo de dos mil cuatro en Madrid no había en ella cabida para una consideración personal que excediera de su opinión, ni como indirectamente afectada —“a todos nos afecta”, sostenía Tirso—, ni como instructora de procedimientos criminales; la versión oficial era el documento sustantivo en cualquier caso. Tampoco albergaba la duda, ni en sueños, de que lo sufrido por Tirso —la persona importante— y sus dos compañeros en acto de servicio fuera algo distinto a un accidente.

Aunque Loreto Bande hubiera querido explayarse a la hora del almuerzo en un restaurante con el aforo cubierto, o en las atestadas aceras distorsionando su voz con los sonidos de la civilización itinerante, o dentro de un coche en marcha, nada de cuanto dijera era relevante ni original ni válido para sostener una refutación a las versiones oficiales.

—Voy mejorando.

La voluntad recobrada le devolvía la lucidez y confiaba en el éxito de su demente paciencia.

—¿Te han quedado secuelas?

—No.

Únicamente en la memoria, que también había recordado.

—Entonces, todo en orden.

—Estoy en ello. En la vida hay muchos flecos.

—Es verdad —convino Loreto.

—Los voy encarando. Pero no es una tarea fácil ni rápida.

Ni liviano el peso de la succulenta y copiosa relación de apellidos con las conductas domeñadas, y de la nómina de vigías parpadeando al unísono para favorecer la desaparición de pruebas y la eliminación de testigos: “no es quien dice, no ha estado donde dice, no ha hecho lo que dice, no ha hablado con quien dice”.

—¿Te vas? —volvió a preguntar Loreto.

—Unos días.

—¿Sólo unos días?

—Sí. Poco tiempo.

—Disfrútalo, Tirso. —La ciega efigie de la justicia, alegoría de un propósito encubierto, despidió entreverada de claroscuro la disímil interpretación de la historia. Una vez más, con especial incidencia en ella, las posiciones estaban fijadas de antemano—. Buen viaje.

Observaba desde la terraza los movimientos independientes de las piezas altas en el rompecabezas.

“Qué curioso.”

Ana María llevaba un rato seducida por el alear de un ave de vuelo y plumaje cambiantes, de una especie desconocida para ella. Había regado las plantas, a requerimiento del dietario que consignaba las obligaciones de la casa, y mientras escurría el agua sobrante por los agujeros de los maceteros, formando charcos de tierra aguachada, la mirada se le fue al cielo y allí, individualizada a despecho de la bandada, evolucionaba la denodada ave.

Provocadora. Insistente su vuelo corto y estrecho en un cielo rasguñado por la soberbia de los edificios trepadores. Simbólica.

Ana María escuchó la llamada del teléfono. Descolgó pero no era él, a quien esperaba en cualquier momento y aún se mantenía en silencio.

Provocador. De un carácter apacible opuesto a su misterioso comportamiento. ¿Igual que el ave planeando delante de sus ojos?, se preguntó. La bella y armoniosa criatura observaba a vista de pájaro el mundo inferior.

El teléfono interrumpió de nuevo el descifrado aéreo del oráculo alado —“te sacaré la información”— y ella a cogerlo para hablar un rato de asuntos terrenales con fecha y hora.

Entretanto, y así la descubrió Ana María de regreso a la terraza con un mordisco de galleta rellena en la boca, el ave resaltaba su efigie de ser indómito y remoto en una esquina del pretil.

“¿Me traes algo?”

Las palomas poseen un instinto desarrollado para encontrar el lugar de acogida y el transporte de mensajes con buenas y malas noticias. Pero el ave posada en la terraza de Ana María no era una paloma de ciudad ni llevaba colgado al

cuello ni atado en las patas un rollo de papel o un cartucho protector del secreto enviado sin franqueo al domicilio del destinatario.

Acabó de comer la galleta y en un reflejo caritativo se le ocurrió arrojarle las migas. Como no quería asustar al visitante el gesto fue comedido y las migas, apenas impulsadas, cayeron cerca de sus pies, demasiado para que ni el hambre osara una aproximación. Tal vez con un perro hubiera resultado, incluso con un gato, también con un ave domesticada, pero entonces mejor dar la comida en la mano.

“¿Te has escapado?”

El ave batió sus alas y ascendió a la cornisa, muda, desafiante, impertérrita. Tentándole a encaramarse.

“Paso. Me voy dentro.”

Minutos después unas ráfagas de viento escamparon las migas de galleta. Ella no las escuchó desde el cuarto de baño y por un instante, al salir a buscarla, creyó que el ave había aceptado su hospitalidad. Pero otra poderosa ráfaga de viento las arremolinó, ya empapadas en el líquido terroso que desecharon las plantas, contra la pared.

Repentinamente el tiempo tornaba amenazador. En el horizonte cruzaron relámpagos las nubes cargadas de presagio, y por debajo del ático olía a humo de pira y escuchaba el crepitar de la materia lengüeteada por el fuego; esa imagen le acudió también de súbito, golpeando su instinto. Por encima del confuso ambiente volaba la sorpresa, con la cabeza apuntando a la tierra, y no desapareció absorbida por la siniestra acuarela hasta que tuvo la certeza de ser advertida desde el observatorio.

Ana María le deseó buen viaje.

Quinto acto

No quería inmiscuirse en la vida privada de nadie ni llevar el reportaje a un circuito de impudicia para ganar audiencia.

El último círculo en el tablero de juego flameaba. Las jugadas estaban servidas. A gran altura, protegidos los jugadores por un blindaje a toda prueba, los descartes y las apuestas introducían el colofón.

Consumidos los plazos y agotados los recursos, la presencia era un factor eludible; a diferencia de la conciencia, que por su valor declarativo estaba obligada a manifestarse de entre la elegíaca conjunción de la sombra y la muerte. Una conciencia incapacitada para la huida, una conciencia en permanente desvelo y carente de auspicio, una conciencia escrutadora de los propios actos con la venda caída, la balanza inclinada y la espada en ristre. Sujeto por objeto. Gloriosa estampa en el pulso sustancial contra la violencia innoble, la de los cobardes, la de los infames; la divertida violencia del teatrillo de marionetas, financiado con la savia extraída por sangrado al contribuyente, que se ríe de las risas ingenuas, se chotea de los pasmos y los estupores, que se regodea con el mal ajeno —cortando el brazo que señala, la lengua que acusa, el documento que incrimina y la cabeza pensante—; la violencia que se cisca en las demandas de esclarecimiento y hace oídos sordos con mofa y befa a las caballerescas exigencias de satisfacción interpuestas en los foros de debate. La violencia que da razón a la fuerza e implanta la excepción del miedo para sus autores y ejecutores.

A nivel auditivo el ruido callaba la voz. Desencadenada la tormenta, los elementos situados a una altura invisible oscilaban entre los topes de la zona de tiro en una caseta de feria, enfilados por la demostrada puntería de los expertos armados. Las detonaciones de los cazadores de recompensas —nadie trabaja gratis en el mundo de la reciprocidad— estaban sincronizadas y para borrar hasta el menor vestigio

—dificultando el rastreo de los sabuesos de la reserva espiritual— coincidían en el tiempo y el espacio con el ensordecedor volumen del aparato eléctrico. De abajo arriba proyectado.

Retumbaba el suelo y el techo del edificio —un edificio antiguo, grande e historiado de episodios heterogéneos por dentro y por fuera—, también las paredes y los cristales exteriorizaban el efecto de la impresionante sacudida con vibraciones y desprendimientos. Percusión y cortaduras. Humo. Las turbulencias campaban por esos cauces abiertos depositando el germen de la propaganda; nacía el cambio, prosperaba el cambio traído por los cambiantes. Por los cambiarios. Por la costumbre de utilizar la puerta de atrás. El cambio era el móvil, los beneficiarios del cambio los impulsores. Cambio era la palabra mágica, la contraseña. Aspiración y espiración reguladas. Las jugadas de los tahúres habían cambiado las reglas del juego. Era cuestión de acostumbrarse o resistir. Absorbidos o exhalados. Ya no se trataba de avanzar cuerpo a tierra por las espesas brumas de los secretos lacrados hasta la cámara frigorífica, sino de inmiscuirse en la partida y en la retirada entre bastidores de los apostantes descubiertos.

De novela. De película.

La furia de los elementos suspendidos bramaba con realismo de acción terrorista.

El ave anunciadora en misión suicida recortaba su envergadura en la fragosidad del vórtice apuntando a la raíz de la gigantesca trepadora.

“Uno, dos, tres.”

Abrió los ojos.

“Uno, dos, tres.”

Flexionó las piernas.

“Uno, dos, tres, cuatro...”

Gimnasia matutina sobre la cama.

“Derecha, izquierda, derecha, izquierda...”

Ana María acompañaba su respiración con pereza y técnica poco depurada a la tabla de movimientos.

“Arriba, abajo, arriba, abajo...”

Por las rendijas ovaladas de la persiana se colaba en la habitación una luz indecisa, que no era ni de sol ni de lluvia; la temperatura en el interior del ático también equidistaba del frío y del calor.

“¿Me levanto?” Miró la hora en el reloj despertador.

“¿Qué tengo que hacer hoy?”

Bostezó.

—Levanta.

“¿Cuál de las dos?”

Romy Sanel estaba ocupada con sus obligaciones laborales en la editorial y la televisión, y Ana María, su sosia, tenía que ocuparse de las tareas domésticas y de pensar en cosa distinta del trabajo contractual y remunerado.

—¿Quién soy yo? —canturreó.

Al despertar cada día primero iba la agenda de Romy. “No es verdad.” Cada mañana lo primero en que pensaba Ana María al desperezarse e incluso antes de los ejercicios gimnásticos en decúbito supino era en el misterioso Tirso, luego en las tareas pendientes, en los utensilios de trabajo que debía acarrear en el bolso y en el maletín, en la ropa que vestiría, en adecentar la casa si lo había impedido el trajín nocturno y en ingerir una cantidad suficiente, fresca y nutritiva de alimento líquido y sólido, aunque a la hora de la comida o de la cena tuviera compromisos que sentar a una mesa. Bebiendo y masticando se preparaba para lo que pudiera depararle el futuro al minuto siguiente.

Pero desde aquella noche de lluvia en remisión y de reflejos intermitentes en la terraza del ático, con un invitado que iniciaba y cortaba la transferencia a su antojo, eran los minutos pasados junto a él los que prevalecían en el cómputo del tiempo, y sus palabras, que hilvanaban frases remisas a volar fuera de la jaula, sonaban en sus oídos probablemente con la entonación variada y tergiversado el sentido. Se le había grabado en la memoria el relato de la escalera con infinitos peldaños, pero al visibilizarlo no era ese individuo dando la espalda y suspendido en el aire el protagonista sino la escalera el símbolo destacado.

“¿Acierto?”

No encontraba la respuesta oportuna a su inquieta pregunta.

—Levanta.

Ni a su otra pregunta desasosegada.

“¿Dónde se ha metido?”

Sin dar crédito al mal presagio, sospechaba que un accidente lo hubiera ingresado en un hospital.

—O que se haya refugiado una temporada en una cueva al estilo de un ermitaño —resopló—. ¡Levántate y anda, tonta!

Pasaba el tiempo y ella continuaba dócil y disciplinada a una promesa nunca realizada, como si la obediente espera de sus noticias fuera el lenitivo contra la impaciencia y el misterio.

“Uno, dos, tres, cuatro...”

Madrugar le sentaba bien.

“Derecha, izquierda, derecha, izquierda...”

Disponía de unos preciosos minutos para concebir los aspectos positivos de la jornada naciente.

“Arriba, abajo, arriba, abajo...”

Para rellenar los intermedios y para distribuir los papeles de cada una.

—Hoy tengo...

Romy Sanel había despertado antes de que la martilleara el despertador; le gustaba eludir la brusca tutela mecánica de la alarma, que solía emparejarse con una de las secuencias caóticas en un sueño agitado. Ese tiempo ganado a la obligación lo dedicaba a pasear una mirada tierna y curiosa, de criatura neonata, por el techo de la habitación y los ojales de la persiana. Mentalmente contaba los segundos de la grata demora donde tiraban de protagonismo los actos y los deseos, intercalando sus respectivos poderes de convicción al igual que ella obraba, a lo largo del día, con sus dos personalidades.

Boca arriba y con los ojos abiertos, ahuecando la almohada con la presión del occipucio, el paréntesis ofrecía la captura de un sueño que mansamente se dejaba apresar por su cola. Para concentrarse en la pesca y como no temía la reprimenda del despertador, cerró los ojos y con el corte de planos característico en una película de intriga vio un coche que no era el suyo conducido a poca velocidad por una mujer que no era ella; el coche circulando por una calle estrecha y despejada de tráfico se acercaba a un cruce; con el coche de la mujer al volante sin fisonomía reconocible en mitad del cruce, por un lateral del cuadro penetró violentamente un vehículo pesado; un enorme proyectil a velocidad de disparo; el coche sin capacidad de maniobra fue alcanzado por el lado ciego y quien lo conducía despedido contra una atmósfera envenenada por los gases de una explosión concomitante.

Respirando por la nariz y la boca, que demandaba el aire que entraba en el dormitorio por el resquicio de la ventana, con los ojos movidizos debajo de los párpados, los brazos

sobre las caderas y las manos crispadas, Romy conducía despacio un vehículo de color blanco sin distintivos. ¿O era Ana María la conductora del vehículo? La radio hablaba, ¿venía de la radio la voz que le hablaba? “Tienes que ser fuerte”, dijo la voz que salía de la radio o de ese paquete depositado en el asiento contiguo, pequeño y escurridizo, también anónimo, “tienes que ser fuerte”. Romy, o puede que Ana María, se agarró con fuerza de dislocación al volante cuando un seísmo agitó violentamente, arriba y abajo, sacudió violentamente, a derecha e izquierda, el vehículo fuera del cuadro. “No te dejes vencer”, dijo la voz que hablaba desde la radio.

Ana María se estremeció aún profundamente dormida. Y despertó al cabo de un instante tensa, angustiada, rígida en el borde de la cama, desalojada la ropa y con la boca abierta. Pero los latidos del corazón no eran apremiantes.

Habían pasado tres minutos desde la última mirada al reloj.

“Sólo tres minutos.”

Tiempo suficiente para recordarlo todo.

Un coche de color blanco, que no es el mío, conducido por una mujer, que no soy yo. El coche no tiene marcas ni matrícula. Circula despacio por una zona intransitada. No sé si es de día o de noche. Creo que es una mujer quien conduce. Se acerca a un cruce y de pronto —vaciló antes de seguir escribiendo— al coche lo embiste una especie de camión o un tren. Hay una explosión —le olía gas— de gas y la persona que conducía sale volando.

A continuación anotó con menos dudas la segunda parte del sueño.

Yo conducía un coche de color blanco y llevaba encendida la radio. Una voz me dijo que tenía que ser fuerte. En el asiento de al lado había un paquete, bien envuelto y sin ninguna indicación. El contenido es un misterio al igual que su procedencia. Entonces el coche empezó a moverse como arrastrado, y cuando ya no lo veía la voz me dijo que no me dejara vencer.

Metida en la ducha, con el agua algo más caliente que de costumbre, quiso convencerse de que el sueño de tres minutos de duración no portaba carga premonitoria, sino que era una mera asociación de ideas producto de sus desvelos; como el de averiguar cuándo daría señales de vida aquel misterioso extrañado que tenía con ella cuentas pendientes que saldar.

Ellas —Romy y Ana María— tenían cuentas pendientes que saldar.

—¿Hoy sí?

—Esta noche. Iremos a cenar.

—Lo pensaré —dijo él estirando la cuerda.

A Romy le importaba un bledo que su íntimo cancelara la cita.

—Llámame luego.

Dados los antecedentes, era peligroso estirar demasiado.

—Te llamaré si no puedo.

—Pero no esperes a última hora —pidió ella.

—Descuida. Eso lo haces tú.

Romy colgó el teléfono.

“Me encantaría volver a hacerlo esta noche.”

Pero temía quedarse de nuevo con las ganas de cambiar sus planes.

—Oye...

—Dime —atendió Romy.

—¿Te encargas de supervisar el guion de la entrevista?

—¿Me toca a mí?

Le correspondía a una compañera distraídamente afectada por un asunto particular.

—No. Pero eres la mejor con las revisiones.

—Gracias. —No le apetecía preparar la entrevista a dos de los organizadores del festival de magia y actividades circenses—. ¿Puedo escaquearme?

Bea Llorente, la directora del programa magacín, negó con la cabeza y la lengua.

—Rindes menos que al principio, y por buena que seas la competencia es dura. Puedo encontrar alguien de tanta utilidad como tú si quiero.

—Me pongo al tajo.

—No quiero perderte, pero no voy a ir detrás de ti como una madre con su hija para que haga los deberes pronto y bien. Con dos a mi cargo ya es bastante por una vida.

Bea Llorente no tuvo que añadir más.

—Lo haré rápido, Bea.

Cogió el guion de la entrevista, escasamente confeccionado, sonando en su cabeza música de circo, viendo garabateados en las páginas números de magia, acrobacias y adivinaciones por cartas y bolas de cristal. Frota que te frota, echa que te echa, el guion incompleto le negaba información sobre el paradero del enigmático Tirso.

“No voy a llamarlo.”

La animosa música de circo disminuyó el volumen en su cabeza para que escuchara alto y claro una voz que le obligaba a cumplir esa orden.

“No me voy a preocupar por él.”

Su preocupación mayor era que la encasillaran en un tipo de trabajo que le desagradaba por ser profesionalmente apta, fiable y dotada de iniciativa para atildar a los fatuos y suplir la verborrea, que espolvorea de palabrería inane el tiempo de emisión, con retóricas elegantes que persiguen el mismo objetivo.

Romy Sanel era una maga de los cambios para todos los públicos.

Se exigió buscar una salida a su laberinto.

—¿Lo tendrás hoy? —preguntó la directora antes de la pausa para el almuerzo.

Bea Llorente era fácil de agraviar —le apodaban en secreto la quisquillosa— y difícil de apeaar de sus errores.

—Esta tarde.

—¿Tarde o muy tarde?

Sonreía con los ojos y con los dientes. Romy sabía que la vigilaba.

—Hoy, seguro.

Unos ojos de rabillo almendrado y unos dientes excesivamente blanqueados.

—¿Se nos hará de noche?

Era su desquite por haberse pasado Romy en la confianza.

—A ti no.

Bea Llorente sintió el jaque. Romy le iba a entregar el guion corregido a tiempo, pero en la relación asomaba una fisura y quien más tenía a perder en una guerra con la veterana directora, era la periodista multiusos, insuficientemente anclada en los refugios de los medios de comunicación.

Al acabar su tarea, cuando aún señoreaba el crepúsculo, y recibir la aprobación sincera pero fría de la directora, Romy se despidió con ganas de evadirse. Como su íntimo

no pospuso la cita —cosa que era previsible—, Ana María aventuraba para su vindicativo ego una noche de recreo.

Una larga noche ligada por placeres convencionales que, puesta a confesarse en la pródiga soledad del ático, no logró desasirla de la persona que se había adueñado de su preferencia sin apenas gastar munición en configurar su memoria. Tirso, el enigma ambulatorio, se apuntaba otro tanto mientras ella esperaba la hora que el azar dispusiera para traerlo a su lado.

“Todos esperamos algo.”

Se consolaba dando margen a la esperanza, al contrario que Héctor Regidor y su augurio de buena mañana de que ya era imposible la vuelta atrás en las actuaciones políticas y judiciales para la consensuada sustanciación del crimen del cambio —el concepto mágico que encaja como un guante en los barridos y en los fregados—; imposible, repetía.

Un corresponsal de Radio Iniciativa explicaba la cronología de la jornada en la Audiencia Nacional.

—Declararán los testigos propuestos por las defensas...

“Yo quiero estar ahí.”

En calidad de enviada especial donde se cuecen las noticias.

—... Las acusaciones particulares formularán sendas peticiones al tribunal para que...

Estaba capacitada para sostener un micrófono bulboso apuntando al personaje de turno que acaparaba la atención informativa.

—... Una representación de las víctimas...

Héctor abría los micrófonos y los teléfonos a las víctimas.

“Yo sé lo que quiero preguntar.”

En un mundo ideal, su fantaseado director le requeriría que investigara las líneas borradas de los comunicados y se

introdujera en la jaula áurea con los que liberados del miedo al perjurio callaban, ocultaban y cedían. En un mundo ideal, su comprometido director la enviaría de corresponsal al territorio hostil con la frágil inmunidad del carné de prensa a modo de égida.

Héctor incidía en la misma pauta y ella, amargada con las ausencias y las oportunidades perdidas, apagó la radio y se envolvió en agua con un micrófono bulboso en la mano alentando la rebelión de los inadaptados.

El micrófono enfocado a las cuatro esquinas hacía las veces simultáneas de pértiga y altavoz. El intransigente examen social en la cámara oscura revelaba a la corresponsal y su audiencia los rostros de los estereotipos simbólicamente aislados: “¿Cuento por qué estaba allí?”, “¿Cuento por qué lo hice?”, “¿Cuento por qué dije aquello”; o también: “Para qué quieres saberlo?”, “¿Quién te manda?”; o también: “¿Por qué no haces caso?”, “¿Por qué no te integras, hay para más?”, “¡Lárgate, reportera de pacotilla, infiltrada, esquirol, conspiradora!”

El agua a diferente presión simulaba en sus oídos las voces humanas disparejas que pretendía captar blandiendo una varita mágica.

“Si con un pase mágico pudiera echar atrás...”

Si la historia fuera magnánima con ella le dejaría retroceder en el tiempo hasta que lo tuviera delante, acosado con preguntas y atado a las respuestas.

Juega o pasa. Tirso Andrade, envíale una señal.

La entrevista a los organizadores del festival de magia y actividades circenses que se celebraba de jueves a domingo satisfizo a las dos partes. Bea Llorente había aplicado un toque personal al guion de su colaboradora Romy Sanel para adjudicarse el mérito y reforzar su autoridad.

—Muy bien, Bea.

Romy presenció la entrevista desde una silla de tijera por detrás del regidor.

Finalizado el programa, Bea se acercó a su mesa y le indicó que la siguiera. Fueron a su despacho.

—Cierra la puerta. —Romy cerró la puerta—. Te encargo el reportaje del festival. —Era una buena y una mala noticia—. Empieza mañana y acaba el domingo. —Era un premio y un castigo—. Quiero una relación amplia con lo más destacado y lo más atractivo, que emitiremos en fracciones diarias la semana que viene.

El equipo de realización lo formaban aprendices y como guionista y productora sólo figuraba ella, aunque con derecho a un ayudante con cierta experiencia en las engorrosas tareas de producción.

Toda una responsabilidad a cara o cruz.

—Voy a prepararme.

—Acuérdate que tú diriges este trabajo —remarcó Bea—. Divertíos. Nos vemos el lunes.

Quedaba una vida hasta el lunes. El premio de llevar la batuta alternaba con el castigo de una tarea colada de rondón, la buena noticia que suponía recibir el mando de un reportaje quedaba ensombrecida por la mala noticia de tener que adormecer sus obsesiones durante cuatro días más el examen.

“Una temporada ilusoria.”

La fascinación por el mosaico de envoltorios arrastraba a niños y adultos. En los espacios abiertos de las zonas delimitadas al espectáculo y en los pequeños recintos, era grande la afluencia de un público variopinto superado el horario laboral, incrementada a partir del viernes al anochecer.

—¿Ahora dónde vamos?

Frenético deambular por los múltiples escenarios compitiendo para atrapar la credulidad y sorprender a los incrédulos.

—¿Y ahora?

Romy consultaba sus notas y dirigía, comprobaba y proponía, pero también influía en la corriente de espectadores la puja de anuncios y reclamos.

—¿Nos metemos aquí?

—Sí.

Distribuyó el equipo en dos grupos repartiendo los medios, los técnicos mejor preparados con su ayudante. Pero tras dos horas de “ve y pregunta” y de “diles que hagan y diles que no hagan”, Romy unificó al equipo.

—¿Descansamos?

—Sí.

—¿Comemos?

—Y bebemos. ¿Esto es siempre así?

—¿A mí me lo preguntas?

—Hablo en voz alta —dijo abrumada Romy.

El ayudante de producción estaba deslumbrado por el despliegue de ilusionistas y malabarismos con profusión musical de charangas amenizando los entreactos y los recorridos.

—Esto es una fiesta. ¿Por qué no la vivimos como los demás?

La sugerencia del ayudante obtuvo el inmediato refrendo de la mayoría cualificada si hubiese que votar. Romy tardó unos segundos en dar su aprobación, consciente de la conveniencia de imponer a la idea el criterio de una ejecución que partiría de ella como responsable de los aciertos y los fallos del conjunto.

—Esto es lo que haremos.

Participar como actores en los espectáculos donde se requiriera de voluntarios, si les daban la opción y siempre de uno en uno, para que el resto trabajara con normalidad. Estudiaron el programa de los ilusionistas, que era el plato fuerte del festival, apreciando la dificultad de elegir por intuición quiénes de los magos en sus respectivos números llamarían al escenario a los anónimos entusiastas de los trucos, las varitas y las chisteras, sacando de recipientes con doble fondo aves con el vuelo reprimido, naipes para mil juegos de manos, pañuelos anudados a las mudas de una serpiente clonada y ramos de flores inmarcesibles asperjadas con gotas de agua en frasco de rutilante cristal.

La fatiga y el agobio que mermaban la moral de trabajo ya el primer día, desaparecieron con la perspectiva del ali-ciente. De noche y con una temperatura agradable que invitaba a ver y consumir, se animó el mercadeo y aumentaron las ofertas de contraste.

—Tenemos que disimular.

El pulular de los agentes de la información con su pal-mario instrumental intimidaba a una parte del público y en alguna medida prevenía a los actuantes, mermando la espontaneidad de incidir en el escenario habiendo surgido de cámaras y micrófonos.

—Tenemos que prepararlo mejor —advirtió Romy—. Hablaremos con ellos de nuestra idea para que nos faciliten el trabajo. —Que no los vieran como salteadores de espectáculos itinerantes—. Será lo primero que hagamos mañana.

—¿Nos vamos?

Aún era pronto, a pesar del cansancio, y el ambiente llamaba a una última ronda por los aspectos menos iluminados del festival.

—Se me ocurre... —Murmuraba Romy una adecuación de la idea original—. ¿Quién se presta a conocer el futuro?

Los tarotistas fiaban el acercamiento de sus clientes ocasionales al reclamo de la parafernalia esotérica en un entorno lúdico.

Los asistentes de producción y cámara no temían descubrir lo que les reservaba el destino. Romy señaló dos mesas separadas.

—Tú a esta y tú a esa. Os grabaremos sin que estéis pendientes de nosotros.

—¿También el sonido?

Romy no quería inmiscuirse en la intimidad de nadie ni llevar el reportaje a un circuito de impudicia para ganar audiencia.

—Sólo el saludo y la despedida con las grabadoras individuales. Nuestro programa no es de investigación encubierta. Primero les avisamos y luego grabamos. El sonido directo lo mantenemos para los números de magia en los que haya voz y las charangas. —Le sentó como un digestivo dar órdenes nacidas de su juicio—. Venga, a trabajar.

Solventados los apuros de la premiosidad y los barboteos de las vacilaciones, una vez afirmada en el mando fueron cuatro días en la cumbre.

La potestad para elegir el material grabado durante el festival con espectáculos de magia, circo y charangas recaía en la directora Bea Llorente. La obligación laboral de Romy Sanel finalizaba con la entrega de las cintas y las respectivas anotaciones de contenido.

—Voy a visionarlas.

Romy pidió al montador que le dejara comprobar la calidad del trabajo.

—Puedo servirte de ayuda.

En la sala de posproducción estaban ellos dos únicamente en las horas vespertinas del domingo.

—Si aguantas con los ojos abiertos por mí no hay inconveniente. Siéntate a mi lado.

Romy tenía muchas ganas de dormir.

—Estaré un rato nada más.

—Empezamos. Cinta uno. Dentro.

Al filo de la medianoche, digerida la cena comprada en un bar próximo y media docena de latas de refresco, dieron por revisado el material y, fuera de programa, prefigurada una catalogación de secuencias con “lo mejor del festival”.

—Descansa, Romy. Has hecho un trabajo muy completo. Felicidades.

—Gracias. Estoy que me caigo.

—¿Te llevo?

Le hizo un favor dejándola en casa con su moto. Necesitaba llegar cuanto antes, meterse en la cama y dormir sin la amenaza del despertador con todas las luces apagadas en su cabeza, incluida la de emergencia. Pero la intensidad del cansancio era inversamente proporcional a la conciliación del sueño. Querer y no poder, vueltas sobre la cama e irritación contra la burla del destino; estaba desvelada, tenía que asumirlo y esperar que la venciera el sueño de una manera productiva, revisando mentalmente —“¿quieres guerra?, pues toma guerra”— las imágenes y los sonidos, una tarea preferible a la soporífera —“¡viva la ironía!”— de contar ovejas saltando una valla. Contar sonidos, palabras e imágenes; identificar cada palabra, cada imagen y cada sonido; percibir las imágenes, los sonidos y las palabras en su conjunto y traducirlo a un lenguaje comprensible que diera sentido a la creación. “No tiene sentido.” Una traducción asequible del lenguaje mágico que aclarara el enigma —“¿o es un truco?”— de la desaparición. “No es un truco.” El misterioso personaje evanescente colgaba de los trapecios dentro de la carpa retazos de discurso abstruso englobados en

la faramalla de palabras, imágenes y sonidos; el personaje visto y no visto padecía una deformidad coincidente a la de los modificados elementos de la creación; los elementos descolgados por la asimilación de sus debiles asideros edificaban una hoguera de ascuas; de las alturas caía el despiece de una casquería: pedazos de cuerpo artísticamente seccionados, serpentinas, porciones de órganos precisamente sajadados, confetis, vísceras palpitantes, sanguinolentas, jugos viscosos y humores; arriba y abajo dos abismos desastrosos unidos por una línea jalonada por el principio y el final de nada; nada al principio y al final nada; dos nadas, una arriba y otra abajo, herméticas, cuna y sepultura de angustia y delirio, ofuscación y fantasía en un mismo cobijo de sensaciones ilusorias, trucos de magia en un doble escenario; un escenario circular, con muescas superficiales delimitando el perímetro, presidido por un gnomon de sombras parciales, de fragmentos de tiempo metamorfoseado en la nada exterior y en la nada exterior, duplicidad de nadas; en la nada interior nacía lo que en la nada exterior moriría tras un viaje sin recuerdos. Nada, no hubo ni fue. Nada. “Imposible.” ¿Qué era imposible?, ¿los sonidos, las imágenes, las palabras? ¿Qué sonaba fuera?; unos pasos, un aleteo contra el fragor de la tormenta; el individuo sobre los peldaños de la escalera, encaramado por encima de un horizonte absorbido por la tormenta, corría peligro de succión y caer desmembrado a un agujero excavado en el suelo de tierra negra, una boca humeante, de rescoldo, una planta depuradora de residuos contaminantes, la tumba del héroe anónimo, de la víctima innominada; un reo de irracionalidad acumulada en el pasado; la cantidad de material procesado excedía el peso autorizado para el equipaje de mano. “Se ha ido de viaje.” El aleteo del individuo desbandado en los límites recortados del cuadro era insuficiente sostén

contra un ambiente enfurecido, hostil, voraz en su apetito destructor. “¿Dónde está? No le pienso llamar.” Había hecho un buen trabajo en el festival de magia, circo y charangas, de golosinas y tarotistas. “No quiero conocer el futuro. ¿De qué futuro hablas?”; el individuo en la escalera se encaramaba al futuro; el futuro se abría bajo la escalera en un inmenso agujero calcinado; el ave mensajera inadaptada batía desesperadamente sus alas con las patas pegadas al asfalto hirviendo en un cruce de caminos y en el pico un disco fuertemente asido. “Imaginaciones, rezaba un cartel visible desde arriba y desde abajo, en horizontal y en vertical, ocupando toda la superficie del escenario.”; cada función de teatro recreaba el mismo acontecimiento pero sustituyendo a los actores, los espectadores y el desarrollo de la historia de la que daban testimonio; algunos de los destituidos se palpaban los bolsillos mientras otros vociferaban su disconformidad, abucheaban la sustitución discrecional, gritaban con alarma...

Ana María despertó abanta y sobresaltada por la estridencia del teléfono.

La noticia voló de medio televisado a medio impreso.

—Quiero tu crónica, Romy.

La directora editorial, Magda Camprecios, se interesó vivamente por las impresiones de Romy Sanel en el festival de magia y actividades circenses.

—Tengo para contar.

—Escríbela pronto y la publicaremos en el suplemento de ocio y cultura.

Pronto significaba ya.

—Tardaré dos días.

—¿Antes?

—No creo.

Magda Camprecios aceptó el plazo.

—Pasado mañana. Vale. Nos dará tiempo. —Esperaba sobre su mesa en cuarenta y ocho horas un relato chispeante a ojos de los lectores—. ¿Has hecho fotos para ti?

—Sí.

—Seleccionamos dos o tres y las acoplaremos al texto para ilustrarlo.

Paco le había enseñado a fotografiarlo todo, aunque su tarea como periodista fuera la de escribir, pero sólo a ofrecer para su publicación una parte de ese material gráfico; el resto debía conservarlo en un archivo privado, o eliminarlo en las siguientes revisiones.

—Voy a mirarlas luego.

Haría una limpieza de las imágenes provenientes de los disparos al azar. Paco elegía instintivamente los objetivos al margen de su trabajo, y cuando apretaba el disparador sabía que la captura iba a complacer su expectativa; la posterior lectura de las fotografías, detenida y reiterada, siempre le aportaba como mínimo una duda y una confirmación —una pregunta y una respuesta para cada supuesto—, y era ésta la que sentenciaba entonces el destino de la fotografía.

Paco también le había entrenado a servirse de la visión periférica como avanzadilla en las descubiertas callejeras, sin perder el equilibrio ni invadir la demarcación de otros viandantes, los vehículos y el mobiliario urbano. Dentro de un coche únicamente apuntaba su cámara si no conducía o si la parada se prolongaba y no había riesgo de entorpecer el tráfico.

Ana María guardaba en una caja de madera con la tapa pintada, que rescató después de fisgonear un rato largo en un tabuco de la casa familiar, las fotografías que Paco le fue

regalando por cualquier motivo —“mira”, “toma”, “quédate”—; todas eran de una factura excelente y de interesante lectura.

De noche, en el ático y con la radio encendida, redactó unas líneas, aún dispersas, de la crónica, con sus impresiones.

—Aprobado.

Pero una vez leídas, y esbozado el texto completo en su cabeza, le desaparecieron las ganas de seguir escribiendo.

—A por las fotos.

Examinadas para su comparecencia en cuarenta y ocho horas ante el tribunal, procedió al descarte de las improcedentes. Las seleccionadas en la criba inicial recibieron una segunda visita de poda.

—Suficiente.

Salió a la terraza a respirar en el último peldaño de la escalera y a despedir, como muchas noches, el rumoroso paisaje de claroscuros.

“Mañana será otro día.”

Un día que amaneció despejado a los dos lados de los cristales y sin sueño; había dormido de un tirón y por fin descansado. La acuarela cobraba color en el ático y en la calle, temprano, con la temperatura ambiental óptima para un paseo tonificante y en una hora, minuto arriba o abajo, retomar la memoria de sus impresiones en el festival de los trucos y las habilidades.

“Los trucos y las habilidades.”

Un descuido, de los que proliferan en el lapso de una hora, minuto más o menos, basta para perder el hilo de la crónica diaria, basta para precipitar los acontecimientos y basta para desviar el curso de la historia a un territorio virgen sorprendente de inconvenientes y ventajas. De repente, surgida de la nada, un ave —paloma, vencejo, golondrina,

gorrión— cruzó ante ella, a la altura de su distraída mirada, evolucionando un número de acrobacia; de repente, surgido de la nada, pasó cerca un vehículo conducido por alguien que le trajo a primer plano la evocación de otra persona. No repitió el ave su vuelo ni la siguió una compañera en el trazado aéreo; en cambio, a la estela del coche de los recuerdos afloraban vehículos coincidentes en todas las direcciones espiadas por su mirada periférica.

Las impresiones del festival de trucos y habilidades habían trasladado su impronta fascinante a la obsesión, al delirio persecutorio.

“Estoy paranoica.”

Los síntomas eran evidentes, pero el que ella misma los diagnosticara como avance de una enfermedad, paradójicamente, le tranquilizaba.

—A trabajar—, se obligó casi en un grito —estentóreo en el oído interior—, interferido por la atonalidad de la urbe, cancelando un tramo del goce matutino.

Finalizó de escribir la crónica prometida tarde y resultaba extensa en demasía para incluirla en un suplemento, que era lo acordado con Magda Camprecios. Pero ya hastiada de verter impresiones en un archivo de texto y de ir posponiendo asuntos personales, dejó la aplicación de la tijera a la responsable editorial y se dispuso a reanudar el paseo ciudadano de proximidad. Una hora y cuarto sombreando las aceras con recuerdos candentes, frustraciones derivadas de ellos e ideas que tropezaban en los bolardos, yacían un instante en los alcorques y malogradas desaparecían por las tragaderas de los imbornales; un cuadro de patetismo melodramático. Comprobado el tiempo transcurrido en su reloj y sensible a la crisis del borborigmo intestinal, cuya advertencia solapaba el lamento de la parte superior, aunque

con ganas de continuar andando regresó al ático y se preparó un cena apetitosa salpimentada con el nocturno tertuliano de Radio Iniciativa. Una visita a la terraza y la activación de la alarma en el despertador, pusieron el broche a una jornada de altibajo emocional pero con los deberes hechos.

Durmió como un bebé, lo probaba la marca de saliva en la almohada, ausente de turbulencias el sueño y quejumbre el cuerpo. El día se presentaba repleto de actividad, corroborado en la agenda, por lo que era mejor no prorrogar la placentera sensación de estar a bien con el mundo y consigo misma, al cabo inequívocamente efímera. Tanto como la duración de un semáforo en perfecto estado de funcionamiento, que impacienta a los conductores y peatones a la espera de cruzar los ríos de asfalto, pero sin detener indefinidamente la marcha de ninguno ni obstaculizar la percepción de lo que alterna en el campo visual.

“Eh...”

Ana María vio pasar un coche, dos, tres coches iguales; un parque móvil de vehículos blancos con el conductor invisibilizado escoltaba su coche en las calles atestadas. Circulaban despacio cuando ella aceleraba y deprisa al pisar el freno, prescindían de los intermitentes y giraban al revés que ella y que las saetas del reloj de pulsera que había comprado para celebrar su escalada profesional.

“He de darme prisa.”

El presente, con su sarta de horas, minutos y segundos, huía adelante mientras la memoria retrocedía hasta el punto de coincidencia y el deseo congeniaba a duras penas el día y la noche.

“Siempre con prisas.”

—Ya llego —gimió al aparcar.

Entregó su crónica a Magda Camprecios poco antes de cumplirse el plazo de cuarenta y ocho horas. Luego se pusieron a elegir las imágenes para la ilustración.

—Me quedo con estas dos... y esta, por si acaso.

Episodio zanjado. El sosiego se apoderó de su ánimo el resto de la jornada laboral.

—Romy, quiero que vengas conmigo a la cata de vinos.

Una bodega, nacida por la escisión de una famosa heredad a la muerte del patriarca y fundador, presentaba su nueva línea de vinos elaborados con uvas autóctonas.

—Lo de...

—Mañana a las ocho. Saldremos de aquí —informó Magda y se la llevó el viento de sus quehaceres.

Aún con la palabra en la boca, Romy entendió que la directora de la revista le había concedido un premio, y dentro del bello envoltorio un añadido de trabajo con la fecha cerrada.

“Hay cosas peores”, bostezó afectada por la acumulación de cansancios al introducir la llave en la puerta del ático.

A las tres horas y cuarenta minutos de la madrugada, Ana María despertó correctamente arropada, libre de torsiones y sin atisbo de sueño, como si con el tiempo que llevaba metida en la cama —se había acostado poco antes de la medianoche— ya hubiera dormido cuanto necesitaba para reponerse. Esfumadas las ganas de dormir y cómoda en la cama, rodeada de una tranquilidad inspiradora, se puso a imaginar la presentación y cata de los vinos, y los mimbres descriptivos con los que elaboraría su reportaje. El desvelo, por algún motivo invocado, le brindaba la oportunidad de ganar tiempo preparándose la tarea, a falta de mejor alternativa. Al rato le entró sed, una fuerte demanda de agua fría raspaba en su garganta, y tuvo que levantarse para beber de

la botella en el frigorífico. Volvió al dormitorio con la extraña sensación de no haber abandonado la cama para ir a la cocina, ni de estar en pie frente a la puerta de acceso a la terraza a la escucha de un sonido intermitente, análogo a un picoteo, semejante a una llamada con los nudillos, comparable a unos pasos de baile, iniciales, y a unos voleos, posteriores, ejecutados en el techo.

“¿Quién anda ahí?”, preguntó a las paredes y a las ventanas por las que se insinuaba la luz de otro mundo.

No sentía propio el cuerpo que caminaba por la casa orientado por los ruidos exteriores, ajeno al miedo, imbuido por la curiosidad de atribuir forma corpórea a esos movimientos improvisados ora lentos, de averiguación, ora apresurados, de huida.

Retornó el silencio de la noche, con las luces apagadas, y ella se deslizó en la cama, tapándose hasta el cuello, boca arriba, a pensar en la puesta de largo de los vinos, en decúbito lateral, agotada la lectura de las suposiciones.

El despertador, a su pesar, le dio los buenos días. Había adelantado en media hora la alarma y no recordaba el motivo —tampoco el que había propiciado su desvelo—, pero enseguida conectó la fecha a sus obligaciones y redujo la tabla de gimnasia para no infringir la ley de la agenda.

La mañana transcurrió agobiante, dictada por la presteza. Había comprimido sus tareas al mínimo indispensable, y promovido la eficacia de los empalmes para llegar a todas partes con un mínimo gasto temporal.

—Misión cumplida —resopló al parar un taxi.

Iba a su casa con el deber cumplido, verificado por la agenda, y después de una ducha relajante, inundándose de tibio placer, y una comida que aliviara el hambre, acudiría a su cita con el programa de arreglos y mejoras acordado con su estilista.

—Buenas tardes. Voy a...

“Ojalá no me dé conversación.”

El taxista quizá omitía educadamente el mismo ruego.

Ya podía solazarse curioseando a través de las ventanillas los vehículos de color blanco y conductor enfundado en misterio que pasaban a su lado, tan parecidos al original, y tan diferentes porque la ignoraban, todos ellos reluctantes al enfoque una vez percibidos; intentó fijarlos en su punto de mira, pero cuando creía acercarse al descubrimiento cada uno de los vehículos desaparecía engullido por una energía de absorción.

—Buenas tardes.

Vuelta a empezar la cuenta del tiempo en el reloj mental —“ha pasado...”—, y en los relojes tangibles, precisos como los resultados del estilismo, en ocasiones sorprendentes.

“¿Quién será?”

El pitido del interfono, un son conciso y tonante, calculado en su intensidad y duración, no revelaba la identidad del autor ni le exigía averiguarla. Su memoria reposaba de la frenética actividad a la que estuvo sometida hasta la víspera y su obcecado empeño, en concordancia al clima atemperado de pasiones, también había aminorado.

“¿Se habrá equivocado?”

Ninguna otra señal acústica llegó al ático desde el portero automático; al contrario, un silencio sepulcral, un duelo de paciencias y un cortejo de interrogantes, menudeaban alternados detrás de la puerta. El desistimiento de la mano anónima en la calle —le asaltó la certeza de que no habría otra llamada— le provocó una reacción de miedo a perder.

—Sí...

Invitada y compuesta, Ana María ahuyentó el inexcusable compromiso de esa noche durante unos latidos presurosos, torpe en la doma de los impulsos, descolocada para

decir a Tirso Andrade —la visita esperada e inesperada— lo que tenía que decirle sin demora ni caer en la tentación de olvidarlo a pesar de las consecuencias que le acarrearía el cambio de planes con el tiempo vencido. Imposible.

El reaparecido Tirso consintió el debate privado, y al cabo, tomada la única decisión profesional admisible, Ana María se la dio a conocer.

Sexto acto

Fue una operación minuciosamente calculada, un alarde de resultado y un compendio de manual propagandístico.

Tirso Andrade medía el futuro con las agujas del reloj. Ana María Albentosa Pinel no lo percibió claramente, dedicada su lucidez a la atadura de los cabos sueltos, ni su seudónimo llegaba a recelarlo perturbado por el torbellino de la improvisación.

—Pasa —le dijo al abrir la puerta entornada nada más colgar el interfono—. Me has pillado con las llaves en la mano —se las mostró apoyadas en su palma nerviosa—, a punto de salir.

—Dame un momento.

La mirada de Tirso buscó con encarecimiento su avencencia.

Pensaba Loreto Bande que no había pasado tanto entre la partida y el retorno de Tirso como para que ese tiempo, en un lugar que ella ignoraba, hubiera producido una modificación en su carácter. Sin embargo, la voz que escuchó por teléfono era distinta, y al verlo acercarse también apreció variaciones en el gesto poco acordes con una situación cuando menos tranquila.

La plazuela ribeteada de césped fragante de siega y riego, lucía su decadente romanticismo al atardecer. Fueron puntuales los dos, cada uno llegado desde la dirección opuesta. La aguda visión de Loreto quiso leer a distancia y en el prólogo las novedades de la vuelta de Tirso, antes de introducir las preguntas que fuerzan al abandono de su reparo por atenderlas. Algo había diferente en él, lo notaba, pero no exactamente nuevo, sino antiguo, recuperado, con lo que ella, intuía, tendría que lidiar.

—¿Cómo te ha ido?

—Lo sabré pronto.

Loreto agrandó el óvalo de sus ojos.

—¿Y yo lo sabré pronto?

Tirso le invitó a caminar por el sendero de circunvalación.

—Voy a implicarte.

Loreto invirtió la elasticidad de los músculos orbitales.

—¿Es grave?

Tirso le apretó cariñosamente el brazo.

—Hay cosas peores, suele decirse.

Una enfermedad, una decepción, una tragedia personal, son las cosas peores que elevan los disgustos al calificativo de dramas.

—Nunca te has comportado de un modo sibilino. ¿Vas a empezar ahora?, ¿a tu edad?, ¿conmigo?

—Descuida —sonrió Tirso con una ligera pincelada.

—¿Dónde vamos?

—Caminemos un poco más.

—A mí no me gusta hablar de cosas importantes andando, puedo distraerme.

—Lo has adivinado, es importante.

—Al grano. No me obligues a darte prisa.

Tirso asintió. Se detuvo, lo que aún molestaba más a Loreto, y le dijo:

—De eso quiero que hablemos.

—De qué.

—De la prisa. ¿Nos quedamos aquí? Se respira bien y el decorado es agradable.

Loreto repudiaba sentarse en un banco de parque como dos actores en el rodaje de una película.

—Vamos a otra parte.

El remanso de armonía que descubrieron juntos en la época universitaria quedó atrás y difuminado al doblar la esquina. Descorrido el exiguo telón de verdes y pardos, el mundo cobraba influencia. Tirso hubiese preferido mantenerse flotando en los estrechos senderos de la plazuela,

pero desterrado de su elección no esperó a encontrar un espacio vacío de condicionantes para solicitar de la juez Bande su parecer respecto a la causa por los atentados de marzo de dos mil cuatro, que había empezado a sustanciarse en la Audiencia Nacional con una tremenda expectación y afluencia de informadores bien pertrechados de medios.

—Dada la complejidad del caso, es evidente que...

—Se le ha imprimido una velocidad cósmica —interrumpió Tirso.

—Finalizada la instrucción procede...

—Cercenada la instrucción —corrigió Tirso.

—Las investigaciones ordenadas han aportado al sumario los elementos de juicio suficientes...

—Insuficientes —acusó Tirso.

Loreto se detuvo un instante, contrariada:

—¿Quieres saber mi opinión o pretendes dirigirme para que invente una historia? —le espetó.

Recordó enseguida lo mucho que le molestaba convertirse en estatua y siguió andando calle adelante.

—Has acertado.

—¿En qué he acertado?

—En señalar la farsa de todo el procedimiento.

La amargura trascendía por la voz y el gesto cortado de Tirso. Sin ceder en su paso ágil, Loreto depositó en él una mirada exploratoria que dilucidara al narrador del actor.

—¿Qué tiene que ver este juicio contigo?

—Nada.

—No eres sincero. Estás alterado, hay algo que verdaderamente te preocupa.

—Soy sincero al responder a tu pregunta. No tengo nada que ver con el juicio que se celebra en la Audiencia Nacional.

—Entonces, ¿a qué viene lo que no es únicamente interés profesional ni, desde luego, mera curiosidad? Nos conocemos...

—Nos conocemos —ratificó Tirso—. Y estoy seguro de que me crees.

—¿Qué es lo que tengo que creer de ti? —apremió Loreto—. El tiempo se nos va.

Tirso afirmó con la cabeza, imprimiendo mayor celeridad a su paso.

—Volvemos al principio. —Unos centímetros por detrás del repentino silencio, Loreto abrió la boca para insistir en su pregunta cuando él respondió—: Soy una víctima.

—¿Una víctima de qué?

—De un atentado.

—¿Cuándo? —Loreto no relacionó el accidente que había sufrido Tirso en febrero del año pasado con los atentados posteriores; al oír la fecha, que recordaba perfectamente, negó inmediatamente la conexión del suceso que él planteaba—. No puede ser.

Loreto detestaba callejear. Antaño, muy pocas veces cogidos de la mano, los paseos que dieron todavía menos veces improvisaban una ruta que, con raras excepciones, se adecuaba de principio a fin a lo planeado. Tirso no pretendía que ella cambiara en un presente de citas esporádicas, aunque en absoluto clandestinas.

—Hablares en mi coche.

Era su idea, meterse en el coche y conducir por las zonas atestadas de la ciudad, estorbando con la movilidad una presumible vigilancia auditiva.

—Hablemos sentados a una mesa como dos personas normales que tienen hambre y cosas que contarse. Yo he venido a estar contigo un rato como solemos hacer y no a

convertirme en la espía o la fugitiva de un juego de rol — dijo con fastidio, tajante.

Loreto, rápidamente orientada, se encaminó al restaurante donde habían quedado para picotear, elegido por ella, como si esperase reunirse con Tirso dentro, a la hora en punto, olvidado el infausto prolegómeno.

El desiderátum de Tirso Andrade estribaba en cuatro aspiraciones, la una enfrente, que Loreto le creyera; las otras tres en el desbroce de los caminos a la justicia: que continuara la investigación, que no se manipularan las pruebas y ser llamado a declarar en el enjuiciamiento por los antecedentes de los atentados de marzo de dos mil cuatro.

Tirso se abstuvo de abrir un paréntesis de concordia en el restaurante.

—No fue un accidente.

—¿Quieres decirme que iban a por ti?

Loreto pinzaba y frotaba el cuchillo con los dedos medio y pulgar.

Tirso balanceó despacio la cabeza.

—El objetivo era el ocupante del coche de refuerzo. —Un refuerzo voluntario e indebido—. Un objetivo secundario...

—¿Secundario?

—Porque el principal, y único hasta la irrupción del vehículo que yo conducía, eran los dos agentes de servicio.

—Espera —pidió Loreto, recopilando la información que conservaba en su memoria.

La comida y la bebida eran artículos complementarios distribuidos equitativamente en platos y copas por la tierra de nadie.

Tirso se adelantó al recitado de las conclusiones extraídas de una memoria inculcada por la escueta versión oficial.

—Una célula de narcotraficantes, ¿verdad?

—Sí. Desarticulada poco después de aquel acto criminal. —Loreto reflexionó un instante—. Es la primera vez que hablamos de ello.

Los dos agentes de servicio no investigaban la actividad de unos narcos.

—Yo estaba en custodia hospitalaria con pronóstico reservado en el momento de las detenciones. —Ella asintió—. Sometido a un tratamiento de indagación.

—De las lesiones.

De todo lo averiguado que sirviera como prueba en un juicio legal con unos magistrados competentes.

—No se sustancia un proceso penal sino un remedo mediático —se quejaba a diario Héctor Regidor—, una ficción que incorpora un mensaje subliminal —tema recurrente en las tertulias de Radio Iniciativa—, a la que dar carpetazo de prisa y corriendo y a pasar página, capítulo e historia. —Resumía su desazón con una paradoja—: Se juzga un caso que no se quiere juzgar, a las víctimas las representa ilusoriamente el ministerio fiscal y los culpables atraídos al banquillo de los acusados desempeñan un papel que solapa el de los verdaderos culpables, inmunes a toda acción justiciera.

Tirso le animó a que comiera y bebiera.

—Los dos.

—Pero yo tengo que hablar.

Loreto recapacitaba la sugerencia de Tirso para hablar en el coche.

—Luego.

Había sido una operación minuciosamente calculada, un alarde de resultado y un compendio de manual propagandístico; una operación de coberturas enlazadas que dejaba sin recorrido práctico la instrucción, denunciaba un Tirso a gatas sobre la pasarela embadurnada de agentes corrosivos.

Denunciaba Héctor Regidor la supremacía de los excluyentes y los totalitarios.

—La libertad paga muchos peajes y cobra infinidad de audacias y sacrificios. La libertad compete a los valientes. La libertad es una aspiración personal de la que se han apropiado sus acérrimos enemigos disfrazados de liberadores y en nombre de una sociedad vaciada de individuos.

Sumida en la omisión informativa y en la programación a la contra.

—La instrucción era fundamental —repitió Tirso.

Loreto acopló su paso en dirección al coche, aparcado cerca, pensativa, con la mirada baja y la voz recogida. Había mucho en juego, avisaba Tirso, visiblemente desmejorado aunque lo disimulara la penumbra callejera; insistiendo de boca a oído en lo mucho que afectaba al futuro las consecuencias de los actos en el sinuoso presente.

La iniciativa tomaba partido por Tirso Andrade, lo prefería. Es la conclusión a la que se había rendido Ana María. Pensara o hiciera ella, manifestándolo o insinuándolo, era él quien a la postre manejaba la situación.

—¿Cómo estás?... Siéntate... —Nerviosa y aturullada ante la irrupción vespertina del personaje sugerido por las analogías en la franja de cielo lindante con la tierra y en el asfalto—. ¿Quieres algo?

—Hablar contigo.

Directo, franco, el reaparecido.

—¿Ahora mismo?

Lo tenía dentro de casa, mirándola fijamente a la espera de una resolución que desmintiera el mensaje transmitido por su aviada imagen.

—Sólo si es posible.

Era imposible que anulara a última hora un compromiso precursor de buenos vientos para la travesía profesional, y era estúpido siquiera aventurarse en la hipótesis de la cancelación.

—Me sabe fatal, pero he de irme.

Se lo explicó ampliamente, intentando justificar su decisión al tribunal de dos ojos, dos oídos y una boca.

—Me hago cargo.

Sin trauma ni resentimiento, pero invertidos los papeles.

—¿Te quedas?

Eso le propuso Tirso, quedarse; ella desaparecía hacia su compromiso —“no tengas prisa”, “disfruta del evento”, “concibe un buen reportaje”— y él aguardaba su regreso tranquilamente en el ático. ¿De acuerdo?

Se lo imponía, con dulzura, y ella accedió nuevamente atrapada por la sorpresa.

—Estás en tu casa.

Le fue señalando su música, sus libros, el procesador de textos y la impresora, la cocina y el cuarto de baño —no recordaba si él ya lo había utilizado— y el mecanismo de apertura y cierre de las puertas.

—Gracias.

Casi convenció al jurado —no era un jurado sino un tribunal—, casi pudo convencerse de que ya encajada la impresión, el ofrecimiento para que la esperara cómodamente en el ático corría de su cuenta.

—Bueno... hasta luego.

—A tu aire, por favor.

Romy Sanel abandonaba la parcela de mundo privada sin cerrar con doble llave y despedida —una deferencia del invitado— en el umbral de la intriga.

“Está pasando de verdad.”

No vivía un sueño como el del accidente de dos vehículos dispares ni la impetración del reencuentro con ese hombre extraño, fascinante.

“Me está pasando a mí.”

Al pisar la calle se sintió observada desde varios ángulos; o quizá, debido a su excitación, Ana María creyó por un momento que así era.

Era de agradecer la confianza que Ana María depositaba en él. Libre de marca, Tirso revalidó ese merecimiento ignorando las pertenencias visibles, y aún más las invisibles, de la periodista. Con todo a su alrededor por descubrir, y tras beber un vaso de agua del grifo, apagó las luces, encendió el televisor y la radio y se echó en la butaca —que no hacía juego con el pequeño sofá y que probablemente era su asiento preferido cuando estaba sola— a ver y oír, intercalados, las imágenes y los sonidos de las emisoras sintonizadas; una sesión gandula a bajo volumen distraída simultáneamente con el nocturno filtrado del inabarcable exterior por la condescendencia de cortinas y persianas. Hubiera querido salir a la terraza y respirar del aire que aplacaba la tensión, le apetecía, pero abstenido de reflejar movimientos a distancia, camuflado por las paredes y los cristales, tampoco iba a ofrecerse nítidamente a indiscretos y ojeadores.

No estaba cómodo en aquella situación de convidado en sombra. Mantenía puesta la americana, arrugada al cuerpo, y los brazos forzadamente apoyados en los de la butaca, las piernas rígidas en su ángulo y los pies quietos, la espalda pegada al respaldo y el cuello estirado, dolientes de contractura; la estampa de un convicto atosigado en una secuencia de cine negro.

Una postura tonta, innecesaria, vino a decirse templando la resistencia combativa de los músculos.

Se quitó la americana, aflojó el nudo de la corbata y subió una vuelta las mangas de la camisa.

El tiempo pasaba despacio en la esfera del reloj descubierto, como una comitiva fúnebre que recoge con ecuanimidad durante el trayecto del adiós el lamento de los apenados y el alivio de los contentos, la crueldad de los despreciativos y la tragedia de los pasionales, la compunción, el despecho, el arrepentimiento y el rechazo. La curiosidad de unos enlazada a la indiferencia de otros, y en ambos espectadores de hilera patente el temor atávico de ser los elegidos para la próxima función. Desfilaba el ataúd, parco en ornamentos, a cámara lenta, flanqueado por los suspiros divergentes, seguido por los impresionados desde las atalayas, a distancia del contacto y la identificación, y los puestos que el respeto ofrece al despedido.

—“¿Cuál fue su voluntad declarada?”

El muerto quería hablar.

—“La de contar su historia.”

Una ráfaga de viento desprendió la tapa del ataúd.

—“El muerto quiere hablar.”

Hubo un instante de expectación en el público y en la comitiva.

—“No yace nadie dentro de la caja.”

El vivo y el muerto habían desaparecido.

—“Buen viaje.”

Tirso Andrade palpó en el bolsillo de la americana su regalo para la periodista, una composición independiente grabada en disco compacto, una primicia autografiada con la carátula inexacta.

—Estoy decidido —dijo a Sonia al oído mientras se abrazaban.

Finalizado el viaje y con ella a su lado, lo que deseaba Tirso era dormir.

—Duerme.

—No me despiertes.

—Sólo si te consume una pesadilla —le aseguró Sonia.

—Gracias.

Durmió de día y de noche, sin acoso, confiado al sueño y a la diligente vigilancia de su mujer.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —respondió él—. ¿Cuándo puedo hablarte?

—Esta noche. No queda mucho para la noche. ¿Tenemos tiempo?

—Hasta que hable contigo y acabe lo que he venido a hacer.

Sonia asintió.

—Voy a reunirme con Bernardo. ¿Me acompañas? Le gustará verte.

—Me gustará verlo.

El tiempo había adquirido velocidad de crucero en las voces de la radio y en las imágenes del televisor. El cuerpo le pesaba menos al relajar la incidencia de las apreturas y el apetito, recién despertado por un arrullo sereno, apuntaba en dirección a la cocina. Cogió el paquete de galletas abierto en la panera de mimbre y tapete ribeteado, volcó un puñado en un plato y las fue mordisqueando de cara a la terraza con su desvaído nocturno.

—La memoria suele morir a manos del tiempo —había citado Bernardo Enríquez en el transcurso de la cena—. Una reflexión que admite diversas interpretaciones, con las cuales debato, y que me incita a preservar lo que conozco en un número par de cajas registradoras.

La frase de Pedro Calderón de la Barca acentuaba en Tirso la prisa por aplazar las conclusiones del ministerio fiscal, en fase de elevación a definitivas, los alegatos de las

defensas de los encausados y el fallo unánime de los tres jueces, avanzado en su redacción.

Una labor titánica predestinada al fracaso, sabía de cierto.

—“¿Qué puede incorporar al proceso ese individuo?”

—“Su versión de los hechos, dice.”

—“¿Quién es?”

—“Nadie.”

—“¿Ha sido visto antes?”

—“No estaba, no conoce, no existe. Nadie lo ha visto antes ni ahora.”

El capítulo de la serie llegaba a su fin en el canal de televisión. Tirso fue a dejar el plato en su sitio y a terminar el refrigerio con un plátano excesivamente maduro y un vaso de zumo de piña. Lavó lo que había ensuciado —que era lo único sin limpiar en la cocina— y de regreso a la penumbra del salón bajó el volumen del televisor y subió el de la radio.

Una triada de voces pausadas a tono con la intimidad de la noche, contaban la historia de Pigmalión, rey mitológico de Chipre, enamorado de una estatua de marfil que representaba con gracia a una mujer, quizá esculpida por él mismo y según el dictado de su anhelo. Con tan hermoso molde no le cabía esperar otra cosa que la transformación de la materia inerte en carne mortal, ya fuera con una réplica nacida de mujer o por el concurso de un portento, como el que rogó a la amorosa Afrodita en una fiesta dada en honor de la diosa. Ella, generosa y romántica, se decantó por insuflar vida a la obra de arte y colorín, colorado...

Bajó el volumen de la radio y subió el del televisor porque la escena que destellaba en la pantalla era de una película conocida y recordada, una entrañable confesión de verdades destapadas en un aparte de mundo en declive, en la frontera de las mañanas de mariposas y los atardeceres

de flores silvestres con un mundo lóbrego, descreído y arrasador.

—“¿Qué se puede hacer?”

—“Supongo que la muerte lo arregla todo.”

Cerró el televisor y la radio, y a oscuras dentro del ático, por detrás de la cortina y la persiana que le separaban de la terraza, Tirso escudriñó las sombras y los reflejos que asechaban en el exterior.

El tiempo corría pendiente abajo, cada vez con mayor impulso. Pero había ganado la ventaja de la decisión y ningún miedo le atenazaba tanto como para hacerle desistir. La conciencia le dio su visto bueno y el regalo que portaba en el bolsillo cruzó de madrugada la frontera entre los mundos.

Cierre de emisión.

Finalizada la película Tirso apagó el televisor, y desapareció su rastro luminoso. Las voces de la radio ganaban audiencia en la crecida penumbra, pero tan leves que su lenguaje no transmitía contenido en palabras sino ruido de fonética balbuciente. Era un murmullo de epístola escrita por mano exhausta en la cima pelada de una montaña solitaria, en un paraje aislado por barreras colosales; era un susurro que salía a por aire y que declaraba su ahogo al viento rompedor de la calma que precede a la tempestad. El viento tras los cristales, las persianas y las cortinas; el viento que pedía entrar percutiendo en los obstáculos con la cadencia de sus ráfagas en remisión; un viento empujando a la desesperada contra otro viento de mayor empuje, con más afluentes, dotado de una ramificada distribución de consignas para su lenguaje abrumador; un viento elegíaco y débil, abismado en la oscuridad.

El piloto de la radio alumbraba el origen de las voces que sonaban desbaratadas por los golpes de viento; escalonadas en su furor, las embestidas causaban distorsiones en la recepción de las ondas. Parpadeaba el punto de luz con el ímpetu aporreador de la bestia aulladora.

“¡Sal!” La iracunda llamada obstruía la ventilación del espacio interior. “¡Sal!” Aspiraba el aire respirable. “¡Sal!” Induciendo a la necrosis de las células en el tejido vivo.

—Eliminación... Gangrena... Cirugía... —siseaba la radio.

Tirso intentó corregir la deficiente sintonía estabilizando manualmente la oscilación de la señal luminosa.

—Es una temeridad con estas condiciones... —Pinzó la antena con los dedos—... ascender la montaña... —Subió el volumen—... El viento racheado ataca los flancos y las sujeciones en una espiral concatenada. —Devolvió cuidadosamente la radio a su punto de apoyo—. Pero es tan hermoso el paisaje y tan limpia la atmósfera en la cima del mundo que merece la pena correr el riesgo de caer al vacío.

Y desaparecer en la noche con el viento, contra el viento, purificado y digno, henchido de aire fresco.

“Ven, hijo pródigo”, loa y genuflexión. “Acepta, hermano de vínculo”, las palmas, los palmeos y a los palmeros. “Habita y trabaja”, en la acogedora docilidad de los figurantes, los figurines y las figurillas. “Conviértete en maestro”, explicando a fieles y novatos la depurada técnica del borrado de aquellos episodios inconvenientes de la historia y la reedición en formato indestructible de los convenientes. “Incorpórate”, a la obediencia y abjura del credo desviado.

—Un compromiso sagrado para las dos partes llamado *Devotio*—comentaba la recobrada voz de la radio—. El guerrero juraba fidelidad hasta la muerte a su señor y éste adquiriría el compromiso de darle protección, ropa, sustento y

armas. La antigua *Devotio* era la consagración de un guerrero a un individuo, la vinculación a una persona, no a un determinado Estado o un grupo social o una causa concreta; el guerrero, el ejecutor, el mandado, pertenecía en exclusiva a su jefe. De ahí que la ausencia de lazos con otras personas y la estricta lealtad únicamente a ese jefe debilitaban hasta anular la sumisión de los individuos a su comunidad natural.

—Persiste la simbiosis del compromiso en su forma contemporánea —añadió una segunda voz—. El amo prescribe y el amo dispensa las tres mercedes a su guerrero, ejecutor y mandado.

Peculio, cargo y seguridad a cambio de silencio, acatamiento y propaganda. Era una forma de vida insolvente, inficionada y corrupta, pero a resguardo, plácida y rentable. Una tentación para cualquier que hubiera constatado el peligro de interceptar la trayectoria del grupo de las cuatro fases.

Tirso apagó la radio para cobijarse de la rugidora inclemencia exterior en el silencio y la penumbra.

La inesperada tormenta, abundante en aparato eléctrico y viento huracanado, no afectó a la presentación de los vinos. Para cuando se desató sobre el mapa urbano, contraviendo el pronóstico de los meteorólogos influyentes, los invitados, sin faltar uno, disfrutaban de la fiesta a cubierto y con derroche de estímulos gastronómicos.

—Excelente.

—Oye...

—Fantástico.

—Dime...

Los corrillos de afines y a no tardar los que se constituían para la obtención de primicias, ambientaron la novedosa producción de la bodega.

—¡Hola!

—¿Es verdad que...?

Pendiente de los rodeos y entretenida con las tientas, copa y canapé en mano, Romy quería agenciarse una parcela en la zona exclusiva de capturas.

—Ven.

—¿Sabes si...?

Ella hubiera preferido sumarse a un círculo influyente de autoridades constitucionales, empresarios y periodistas, lanzar una amarra para capear la marea y poner un oído — una antena— en la frecuencia de la crónica parlamentaria y el otro —la otra antena— captando las ondas financieras y de ingeniería social —término utilizado por un reducido número de analistas políticos y económicos—, éstas más esquivas y amortiguadas, pero igualmente ubérrimas en noticias e hipótesis de futuribles. Era grande el parecido de los rumores surgidos en los saltarines cotilleos y chismorreos con los amoldados a comentarios extraoficiales y confidencias en pequeña comisión —el afortunado reducido grupo de personas facultadas para decir y contar— y la trascendencia en el alternado público al que se dirige el globo sonda — método propiciador de encuestas— y el avance del siguiente movimiento en el tablero de juego —método para esparcir un agente patógeno resistente a las curas en un terreno previamente infectado.

—Mira.

—He ganado la apuesta.

La pertenencia a la casta de informadores de altos vuelos, expresamente autorizados para tratar con personajes encumbrados en las reuniones oficiosas, las ruedas de prensa

y en las declaraciones motivadas con admisión de preguntas, otorgaba licencia para formular cuestiones varias, incluso en grado incisivo —las que ella lanzaría en su turno con total libertad—, ajustadas a la comparecencia y sus derivadas.

—No lo dejes escapar.

—Voy.

—Que no te esquivе.

—Sigo.

A una salva por ella disparada a la línea de flotación sin respuesta convincente le sucedería la repregunta —una especialidad practicada en los interrogatorios—, imperativa, y la apostilla, acotando los márgenes de huida al fugitivo mientras lo tolerara el inefable juez de la contienda.

—Cuéntame tus planes.

—Pues verás...

Romy hablaba y picoteaba tan ufana como el que más en la gala de la bodega, y feliz con la seducción a vuela pluma del batir de unas alas peregrinas.

—Me voy ya.

El fragor de la tormenta sonaba muy distante y apocado, pero los efectos del agua a cántaros y el viento huracanado eran palpables.

“Qué barbaridad.”

En el calor de la fiesta nadie se enteró de la devastación localizada; la calle rebosaba de charcos grandes y profundos como balsas en los alcorques, rampas y bordillos, ramas de apreciable grosor, hojas de árboles, tiras de papel mojado y desperdicios reciclables que habían envuelto contenidos golosos. Encontrar un taxi iba a ser difícil.

—Estoy en... —llamó al servicio de taxis que tenía memorizado en el teléfono.

Le resultaba complicado sofrenar su impaciencia por llegar a casa pese a la revitalizadora caricia del aire fresco.

El tráfico peatonal y rodado brillaba por su ausencia a la luz de las farolas y los rótulos comerciales.

“Si tuviera alas.” Acordándose del ave atrapada en la tormenta, “¿una paloma mensajera?”, se preguntó cuál sería su refugio en una circunstancia extrema.

Operación concluida.

Tirso echó un vistazo moroso a las piezas de la vivienda que le habían acogido por si debía corregir algún error cometido distraídamente, y se despidió con una tenue impresión dactilar del disco compacto que sobresalía unos milímetros en el anaquel con la música grabada.

—Aquí están mis libros y mis discos —le indicó Ana María—. La cocina..., el cuarto de baño..., la terraza —fue señalando los diferentes caminos, estrechos y cortos, que partían del salón—. Siéntete cómodo.

—Gracias.

—No sé cuánto tardaré...

—Descuida.

Nada sobre sus cabezas al producirse el relevo vespertino en la posesión del ático hacía presagiar la tormenta y el vendaval que poco después restallaban en un ambiente aceleradamente sofocado.

Cerró con suavidad la puerta y descendió la escalera a pie, despacio, pulsando en cada rellano el interruptor de la luz. Salió a la calle con el mismo sigilo, revisó el entorno como si buscara un taxi y sorteando las huellas frescas de los meteoros paseó la tranquila manzana hasta situarse a tiro de ojos del portal, en la también solitaria acera de enfrente, protegido de indiscreciones por la marquesina de la parada del autobús.

A la espera.

Ya sólo le restaba esperar que su historia, la increíble, el inaceptable anuncio público de un desafecto, de un excluido de las declaraciones testificales, de un eliminado en definitiva, entregada a domicilio como una mascota acosada por un enemigo pertinaz y sin previo conocimiento de causa, lograra la adopción.

El taxi la recogió en una esquina y condujo a casa, donde Tirso —aún le costaba creerlo— había quedado en esperarla.

—No tengas prisa —había dicho él.

—Regresaré lo antes que pueda —le aseguró ella, como si tuviera que disculparse por dejarlo plantado en mitad de una cita.

Ana María estuvo a punto de llamarle por teléfono mientras el taxi circulaba libre de atascos y competidores por la ciudad, a esa hora temprana para recogerse los noctámbulos. Una hora feliz, sentía confiada, ligeramente nerviosa al cubrir la distancia física y cosquilleada en el vientre por aquella bienaventuranza.

—Aquí mismo —paró el taxista—. Tome —el importe preparado—. Buenas noches.

Medio corrió para meterse en el portal y llamar al ascensor.

“Venga, venga.”

Replegado en su sombra, tan inexistente a la vista como el servicio nocturno de autobuses, Tirso desapareció en la noche absorbido por la zona oscura de la acera.

“Ya.”

Ana María introdujo su llave en la cerradura.

—Hola...

El aviso no tuvo respuesta ni eco en la oscuridad del salón comedor, el baño y la cocina. En el ático sólo estaba ella y su reiniciada pesadumbre.

—No te entiendo.

Al acostarse, desinflada de toda energía, revivió la macabra secuencia del bólido amenazando con arrollarla y convertirla en papilla maloliente; una noticia impactante y de buen rédito para una reportera ocasional que estuviera presente en el lugar adecuado.

—No entiendo nada.

Pesarosa y malhumorada, le indisponía menos el supuesto de acabar en un imbornal, expulsada de la vía pública y del espanto ciudadano a chorro de manguera, que el ridículo de perder la iniciativa en su turno de juego.

“Tiene que haberle pasado algo.” Pero no había encontrado ninguna nota en papel ni su teléfono registraba un mensaje de voz con la excusa pertinente. “¿Me lo creo?”

Cerró los ojos y giró el cuerpo para conciliar el sueño. Había pasado de una felicidad rayana con la ilusión adolescente al desaliento de la vejez prematura en un abrir y cerrar de puertas. De repente la noche se había adueñado del paisaje.

“No quiero pensar.”

Sólo quería dormir profundamente y de un tirón, pero tampoco esa gracia le era concedida. Dentro de su cabeza alternaban las voces de ambos —barítono la de Tirso el misterioso, tiple la de ella—, con otros sonidos instrumentales y de vaivén en una sala de proyección a oscuras.

“Voy a ciegas.”

Siguiendo el rastro disimulado de un prófugo que difundía señales desde la clandestinidad. Creyó advertir un mo-

vimiento cauteloso, ágil, defensivo, y creyó escuchar la llamada de la voz en fuga para atraerla sin recelo a su escondite. De nuevo curiosa y tentada entre tropiezos y caídas.

Con dolor de cuello al despertar. Se había dormido en una posición nada confortable, mantenida hasta que un estruendo localizado en la calle —el vaciado del contenedor de vidrio—, esa mañana con mayor repercusión auditiva en su sensibilidad que en ocasiones precedentes, favoreció la llegada de la luz matinal a su mirada sobre el despertador. Tarde. Había olvidado conectar la alarma, pero en descargo de su fallo y a resolver el pleito, que amenazaba con incordiarla un buen rato, acudió el convincente alegato de que no necesitaba madrugar y de que estaba cansada por el trajín y la decepción sufrida. ¿Quién iba a condenarla por una nimiedad?

Se asomó al mundo desde la terraza y por debajo de su eminente posición vio discurrir la vida ajetreada de la que estaba eximida esa mañana de pejiquera. Era un consuelo momentáneo, como el de recibir una ducha de agua templada con dispendio de gel y la radio encendida.

El teléfono volvió a sonar.

—Voy. “Espacio.”

No era Tirso. La llamada perdida tampoco correspondía a su número ni el mensaje a su voz.

Desayunó perezosa y con esa misma flojera indolente recordó que tocaba sacar el polvo de los muebles del salón y fregar el suelo de todo el piso.

“Otro día.”

Confió en que Tirso —“¿no me dirá nada?”— no hubiera reparado en las cuestiones domésticas aplazadas por acumulación de compromisos durante su inesperada visita —“me debe una explicación”— marcada por la descortesía.

Prometió una limpieza esmerada las horas muertas del fin de semana y obligada por su trabajo y la fuerza de voluntad, a un lado las ideas fijas, se dispuso a escribir sobre el acto de los vinos con calma y memoria sensorial.

“Sabré algo pronto, estoy segura. Ahora debo centrarme en lo mío.”

A velocidad de paseo conducía Tirso por vías secundarias un coche de alquiler, de gama media y color blanco, con la radio en busca de una primicia informativa ajena a los circunloquios advenedizos, las lealtades amarradas y las escenografías de gabinete asesor. Había quedado con Julián Bruño que le recogería a eso de las cinco de la tarde en la puerta de su casa.

—¿No prefieres otro sitio más cercano para tí?

—Me va bien. Será un breve viaje de ida y vuelta.

Minutos antes de la hora fijada el antiguo preceptor aguardaba la llegada de un vehículo que no reconoció como el de Tirso cuando le hizo luces al aproximarse despacio y pegado a la acera.

—¿Coche nuevo?

—Es de alquiler.

Julián obvió comentar al respecto. Los cambios siempre tienen una razón de ser.

—¿Dónde me llevas?

Tirso siguió conduciendo alrededor de un eje imaginario a la velocidad que le permitía atisbar cualquier incidencia en los espejos retrovisores y con la radio a saltos de frecuencia. A su lado y a la expectativa, Julián Bruño era una figura deslucida y cuarteada por la manipulación de sustancias cáusticas.

—A dar vueltas por el circuito cerrado.

Con todos los relojes destruidos y las fechas borradas, ambos eran personajes irreales pero diferenciados para la maquinaria de reciclaje. Julián Bruño se aovillaba en un tinglado de subjetividad egoísta al contestar evasivamente las preguntas de si se había limitado a obedecer, de si actuaba a conciencia, de si pudo optar.

—¿Por qué no pasas página, Tirso? A fin de cuentas te has salvado.

Era cierto, hacía más de un año que se estaba salvando. Pero era una verdad, como la del preceptor, supeditada a una conveniencia sin escrúpulos, a un negocio mafioso de mutua protección.

—Puede que no quiera condenarme.

Julián Bruño observaba su retrovisor.

—Ni tú ni yo tomamos las decisiones.

Tirso le preguntó por la disyuntiva entre promoción y seguridad.

La respuesta esta vez fue inmediata.

—Van implícitas.

—¿Puedes explicármelo?

—Has vivido lo mismo que yo. Sabes tanto como yo.

—Eso creo —convino Tirso.

—Yo he tenido las manos atadas —dijo el preceptor desviando la mirada hacia su lateral, con una inflexión de voz afligida—. Yo no me rijo por fantasías, soy prudente al evaluar una situación que trae consecuencias.

Tirso tomó otro de los desvíos que había estudiado en el mapa.

—¿Me hablas de ayer o de hoy?

—Te hablo de mañana —dijo Julián con sequedad.

—Yo hablo de entonces.

Tirso redujo la velocidad del coche en un tramo de carretera sinuoso.

—¿Por qué fuiste?

—¿Aún no lo has descubierto?

—Dímelo tú.

—Por obligación moral —confirmó Tirso notoriamente hastiado—. Alguien tenía que ir y yo me sentí disponible. Estábamos cerca... Sin embargo, paradójicamente, la distancia con el objetivo aumentaba cuanto más nos aproximábamos a la identificación.

Demasiado expuestos, pensó Julián al tanto de los reflejos por detrás.

—Te comprendo. Pero te pido que mires adelante. Nada bueno te traerá remover ese pasado...

Turbio y de exclusiones, omitió el avenida preceptor.

—Lo hago. Si no mirara más allá del presente que empieza y acaba a diario nada me importaría la historia, ni me afectarían los sentimientos, ni podría distinguir la verdad de la mentira ni el deber de la complicidad.

Tirso le preguntó si hubiera podido negarse.

—¿Conoces la alternativa? —replicó Julián.

—Nadie que se niega a sustraerse de la realidad la ignora.

—La alternativa a la realidad es una ficción, Tirso.

Repitió la pregunta:

—¿Podías negarte?

Desde la barrera, con la documentación en regla y la hoja de servicios impoluta, Julián Bruño le dijo lo que pensaba:

—Son otros tiempos, otros intereses, otras conductas.

Impenetrable la memoria en su yacija de plomo. Lo hecho, hecho estaba.

—Es la época que nos ha tocado vivir —matizó Tirso.

El pasajero interrogado se dejaba llevar en círculos, rectángulos y elipses por las ascuas y por las tinieblas.

Qué lejos estaba Ana María de sentirse divinamente con el peso de tantas conclusiones excéntricas embutido en su cabeza. Los desagradables tirones en la base del cuello eran la punta de lanza de una contractura extendida a lo largo del músculo trapecio, veterana y reincidente por la tensión soportada.

—Cuida la postura al sentarte y al andar —le decía el fisioterapeuta en cada sesión, un chico encantador con el oficio bien aprendido.

—Para sentirme jovial y lozana —recordaba ella haberle escuchado decir mientras atajaba con energía el fastidio muscular.

—Exacto. Has de sentirte jovial y lozana después de practicar los ejercicios y de mentalizarte con lo de las posturas.

Había pensado en asistir a un curso de yoga.

—¿No hay una fórmula mágica que me ahorre los pasos?

—La fórmula mágica es la de tener constancia y esfuerzo.

Ana María siempre había sido disciplinada para lo fácil y lo costoso.

—Esa es la fórmula de un medicamento genérico —bromeó con un gemido aleación de dolor y alivio.

Su aspecto, inspeccionado rutinariamente por el espejo, no desprendía el optimismo del triunfador que tras un inicio titubeante —“lo cojo o espero”—, huérfano de recomendaciones laborales —“o sirves o te vas”—, aunque con más ayudas que trabas en la relación entre compañeros —“ten paciencia y no pongas pegas sino soluciones”—, asciende los peldaños de su carrera profesional a pares. Una carrera traccionada por el esfuerzo personal, pero discutiendo por el sendero indeseado de la bifurcación.

La generosa capa de maquillaje obraba una mejora que duraría hasta la noche, cuando de nuevo en el ático se despidiera de una jornada editorial inclinada hacia arriba por

culpa de una reunión convocada fuera de horario —a la que nadie que supiera lo que le convenía iba a faltar— con asistencia de la dirección ejecutiva al completo y el equipo de redactores. Romy hubiera pagado dinero o servicios de trabajo para que se olvidaran de ella ese viernes tedioso, a ver si con una cura de autocrítica y una terapia de sondeo lograba descifrar el arcano que pronunciaba las palabras al revés y escribía a propósito con renglones torcidos. Pero como no era posible dar marcha atrás, se vistió adecuadamente y salió a la calle a despejarse de la resaca inculpatoria.

Le sobraba tiempo para mezclar su prohijada apatía con la gente de paso, infiltrada en las trayectorias anónimas y, como regla elemental en el juego del movimiento, esquivando las líneas de colisión. Estuvo tres manzanas y cuatro semáforos espantando su rémora a saltos de casilla en el variopinto tablero ciudadano, hasta que se aburrió de intentar sacudirse lo que tan fuertemente asociado al orgullo tenía y le daba sed. Entró en un bar a saciarla con un par de botellas de agua mineral con gas, la primera bebida en la barra de prisa, la segunda transportada a una mesa para degustarla a sorbos y párrafos que tal cual surgían de la inspiración en favor de su estabilidad emocional se incorporaban al cuaderno de las improvisaciones.

La obcecación era un problema, *mi problema*, escribió. *Afortunadamente*, escribió, *no estoy arrebatada por mi problema*.

Salió del bar con otro humor, con un afán olvidadizo en una renovada actitud positiva, y en la confluencia de dos calles muy transitadas esperó a que pasara un taxi para llegar en punto a la editorial.

Se dejaba llevar por un conductor responsable que sólo apartaba los ojos de la carretera un instante para mirar en

los espejos retrovisores. Los sonidos dominantes los últimos minutos en el habitáculo provenían de la radio, conectada desde el principio, y de un motor en buenas condiciones poco revolucionado.

Julián Bruño sacó del bolsillo una envoltura de plástico opaco con pastillas redondas. Apretó una de las prominencias y se la ofreció a Tirso.

—Suavizan el picor de garganta y las irritaciones en la boca. ¿Quieres?

—Sí, gracias.

La iluminación solar decaía y las sombras acentuaban la mala cara de Tirso.

—Que se deshaga en la boca.

Hubiera querido pedirle que aparcara el coche —“vamos a respirar fuera del coche y tomarnos algo a nuestra salud como dos amigos que se reúnen para felicitarse por la vida que pueden disfrutar”— y que apagara la radio. Pero su instinto recomendaba mantenerse a nado entre dos aguas y con la ropa seca y limpia en la orilla de la descarga acusadora y en la orilla de los paños calientes. No se decidía a pedirle que apartara el coche alquilado de la monótona ruta y como dos viejos amigos que están de celebración fueran a comprar un regalo —“para Sonia, para Carmen”—, quizá un libro —“les gusta leer”—, un libro de autor con la conciencia aseada y mérito ganado a pulso —“un autor desaparecido de la lista de favoritos elaborada por las campañas de propaganda”—, un acierto de regalo. Si Tirso cesaba de girar en torno al maldito eje de su obsesión, le insistiría en el beneficio de pensar en Sonia y en el futuro de ambos en vez de repasar maniacamente la secuencia de acontecimientos de origen a final “no digo que estés loco, Tirso, me parece que actúas compulsivamente y el riesgo para ti es el

mismo”. Chupando despacio, transigente, la pastilla con sabor a miel y limón.

Tirso cerró la radio.

—¿Has oído hablar del grupo de las cuatro fases?

Julián tardó en contestar.

—Grupo de las cuatro fases... —repitió en voz alta. Negó con la cabeza—. No me consta ese nombre. ¿Un grupo de qué?

—De presión.

Julián tardó en seguir el hilo.

—De presión... ¿Qué tipo de presión? Imagino que...

—Los del grupo presionan para influir, naturalmente.

—¿Dónde? —Era una regurgitación automática, estúpida, innecesaria.

Tirso prescindió de valorarla.

—En todos los ámbitos.

—Grupos que fuerzan las decisiones de quien puede tomarlas para garantizar sus objetivos hay unos cuantos —terció el preceptor desinflando el globo de la evidencia—. Los ha habido siempre y así será hasta que el mundo sea devorado por la agonía incandescente del Sol. He visto reportajes en televisión mostrando simulaciones la mar de impactantes.

Tirso confiaba en ser incinerado en un crematorio legal antes del Armagedón cósmico.

—Este grupo aglutina a la mayoría de esos otros grupos, sino a todos.

—Históricamente la captación es el procedimiento para unir, controlar y eliminar a la competencia. Un método versátil...

Tirso lo interrumpió.

—El procedimiento empieza con la elección del objetivo y nunca finaliza, la cuarta fase, con la que se supone culmina, es perenne, es un desarrollo lineal afianzado en una agitación de masas contraria a la crítica y una propaganda de subvención difundiendo el mensaje y anulando los mensajes que cuestionen la verdad oficializada, con un fondo continuo, de los utilizados en el cine y el teatro, a guisa de horizonte y el requisito único de mantener indefinidamente el poder conquistado.

El vehículo circulaba perfectamente adecuado a su carril sin un exceso ni un defecto, tal como lo hubiera programado una inteligencia artificial. Por culpa achacable al conductor, una imprudencia, un despiste, Julián Bruño no temía que los sorprendiera un accidente.

Que diera rienda suelta a su decepción como se deja correr el agua de los grifos en el cuarto de baño y se abstuviera de equilibrarse con excusas en la cuerda floja, era la medida terapéutica que le prescribía su médico de cabecera al oído dentro del taxi que le llevaba a la editorial. Ana María suspiraba por un acuerdo entre el deseo por comprender a Tirso, el personaje misterioso de la tragicomedia, y la insidiosa sensación de no entenderse a sí misma, el verdadero drama, el incuestionable fracaso de una gestión deficiente en términos de relación social.

Ajena al desfile caricaturesco de vehículos de color blanco y conductor mimetizado con la transparencia del cristal, reiterados cual bises de un espectáculo piromusical en la mirada fantasiosa, volvió a sacar el cuaderno de las improvisaciones para garabatear un informe de agravios, petulante en cuanto visceral, que tardó en romper y olvidar los segundos dedicados a su lectura.

Ni a un accidente que sobreviniera en el viaje de laberíntica circunvalación ni al díscolo Tirso Andrade, conduciendo sereno y pendiente de los vehículos en todas direcciones, temía el antiguo preceptor.

Con la radio apagada y las luces de cruce encendidas.

—Podemos remontarnos en el tiempo —aceptó.

En lo esencial y en lo accesorio.

—Volvamos atrás —confirmó Tirso—. Pero sin perdernos en la niebla.

Sonia le había confiado a Bernardo Enríquez su proyecto, aún incipiente, de tratar el bloqueo que percibía en Tirso mediante la técnica de regresión. El doctor Enríquez, amigo y maestro, se mostró escéptico con la idea. Se equivocaba en el diagnóstico, le dijo. Sonia pidió que le hiciera ver su error. Sobre Tirso no recaía una duda en su estado psicológico ni en la forma de conducta, certificados por ella misma como normales dentro de la tensión que padecía, expuso él, sino en el modo de afrontar ese dilema —¿recuerdo, olvido?, ¿lo hago, no lo hago?— que le impedía organizar plenamente su vida. Sonia se mostró de acuerdo en la ausencia de un conflicto neurótico, una lucha de tendencias contradictorias; lo que ella apreciaba en Tirso era un duelo, de hondo calado, subrayó, entre las opciones que herméticamente consideraba. Tenía que elegir él, concluyó Bernardo. Tenía que ser él quien eligiera, convino Sonia, pero quisiera ayudarle.

El viaje de Tirso, inesperado y deseado para Sonia, facilitó las cosas. Los días que pasaron juntos, cada cual ejerciendo diligentemente su tarea, que él a solas, rodeado de bienestar, dedicó a la introspección, propiciaron el desenlace del dilema y el advenimiento de la elección.

Un kilométrico crepúsculo en la carretera.

Julián Bruño despegaba con la lengua la pastilla balsámica adherida en el paladar.

—Déjame preguntarme por Sonia.

—¿Qué quieres saber?

Hacia dónde miraba ella, si adelante o atrás, y cuánto sabía del pasado. Todo y a todas partes, le confirmó Tirso. Ninguno de los dos había borrado la historia para solucionar el problema que compartían.

—¿Crees que era lo mejor?

—Yo quería ir con ellos, en el mismo vehículo —recordó Tirso.

—No fue posible.

—Por eso me ofrecí como un refuerzo.

—Sin autorización.

—Desautorizado —puntualizó Tirso—. Impedido de actuar aunque lo hubiera solicitado.

—Estabas fuera.

Julián Bruño estaba fuera y muy apartado en su retiro de las influencias perjudiciales.

—Me sentía rehén de mi obligación.

—¿Qué clase de obligación?

Tirso contestó al instante.

—Moral, la única que me quedaba. —Igual que ahora, una obligación moral en representación de los ausentes—. Me sentía manejado por el juego de ciertos jugadores en varias partidas simultáneas. —Igual que en el largo y enredado presente—. Me sentía como una carta sin valor, despreciada de la baraja.

—¿Te sentirás mejor enfrentando tu verdad a la verdad? Si consigues subir a un estrado para que te interroguen las acusaciones y las defensas con relación a un proceso judicial de máxima audiencia en cuyo sumario no constas ni

como encausado ni testigo, ¿qué validez tendrá tu declaración para el tribunal?

El jubilado Julián Bruño conocía las respuestas a sus acerbadas preguntas.

Tirso Andrade, en activo, respondió afirmativamente. Y antes de que se explayara, Julián, en absoluto cohibida la voz, le preguntó si llegaría a sentirse mal renunciando voluntariamente a su empeño, de todo punto inútil, y asesorado por un pragmatismo humanitario en beneficio de Sonia y de aquellas personas que resultarían afectadas de mantenerse en sus trece, pasaba página, prescindía de lo que ya era accesorio y rehacía su vida con lo esencial.

Otra respuesta instantánea.

—Diferimos en la calificación de los hechos —susurró Tirso conduciendo en retrospectiva—. Son muertes por asesinato, son víctimas de atentado y se les premia con una instrucción cerrada en falso y una pantomima de actores secundarios y figurantes en un mercadeo de rebajas.

Cuando las partidas simultáneas acaban, la fraternidad de jugadores devuelve los manoseados naipes para que guiados por mano experta —la mano del que reparte juego—, emprendan el calvario de la trituradora, el fuego y el verdedero.

—Entiendo la metáfora —dijo Julián—. Por eso deberías agradecer que tu nombre haya sido excluido de la lista de testigos... y de fallecidos. —El preceptor sostenía que era afortunado al evitar deponer en el juicio oral—. Tendrías que someterte a una rueda de interpretaciones, al concurso insaciable de los negocios mediáticos y al veredicto definitivo de las estructuras de poder. Saldrían a subasta los expedientes que hablan de ti en fechas y sucesos que no te han conocido; menudearían las noticias con supuestos extraordinarios incluyendo tu nombre, imposibles de rebatir

con las armas de la sinceridad y la lógica por mucho que alegraras la mentira de tales afirmaciones. Tu aislada y distorsionada verdad, sin testigos ni peritos que la corroboren, nada podría contra la verdad alta y clara propagada por infinidad de conductos de finalidad única.

La certeza de Julián Bruño, y por la que se felicitaba, es que el extrañado Tirso Andrade había tenido suerte al no compartir la misión encomendada a sus dos compañeros y al ser excluido de un juicio por accidente y de un juicio por atentado.

—Dos juicios por atentado —rectificó Tirso.

—Tus compañeros murieron en acto de servicio a causa de la imprudente manipulación de una materia explosiva que nadie sospechaba estuviera guarecida en el alijo. Así consta oficialmente. Fue una muerte honrosa, pero accidental.

Un accidente laboral acaecido a dos profesionales en el sacrificado cumplimiento de su deber. Imposición de medallas póstumas. Descansen en paz. Tirso no pudo asistir al doble funeral porque convalecía de su accidente.

El preceptor Julián Bruño estaba contento por haber logrado apartar al agente Tirso Andrade de la línea de fuego, aunque no por completo de la onda expansiva.

—La explosión también hubiera acabado conmigo.

—Es una deducción válida. —Un lúgubre silogismo—. Si te hubieran querido matar estarías muerto. —Otra deducción para el mismo argumento de tres proposiciones—. Por eso fue un accidente.

La versión creíble en su caso era la del accidente. Tirso asintió levemente con la cabeza, las manos en el volante, la mirada en la carretera y alerta la percepción contra las irrupciones. Era una versión creíble porque el conductor del

vehículo de color blanco y alquilado era un desconocido hasta el momento de averiguar su identidad.

La versión sobre la muerte de los dos agentes de servicio aquella madrugada fue aparentemente creída por los familiares y allegados. Resulta fácil creer una declaración oficial reiterada hasta la extenuación de los disconformes que se habían quedado solos, presionados y mal vistos, planteando sus dudas y una hipótesis divergente.

—Nadie tenía constancia de que estuvieras allí —dijo el preceptor—. Hiciste un buen trabajo, revalidaste tu aptitud y se te ha recompensado manteniéndote en el servicio. Este es el resumen de la historia.

—La parte personal de la historia —matizó Tirso.

—La única que debiera importarte —incidió Julián.

El accidente fue inevitable. La explosión había sorprendido y deslumbrado momentáneamente al conductor del turismo tanto como al del vehículo pesado que, por una desgraciada coincidencia, medio dormido circulaba a esa hora de madrugada por el polígono industrial; asustado y desaparecidas las referencias visuales, pisó el acelerador en vez del freno y embistió con sus treinta toneladas al coche repentinamente detenido en el cruce de dos calles desiertas. Este era el resumen del atestado y de la parte incidental de la historia.

—Hemos tenido suerte, Tirso.

El preceptor y el alumno elevaron una oración por los dos compañeros caídos en acto de servicio; en ambos, tristemente desaparecidos, destacaba su olfato acechador y el oído sensible, su valía profesional y la abnegación. Julián Bruño incineró a su mascota adoptada, aquel perro retirado de la actividad para la que había sido adiestrado y a sus ocho años todavía listo, premioso y obediente; sintió mucho su muerte, le lloró; fue un trance doloroso para toda la familia;

el cadáver del querido perro, velado por sus dueños hasta el último momento, nunca volvería a ladrar lo que llegó a saber ni aullaría con sentimiento noble en los aniversarios de las víctimas y los pesares, ni volvería a dirigirse al mundo circundante con el lenguaje de su cola. Los dos agentes arrastrados a la muerte circulaban en la buena dirección.

—Una lástima. Una gran pérdida —dijo Tirso conduciendo de memoria.

—No le des más vueltas —sugirió el preceptor consultando el reloj.

—Es un problema —susurró Tirso ya en la vertiente más próxima de la historia.

Un problema que no pretendía disolver en el orbe gaseoso de la materia reservada.

Julián Bruño le pidió que pasara desapercibido.

—Estoy fuera y ya no puedo echarle un capote. —El preceptor había impedido que subiera al coche con sus dos compañeros; ordenó su destitución fulminante, sin comunicárselo, cuando supo que los agentes quedaban desasistidos, sin conocimiento alguno de ellos, en el cumplimiento de una tarea que había sido censurada en secreto en el tramo de ir atando cabos—. Convertida en un asunto inconveniente.

Una demostración de capacidad investigadora en exceso hilada. La virtud conectiva de los subalternos ocasionaba un problema creciente que, dada la previsible magnitud que cobrarían las informaciones si llegaban a escapar en un descuido por los respiraderos, Había que resolverlo urgentemente extirpando el tumor. Cortar por lo sano y controlar a los controladores eran las dos prácticas más caras al poder, la ecuación de la que se obtenía el poder.

—Gracias por tu ayuda —dijo Tirso.

—Era mi obligación moral.

Una moralidad sesgada, pensó Tirso; sin embargo, no se lo espetó. El cerco era demasiado oprimente, como el sufrido durante una larga pesadilla tortuosamente realista, para ignorarlo. Era una obligación de humanidad comprenderlo.

—Al parecer estoy en duda contigo.

Julián Bruño insistió en su demanda de que pasara desapercibido. Tan desapercibido como la tergiversación informativa, el comercio transfronterizo de pagos a silencios, la voluminosa nómina de personajes coincidentes y repartidos en el tiempo de la representación, el elenco de actores ruidosos y figurantes sandios que interpretan coralmente y sin omisiones el guion de lo que no está escrito.

—Tú nunca serás un cobarde ni un hipócrita si pasas desapercibido, puedes estar seguro de eso.

Aquel consejo le sonaba a Tirso venido de otro mundo.

La hoja denostada y rota del cuaderno de las improvisaciones yació unos segundos de velatorio en el lecho cóncavo de la mano homicida.

“Desaparece.”

Ana María hizo un gurrño con los cuatro pedazos de papel cuadriculado y líneas escritas a bolígrafo, y como no podía incinerarlo, como no sabía arderlo con un hechizo purificador, bien aplastado lo guardó en el bolso, que era el gesto de compañía para sus acciones impetuosas. Hedonista y mágica es la quema de los capítulos abstrusos; a las llamas exterminadoras con el fracaso, a la hoguera con los interrogantes, ardan las pruebas y las decisiones comprometedoras. Pero humeando los rescoldos de las trizas, el problema subsiste ignífero, pegajoso y asfixiante.

Los problemas, rememoró llegando el taxi a su destino laboral.

“Este no debería ser mi sitio.”

Era peor equivocarse de lugar que de persona. Mucho peor, lamentaba, era malgastar su talento, su capacidad de discernir y averiguar, en un trabajo rutinario y frívolo que podía despachar desde casa a golpe de teléfono, a ratos de informaciones captadas en los medios y revisando sus archivos y pertenencias donde conservaba, distribuidos por categorías, útiles para la mente y el espíritu.

No desperdicies tu talento, exhortaba la vieja autoridad de Julián Bruño al meditativo conductor.

—Yo sé que te aureola un gran discernimiento. Asesórate con él, no encontrarás mejor profesor en el mundo.

—Lo hago —confirmó Tirso.

Sereno y atento a los movimientos perceptibles, con las manos acopladas al volante y la vista resistente y desplegada hacia las mudas cromáticas en un paisaje transfigurado que le aproximaba a las evanescentes orillas de la invulnerabilidad. A salvo dentro del coche, con gasolina suficiente en el depósito para cubrir una gran distancia a oscuras y solo, para desaparecer con todas las barreras levantadas, podía engañarse con la enmienda a la historia de un relato ficticio; podía convencerse, y le sobraría ayuda para rebozarse en la esponjosa masa de la credulidad, que ellos, los vivos, eran tan víctimas del engaño como los muertos y por ende inocentes y exculpados de la acusación de dicotomía.

—Sin remordimientos de conciencia —apuntaló el preceptor.

—¿Ha sido fácil para ti?

—¿El qué?

—Absolverte.

Julián cerró los ojos y entrelazó los dedos con los pulgares fuertemente presionados.

—Sostengo mis diálogos con el patrocinio de la realidad. Piso el suelo, hundo mis raíces en la tierra y no en el aire — respondió acerbo, con evidente síntoma de fatiga.

Al interrogatorio aún le quedaba recorrido.

—Podemos aducir ante un tribunal de desagravios, si es que algún día nos llaman a declarar como testigos o procesados, que nosotros también fuimos inoculados con el virus de la atrofia degenerativa.

Dejo sardónico en el preceptor.

—Nos vacunaron al ingresar en la escuela de capacitación, posicionados en fila india por orden de altura, la camisa remangada, las manos a la espalda, la lengua fuera y las piernas abiertas en un ángulo de quince grados. ¿Bastará esta descripción de la trayectoria de los satélites?

—La excusa siempre halla guarida.

—En el instinto de conservación —prorrumpió Julián, enfatizando su reprensión con un golpe seco en el plástico del salpicadero—. Por instinto, Tirso. El instinto es el móvil de la conducta. El instinto es equilibrio y es control.

Cada una de las frases coartada tundía en el ambiente preservado del coche como el látigo amaestrador en la arena de un circo con las fieras extraídas de sus garras y colmillos.

—El instinto es susceptible de escapar a una cárcel de racionalismo.

Julián no se dio por vencido.

—¿Consideras a la sensatez una prisión?

Tirso comprobó que con la caída del telón diurno habían llegado a las escurriduras. Aunque podía esgrimir que el control absoluto era tan quimérico como la libertad y la justicia pregonadas por sirvientes hambrientos de poder, y que el resultado de un cálculo erróneo o la aparición de una circunstancia que por improbable no había recibido el trato

de contingencia, sustituía el plan maestro pergeñado por el toque a rebato y el grito mascullado de sálvese quien pueda, las posiciones respectivas eran invariables. En aquel acto entre bastidores concluía la historia de dos individuos con lugares comunes.

Un cargo de conciencia menos, suspiró Tirso.

El resto del viaje, el camino de regreso al principio, adquirió un tono efímeramente cordial, de recuerdo casi nostálgico pero ya sin reproches.

Tirso retomó la palabra.

—Cómo pasa el tiempo.

—Rápidamente envejecemos.

—Hace más de un año.

De los dos sucesos: el antecedente, la vanguardia, y su consecuencia, la eclosión de un nuevo orden en el que las víctimas estorban —pausa en la voz—, donde la división y la exclusión operan sincronizadas —pausa—, donde los atentados son gajes del oficio, accidentes indispensables para la prosecución del fin.

—Son fechas imborrables, como el nacimiento y la muerte de un ser querido —terció Julián ajustando a la temperatura interior la altura de su ventanilla.

—Desde entonces he aprendido lecciones prácticas que no olvidaré jamás. —Que las causalidades no trazan rutas en los mapas, que los controles de seguridad son discrecionales, que los cargos directores son de confianza, que la gestación de un proyecto revolucionario precisa de financiación, un minucioso estudio, conexiones y propaganda, que los plazos para las ejecuciones oscilan a conveniencia, que para impedir una investigación hay que distorsionarla y confundirla, que la mentira tiene premio si gana el falsario, que la verdad sucumbe ante la versión oficial, que el miedo y la

traición son fronterizos con el odio—. Y que, en vista del éxito, la tentación es irresistible.

—Bien visto.

—Me gusta aprender.

—Ahora tienes que aplicar adecuadamente lo que has aprendido para que ninguna de las personas que te importan y confían en ti salga perjudicada.

Julián Bruño, antiguo preceptor, era un hombre experimentado en la paciencia. Sabía que tarde o temprano acababan las muchas vueltas que da la vida; lo mismo que el efecto de las sorpresas, los inconvenientes, las decepciones, las obediencias, las reclamaciones, las denuncias, las opiniones, las averiguaciones y los juicios. Simplemente era cuestión de esperar con la cabeza a cubierto, la espalda protegida y un as en la manga.

Séptimo acto

Esperó hasta que tuvo la certeza de que la fecha no iba a llegar nunca.

Pensó en callejear un rato a la salida de la editorial, después de una tarde marcada por contrastes expresivos —de asombro, de disimulo— y devaneos reprimidos —con la culpa repartida entre la contractura en el músculo trapecio y el daño en el orgullo—; pero como no le apetecía posar su atención en la galería de imágenes y sonidos de la ciudad, sino volar hasta el ático y, corridos los cerrojos de las puertas, prescindir del teléfono —algo que sus responsabilidades prohibía— e ignorar los timbrazos del interfono —cabía la posibilidad de que desatendiera las llamadas de baja insistencia—, cogió un taxi para llegar antes en una carrera urbana de obstáculos móviles de color blanco y conductores traslúcidos a los que no dirigió un mísero comentario.

Se le hizo largo y tedioso el recorrido que, con ligeras variaciones, conocía a la perfección.

Cuando el chasquido de seguridad de los pestillos puso fin a la jornada expelió su alivio a las velas de la tarta donde se leía, en rasgada caligrafía de crema pastelera: ¡Feliz promoción, Romy!

Magda Camprecios le había adjudicado un reportaje de los que suscitaban envidia profesional y acopiaban currículum de envidia a partes iguales.

—Vas a asistir a la inauguración.

De un centro de ocio y turismo en la Costa Blanca. La directora le ofrecía un caramelo en una tumbona con dosel al lado del mar.

—Gracias, Magda.

—Sales en tren pasado mañana.

—Estaré lista.

—Quiero que lo captes todo con nombres y situaciones. Eso es lo que realmente me importa: los nombres de los asistentes y las situaciones que generen y transmitan.

—Entendido.

“Enhorabuena, Romy.”

Ella y su astucia periodística impulsadas a la notoriedad en un inoportuno momento de lánguido extravío, abrumada por la respuesta afirmativa a la motivación y el deseo. Paradójica fortuna. Conmovedora generosidad la de los chistosos hados.

—¿Y tú, qué?

La bola de papel roto arrugaba su deformada elipse en un rincón del bolso. Había superado la intención pirómana en el taxi y la condena de papelera o inodoro en la editorial. Ana María la extrajo con delicadeza y la sopesó en su mano.

“¿Qué voy a hacer contigo?”

Desdobló el gurrño, que crujía afectado, lo recompuso sobre la mesa —cuatro pedazos para unir el sencillo rompecabezas— y lo leyó. Recobrado el sentimiento que le había inspirado la lectura precedente, trasladó los fragmentos apilados a un mortero de cerámica y bajo la campana extractora de la cocina les prendió fuego con una cerrilla de palo largo.

—No es lo que quiero leer.

La pira consumió simbólicamente una mala experiencia, pero de nada le iba a servir esa demostración de poder sanador si su memoria, aún declarada en rebeldía, no claudicaba.

—Buen viaje por el humo.

Recostada en el sofá intentó desviar sus pensamientos, incluso los fortuitos, hacia un estacionamiento disuasorio —una zona balizada de alivio pasajero— en el que remitiera la fatiga intelectual y el sentimiento de agravio, y, a ser posible, el decaimiento por ese incisivo malestar que subyace en el envés de las moralejas.

“El color blanco resulta de la superposición de todos los colores.”

Irónico.

—¡Costa Blanca!

Podía añadir a su informe de personajes y actividades en el complejo de ocio y turismo el número de vehículos de color blanco pululando en las inmediaciones de los focos.

—¡De luz blanca!

Un sarcasmo.

“Vestido de blanco.”

Poco después de poner en práctica la solución provisional quedó aletargada en el arrumaco de una laguna de blanco anestésico, plácidamente a la deriva en el abrigo de dimensiones íntimas. Egoísmos y desmesuras aparte, la vida se portaba bien con ella; en poco tiempo había logrado mucho más de lo que pintaban con trazo desmoralizador los iniciales reveses. Tenía motivos para celebrar su victoria sobre las circunstancias.

—Vino y música para la triunfadora del concurso —canturreó.

Se sirvió una copa de reserva —obsequio de la bodega publicitada— y fue al anaquel de la música a escoger una apropiada para la bienhallada relajación. En un principio no advirtió el milímetro saliente de uno de los discos compactos, pero la fuerza de atracción que emanaba le guió a su incitación y su carátula.

“No es mío.”

Es lo primero que le vino a la cabeza.

Era un disco nuevo para ella, completamente desconocido, que no recordaba haber visto antes ni en su casa ni en otro lugar; aunque lo más sorprendente, una vez abierto y revisado por las dos caras, era que se trataba de un disco compacto grabable metido en una funda equivocada.

“¿A propósito?”

Le acometieron las prisas. Con el pulso acelerado y las manos nerviosas probó a escuchar el disco misterioso en el reproductor de cedes. Y como el aparato se negaba a traducir el silencio, acudió al ordenador.

El vino se calentaba en la copa de cristal fino mientras Ana María desterraba todos sus anteriores rencores y desvelos y protestas y reproches con la lectura ávida de tan inesperado obsequio.

A pie o en coche, por vías periféricas de circunvalación o las arterias radiales de la gran urbe, Tirso Andrade recibía en los sentidos el ambiente acomodaticio de una sociedad medrosa rendida a la sombra del emblema “apártate y cede”, esculpido con materiales de patraña, más pendientes sus individuos de guarecerse en los refugios contra los estampidos de la horda parasitaria —hasta que pase la borrasca— que de afrontarlos como a una plaga devastadora que urge exterminar.

Soberbio y a plena luz, Tirso Andrade portaba en su viaje de adiós las alforjas del movimiento continuo. En una de las bolsas rudimentarias, de estilo nasa de pescador, cargaba el instinto animal de la pervivencia, en la otra, con un peso similar, las cicatrices imperecederas tatuadas por la exposición a los elementos; y en un petate colgado en bandolera, gastado por el uso, de correaje mordedor, peregrinaba las últimas voluntades de los occisos y los inexistentes. Por plazas concurridas de gentes, rumores y dichos y por caminos trillados, el del romance de ciego, Tirso Andrade el de la apesadumbrada figura, el de los males endémicos, el atribulado cartero, diseminaba gratuitamente su copla en pliego de cordel, a ciencia y letra indistintamente, con el único propósito, a guisa de pago, de que adversara su público el manifiesto de los fulminados.

Todo él, que traía a cuestas y en promesa seglar el compendio de una verdad apocalíptica forjada por versiones coincidentes de palabras y hechos abducidos por el poder de las cuatro fases, era sentimiento, la antítesis de la propaganda, el antagonismo de la agitación, lo opuesto a un decreto de la autoridad política. Tirso Andrade el ermitaño, un taumaturgo de feria caduca, semejaba deslizarse a lomos de una burbuja —¿Rucio?, ¿Platero?, ¿el asno de Buri-dán?— por los tránsitos ciudadanos tañendo la campana de la penitencia.

El contristado timbre doblando su pena por los difuntos.

Piensa que te piensa, mira que te mira, el minucioso callejeo de Tirso desembocó en un animado comercio, un bazar europeo regentado por una prole asiática, donde entró a comprar un regalo de despedida, un detalle de viejo amigo, a la juez Loreto Bande. Se le ocurrió en el acto, y aquella reproducción a tamaño infantil, de belén doméstico, del pollino-burro-mula con cuévanos le gustó, por lo bien que se adaptaba, como obsequio de un terco a una obstinada.

Dijo el asno al oído de su cuidador, en una liturgia de celda transparente, que en alguna parte enhiesta de un mundo ulcerado por la necesidad plañirán las víctimas su evitable derrota; ese día fausto, el de la festividad de la ira contra la injusticia, detonará en millones de gargantas el réquiem culposo de la pasividad, el condolido lamento por la tóxica molicie, el agudo gemido por la pérdida irreparable; y entonces, afirmó el asno, comenzará la rehabilitación de la estructura por dentro y por fuera.

Dijo el asno, cara a cara con el amo de su destino, que rescatada de entre las perturbaciones, los recatos infundados y los tumultos, la némesis de los agraviados se personaría con las galas de la justicia —balanza, espada y regla de

medir— en la causa contra los evadidos culpables y contra los culpables de la evasión; contra los tiranos y los usurpadores abonados a una gracia fraudulenta.

Tirso Andrade no quiso un envoltorio ostentoso para su regalo.

“Tú no vas a ser la sorpresa”, le musitó al asno.

“Intuyo que yo seré la estrella de la fiesta”, le musitó el asno.

“Y caerá la maldición sobre nosotros. ¿Podremos soporarlo?”

“No te quepa duda.”

“Te confieso que estoy muy tranquilo”, musitó al asno.

“Ambos lo estamos”, musitó el asno.

Los fenómenos naturales que suceden por encima de la cabeza en un lugar descontaminado de injerencias lumínicas, industriales y arquitectónicas, asombran y cautivan al espectador; y aunque no son raros de ver los habituales, que divisa el ojo humano sin ayuda de una tecnología óptica, en cada nueva ocasión vence el deseo de olvidar las precedentes y así, merced a la candorosa voluntad de renovar la sorpresa, el efecto realza prístino su hechizo: cada vez que pasa es la primera, puede que la única en la memoria discriminante, y es un prodigio.

—¿Habías visto algo igual antes?

—Si me pongo a pensarlo quizá diga que sí.

—Tu respuesta es inteligente —alabó Tirso.

—No contemplo otra —afirmó sincera Loreto.

—También es desapasionada y neutral.

Cuando cada año las cámaras de televisión muestran los destrozos ocasionados por repentinas granizadas, por inundaciones y desbordamientos tras feroces tormentas, por vientos huracanados y hasta el cimbreo succionador de un

tornado o una tromba marina en dirección a los ojos que la observan, el comentario unánime de los entrevistados — probablemente seleccionados en la mesa de edición— es que nunca habían visto nada igual en los muchos o pocos años de residencia en la zona castigada.

—Sobre algunas sentencias judiciales me pronunciaría con esa misma frase.

—Ya lo imagino —suspiró la juez Bande.

—Nos vemos.

Tirso colgó el teléfono. Unos segundos de abstracción más tarde le dijo al asno, del que no se había separado, que lo llevaría a la cita pero, casi con toda seguridad, no iba a dárselo a Loreto.

“Podría malinterpretar mi regalo.”

La luna nueva obsequiaba un eclipse anular de Sol. Sería visible, con la debida protección ocular, en el contorno del vivificador astro una aureola ígnea como la que distingue a los que sanan las mentes y los cuerpos de sus dolencias y a los que subsanan impartiendo justicia

Fenómenos que deberían ser naturales y no sobrenaturales, ironizó Tirso. El asno escuchaba formal y atento discriminando el grano de la paja.

Tirso brujuleaba esos días la sentencia canalla que se acercaba en el juicio de los excluidos, un remedo jurisdiccional del parto de los montes que contentaría a muchos y disgustaría a tantas penas y silencios. Su descripción de la implacable Némesis, provista la rigurosa efigie de balanza, espada y regla de medir, casaba con el paradigma de una justicia ciega —que no cegada— e imparcial —que no juez y parte—; pero el suyo era un ruego de humano inerte ante la iconografía esculpida y retratada, ese adorno característico que no supera los peldaños que acceden al vestíbulo

del tribunal de las condenas y las condonaciones. La némesis que el aislado Tirso imploraba era una abstracción valiente y aguerrida, fiel retrato de una épica surgida de la conciencia y el escrúpulo.

Por un acceso a los juzgados desierto de expectación, compareció a la liza Loreto Bande, bolso al hombro, gafas de cristal oscuro y paso firme y puntual. Se saludaron a la puerta del restaurante, donde esperaba Tirso a tiempo de ojear el mundo en torno. Una costumbre.

—Ven.

Tomándola del brazo con antigua destreza.

—No me apetece pasear —protestó discretamente ella—. Hemos quedado para comer y luego tengo prisa...

—Vamos a comer, pero no aquí.

Loreto se mostró extrañada.

—¿Por qué no? Me dijiste que ibas a reservar mesa.

—He reservado en otro sitio.

—¿Dónde?

—En *Los peroles*.

Loreto vio el taxi al que le llevaba Tirso.

—Podíamos haber quedado directamente allí —marmulló subiéndolo al taxi. Le disgustaban las improvisaciones.

Tirso se disculpó.

—Se me ha ocurrido demasiado tarde para hablarlo contigo. Acéptamelo como un capricho.

Con el taxi ya en marcha, Tirso le comentó en voz baja, casi al oído, las informaciones publicadas el día anterior relacionadas con el juicio por los atentados del once de marzo, que a lo largo de la mañana había copado la opinión de los tertulianos y columnistas, a sabiendas de que ella ni afirmaría ni negaría ni especularía noticia alguna en presencia de un tercero desconocido.

Loreto lo achacó al antojo de un discorde obsesionado.

—Esto promete —cuchicheó. Tirso se agarraba, gráficamente, a una tabla de salvación en mitad del mar tenebroso, a las revelaciones suministradas con cuentagotas de la tesonera y comprometida investigación de periodistas independientes.— De los de raza—, aquilatando personalmente y al margen de la función jurisdiccional —contaminada por el poder político—, los indicios y las pericias que demostraban la constitución de una trama delictiva para el tráfico de explosivos en la que figuraban individuos controlados por las fuerzas de seguridad, posteriormente discriminados en sus responsabilidades y en sus declaraciones en sede judicial, y en las medidas cautelares impuestas por el titular del juzgado competente—. Libertad y verborrea difamadora para el vértice horadante de la geometría, privación de libertad y de palabra para las quebradas aristas. Esta es la tónica de un procedimiento que se sustancia por detrás y por debajo de las tablas.

“Quiere ser escuchado por todo el mundo”, reprochaba la silente Loreto.

Denunciaba Tirso, en su cuchicheo de trasera, el silencio lacerante derramado en la sensibilidad de las víctimas — como sal en una herida—, las presentes y las futuras, y en la de sus defensores, presentes y futuros, obligadas a escarbar a la intemperie y con las manos desnudas el grueso enlosado del encubrimiento.

Loreto cumplía sobria y ecuánime con el protocolo de la amistad, un tanto incómoda pero no lo suficiente para dejarlo plantado a la puerta de *Los peroles*, arrostrando la diatriba de Tirso —que no la eludía— como una penalización por resistirse a eclipsarlo de su vida. No lo recordaba exagerado ni tremendista, pero no veía lo mismo que él; sus ojos no descubrían en los portales, en las aceras, en los balcones, ni en escaparates ni rótulos, la impresión de pinceles

surrealistas; tampoco creía factible topar con los ideólogos del drama al cruzar una calle o al doblar una esquina; ni ella conceptuaba de omisiones dolosas a los descuidos imputables a la condición humana.

—Al taxista le ha quedado claro tu punto de vista. Estoy segura de que firmará la petición que le propongas —dijo Loreto al apearse del taxi.

Tirso volvió a cogerla del brazo con suave tacto.

—¡Buena idea! Iniciaré una recogida de firmas para suprimir el lavatorio de manos en las investigaciones y en las sentencias.

“Siempre está al quite”, admiraba a la par que condenaba Loreto.

La mesa reservada era íntima. Una postal de feliz añoranza

—Este es un puerto seguro —dijo Tirso señalando las dos sillas para que ella eligiera.

—Bien conservado —revisó Loreto desde su asiento—. ¿Cuántos años hace que no veníamos? Bastantes, creo.

Deslizó su mano en espiral por el mantel, la servilleta y los cubiertos. Le parecía una extravagancia, impropia en ella, sentir la cálida nostalgia del pasado en los objetos de un restaurante que no hubiera vuelto a pisar sin la compañía de Tirso.

—He perdido la cuenta.

—No te creo. Tienes una memoria espléndida para los nombres y las fechas.

—Cierto.

Loreto acarició con su dedo índice el cristal de las copas.

—Me alegro de estar aquí. Lástima del poco tiempo...

—Aprovechémoslo. Luego será tarde —resaltó Tirso cogiendo la carta para leer los platos que ella había pedido la lejana vez anterior—. ¿Vas a repetir?

—Aunque tuviera dudas, esos platos me gustan.

Tirso cerró la carta y la colocó en paralelo al borde de la mesa.

—Son como un libro favorito.

—Como los libros de cabecera que se apilan al lado de la cama —convino Loreto estirando el brazo para coger la carta. Deseaba comprobar la vigencia de los estímulos gastronómicos de antaño que permanecían en su memoria—. Suelo leer en la cama cuando me lo permite el sueño.

Tirso abundó en el símil de los libros cuando el camarero se retiró a la cocina con el encargo de los comensales.

—¿Hay alguna novela al alcance de tu brazo extendido cuando estás en la cama o todas son lecturas instructivas?

—Hay varias novelas.

—¿Recomendaciones?

Loreto asintió. Ella no prodigaba las visitas a librerías.

—Me fío de las recomendaciones.

Obras consagradas a los argumentos misteriosos con el resaltado de su éxito de ventas en la portada, de carácter histórico según el imperativo de la moda editorial y los ensayos de controvertida prognosis titulados *La sociedad de la dependencia* y *La conciencia tecnológica*—que compartía con su marido en la despaciosa lectura de cama— figuraban en el catálogo de alcoba, del que estaban excluidos a perpetuidad —eran sus palabras, ratificadas por cualquier época que se contemplara— los romanticismos erotómanos.

Loreto no era una mujer romántica ni adicta a los placeres carnales de la genitalidad.

—¿Alguna novela exclusivamente policiaca?

—Alguna novela negra duerme cerca de mí.

Tirso probó el vino recién escanciado que había elegido ella.

—Su paladar es mejor que el mío.

El camarero se aprestó a escuchar el veredicto de Loreto.

—Está bien.

Servidas las copas bebieron con un brindis de gesto.

Tirso incidió sobre la novela negra que dormía en las inmediaciones del cuerpo yacente y la mente ensoñada de Loreto.

—Para leer una novela en cuya trama aparezcan uno, dos o tres asesinados, reconocibles o desfigurados o incompletos sus cadáveres, o en la que el protagonista criminal sea un asesino en serie que no exceda los diez interfectos, víctimas a las que ha sometido a una refinada o brutal aniquilación prolijamente explicitado en sus páginas, hay lectores en todos los segmentos del mercado. Pero para adentrarse en la lectura de un relato, bárbaro o sutil en sus descripciones, en el que se cuentan doscientos muertos, tumbados en el suelo de improvisados depósitos, encontraremos a tantos lectores como para el temario de una oposición con mayúsculas.

—¿Es una indirecta? —quiso bromear Loreto

—No le aludo, señoría.

El empleo gravemente vocalizado del pronombre personal en tercera persona y su dignidad, le provocó un ligero estremecimiento.

—Sigue.

Tirso esperó que el camarero depositara los entrantes y rellenara las copas.

—La conspiración para organizar y ejecutar un atentado con múltiples víctimas mortales y un golpe de Estado para sustituir un gobierno y un régimen tiene espectadores en el cine, porque el público en general lo considera ficción o en todo caso un suceso en otras coordenadas geográficas, remotas y exóticas, que ni por casualidad ensombrecen como

un eclipse el territorio donde viven. Esa película genera mucho dinero en taquilla a los productores mientras distrae e inmuniza contra las suposiciones de los desconfiados.

—¿La gente malpensada?

—La sociedad biempensante occidental, tutelada por los opulentos creadores de opinión asentados en las dos costas norteamericanas, que han desplazado el teatro de operaciones experimental al mosaico de antagonismos europeo, rechaza doctrinalmente que el enemigo esté avecinado en sus mismos pueblos y ciudades. En su idílica civilidad.

Eran las actitudes retrógradas de los habitantes cavernarios, las que difundían irracionalmente el temor a la proscripción legal de los principios y valores tradicionales, arraigados en los cotos de la umbría y heredados sin la tributación confiscatoria y duplicada exigida coercitivamente por el revolucionario impuesto de sucesiones. Eran esas actitudes reaccionarias y sólo ellas, en consecuencia, el verdadero enemigo del progreso, el faro de la humanidad a oscuras, como para el discurso oficialista avalaban abrumadoras las pruebas recabadas por los agentes autorizados a indagar y sancionar en pro de la aseveración omnisciente.

Hizo hincapié Tirso en el ampuloso entramado de burbuja que respiraba la anestesia de la propaganda, con las brechas de coyuntura, aún pugnaces, en perseverante desactivación.

—¿Los irreductibles de la tribu? —secundó Loreto en la creencia de que Tirso se explayaba con la absurda descripción de una incongruencia en el tercer milenio subastada por avispados marchantes como una ganga vanguardista a los nuevos ricos con adición inversora—. ¿Esos aldeanos uncidos por la fe que mueve montañas y que rinden culto a la épica de los antepasados?

Tirso negó con la cabeza. En su rostro, que entonces Loreto examinó intensivamente, no asomaba una exégesis de chanza.

—Los cresos y los magnates del primer mundo local, por regla profiláctica militan en la política de apariencia, de subsidio y de recluta, universalizando la dependencia como el mejor de los negocios para sus intereses privados, revestidos con el aislante de la bandera de la res pública, y la garantía de una duradera protección personalizada.

Acabaron los entrantes rememorando ella la encarecida denuncia del negocio de la miseria material y moral que Tirso le expuso en aquel tiempo universitario de preliminares, y él, decantado por el presente, imaginando la sorpresa que le causaría a la periodista su regalo si llegaba a descubrirlo en el improvisado paradero de la discoteca antes de la próxima glaciación.

Le daba un voto de confianza.

—Delicioso.

Loreto estuvo de acuerdo con la valoración.

—Me ha evocado un antiguo placer que agradezco a tu iniciativa. Espero que esta tónica feliz se mantenga.

Con un cambio en el discurso que probara sin ambages la deferencia hacia una relación sostenida a plena luz por mutua voluntad.

La esperanza de Loreto se desvaneció al entrar en escena el plato fuerte.

—Buen olor. Buena pinta. Promete.

Como quien no quiere pero tira a dar, Tirso mencionó a una periodista —sin nombrarla— con el título universitario demostrable y ganado a pulso, exhibiendo al modo pudoroso de la diplomacia el nexo que más podía involucrar a la juez Bande en el reparto de papeles para los actores de

una obra inédita cuyo estreno dependía de la potestad administrativa. Como el que no lo pretende pero mantiene abierto el grifo, Tirso puso en conocimiento de la juez la vanidad de aquella anónima por inscribir su nombre —o su seudónimo— en el censo de investigadores con carné profesional, porque esa rama del periodismo tironeaba de su vocación más que otras aunque le reportaran mayor remuneración, menor riesgo y más invitaciones en sociedad. La espabilada periodista aspiraba a inmiscuirse en los entresijos del poder y acudir al concurso de licitaciones sin vetos ni represalias, y con miembros notables del jurado en funciones de rescate y asilo. Hacia ese terreno removido y minado por la política al uso se decantaba la periodista novel —henchido su anhelo por la prisa—, aunque, en opinión paternalista del biógrafo, le hubiera convenido rodarse unos años en las vías de servicio locales y nacionales del marasmo urbanístico, de las burocracias caciquiles, de los degradados planes educativos que prescinden de la enseñanza y el parecer de los progenitores, de los tráficos de diversificada materia prima, del reparto del agua, de la distribución fraternal de cargos y prebendas, y de otros aspectos a la chita callando que también inciden en el escrutinio del público.

El semblante de Loreto se tornó judicial.

—Esa periodista innominada con futuro prometedor, según pintas, me huelo que está siendo inducida hacia una empresa que le viene grande.

La pregunta afilaba los cuchillos de la disección.

—Hacia un cometido que recibe pinchazos, cortes, mordeduras, degluciones y evacuaciones.

Coligió Loreto tras su segundo estremecimiento, que la andanada de vituperios picaba en el presumido cierre de

filas gremial. Un juicio improcedente al que, sin embargo, no le cabía la resolución de archivo.

El prurito de la juez separó el plato de las tajadas.

—La justicia no es en modo alguno equiparable a un culebrón alargado hasta la náusea con enredos banales, episodios de histerismo y subterfugios eróticos.

Tirso se subió a la noria.

—A mí se me hace corto, raro y pobre en actores. Más que un culebrón me parece una mini serie grabada en estudio sin ganas ni presupuesto.

—Toda injerencia supone una suplantación que es siempre lesiva para las garantías procesales y para el sistema judicial en su conjunto. Los jueces, la fiscalía y las defensas batallan con las pruebas, los peritos, los testigos y los imputados en el cauce de la legislación procesal —depuso la juez Bande.

—A la justicia en un Estado de derecho se contribuye con el testimonio veraz y el acopio legal de pruebas. A los enemigos de la justicia en el Estado de derecho se les reconoce por el empleo de la mentira, escrita y leída, y por la destrucción o fabricación de pruebas —replicó el abogado de la causa perdida—. ¿Sabes cuántas pruebas recogidas entre marzo de dos mil tres y marzo de dos mil cuatro fenecen en el limbo abstraídas por orden superior?

—¿La ignorancia escatológica que aduces como perversión de ciertos individuos es relevante para nuestra tertulia?

Tirso había logrado que Loreto vistiera la toga de juez de guardia y blandiera el mazo.

—Es una constatación.

—O una conjetura —terció Loreto.

Tirso le recordó que la anunciada deducción de testimonio a los testigos que el tribunal sospechaba fundadamente habían incurrido en perjurio en su turno procesal, pese a

ser invocada con publicidad y reiteración dormía el sueño de los justos. Loreto dijo que aún quedaba tiempo hasta el visto para sentencia, a lo que Tirso repuso que la evidencia se imponía en cada sesión.

—No es un presentimiento ni una invención. Se va imponiendo el —señaló a las copas— esta habla, esta permanece muda —figuradas como testigos—, esta entra, esta sale y esta no pasa.

Loreto señaló a la única copa sin mandato.

—Las partes pueden presentar testigos que afecten al juicio mientras llega el momento de elevar a definitivas las conclusiones.

—La lista de testigos está cerrada a cal y canto —zanjó esa posibilidad legal Tirso—. Y me atrevo a decir que las conclusiones de la Fiscalía General, que escuchará el tribunal con oído preferente, hace mucho que fueron elevadas a definitivas.

—Presupones demasiado —le reconvinó Loreto. Pero a diferencia de Tirso, ella no se atrevió a pronosticar un resultado justo, independiente, una lección magistral de enjuiciamiento—. Obsérvalo como un espectador y te sentirás...

—Igualmente engañado —atajó—. Porque estoy pero no soy.

Loreto se mordió el labio inferior en un arranque temperamental que inmediatamente moderó.

—Tú no tienes nada que ver con este juicio. Deja de especular y confía en el buen hacer de las personas honestas.

—¿Quiénes son?

—Felicítate por tu suerte y piensa en tus seres queridos —resumió Loreto y apuró su copa “no pasa”.

Pidieron el postre, un placer irrenunciable aun en los momentos de tensión que no les eran ajenos.

Loreto condenaba las discusiones en público y los interrogatorios privados. Admitía que Tirso disintiera de la opinión generalizada, pero rehusaba aprobar su denuncia porque se negaba a aceptar que la realidad superara con creces a la ficción.

—Si se impone la versión falsa, que es lo presumible, al cabo se legitimará como principio y fin de la historia, y luego, por un decreto análogo, se legalizará la mentira. El crimen y el terror validarán su eficacia como medio para conseguir objetivos, entre ellos, y puede que el mayor, el de disociar del concepto de democracia el Estado de derecho —resumió Tirso y apuró la copa “esta sale”—. Es el camino de regreso hacia la tiránica estructura mural de las democracias populares del siglo veinte.

La alusión a un muro separador enfocaba la penumbra de su internamiento en el Centro de Recuperación.

Loreto saboreaba su postre.

—Hablemos de nosotros, sólo de nosotros. Tenemos buenos recuerdos; a ver si ellos te seducen en el último acto.

Tirso sacó del bolsillo de la americana una pequeña bolsa de plástico de color blanco, sin distintivos, envolviendo algo. La colocó en la tierra de nadie. Loreto observó ese testigo latente —un testigo protegido— que supuso se relacionaba con ella, que hablaba en confesión, con la voz distorsionada, detrás de la tosca celosía, de la nulidad de un juicio con ausencia de pruebas, con pruebas falsas, con pruebas desaparecidas, sin testigos de cargo, con testigos aleccionados, con inexistencia de testigos que explicaran al tribunal el preámbulo —la precuela de la película— de la cadena de estragos.

—Soy un inexistente —confirmó Tirso. Era sarcástico para él imaginarse como un holograma concebido por una

mente superior para su disfrute personal a distancia de pantalla y teclado—. Carezco de historia inteligible, soy una irrealdad que fluctúa en un mar de ficciones.

—Yo conozco tu historia.

—Conoces la historia de alguien que existió, pero no conoces mi historia desde que he dejado de existir.

Lo decía en serio, sin el poso de amargura que destila la voz de un desposeído, y Loreto no lo hubiera tildado de loco por la veleidad de su razonamiento.

—No digas tonterías. El que no te llamen a testificar es porque nada te relaciona con este juicio.

—Este juicio no relaciona el asesinato de mis compañeros ni mi atentado, que fue calificado oficialmente de accidente, con la película de los cuatro días de marzo; aquella secuencia con nuestros registros ha sido desechada. El enlace de las dos épocas, que podemos representarnos como un puente, ha sido destruido y desescombrado; y si queda alguna fotografía que testimonia que hubo lo que no hay, que afirma lo que se niega, durará en cartel lo que tarde en mostrarse públicamente; o sea, nada.

—Tú...

—Yo soy esa nada. —acalló la débil vehemencia en la protesta de Loreto—. No obstante —añadió en tono cordial, sosteniendo la cucharilla de postre como si de un bisturí se tratara— los inexistentes, así como los apartados y los epígonos, podemos recobrar la voz gracias a la lectura de nuestro testamento ológrafo. Es inverosímil pensar en la era de la información que el mensaje de los muertos, transcrito por los forenses, pase desapercibido en la conciencia del individuo reacio a las sectas y a los salarios del miedo.

Era inverosímil imaginar, continuó Tirso, que en la era de las comunicaciones interpersonales el mensaje de un individuo pueda ser borrado y con él, simultáneamente, a su

autor sin que alguien lo advierta y lo denuncie, o sin que la persona que lo conserva acabe por divulgarlo quizá para resarcir al etiquetado de inexistente. “Con la venia” —parecía dirigirse protocolariamente Tirso a Loreto que no enarbolaba su cucharilla de postre como un martillo de juez—, los declarados muertos y los decretados inexistentes contaban su testimonio a través de la voluntad expositiva de terceros que, “por circunstancias que no vienen al caso referir ni obligadas por ley”, disponían de la pertinente información de los mandantes para publicarla en su tenor literal.

Loreto arrollaba la cuerda de muertos e inexistentes al palo de mesana de la nave judicial sin perder ojo al objeto sobre la mesa oculto en su envoltorio de plástico indiferente.

—¿Qué es? —preguntó harta de misterio.

“Su regalo, señoría. Un testigo alumbrado.”

—Un capricho. Mira.

Desenvolvió el asno de la discordia.

—Un burro...

—A escala de bolsillo para viajar de incógnito.

—¿A lomos de un burro? —sonrió Loreto incapaz de discernir en la apoteosis del monólogo la excentricidad de la amargura.

—Un burro, un jumento, un rucio, un mulo, un asno. El animal de carga con el paso seguro en terrenos escarpados y valiente.

—Muy apropiado —reconoció Loreto.

Tirso pagó en efectivo. Salieron a la calle y esperaron la llegada de un taxi.

—Sería más fácil de asimilar si habláramos de una ficción —dijo Tirso.

—O si hubiera sucedido en otro lugar —acompañó Loreto.

Tirso levantó el brazo para detener el taxi que se aproximaba.

—Quiero envejecer con dignidad —le susurró al oído.

Loreto supuso que Tirso el inconformista subiría al taxi con ella. Pero él se despidió cerrando la puerta sin golpe, de pie, sin otro gesto, y con su mirada prendida a una historia que iba desvaneciéndose en el ocaso.

La luna llena obsequiaba un eclipse parcial de Luna.

En su castillo en el aire, Ana María vivió una madrugada de tres lecturas y sendas caligrafías en las hojas que iba llevando con anotaciones presurosas.

La primera lectura del archivo de texto que, imperceptiblemente saliente y camuflado, había depositado Tirso en el estante de la música fue impetuosa e incrédula; la segunda, todo lo contrario, retardada e indagadora con el coitejo de la memoria; la tercera, una vez sujeta la impaciencia por conocer y ya domado el genio de la presunción, afluyó al curso del amanecer una síntesis de informe y testimonio. El enigmático personaje que era Tirso en el texto hablaba por boca de su autor, el también misterioso Tirso.

Las tres lecturas de la insólita atestación dejaron un rastro de lavados de cara en el cuarto de baño, mordiscos a galletas y tragos de agua mineral carbonatada frente a la pantalla, y paseos a la terraza con vistas al mundo. Al acabar la tercera lectura, con demasiada luz dentro y fuera como para creer que sólo habían pasado unos minutos, tanto su cuello y espalda como la muñeca derecha y los párpados suplicaban un descanso.

¿Pero quién cerraba los ojos y se acurrucaba en la cama después de haber leído aquello?, se preguntó.

Arrebatada por la singular experiencia pero lúcida, frotando rítmicamente las sienas con las yemas de los dedos,

pretendió afianzarse en la objetividad del investigador al que su habilidad y constancia le regala la excerpta que revela una denostada hipótesis de trabajo.

Despacio. Tenía que ser prudente. Precavida.

Lo primero era hacer una copia de seguridad del archivo descargado; lo segundo, esconder el disco compacto en el mismo lugar del hallazgo, pero sin el milímetro de asomo; lo tercero, desechar las tentaciones que sitúan el blanco en campo abierto.

Paciencia. Tenía que ser cauta. Silencio.

“¿Y ahora qué?”

Una ducha.

Llamar por teléfono para... ¿anular los compromisos de la agenda?, ¿posponerlos?, ¿diferirlos? Había olvidado totalmente su viaje a la tumbona en la orilla del mar, la arena dorada, las olas besuconas y los gastos de manutención pagados. Unos días de estrés inaugural con la perspicacia como arma de trabajo. Unas cortas vacaciones en un momento de frenética actividad mental.

Fruta, pan, mermelada, leche; un desayuno en condiciones.

Preparar la maleta, coger los billetes, hablar con el fotógrafo... “¿Qué hago?”

No podía estar quieta. Necesitaba moverse y dar con Tirso el enmascarado, encararse a su realidad y llenarse de historia. Y agradecerle... “¿Qué?”

Expuesta a los vientos en la ruta del Sol le surgían las dudas.

“¿Es tarde? ¿Es pronto?”

Los relojes del ático andaban sincronizados con la hora oficial.

“Calma.”

Requería de tiempo para convencerse de cuál era la mejor idea de entre las que aún estaban por nacer.

“Él se pondrá en contacto. Tiene que decirme algo más.”

A la espera de las contracciones, una opción inteligente era dormir; intentarlo al menos.

Algo se le había escapado a Loreto durante la cita.

Dentro del taxi, sola en la inmensidad del asiento trasero, se le acrecentaba la sensación de pérdida de reflejos. Era incomprensible ese vacío a su lado que amplificaba una frase pronunciada con la sinuosidad de una caricia reptante, “te echaré de menos”; una frase tejida con briznas de hierba, pétalos de flores y hojas de árboles, “te echaré de menos”; una frase distraída de un libro de sentencias por un obsequioso ladrón de recuerdos.

La juez Bande arrojó su toga y el mazo por la ventanilla.

“¿Qué está pasando, Tirso?”

Estaba confusa y, lo que era peor, imperdonable, temía sucumbir al desconcierto sin oponer su personal resistencia, sin obtener a cambio de la esgrima una contrapartida honrosa que como mínimo le garantizara las tablas. En cierta manera se lo había preguntado: “¿qué está pasando?”, pero sin llegar a la contundencia de una pregunta formulada con tres palabras en busca de una respuesta breve y directa; quizá por miedo a una respuesta sin opción a diálogo de las que Tirso empleaba cuando renunciaba a seguir la corriente del “hoy soy yo, mañana serás tú” ante un hecho consumado.

Le quedaba insinuado a Loreto en aquella cita con cambio de escenario una cuenta pendiente, una aclaración.

“¿Qué pretendes? Dímelo ahora mismo.”

Estuvo a punto de interrogarlo por la frase suelta desde el taxi. Sacó el teléfono del bolso y casi marcó su número

con la tecla del método abreviado de llamada. Apoyó el dedo en la tecla —en la llaga—, casi la oprimió y casi le dijo que retornara a la cordura por el bien... “de ambos y más”. El teléfono gruñía y gañía en el bolsillo de un Tirso indiferente a los sonidos ocasionales, a los nombres grabados en la pantalla y al contenedor de llamadas entrantes con un mensaje de voz acuciada: “Ven inmediatamente a mi lado, tenemos que hablar”.

—“¿De qué quieres que hablemos?”

—“De eso que has dejado en suspenso. Tienes que acabar de contármelo.”

—“Sé que me has entendido.”

Loreto se negaba a creer que fuera cierto lo que deducía de sus palabras.

—“No me alarmes.”

—“¿Tú asustada?”

—“Sí.”

Un humillante desasosiego secundaba el escalofrío. Afortunadamente para la pasajera, el taxista no advirtió el temblor en el asiento trasero de su vehículo.

—“¿Qué temes?”

—“A ti.”

—“Descuida. Esta historia intergeneracional es un servicio público. Tus hijos y tus nietos te lo agradecerán. Podréis debatirla en familia y tú serás la maestra de ceremonias. Y al expandir el círculo serás la admiración del auditorio.”

—“Por primera vez me das miedo.”

Con la afirmación rotunda de su miedo, Loreto interrumpió bruscamente la conversación con el número de teléfono al que estuvo a un instante irreflexivo de llamar. Era él quien debía llamarla y seguro —lo conocía perfectamente— que iba a ser pronto.

Ana María preparaba la maleta para el viaje de trabajo a la Costa Blanca con la voz de Radio Iniciativa de fondo.

En el mundo feliz de la sátira literaria y cinematográfica y, asimismo, en el mundo idealizado de la propaganda, es preferible ignorar lo que sucede y acatar lo que se dicta. Que corran los turnos de las eliminaciones, que pase la siega y la poda, para que cuando lo disponga el Consejo de Gobierno, el órgano competente para los procesos matemáticos de adición y sustracción, suene la aguda fanfarria del premio y se pronuncie el nombre del agraciado —dicho en género neutro—, modelo de comportamiento en su escala y ejemplo a seguir por el conjunto de los subordinados.

En el mundo risueño de los abalorios y las fulleries, el edecán del Comité de Expertos distribuye los papeles asignados a los habitantes del territorio de las bienaventuranzas según el inexorable baremo de méritos y capacidades publicado en el Boletín de la Conducta Apropriada. (BCA), artículo único, y por un lapso no inferior a la cuna ni superior a la sepultura.

En el mundo congratulado del materialismo dialéctico, la autoridad suprema impone el modo y somete al todo. El arnés prieto, sujetado por una mano de hierro, tira y dirige a la masa unísona hacia el objetivo unidireccional y perenne. Si algún componente listado desaparece del cuadro en el transcurso de la obra es que carece de la entidad suficiente para desempeñar el cometido o que su misión ha finalizado. Así de simple. Si brota la deserción, si cuece la disidencia, si surge un interés inaceptable por conocer la longitud o el origen o la composición de los hilos que mueven la parodia, de inmediato ha de activarse el protocolo de salvación regimental para modificar la conducta errónea,

suprimir el tumor maligno y atajar una epidemia de contagio, para rescribir la historia, condicionar el instinto rebelde y doblegar la voluntad libérrima para que ningún influjo perjudique el orden social y la apacible convivencia del presidio.

Magda Camprecios le telefoneó para comunicarle que acudiría en viaje de gestión personal a los actos de inauguración el fin de semana.

—Me pones al corriente de lo mollar en cuanto llegue, Romy.

—Allí nos vemos.

A los clasificados de inexistentes se les tolera en el mundo feliz enfundados en el diseño de los conceptos y las proclamas.

Ana María cerró la maleta y los ojos con la voz de fondo de Radio Iniciativa.

Tiempo ha, de medio en medio, Héctor Regidor se había granjeado una audiencia fiel y unas amistades leales en paralelo a una competencia hostil, organizada y plutócrata, proclive al acopio de difusión y poder y al abuso de falacias con dicitos. Era una guerra vieja, por delante y por detrás, entre recalcitrantes con el prestigio repartido, en la que Goliath con sus alaridos aún no había vencido a David con su chinita, que tampoco ganaba ni empataba con margen cierto para el respiro.

Héctor se mantenía a flote en aguas turbulentas y vientos contrarios ejercitando el pugilato intelectual y la porfía moral; no en vano coleccionaba amenazas de muerte orales y escritas, asedios en el puesto de trabajo, un intento de secuestro, un atentado frustrado y un disparo mafioso en la pierna. Insistente a diario —“hasta que te hagan caso y te

apunten en la lista de los asuntos peligrosos”—, esa mañana volvió a exigir, de pregunta a respuesta en voz solista, que en el juicio salieran a relucir los amaños para que se extinguiera la brasa de los bulos y los embustes. Pero ni Héctor ni los suyos, a la vista de los hechos, confiaban en la imparcialidad de un tribunal coaccionado sistemática y atronadamente por la causa que defendían desde el subsuelo y el falso techo los beneficiarios de las acciones criminales.

—Ese es el móvil —recalcaba Héctor—. El beneficio instantáneo para los ideólogos de las fases, orgánicamente agrupados, y la eliminación sumaria del oponente, desorganizado y con la valentía en reserva.

Héctor no se cansaba de mencionar al grupo de los beneficiarios y acusarlo de estar atando los acontecimientos con dogal de espino.

—El grupo absorbe, el grupo compra, del grupo mana la fuente que a borboteos riega con sus noticias la siembra de informaciones —recitaba—. El grupo cuenta, promociona, sentencia y ejecuta; los poderes públicos asienten y la opinión pública mediatizada consiente.

El grupo al mando establecía las reglas de juego interno y las condiciones del ambiente exterior para la cosecha periódica de algaradas, acosos y desmanes; limaba las asperezas surgidas en los niveles de los conchabados, unos más impacientes y violentos que otros; dirimía, sondeaba, editaba y vendía por mano de peritos harto bregados en la asignatura disciplinaria.

—Si se le deja jugar con sus cartas marcadas, el grupo siempre gana.

Héctor reiteraba la concordancia de las fechas con los actos —“de lo anterior a lo posterior en línea recta, que es la distancia más corta que va del suceso, que es la causa, a

su resultado, que es el efecto”—, y de las mentiras promulgadas con las verdades oficializadas.

—Aliados de finalidad y secuaces de pelo y pluma a coste por objetivos, una bagatela en comparación con el rédito que proporcionan, una vez apropiados de los engrasados resortes del poder desvían el curso de la historia.

Se preguntaba retóricamente Héctor por qué era tan creíble y asentida la mentira, tan demoledora su fuerza, y tan horripilante e increíble su denuncia, tan endeble su defensa.

Tirso Andrade esperaba.

Cubierto por la apariencia de una vida semejante a la del prójimo que pisa las mismas calles y sube y baja los mismos peldaños, una vida amoldada a sus obligaciones públicas y privadas, todas ellas conocidas, se había colmado de transigencia y adaptación; los medicamentos que le prescribieron al abandonar con el alta facultativa el Centro de Recuperación.

Tirso Andrade esperó pacientemente una fecha. Hasta que tuvo la certeza de que esa fecha no iba a llegar nunca. Entonces eligió el aniversario de boda con Sonia para solemnizar una epifanía.

Como era un día laborable de lo más corriente, reservó mesa para la cena presentándose en el restaurante, que ninguno de los dos conocía, a los pocos minutos de abrir la puerta para las tareas de acondicionamiento. Concluido el trámite, que no había despertado extrañeza en la persona que le atendió, fue a comprar unos pendientes a la joyería que mostraba los del agrado de Sonia. Luego, disfrutando el recorrido, entró en una tienda de música con gran variedad de discos para adquirir, tras una minuciosa selección,

dos compactos diferentes; de estilos que cabe suponer irreconciliables en un juicio rápido.

Satisfechos los compromisos matinales se retiró a casa paseando los tres obsequios como un esposo y padre feliz.

Sonia Urrutía se reunió con su marido en casa cuando hubo finalizado una larga jornada de trabajo. Salieron a cenar con la mejor disposición de ánimo; el taxi que habían solicitado por teléfono aguardaba frente al portal.

—Felicidades.

—Muchas felicidades.

Con los platos de postre en la mesa y las copas de licor medidas para el brindis conmemorativo, Tirso alumbró los obsequios a la luz amorosa de la vela envuelta de fino cristal.

—Para ti.

Le entregó la pulsera y los discos envueltos por separado. Ella le había anticipado su regalo con una promesa.

Regresaron a casa caminando despacio a plena luz artificial. Al rato, cogidos de la mano, Sonia empezó a canturrear un tema de venerada nostalgia que él tarareó:

*Las hermanas de la caridad no están desaparecidas o ausentes,
estaban esperándome cuando pensaba que no podía seguir más.*

Era una situación irreversible enmarcada en un hecho consumado que exigía ostentarse dignamente.

Sonia se despidió de Héctor Regidor en su despacho de la emisora.

—¿Lo tienes decidido?

—Por completo —le aseguró ella.

La coordinación de la alianza empresarial obligaba a su designada responsable a desempeñar el cargo con libertad de actuación y permanencia en el nuevo horizonte, sobre el terreno por tiempo indefinido y como punto de partida para futuras expansiones.

—Notaremos tu ausencia aquí, pero ciertamente eres más necesaria allá. Lo estás haciendo francamente bien.

—Es sólo el comienzo —matizó Sonia.

—De una marcha muy larga. —Le apretó cariñosamente la mano—. Somos conscientes.

Sonia le hizo entrega de un disco compacto que extrajo de su bolso.

—De parte de Tirso, y de la mía también.

Héctor desenvolvió el presente, lo manoseó por el borde y al instante lo introdujo en un bolsillo del pantalón. Le había gustado la elección.

Se abrazaron, y de boca a oído Sonia le dijo que leyera y escuchara. Héctor asintió.

—Tenemos prohibido decepcionarnos.

Comió sola en una franquicia de *Bocadillos*, se entretuvo curioseando las existencias en uno de los establecimientos comerciales del *El Corte Inglés* y después callejeó como una turista observadora hasta el momento de la cita.

A las siete de la tarde, desperezándose las farolas y los faros, entró en la cafetería donde había quedado por teléfono con Loreto Bande, la juez, la íntima amiga de su marido, que ya había llegado. Se saludaron cordialmente. Loreto, mal disimulada su extrañeza, presentía un acontecimiento peor que inesperado. Sonia le reiteró su agradecimiento por la gestión que la juez no pudo realizar —lo mismo le había sucedido a Héctor—; aquella iniciativa estéril definitivamente era agua pasada.

—La amistad se sitúa por encima de las circunstancias — dijo Loreto—. Lamento no haber podido hacer más y me alegra saber que todos lo hemos superado.

Loreto aprovechó el recuerdo del intrincado episodio para preguntarle por Tirso.

—Sabrás de él muy pronto —la tranquilizó. Y con el eco de su afirmación le dio un disco compacto, envuelto para regalo, que sacó del bolso.

Loreto se lo quedó mirando sin saber a qué atenerse ni intención de abrir el envoltorio, mientras Sonia se levantaba y dirigida a su lado de la mesa le apoyó una mano en el hombro que apretó con tierna demanda. Instintivamente Loreto posó la suya en aquella mano y su mirada, intrigada, en la de Sonia, profunda y resuelta, e introdujo el disco en su bolso como si quemara, cuando en realidad quería devolvérselo y suprimir la escena.

Juntas avanzaron hasta la salida, calladas, rozando los brazos, por detrás Loreto. Al pisar la acera, Sonia se volvió para despedirse con un abrazo y un beso dulce de sabor antiguo en la mejilla, como los que le daba Tirso.

—En nombre de los dos te pido que lo utilices. —Fue un susurro de hiel, incitante en la reverberación—. Está duplicado, por si en un descuido se pierde —le comunicó.

Loreto presionó el bolso al acto contra su cuerpo, en bandolera y cerrado. Sonia no dijo más y se esfumó dejando a su espalda un mundo de incertidumbre. La juez Bande, que no estaba de guardia, fuertemente sujeto el bolso, hizo señas a un taxi que se acercaba.

Arrinconada en el taxi, muy confundida, se puso a pensar en él, algo en Sonia, y de inmediato en su carrera y en su familia. La amistad le había regalado un calvario.

“Ahora mismo.”

Desde el taxi que la conducía al hogar telefoneó a Tirso. En nombre de su sincera amistad, esperaba que retrocediera aquella enfermiza donación para que todo quedara olvidado.

*Me trajeron su canción.
Espero que te cruces con ellas,
tú que llevas viajando tanto tiempo.*

Tirso Andrade había desaparecido.

Al parecer no le interesaban la prórrogas indefinidas y condicionadas que aseguran un pasar medianamente confortable por la vida que le había tocado en suerte.

Su resistencia a la claudicación lo immortalizaba, aunque quizá solamente como una efigie de héroe que tardará años o nunca en mostrarse al público dentro de una urna acristalada.

Era desconocido el paradero de Tirso. Puede que con la ventaja del funcionario hubiera pedido la excedencia.

Balance positivo de los fastos inaugurales. En los menudos paréntesis que proporcionaba el ajetreo social, Romy practicó moderadamente por no disponer de más tiempo la helioterapia, los baños en la fresca agua salada y los paseos a la orilla de un mar indiferente al bullicio.

Cuando se apagaron las luces y cerraron las puertas del centro de ocio y turismo, el meollo del reportaje podía darse por logrado, incluida la puesta al corriente de Magda Camprecios.

—Nos vemos el martes.

—Tendré hecho el borrador —anunció Romy.

No coincidieron en el viaje de regreso a Madrid. Fue una suerte para ella que Magda saliera dos horas antes y con

prisa por llegar adonde la esperaban, pues no le apetecía sostener una conversación de varias horas —a Magda le encantaba hablar incluso cuando leía y pensaba— ni un sueño fingido que le ahorrara el cinismo de su apatía.

De noche y a oscuras en la terraza del ático —a ella no le horrorizaba el silencio—, al final de la semana, Ana María posaba el cúmulo de sus sensaciones en el cielo. Desvelada en su parcela de mundo —era suya mientras pagara el alquiler—, careada la verdad con la mentira por un documento autógrafa, sentía electrizante la vibración de la intriga. En un rato volvería a leerlo, con la libreta de apoyo al lado a la que seguro añadiría anotaciones, y a cansarse pensando qué hacer después, por la mañana, los días venideros; cuándo se pondría Tirso en contacto.

“¿Aparecerá de repente? ¿Me llamará?”

—Nunca más lo veré —murmuró.

Esa sospecha ya no le producía un temor irracional.

“Se ha ido.”

Le guardaba el secreto apretando los labios.

“Ha desaparecido.”

Pero aún no quería convencerse marcando su número de teléfono.

—¿Sabes volar? —preguntó a una oscuridad impenetrable.

Era como si hubiera pasado una eternidad desde aquella noche de sorpresa —de ilusión y decepción— en la que tampoco ella había elegido ni el lugar ni el momento.

A las seis de la mañana Ana María levantó los párpados y a medias la persiana del dormitorio, la ciudad comenzaba a dar inequívocas señales de actividad rutinaria y Héctor Regidor, con la cabeza fuera de la escotilla, editorializaba sobre la actualidad.

—Cabe la esperanza, aunque sólo sea una esperanza, de que la mentira nunca llegue a ser verdad por más que se repita, por mucho que nos la cuele a todas horas y por todas las vías —anunció. Ana María, que por la postura y la falta de sueño andaba un tanto desequilibrada, subió el volumen.

Le notaba la afonía de una noche en vela. Pero nada podía suponer ella que coincidían en la causa de la vigilia.

Siguió Héctor abundando en su denuncia:

—Aquí y en todas partes, ayer, hoy y siempre, los beneficiarios de la mentira procuran que las víctimas del engaño vean lo que ellos pintan, que acepten lo que ellos divulgan y que despojadas de los cinco sentidos por agotamiento o resignación o necesidad perentoria se sometan al veredicto que ellos dictan.

Ni por asomo imaginaba ella que Héctor había recibido en mano la confesión escrita y también sonora de una fuente directa y censurada en la declaración testifical de los hechos que se juzgaban.

—Estamos ante un proceso largo con un itinerario fijo.

Héctor había escrito y subrayado en una hoja que tenía en la mesa la frase: *No se permitió evitar lo que ya había sido pactado.*

Con énfasis amargo Héctor resumió su editorial:

—Es imposible el acuerdo entre los que mantienen principios y los que persiguen objetivos, cuyo ofrecimiento armonioso y fraternal consiste en un te pliegas o te destruyo.

Ana María cogió el radio y fue a beber agua y a meterse debajo de la ducha.

La bendición de los chorros de agua en la región más íntima del santuario llovía sobre la inquietud de la periodista.

La ducha fue un alivio momentáneo. Al cerrar el grifo y frotarse el cabello y la piel con la toalla de baño, la sensación de bienestar en mente y cuerpo remitía proporcionalmente a la eficacia del secado. Hasta desaparecer.

“Otra desaparición.”

De cara al espejo, componiendo su imagen para asomarse al mundo, y luego vuelta hacia el panorama de la vida tras los cristales, Ana María se preguntó cuál sería su reacción si adivinara el recorrido hacia ella del proyectil surgido de una atalaya rasgando el aire con su fogoso temperamento. En una película de suspense, con el espectador absorbido por la trama, la cámara enfocaría el iris y la pupila de la diana, la víctima del sacrificio ritual que aplaca la cólera de los dioses, donde, acusadora, reflejaría la identidad vidriosa del ejecutor y los asesinos. En una novela negra el argumento revelaría al lector la censura en la voz del protagonista. Pero el espectador de cine y el lector de libro, antes de ver la secuencia final y leer el último capítulo, podrían determinar la fecha y el lugar del crimen, y de este modo, aunque sólo en un plano moral, otorgar dignidad a la víctima, las perjudicados, y testimonio al inexistente, los ausentes.

La mañana vestía un manto gris plomizo.

Ana María telefoneó a Bea Llorente y a Magda Campreios para comunicarles que por una indisposición, probablemente un trastorno gástrico, iba a quedarse en casa, y que de no mejorar en veinticuatro horas acudiría al médico.

“Yo también desaparezco.”

Se repetía que era imposible.

Loreto negaba la idea del adiós, en cualquiera de sus facetas, y es porque no concebía que Tirso fuera a despedirse jamás; muy al contrario. En un alarde de prospectiva

egoísta, Loreto contemplaba la mutua compañía en un domicilio sin retratos en paredes ni muebles, ella y él, despreocupados del mundo feliz, del mundo oculto, del mundo descompuesto, del mundo ensombrecido, de la mundanal baratería, soportando el declive de la vida y el insobornable advenimiento de la muerte debido a causas naturales. Un final romántico sin cursilería ni empalagos, abductor, feérico, el ideado para ambos por una inteligencia juiciosa.

No le hacía falta a ella otorgar ese destino en un testamento notarial.

Pero después de la comida en *Los peroles*, el chasquido de la puerta del taxi al cerrarse separándolos en la calle y las llamadas de teléfono perdidas, la intuición, la deducción, la confianza en la unión definitiva de los caminos quedaba en un supuesto nada más.

A consecuencia de ello, ese mal imprevisto que escurre gotas de tristeza en las pestañas, Loreto se supo frágil, se sintió en peligro. El canje deseado a largo plazo rebasaba lo presunto para caer en lo imposible.

Ahora que recordaba libre de prejuicios se dijo que en el ambiente vespertino con ella desconcertada en el taxi y él de pie, viéndola alejarse, sobre la acera, había filtrado el olor de la despedida.

Aquel regalo, tan sorpresivo como todo lo demás en ese breve tiempo caótico, era la constatación de la despedida. Un obsequio personal, grabado. Una historia contada por el testigo a la juez de guardia.

Con la punta de los dedos tentaba Loreto su regalo mientras traducía la despedida al lenguaje de los sentimientos. Al llegar a casa, disimulando su estado ante la familia, lo había situado encima de la mesa del despacho que utilizaba

en exclusiva, con el cuidado que se manipula una mercancía peligrosa, una sustancia tóxica, una prueba confidencial, una rareza arqueológica pendiente de su desciframiento, a distancia alternada de voluntad y deber, una y el otro unidos por un centelleante cordón umbilical.

Loreto se preguntaba qué debía hacer a continuación.

¿Intentar un acuerdo transaccional con el viejo amigo, la pareja de juventud y especulada edad prosecta?

Tirso no lo aceptaría.

¿Proponerle un alivio diplomático que enderezara la perniciosa deriva?

Tirso lo rechazaría.

Igual que le rehusaba las llamadas desde fijo y desde móvil. Tirso no estaba disponible, no estaba localizable.

Loreto sintió miedo por él y por ella.

El regalo de Tirso que le había entregado Sonia aguardaba estoico y ajeno a los cataclismos su turno de audiencia. Prolongarla en un limbo prefabricado era estúpido y coarde y tan inútil como el intento de echar atrás el tiempo.

Con la yema trémula de su dedo corazón silueteaba el regalo. Y pensaba, suspirando su inseguridad.

Ella también podía obrar en consecuencia, como quien ignora en su legitimidad una investigación complementaria —de ascensos profesionales y recompensas políticas tras la acción devastadora con fechas y sin firmas—, como quien omite una indispensable labor pericial; tenía conferida potestad en materia decisoria para enviar el regalo —la confesión, el testimonio, la prueba—, sin abrirlo o destruido o inutilizado a un contenedor de desperdicios, al desguace o a la sima de las ignorancias.

Reflexionaba, calculando. A puerta cerrada, con la mirada en pasado, presente y futuro.

Sobre la mesa del despacho destacaba el regalo de Tirso —el enemigo está dentro, el enemigo está en casa— y a su sombra unas pinzas quirúrgicas y un escalpelo para seccionar el cordón umbilical.

Dudaba Loreto, sopesando con un remanente de frialdad enardecida.

Con escala en Madrid, Bernardo Enríquez rindió visita a Héctor Regidor.

—Comes poco —advirtió Bernardo sentados a la mesa de un restaurante—. Sé por Sonia que te cuidas, pero deberías ingerir más alimento tradicional.

—La puntualización viene a cuento —rio Héctor.

—Cinco veces al día en cantidades proporcionadas a la distribución horaria, mayor la del desayuno que la de la cena —le recomendó el doctor Enríquez.

—Vamos, distraer el estómago y los intestinos con puñados nutricionales metódicos de la vieja usanza rural.

—Con pan y vino.

Héctor no perdonó el postre ni Bernardo tampoco.

—Al pan, pan y al vino, vino.

—Llamando a cada cosa por su nombre, sea enfermedad o remedio —convino el médico.

—Ven a la radio.

—¿Mañana?

—Te espero a las once. Un mano a mano.

Expuso el doctor Enríquez que en el análisis histórico debe prevalecer el rigor científico y conjugarse la comprensión de la época estudiada con la honradez intelectual.

Héctor acusó a los palabreros de la palabrería de suprimir la exigencia cívica y su sinónima ética para beneficiarse del letargo provocado por un intensivo adocenamiento y el temor a la represalia.

El doctor Enríquez certificaba los virus de la apatía y la desidia en la afección conformista de la desorganización.

—¿Lo llaman como de costumbre?

Héctor asintió con desagrado.

—Tratado de paz.

—¿Y amistad?

—Y alianza. Es la variación conceptual de este siglo.

—Pero suena a lo mismo, ¿no?

—Sí, a lo mismo de siempre.

La servidumbre dando largas y capotazos a los reclamantes de una verdad diluida en el adoctrinamiento utilitario de la emponzoñada propaganda oficial a cambio de sólida protección, estimable cargo y abundante pecunia para cubrir las eventualidades y el chaparrón de reproches.

Bernardo Enríquez se manifestaba en público y en privado contrario a los experimentos políticos con el apelativo de ingeniería social.

Héctor Regidor calificaba de consignas y trapazas los mensajes emitidos por los canales de difusión dispuestos para los voceros de la paz y la alianza, producto de los acuerdos a oscuras.

—Tú erre que erre.

—El movimiento se demuestra andando.

El doctor Enríquez se asomó a la ventana.

—¿Te veo mañana en la manifestación?

—Me verás y nos oirán —confirmó Héctor.

Sirviera más o menos, la conciencia mandaba.

Ana María apagó la radio al despedir Héctor su matinal. Había seguido la plática mantenida con el doctor Enríquez de la que extrajo provechosas consecuencias, pero ninguna de ellas sustituta de la decisión que era de su total incumbencia.

Convaleciente de una enfermedad fingida que le concedía tiempo para deshojar la margarita, salió a la terraza del ático, el centro del mundo entretanto, a buscar el consejo en alas del aire.

Yo pienso, tú decides II

Nada sucede por casualidad en esta historia que te ha guiado y tendido una mano que sube al cielo o arrastra al infierno, ni los principios ni los finales.

Habla para tus adentros del miedo y de la muerte. Sáciate de la realidad que ha superado tu fantasía. Asume que cuando alguien desaparece también acaba por desvanecerse su recuerdo si no se pone voluntad.

La voluntad es una sencilla enmienda al hecho consumado: créelo y actúa.

Por el momento, y ya son unos cuantos días, reflejas en el cristal de la puerta, en el cristal de la ventana, en el espejo y en los relojes, una actitud perpleja. Desde el privilegiado observatorio que te aísla para que obres en conciencia, la curiosidad empuja a seguir los preparativos de la escenificación, ese fluir primaveral del agua rediviva, si la llevas a cabo; pero todavía no abarcas con la totalidad de los sentidos ni con la envergadura de las extremidades la trascendencia del futuro posible; aún te resistes a dejarte ver en plano abierto, o siquiera a sacar medio cuerpo vistosamente ataviado, la cabeza, la cara, el cauto perfil de la nariz y un asomo de vanidad, de entusiasta reivindicación cívica.

¿Serás capaz de afrontar lo que tanto has deseado?

Tienes lo más difícil de conseguir, aunque, al parecer, te falta lo que depende únicamente de ti.

Únicamente de ti depende. ¿Me equivoco?

No me equivoco. Lo de escribir una novela a partir de una historia real, porque es verdadera y con ímprobo esfuerzo demostrable la historia que te ha llegado por mensajero de carne y hueso, es una solución de compromiso, una alternativa cobarde, una gratitud cínica y falsa como las versiones que, incesantes en el trabajo de zapa, la entierran. La mentira es el medio, el fin y un negocio rentable; puedes

sumarte a la tendencia y aquí paz y después gloria que nadie, puedes estar segura, te echará en cara una postura de perfil; y menos que nadie un desaparecido que, suponiendo pueda, declina contestar al teléfono —cosa que imaginabas pero tenías que probar como último recurso—; compartes expectativa con un inexistente, lo que de por sí es un logro.

Un tanto a tu favor. Esto ha de animarte a jugar tus cartas, las cartas de la baraja que te ha regalado. Admite que sabe jugar sus cartas, unas cartas que hablan su voz. ¿La escuchas? Te dice que mires, que comprendas y que repases. Te lo dice con un lenguaje de símbolos que escribe con las letras de tu alfabeto.

Tu premonición, que es sabia, advierte que no volverá a ti. Estás sola con su herencia. Has heredado y sigues durmiendo mal; te ha beneficiado y te ha condenado en un mismo acto, con un certero golpe que incita y acusa a la par.

Hace tiempo que no duermes como una criatura felizmente agotada que al despertar ve el mundo con ganas. Tú no despiertas libre de pesadillas porque no duermes con un sueño placentero. Te vence el cansancio de la pregunta sin respuesta a la que no paras de interrogar, te domina la fatiga de la indecisión habiendo deshojado el ramo de las flores con los pétalos sumisos, pero ni el arrullo de la canción de cuna te acuesta en un lecho de plumas. Quisieras dormir como una criatura felizmente ignorante una noche entera, sería el segundo mejor regalo; dormir a resguardo de males y pesares en lo alto del palo de la cucaña que un ángel de la guarda ha embadurnado con óleos perfumados para que resbalen, caigan y se descoynten, las alimañas a la sexta o la séptima impulsión criminal; a salvo de las amenazas te gustaría reposar el ansia.

Descarta la novela negra que esbozamos al principio: “Había un vehículo estacionado en la cuneta de aquella carretera secundaria, a pocos metros de un cruce...” Rechazada la idea.

Escribe un artículo denuncia y véndelo al mejor postor, o una serie de artículos ilustrativos y ofrécelos, previo pago, a periódicos y revistas de tirada nacional. Lleva tu material, una vez dado forma conveniente para emitirlo o publicarlo, a la televisión, a la radio, a la editorial con más recursos y delegaciones. Se me ocurre que podrías escribir un libro de información periodística solvente; un libro atrevido en la protesta, incontaminado de subvención y recompensa, un documento veraz, una expresión libre de la historia que circula por túneles y conductos subterráneos. ¿Denegada la idea? Piénsalo.

Y si...

... te conviertes en...

... una periodista de investigación.

Era tu aspiración. ¿Lo es ahora que te ha puesto en bandeja el exordio? Ponte a ello, investiga, habla con tu regalo, escucha su propuesta procura cotejar la información, rellena los espacios en blanco —blanco, blanco, repite la ironía del eco—, contrasta el documento y amplíalo. Corre el riesgo de perderlo todo.

¿Correrías ese riesgo?

Si disparas y aciertas puede que te salves y recibas honores durante unas semanas o meses o años. Si fallas en el planteamiento, si yerras el tiro, si equivocas el movimiento de la pieza, caminarás sobre el tablón cuanto tus poderosos y múltiples enemigos quieran y luego yacerás en el pozo de la ignominia, descomponiéndote.

Este es el panorama que dibuja un regalo envenenado. El regalo que más deseabas. Ya es tuyo.

Dejará de ser tuyo lo que ahora tienes: trabajo, proyección y un nombre en una personalidad simpática, modosa y cordial que no asusta, al que los expendedores de títulos, cargos, razones y turno de palabra no identifican con una trama justiciera de idos y retrógrados. Ahora tus perspectivas amarillas y rosas te afianzan en lo insustancial y veleidoso, y te aseguran un buen pasar y un encaje con mínima vigilancia; la parodia transforma lo serio en cómico, ridiculiza la tragedia, restaña la herida sentimental y despreocupa con burla, justificada en la libertad de expresión tolerada y promovida, desprecia la reclamación y sublima el relativismo y la indiferencia que satisface y calma al poder, a los grupos de poder y a las fases del itinerario del poder.

Si te arriesgas a salir al mundo con tu muleta obsequiada tendrás al enemigo en la cocina y el patio.

Pero serás feliz con la elección y tu público te aclamará.

El resto...

No renuncies sin pelear. No te retractes ni arrepientas de lo que aún no has dicho ni hecho. No pierdas el ánimo y la memoria por ley.

... Conocerás las acciones del resto si metes el dedo en la llaga.

Ponte guantes para evitar el contagio.

¿Imaginamos que pasaría si te convirtieras en la periodista de investigación que deseas ser? Esta es la secuencia probable que en primicia y exclusiva visionamos desde la atalaya.

Tu trabajo de investigación ha sido refrendado con un contrato, va a ser publicado y tú izada al mástil de la fama como una bandera de independencia y justicia, valiente y esforzada, ondeando al viento de la libertad. Nacerá el día más importante de tu joven vida con un acto divulgativo de los que hacen época. Tu nombre, ¿cuál de ellos?, ¿Romy

Sanel o Ana María Albentosa Pinel?, tienes otro quebradero de cabeza, aunque para la recreación de un futuro incierto es prescindible; tu nombre aparecerá en las notas de prensa rodeado por una elipse de color rojo, admirativo y reprobatorio, apuesta por lo segundo, y tu imagen expuesta a la captura ajena. “Es ella”, la divina y la maldita, “qué audaz”, “qué mentirosa”, blanco de iras y felicidades, “es ella”. El público, orientado por fechas y horas, buscará tu obra y tu autógrafo en el estrado —un sitio, un cadalso— adonde te dirijan tus representantes y tus sombras. Estarás sola en la presidencia de tu declaración; estarás acompañada por un cordón de seguridad —de prevención, de aislamiento—, para que te sientas obnubilada por el significado de tu figura. Las previsiones de los organizadores apuntan alto, a la cabeza.

Inmersa en la vorágine de la presentación, que muestra tanto como oculta, durante un momento te preguntarás si todo eso está pasando, te preguntarás si los promotores de la escenificación habían previsto la incidencia de un choque entre el hielo y el fuego; el incidente con el monstruo de las fauces explosivas, que incendia el proscenio y las candilejas para borrar su rastro; del monstruo devorador de las pruebas rescatadas, que deglute a testigos y acusaciones; del monstruo de la censura impuesta, que decide sobre la verdad y la mentira, sobre la realidad y la ficción, sobre los buenos y los malos de la película vital; del monstruo de los precintos, que sustituye la legalidad arrogándose todos los poderes conminatorios; del monstruo tapado, que escribe el relato para la historia; del monstruo zapador, que delinea las trincheras, los corredores y los laberintos; del monstruo de las proclamas, que anuncia engolado y esdrújulo el advenimiento de la fausta era de la contemporización; de los

monstruosos orates de las metáforas, ineptos y codiciosos gestores de la holgura.

Cuesta creer tanto actor surgido de la nada, por eso te preguntas si estaba previsto.

Evidentemente lo estaba.

Detrás de las cortinas de humo y las columnas de ceniza el paisaje ha sido arrasado.

Evidentemente la autoridad tenía que saberlo, llegas a la conclusión.

¿A qué conclusión has llegado después de leer su obra póstuma? Tengo una duda: ¿podemos llamar póstuma a la obra de un desaparecido? ¿Y a la vida de un inexistente cómo podemos llamarla?

Disquisiciones aparte, ¿has considerado el pequeño inconveniente que te supondría el cierre de las puertas grandes y la reprobación de los portavoces del gremio? Para ti no habrá perdón si das el paso, serás una proscrita, para ti diluviarán el castigo donde vayas y te aplastará.

Expuesta la digresión, retomo el hilo del argumento con su petición en el lenguaje de las evidencias: mira, comprende, repasa.

Frótate los ojos y contempla un paisaje aterrador conquistado por los ejecutores. A este final doliente y macabro se llega desde un origen cedente. Parpadea y despierta, cobra consciencia. Si decides ser dueña de tu destino prepárate para soportar un sitio prolongado y feroz. Asómate, mira, cuenta y decide: ellos tienen más miedo que tú pero se protegen, engañan, agitan las aguas y los vientos y destruyen pruebas. No vuelvas a preguntarte si estaba previsto lo que ves y lo que sientes. Si persistes en el vínculo con un extraño que no contesta a tus llamadas, que te ha confesado la verdad que paga el precio de la marginación, irán a por

ti; sabes demasiado y esto te convierte en la espoleta de una bomba de nombres, de hechos, de respuestas.

Toda tú serás una diana.

Dadas las terroríficas y apasionantes circunstancias, una moneda con doble cara la que sostienes en la palma de la mano, me pregunto cuánto aguantarás en la cuerda floja. Algún día recibirás el alta médica por tu fingida afección, y ya fuera de la torre de marfil, tu lugar de convalecencia, tendrás que retroceder o avanzar.

*Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos, libros juntos
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.*
Francisco de Quevedo y Villegas

Cada uno es artífice de su ventura.
Miguel de Cervantes Saavedra

